

# Mil campanas

Isabel Keats



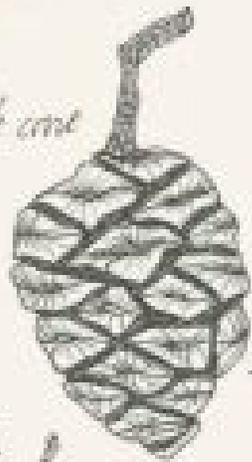
eggs  
larva  
pupa

fungi

antenna

*Sequoiadendron  
giganteum*

female cone



1 cone



leaves



seed



unopened  
pollen cone



D.J.57

Mil campanas  
*Isabel Keats*

© 2019 Isabel Keats. Todos los derechos reservados.

MIL CAMPANAS

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción total o parcial.

Todos los personajes de este libro son ficticios.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Diseño de la cubierta: Belén Garrido

<http://www.isabelkeats.com/>  
[mail to:isabelkeats@gmail.com](mailto:isabelkeats@gmail.com)

*¿Dónde está nuestro error sin solución?  
¿Fuiste tú el culpable o lo fui yo?*

***Ni tú ni nadie*** Alaska y Dinarama

*A mi cuñada Marta, que me puso al día sobre la agitada vida en un colegio mayor.  
A todas esas personas que me ayudan, algunas sin saberlo,  
a que las historias que tengo en mi cabeza cobren vida.  
A mis fieles lectoras cero, Paloma y Rosana.*

# Índice de contenido

[El mejor y el peor año de mi vida](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[2012 Costa Oeste, Estados Unidos](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[Unas semanas más tarde](#)

[31](#)

[¡Gracias!](#)

[Mis otras novelas son:](#)

[Sinopsis de algunas de mis otras novelas](#)

[Sobre la autora](#)

# **El mejor y el peor año de mi vida**

**Madrid, en plena Movida de los 80**

# 1

Tan solo llevaba dos semanas en Madrid, pero la ciudad ya me había conquistado. Por supuesto que antes de salir de Burgos ya sabía que era grande, que estaba abarrotada de gente, que tenía una extensa red de metro y que había grandes teatros y cines con los últimos estrenos. Pero lo que no había imaginado era la vitalidad de esta gigantesca ciudad, tan distinta del ambiente grisáceo de la vida en provincias a la que estaba acostumbrada. Los jóvenes aquí parecían más jóvenes y estaban llenos de ideas revolucionarias que no dejaban de sorprenderme.

El colegio mayor estaba bien. Lo regentaba una congregación de franciscanas, por supuesto. Mis padres jamás habrían consentido si no en enviarme a Madrid. Un nombre que para ellos iba asociado al vicio y al fornicio. De hecho, llegar hasta aquí me había costado más de dos años de paciente labor de zapa. Y eso que tuve suerte; si hubiera nacido justo detrás de mi hermana mayor, que me saca diez años, habría sido del todo impensable. Julia ni siquiera tuvo la oportunidad de estudiar una carrera. En cuanto salió del colegio, se casó con su novio de toda la vida y ahora tenía tres hijos, todos varones, y en mi modesta opinión de niñera mal pagada, bastante insufribles. Claro que la opinión de mis padres difería mucho de la mía; según ellos, mi hermana Julia era el modelo a seguir.

—Entonces, ¿te apetece dar un voltio esta noche?

La cabeza teñida de rubio platino de Marga —que intentaba en vano que todo el mundo la llamara Blondie como una banda americana, de la que yo no había oído hablar hasta que la conocí, cuya cantante lucía un color de pelo similar— asomó por la puerta. Yo era más de Abba y Umberto Tozzi, pero en cuanto mi nueva amiga echó un vistazo a mis cintas, las hizo a un lado con cara de asco y ahora me obligaba a escuchar en su inmenso radiocasete, que llevaba a todas partes apoyado en el hombro, como un pirata a su loro, una música que me traía a la mente gatos maulladores y gemidos de moribundo.

—¿Cuál es el plan?

Pregunté sin prestar mucha atención, demasiado concentrada en añadir la

cantidad justa de esencia de caléndula a la mezcla de margarina, aceite de aguacate y otros ingredientes secretos. Llevaba días experimentando y estaba convencida de que, por fin, había dado con la receta perfecta para mi nueva crema hidratante de cuerpo.

—Estaría bien que te olvidaras un rato de tus potingues. A este paso, te vuelves a tu pueblo igual de ñoña que llegaste.

Marga se dejó caer sobre mi cama, sacó un espejito de un bolsillo de la chupa de cuero falso y empezó a retocarse la sombra de ojos. Era un año mayor que yo y, sorprendentemente, pese a lo distintas que éramos y las circunstancias adversas en las que nos habíamos conocido, nos habíamos hecho muy amigas.

Con «circunstancias adversas» me refiero a que, como todas las nuevas del colegio mayor, yo también había tenido que someterme a una ronda de novatadas más o menos graciosas. Marga era la líder de las veteranas. La primera vez que se acercó a mí, me cascó un huevo en la cabeza y luego me roció con un paquete de harina, antes de informarme de que tenía terminantemente prohibido lavarme la cabeza en una semana.

Como el resto de las novatas ya me habían advertido, decidí tomarme la cosa con buen humor y me pasé la semana con el pelo hecho una masa repugnante. Hasta tal punto que, aunque fuera el único asiento vacío, nadie se sentaba a mi lado en el autobús.

Pensé que con eso ya había cumplido con el apartado novatadas, pero me equivoqué. Al parecer, Marga la había tomado conmigo. Luego me confesó que fue mi aspecto de pureta —algo así como una mojjigata— y el hecho de que no me enfadara nunca lo que la ponía de los nervios. En fin, para hacer corta una historia larga, la siguiente fue el reloj de cuco. Un instrumento de tortura, algo básico, pero eficaz.

Todas las noches, Marga, acompañada por otras veteranas, venían a mi habitación y me obligaban a encerrarme en el altillo del armario. Mientras ellas charlaban y oían música sin dejar de fumar, yo debía quedarme ahí encerrada hasta que una de ellas gritaba:

—¡Cuco!

Entonces tenía que abrir las dos puertas de madera y asomarme para lanzar mi «cucú». Había noches que se iban enseguida, pero otras se quedaban hasta las tantas. Ni que decir tiene que mis clases en la facultad de farmacia se resintieron por la falta de sueño. Mi profesor de bioquímica me pilló un día dormitando de

bruces sobre el pupitre. Por supuesto, me echó de clase sin hacer caso de mis explicaciones y me prohibió volver hasta el comienzo de los exámenes.

No sé qué habría sido de mis estudios si una de esas pocas noches en las que Marga y su pandilla no habían venido a visitarme, no hubiera oído una llamada de auxilio a eso de las tres de la madrugada. Jurando en hebreo y zombi perdida, me asomé al pasillo para ver de dónde provenía y, al abrir la puerta en cuestión, me encontré a Marga colgando de la ventana con medio cuerpo fuera y medio dentro de la habitación. Por lo visto, había salido de juerga y había dejado la ventana de guillotina entreabierta para poder volver a entrar en su dormitorio sin que nadie se enterara, pero con el frío que había hecho esa noche la ventana se había quedado atascada y, al tratar de colarse por el hueco diminuto, la que se había quedado atascada durante más de dos horas había sido ella.

Por primera vez en mi vida saboreé, sintiéndome poderosa, el dulce néctar de la venganza. Abrí la boca, dispuesta a dar la voz de alarma y dejar que las monjas se encargaran de mi torturadora, pero la cerré casi al instante. Lo cierto es que me dio pena verla así, pelada de frío y con la pintura corrida de tanto llorar, y decidí apiadarme de ella. Y, como siempre dice mi madre: «las buenas acciones llevan aparejada su propia recompensa». A partir de esa noche, se acabaron las novatadas y gané una amiga para toda la vida.

—Hay un concierto en la Poli. Entrada con derecho a privar. Irá mogollón de basca. ¡Va a ser total!

Me quedé un rato pensando mientras traducía en mi cabeza ese nuevo lenguaje al que apenas empezaba a acostumbrarme: «concierto en la Universidad Politécnica. Entrada con derecho a bebida. Irá un montón de gente. Va a ser un éxito».

Olisqueé el cuenco que contenía la mezcla con satisfacción; el aroma era agradable y discreto, y la textura, perfecta.

—No sé, seguro que termina tardísimo y yo enseguida me muero de sueño.

—¡Enróllate, colega, no seas muermo! —Marga me lanzó una mirada desaprobadora—. ¿Vas a pasarte toda la vida apalancada en el *keo*?

Volví a concentrarme: «venga, no seas aburrida. ¿Vas a pasarte la vida metida en tu casa (en este caso, en tu dormitorio)?».

Me encogí de hombros.

—Ya sabes que no entiendo nada de esa música que oyes tú.

—¿Cómo que no, tía? Te recuerdo que en los últimos meses he estado

ocupándome de tu educación musical. Actúan entre otros: Tos, Alaska y los Pegamoides y Nacha Pop, que los conoces de sobra. ¡Vas a flipar en colores! Además vienen unos colegas guays. Ya va siendo hora de que conozcas tíos interesantes y no solo a los hijos de los amigos de tus padres, que son un rollo macabeo.

En eso Marga llevaba algo de razón. Mi madre debía haber recurrido a toda su agenda de contactos en Madrid, porque enseguida me habían llamado media docena de señoras para organizarme algún plan con uno de sus hijos o algún familiar casadero. Había salido con tres de ellos al cine o de tapas, y la experiencia no me había dejado ganas de repetir. Todos eran muy educados y decentes, pero la verdad es que me había aburrido como una ostra en aquellas citas. De hecho, la sexta o décima vez que bostecé en una de esas ocasiones, mi acompañante, que estudiaba medicina, me preguntó si tenía algún tipo de trastorno de la articulación temporomandibular.

—Está bien —asentí al fin, al tiempo que pasaba la mezcla a un tarro de cristal, con cuidado de no desperdiciar ni una gota—. Iré a ver el ambiente. Solo espero que no termine demasiado tarde, no me gustaría llegar después del toque de queda. Si las monjas llaman a mis padres, no les va a hacer ni pito de gracia.

—¡*Nasty* de *plasty*! —Marga negó con la cabeza muy convencida—. Fijo que a la una estamos de vuelta.

De pronto frunció el ceño, y me miró como si acabara de ocurrírsele una idea horripilante.

—Eso sí. No puedes ir así vestida.

Sorprendida, bajé los ojos y los posé en la falda escocesa que me había traído de Londres mi tía Pili, que me llegaba un dedo más arriba de la rodilla.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a esta falda? Cuando la estrené mi madre casi me prohíbe salir a la calle. Mis amigas de Burgos habrían matado por mi modelito; les parecía lo más.

Marga alzó las palmas de las manos y los ojos al techo, como pidiendo paciencia.

—Igual a María, la de *Sonrisas y lágrimas*, también le parecería lo más, pero te recuerdo que la pobre quería ser m-o-n-j-a. —Lo deletreó levantando mucho las cejas, para resaltar hasta qué punto le parecía inconcebible semejante aspiración—. Si vas con esas pintas se reirán de ti. Voy a ver qué tienes en el armario.

Tardó medio minuto en examinar y descartar mi reducido vestuario.

—Vamos a mi cuarto. —Eché un vistazo a su aparatoso reloj de pulsera, cuya correa era una cadena de cuero negro con pinchos metálicos que le daba dos vueltas a la muñeca—. Por suerte, vamos bien de tiempo. Eso sí, voy a tener que currármelo mogollón.

—Vaya, muchas gracias.

Hice una mueca, cogí el tarro y la seguí a su habitación.

## 2

Dos horas después, examinaba mi reflejo en el diminuto espejo colgado sobre el no menos diminuto lavabo que había en cada dormitorio, tratando de verme desde todos los ángulos posibles con la ayuda de un espejito de mano redondo.

—Marga, no sé...

Por enésima vez, tiré de la minifalda de escay negro que me llegaba a medio muslo en un vano intento de bajármela un poquito. Las medias de color rojo no eran suficientes para eliminar la horrible sensación de ir medio desnuda, y menos aún esa especie de corsé de encaje negro con el que apenas podía respirar y que dejaba demasiada carne al descubierto.

—Tonterías, ¡estás total! De hecho, esa falda te queda mucho mejor que a mí. Tus piernas son larguísimas, pero no me das envidia, al fin y al cabo, yo tengo las pechugas mucho más grandes —dijo visiblemente satisfecha, al tiempo que se tiraba un poco del escote del ajustado vestido con estampado de leopardo—. Y ya lo dice el refrán: «Dos tetas tiran más que dos carretas». ¿A que sí, troncas?

Como todos los viernes, el pabellón B era un hervidero de chicas que se arreglaban para salir. Todas hablábamos a gritos e intercambiábamos prendas y útiles de maquillaje. Rita y Patricia, dos componentes del clan de las gallegas que habían entrado a pedir un secador y se habían quedado a charlar y a fumar mientras cambiaban las cintas del radiocasete de Marga, asintieron con gravedad.

Fascinada con el reflejo que me devolvía el espejo, giré la cabeza a un lado y al otro, incapaz de apartar los ojos de ese pelo cardado, que multiplicaba por dos el volumen de mi cabeza, sujeto con un pañuelo atado a la altura de la sien. Los gigantescos aros dorados que adornaban mis orejas destellaron con el movimiento.

Al menos, Marga me había pintado los labios del mismo tono rojo del pañuelo, no como ella, que los llevaba negros. Mis ojos, con un exceso de sombras y máscara de pestañas, parecían más verdes y rasgados que nunca. La

verdad era que estaba muy guapa, aunque mi aspecto era tan distinto del mío habitual que si mi madre me hubiera visto en ese momento no me habría reconocido. Y casi mejor, porque sin duda habría corrido a llamar a don José, el párroco, para que me hiciera un exorcismo.

—Como nos pille la sor no nos deja llegar a la puerta —dije al fin, sin poderme creer del todo que estuviera considerando en serio la posibilidad de salir a la calle vestida de esa guisa.

—¿Se puede?

Era una forma de hablar porque la puerta estaba abierta, así que la recién llegada se dejó caer en la silla que había frente al escritorio sin esperar respuesta y estiró las largas piernas.

—¡Qué guapa estás, Lili! ¿Vais a salir?

Marga puso los ojos en blanco.

—No, nos hemos arreglado así para ir a tomar el té con la sor.

—Vamos a un concierto, Carmen —me apresuré a intervenir con amabilidad.

Carmen, la chica más alta del colegio mayor, a la que habían tenido que poner una cama especial para que no le colgara por fuera del colchón más de cuarenta centímetros de pierna, me daba bastante pena. Era un cerebritito, pero todo lo que tenía de lista lo tenía de inepta social, la pobre. Tampoco era demasiado agraciada, así que solía ser el pim pam pum de la mayoría de las residentes. Yo la había defendido un par de veces de algún comentario especialmente cruel y, desde entonces, me seguía a todas partes, con la adoración de un perrillo falto de cariño.

—Un concierto. Jó, qué suerte...

En su cara, alargada como la de un caballo, se dibujó una expresión de anhelo que resultaba difícil de resistir, así que me volví hacia Marga, esperanzada, pero, antes siquiera de poder abrir la boca, mi amiga afirmó tajante:

—No, no puede venir con nosotras. Toma, ponte mi chupa.

Lo sentí por Carmen, pero lo de la chupa me alegró en el alma; al menos así podría tapar un poco ese escote indecente. Me puse la cazadora negra y subí la cremallera todo lo que pude.

—Y tú, ¿qué te vas a poner? Aún hace mucho frío.

—Mira.

Rebuscó un poco en el terrible desorden que era su armario —juro que en la

habitación de Marga he visto rodar pelusas del tamaño de esos matojos rodantes que salen en las pelis del Oeste—, y por fin sacó una chaqueta de estilo militar, con unas gigantescas charreteras doradas.

—¡Qué *flash*, tía! ¡Mola mogollón! —chillaron las dos gallegas, emocionadas, sin dejar de acariciar con admiración los esplendorosos flecos.

Pero Marga las apartó con un par de manotazos.

—Hala, hala, ya está bien. Que me la desgastáis. Bueno, nosotras nos abrimos ya. Venga Lili —me hizo una seña, impaciente —que a este paso no llegamos.

Al salir se vio obligada a ponerse de perfil para que las exageradas hombreras de su chaqueta, a las que había añadido un par de hombreras más debajo del tirante del sujetador, no chocaran contra el vano de la puerta.

—¡Que lo paséis genial! —gritó Carmen quién, a pesar de todo, no era nada rencorosa.

—¡Gracias, Carmen!

Le tendí el tarro de crema con la orden de que se la extendiera por todo el cuerpo antes de acostarse —por si fuera poco, la pobre sufría también de dermatitis atópica, y a menudo el picor no la dejaba dormir—, y me apresuré a seguir a Marga por el pasillo todo lo rápido que me permitían los afilados tacones que mi amiga me había obligado a ponerme.

En la calle hacía frío, pero no teníamos dinero para coger un taxi de ida y otro de vuelta y, a esas horas, el autobús quedaba descartado por la escasa frecuencia del servicio. De todas formas, la Escuela de Caminos no quedaba lejos del colegio mayor, así que fuimos andando por las calles mal iluminadas.

—Qué biruji, leñe, ya estoy empitonada perdida.

—¿Empitonada?

Todavía no era capaz de descifrar todo el vocabulario de la jerga moderna de mi amiga.

—Que con este frío tengo los pezones como las puntas de los cuernos de un Miura.

—¡Hija, Marga, qué bruta eres!

—¡Ay, la señorita de pueblo, que se me escandaliza! —se burló de mí sin piedad.

Por más que le repetía que Burgos no era ningún pueblo, sino una ciudad de

más de cien mil habitantes, para ella, todo lo que no fuera Madrid, no era más que un villorrio de mala muerte. Eso sí, estaba decidida a ponerme cuanto antes en la órbita de la modernidad, para lo cual había empezado por cambiarme el nombre.

En realidad, yo no me llamaba Lili, sino Leonor. Pero, según ella, con ese nombre, que parecía de la época en que Machín atacó con las maracas, no iba a llegar muy lejos. Me defendí diciendo que con acabar la carrera de farmacia y poder elaborar mis propias cremas ya iba más que sobrada —yo siempre había sido una fanática de los mejunjes de belleza fabricados con componentes naturales. En eso salía a mi abuela, a la que en otros tiempos habrían quemado en la hoguera por bruja. Pasábamos los veranos en Orbaneja del Castillo, y las dos subíamos al monte casi a diario, a recoger hierbas y plantas medicinales con las que ella elaboraba cremas, cataplasmas y todo tipo de pociones, incluidas las de amor—, pero, por supuesto, Marga había descartado mis humildes aspiraciones con un gesto desdeñoso. Ella en cambio, a pesar de que estaba en tercero de derecho, soñaba con convertirse en una estrella del *punk-rock*. El caso es que ahora todo el mundo me llamaba Lili y, la verdad fuera dicha, me encantaba tener nombre de flor.

—Tengo hambre, frío y me duelen los pies —protesté, al tiempo que trataba en vano de subir un poco más la cremallera de la cazadora. Marga la Tirana me había obligado a quitarme mi vieja bufanda de lana antes de salir.

—¡Bah! —replicó mi amiga, inmovible—, ya papearemos algo por ahí. Seguro que alguno de los colegas se enrolla y nos invita a un bocata.

Un cuarto de hora después, llegamos a la facultad de Caminos. La cola para entrar en el salón de actos era considerable, pero Marga me agarró del brazo y me arrastró hasta la cabecera, donde un grupo de chicos vestidos de negro bromeaban entre ellos sin dejar de dar caladas a sus cigarrillos.

—¡Hola, troncos!

—¡Hola, Marga! —la saludó uno de ellos, apartando con un movimiento de cabeza el tupé pelirrojo de tamaño considerable que le caía sobre la frente pecosa—. Dichosos los ojos.

—¡Oye, vosotras dos, a la cola pepsicola! —dijo el tipo que controlaba las entradas.

—Venga, tío, enróllate un poquito. —Marga sacó pecho y lo miró con un mohín encantador.

Ante semejante poderío, el hombre parpadeó deslumbrado y nos dejó pasar.

El salón de actos estaba abarrotado. Todas las butacas estaban ocupadas y la gente se arracimaba de pie en los pasillos. El humo del tabaco formaba una niebla de considerable densidad, y el ruido de las conversaciones resultaba ensordecedor. Marga tuvo que presentarme a gritos a sus amigos.

—Toño —ese era el pelirrojo—, Manu y Paco. Esta es Lili.

—Bienvenida, Lili. —Me lanzaron una serie de miradas apreciativas, y cada uno de ellos me dio un par de besos en las mejillas.

—Y Jaime, ¿no va a venir? —La decepción en la voz de mi amiga era patente.

—Está hablando con Antonio Vega y Alaska. Han elegido a su banda para actuar de teloneros.

—¡Teloneros, qué chachi piruli! —Marga se volvió hacia mí y me gritó al oído—: Ya verás cuando conozcas a Jaime. Le da mil vueltas a todos estos.

Pero a mí los chicos me habían caído bien, y a los pocos minutos todos charlábamos y reíamos muy a gusto. Uno de ellos se ofreció a canjear nuestras entradas por unas bebidas y enseguida volvió con un cubata para Marga y una coca-cola para mí.

—Tía, de verdad —dijo Marga con una mueca impaciente—. Por un día que te tomes un cubata no te vas a morir.

Me encogí de hombros y le di un trago a la coca-cola, que no estaba demasiado fría.

—No me gusta el alcohol. Qué le voy a hacer. Donde esté una tisana de manzanilla con anís...

En ese momento se apagaron las luces y empezó la actuación. Era el primer concierto al que iba en mi vida y fue increíble. El equipo de sonido no era demasiado sofisticado, y en más de una ocasión se oyó un ensordecedor chirrido de lo más desagradable al acoplarse uno de los micrófonos al amplificador. Pero, dado el entusiasmo que mostraba el personal, era evidente que los que estábamos allí habíamos ido a disfrutar y no a poner pegas.

En realidad, algunas actuaciones eran muy buenas y otras francamente malas. Sin embargo, todos bailábamos y saltábamos al ritmo de la música sin parar mientras algunos miembros del público —que no me pregunten por qué— escupían a cada rato a los cantantes. A estos, por otra parte, no parecía importarles demasiado y no dudaban en devolver los escupitajos con la misma

generosidad. Hacía mucho que no me divertía tanto y, para mi gusto, acabó demasiado pronto.

Marga se volvió hacia mí.

—¿Qué? ¡No me digas que no ha sido *demasié pal* cuerpo!

—*Demasié* —repetí aún sin aliento.

—¿Qué te han parecido los Tienes Cara de Culo de Mandril?

—¿Eh? —No recordaba a ningún grupo con semejante nombre.

—La banda de Jaime, tía. El cantante que se lió a escupir al público mientras les tiraba todo tipo de cosas.

—¿Ese era Jaime?

Recordé a un chico bajito con ojos de loco y pelos de punta. Menuda decepción.

Marga hizo un gesto de impaciencia.

—Tronca, no te enteras. Jaime es el bajista.

Pero en el bajista no me había fijado. Estaba demasiado entretenida con el energúmeno del solista que se había quitado la camisa, las botas y el cinturón, y los había lanzado desde el escenario a un público que enloquecía de entusiasmo cada vez que le caía una nueva prenda y que, en prueba de agradecimiento, le enviaba de vuelta una nueva lluvia de escupitajos.

Justo entonces, el gentío nos separó y me encontré hablando con Manu, el más rellenito de los tres.

—No acabo de situar tu estética en ninguna de las tribus habituales. —Sus ojos se detuvieron con interés sobre mi escote y me apresuré a tirarme del corsé hacia arriba, incómoda—. ¿Eres más de *glam-rock* o de *pop-punk*?

Me encogí de hombros sin saber muy bien qué contestar.

—¿O quizá lo tuyo es la *new wave*?

Volví a encogerme de hombros, pero Manu no era de los que se dan por vencidos a la primera, así que siguió:

—¿*Rockabilly*, *punk-rock*, *techno*...?

No sabía muy bien de qué me estaba hablando, pero aquel interrogatorio tenía pinta de no ir a acabar nunca, así que me salí por la tangente.

—Si te soy sincera, yo soy más del folclore burgalés.

El amigo de Marga puso tal cara de decepción que me sentí ligeramente

culpable, pero antes de que pudiera decir algo que lo animara, una voz grave sonó junto a mí.

—Manu, tronco, deja de darle la barrila a esta pobre chica.

Me volví y vi a un chico alto y delgado, con unos brillantes ojos oscuros delineados con lápiz negro, que nos miraba con una sonrisa increíblemente atractiva que hizo que unas mariposas que no sabía que había en mi estómago levantaran el vuelo en desbandada. Calculé que tendría un par de años más que yo.

—No me está dando la barrila.

Me apresuré a defender al pobre Manu de ese desconocido cuya sola presencia, no sabía por qué, estaba produciendo semejante revuelo de insectos voladores en mis entrañas.

—No mientas, monada —se burló el recién llegado, al tiempo que se apartaba de la frente un mechón de pelo negro, que llevaba bastante más largo que los chicos con los que solía relacionarme.

—Yo no miento.

Levanté la barbilla y le sostuve la mirada. Nunca había visto a un hombre con los ojos pintados.

—Mejor, me gustan las monadas que son sinceras. ¿Cómo te llamas, si puede saberse?

Se notaba a la legua que estaba acostumbrado a que las chicas cayéramos desmayadas a sus pies, pero yo no iba a darle esa satisfacción, pese a que notaba un peculiar tembleque en las rodillas.

—No suelo decirle mi nombre a los desconocidos —repliqué con frialdad, pero en ese momento llegó Marga y se abalanzó sobre «mi» desconocido como una perra en celo.

—¡Jaime! ¡Habéis estado guay! ¡Ha sido un alucine! —Y siguió con las alabanzas durante un buen rato.

No sé por qué, semejante despliegue de entusiasmo estaba empezando a fastidiarme, pero, por fin, él se liberó de los brazos que se aferraban a su cuello a modo de tentáculos de pulpo, y se volvió hacia mí.

—¿No me presentas a tu amiga misteriosa? —Esa sonrisa maliciosa, de dientes muy blancos y bien colocados, le daba un aire aún más seductor.

Los ojitos de mono sabio de mi amiga Marga pasaron de él a mí y vuelta con

indisimulada curiosidad.

—Lili, este es Jaime, el bajista de Tienes Cara de Culo de Mandril.

—Hola, Jaime.

—Hola, Lili —respondió él con idéntica formalidad, pese a que los ojos oscuros seguían chisporroteando con ese brillo travieso que, una vez más, tuvo un efecto peculiar sobre mi estómago.

—Bueno, ahora que estamos todos reunidos, ¿qué os parece que nos vayamos a algún antro dónde podamos papear algo?

Todos asentimos con entusiasmo a aquella sugerencia y los cinco nos apretujamos en el destartado Simca 1000 de Paco. Jaime iría por su cuenta en una Ossa roja que, por lo visto, era la envidia del resto de los chicos de la pandilla. Según Marga, que Jaime te diera un rulo en su moto era la aspiración de toda petarda que se preciara.

De hecho, una de esas petardas iba de paquete en ese momento, aferrada a la cintura del bajista de Tienes Cara de Culo de Mandril como si le fuera la vida en ello. Una morena con aires de diva, una permanente a lo Olivia Newton-John, y una minifalda tan corta que no me explico cómo había podido separar las piernas lo suficiente para subirse a la moto.

«¡Bah!», me dije muy digna. «Puede que todas suspiren por montar en su moto, pero yo, desde luego, no». Además, mis padres me habían prohibido terminantemente subirme a uno de esos cacharros infernales.

Marga, que iba sentada sobre el regazo de Toño, aprovechaba cualquier oportunidad para frotar sus abundantes atributos contra el pecho algo esmirriado del pelirrojo. Saltaba a la vista que iba buscando guerra. Según me confesó una vez, lo había hecho ya con dos chicos distintos.

—¿El qué? —había preguntado yo, más inocente que Heidi corriendo por las montañas, seguida de cerca por sus cabritas.

Marga levantó las cejas varias veces con expresión pícara. Hasta que, de pronto, caí en la cuenta de a qué se refería. Noté que me ponía como un tomate y ella soltó una risita de superioridad de lo más irritante.

—Estás loca —dije horrorizada—. ¿Y si te quedas embarazada?

—Mira.

Abrió su bolso con aire misterioso y sacó una especie de monedero. Dentro había unos paquetitos cuadrados. Cogí uno, no pesaba nada.

—¿Qué son? —pregunté muerta de curiosidad.

—Condomes. ¿No habías visto ninguno?

Hice un gesto negativo con la cabeza. En Burgos, desde luego que no. Quizá el que me hubiera educado en un colegio católico solo para chicas tuviera algo que ver, pero lo más que solían llevar mis amigas en el bolso era una estampita de Santa María La Mayor.

—Me los consigue una amiga que curra en una farmacia. Si necesitas alguno, no tienes más que pedirlo.

Volví a negar con la cabeza, muy convencida. A mí me habían enseñado desde pequeña que había que llegar virgen al matrimonio.

—Ya veremos —dijo con ese aire de: «yo sé mucho más que tú de la vida, bonita», que empezaba a repatearme.

La escuché lanzar una risita provocativa mientras se frotaba un poco más contra Toño. Solo esperaba que no le diera por hacer experimentos guarrindongos esa misma noche; quedaban dos horas para el toque de queda y si nos cerraban la puerta, a la sor le faltaría tiempo para comunicárselo a mis padres al día siguiente. Además, después de la complicada explicación que me había dado sobre los famosos condones, tenía serias dudas sobre su eficacia. Y por mucho que Marga presumiera de lo liberal que era la gente de Madrid, yo estaba segura de que ser madre soltera aquí sería tan terrible como en mi tierra.

### 3

Nos costó encontrar un hueco para aparcar cerca del «Pentagrama», más conocido como «el Penta». Un bar de copas en Malasaña que, según Marga, era guay del Paraguay. Lo cierto era que el local estaba a reventar —por lo visto, además de los grupos que habían actuado, el público del concierto al completo también había decidido pasarse luego por allí— y rogué a los cielos que pudiéramos conseguir un bocadillo o algo para comer, porque estaba al borde del desmayo.

Yo es que era de las que si no me alimentaba cada tres horas sufría desvanecimientos. De hecho, mi madre me había llevado a todos los especialistas de la provincia por si era diabética o algo así, pero hasta el último de ellos había coincidido en el diagnóstico: la niña era, simplemente, una tragona.

Al contrario que nosotros, Jaime y la petarda no habían tenido problemas para aparcar. La moto estaba en la puerta y, cuando entramos, los vimos saludando a un montón de gente. Bueno, en realidad era Jaime el que parecía conocer a todo el mundo. Hasta la famosa Alaska se acercó a charlar un rato con él en un momento dado.

¡Lo que hubiera dado yo por tener una máquina de fotos con carrito para poder presumir cuando fuera a casa de vacaciones! Mi único consuelo era que a mis amigas, si las sacabas de Mocedades o Jarcha, se perdían.

Conseguir mesa fue imposible, así que nos quedamos cerca de la barra. Reunimos entre todos unos cuantos billetes y monedas, y mandamos a Paco y a Toño de avanzadilla a buscar las bebidas y algo de comer. El ruido de la música y las conversaciones apenas nos permitía oírnos unos a otros, y entre los gritos que tenía que pegar y el ambiente cargado de humo, me hice el propósito de hacer unas gárgaras con agua con sal al llegar, para no quedarme afónica perdida.

—Se han quedado sin papeo. Solo tenían esto. —Paco nos mostró un cuenco lleno de cacahuetes.

Al oír a Paco, mi estómago rugió como un dragón enfurecido. Por fortuna,

con el jaleo que había allí, el humillante estruendo de mis tripas pasó desapercibido. Para más inri, el cuenco era diminuto. Todos a una, nos abalanzamos sobre los cacahuets, que desaparecieron en tiempo récord.

—No pongas esa cara de pena, Lili, traigo refuerzos.

Tan oportuno como un hada madrina, pero en chico, Jaime apareció a mi lado sosteniendo un plato con dos bocadillos de jamón serrano cortados en varios trozos que repartió equitativamente.

—Gracias —conseguí gruñir apenas, antes de inclinarme sobre el mío y comerme más de la mitad de un mordisco.

Otro mordisco, y desapareció por completo.

—Creo que a partir de ahora te llamaré Lili la Piraña.

Levanté la vista ligeramente avergonzada por mi falta de contención y descubrí a la petarda —que por lo visto se llamaba Vicky y que, según Marga, se la había ligado Jaime en un concierto hacía un par de meses y ahora no podía quitársela de encima ni con agua hirviendo— mirándome con desprecio.

—Anda tómate este también.

Jaime, que no había dejado de observarme con una sonrisa burlona mientras devoraba como una de esas pirañas de las que hablaba, me ofreció su parte.

Salivando, miré el trozo de bocata y, con un esfuerzo heroico, lo rechacé.

—No es necesario, gracias. Estoy llena —mentí como una bellaca y le di un largo trago al cubata que Toño me había puesto en la mano.

No me gustó demasiado el sabor, pero esperé que el ron con coca-cola llenaría un poco el vacío de mi estómago.

Era difícil hacerse oír por encima de aquel barullo si no era por la persona que tenías al lado. En mi caso Jaime, porque Marga, que estaba al otro lado, no paraba de tontear con Toño.

Lo cierto era que, cada vez que se acercaba para decirme algo al oído, se me erizaban los pelos de la nuca. Yo había tenido un noviete en Burgos que solía esperarme en la puerta del colegio para acompañarme a casa, donde nos despedíamos con un casto beso en la mejilla, pero la sensación no era ni parecida. Había oído hablar de una cosa llamada «atracción sexual»; sin embargo, hasta ese momento no había entendido su significado. Vicky debía haber notado algo de lo que estaba ocurriendo delante de sus narices, porque las miradas que me lanzaba eran de odio auténtico, puro y sin destilar, pero yo

estaba demasiado fascinada por aquellas novedosas sensaciones y no le hice ni caso.

Mis dedos cosquilleaban con el deseo de apartar el mechón indomable que se empeñaba en resbalar sobre la frente de mi interlocutor y, cada vez que posaba sobre mi rostro esos brillantes ojos oscuros, delineados dramáticamente con lápiz negro, me costaba respirar.

Me sentía como si flotase y dudo de que fuera por el ron, a pesar de que no acostumbraba a beber y de que, a una seña de Jaime, uno de los camareros me había traído otro cubata. No. No tenía ninguna duda: era el chico que reía a mi lado el que producía aquel extraordinario efecto en mí.

No recuerdo de qué hablamos ni de qué nos reíamos tanto. Solo sé que pasaron las horas sin sentir y que cuando me acordé de echar un vistazo al reloj pensé que se me paraba el corazón.

—¿Qué pasa? —A Jaime no se le había escapado mi expresión horrorizada.

—Tengo que irme. Es tardísimo. El toque de queda es a la una. —Miré a mi alrededor desesperada; no había ni rastro de mi amiga—. ¿Has visto a Marga?

—La última vez que la vi estaba morreándose con Toño. Seguro que han ido al coche a enrollarse.

Al oír aquello, me di media vuelta y, sin despedirme siquiera, me abrí paso a base de codazos en dirección a la salida.

Jaime me alcanzó justo en la puerta.

—¿A dónde vas?

—Tengo que encontrar a Marga. Debo volver al colegio mayor cuanto antes.

Taconeeé en dirección a la calle donde pensaba que habíamos aparcado el coche, pero Jaime me agarró por el codo y me detuvo.

—Espera, no puedes ir a cortarles el rollo. Ninguno de los dos nos lo perdonaría jamás. Vamos, yo te llevaré.

—¿En tu moto? —pregunté boquiabierta.

—Claro, en mi moto.

—Pero ¿no tienes que llevar a tu...? —hice un esfuerzo para no decir «a tu petarda»—. ¿A tú amiga a su casa?

—¿Vicky? No, no es necesario.

—¿No es tu novia?

Me hubiera gustado arrancarme la lengua de un mordisco antes de hacer semejante pregunta, pero por desgracia soy de las que suelen soltar lo primero que se les pasa por la cabeza. Un terrible defecto que, a pesar de los innumerables castigos que me habían caído por ese motivo, mi madre no había sido capaz de corregir.

Lo vi sonreír con aire complacido y maldije en silencio. Saltaba a la vista que se había dado cuenta de mi interés.

—No, no tengo novia.

Me encogí de hombros como si no tuviera demasiada importancia, aunque mucho me temía que ya era un poco tarde para hacerme la dura.

—De todas formas, no puedo ir en moto. Si se enterasen mis padres les daría un ataque.

Jaime miró a uno y otro lado de la calle con mucha atención.

—No veo a tus padres por aquí...

Me mordí el labio, fastidiada. Acababa de quedar como la típica pueblerina que se asusta por todo. Menos mal que Marga no estaba ahí para echarme la bronca.

—Es solo...

Pero no me dejó seguir con mis explicaciones.

—Mira, Lili, es obvio que eres una buena chica que obedece siempre a sus papás. —A juzgar por el brillo burlón de sus ojos, su afirmación no era un cumplido, precisamente—. Pero por desgracia ellos están en León...

—Burgos —lo corregí.

—En todo caso, a más de doscientos kilómetros y tú estás aquí y, encima, tienes un grave problema.

Eso desde luego era cierto. No quería ni pensar en que mis padres se enterasen de que había llegado a las tantas al colegio mayor y me obligaran a volver a casa con el rabo entre las piernas.

—Está bien. Subiré en tu moto.

Ante mi evidente falta de entusiasmo, Jaime se inclinó con una reverencia de lo más teatral. Luego sacó una llave del bolsillo y abrió el gigantesco candado, se subió a la moto y la arrancó de una enérgica patada. El estrépito del motor resonó en la calle de la Palma.

—Sube.

Obedecí con precaución. Era la primera vez que me subía a una moto y mi minifalda, tan estrecha, no ayudaba lo más mínimo.

—Ahora agárrate bien.

Le rodeé la cintura con los brazos, procurando no apretar demasiado no fuera a ser que pensara que era una fresca. Sin embargo, en cuanto la moto salió disparada calle abajo, me aferré a él con todas mis fuerzas, escondí la cara contra su cazadora, que olía a cuero y a tabaco, y me puse a rezar.

Al cabo de unos minutos, al ver que todavía no habíamos chocado contra ningún muro, me atreví a abrir los ojos y a mirar a mi alrededor. La moto rugía a toda velocidad por las calles casi desiertas y, de pronto, la combinación del aire frío en la cara y el pelo volando detrás de mí me produjo una increíble sensación de libertad que me hizo lanzar una carcajada.

Llegamos al colegio mayor en un tiempo récord, pero, aunque había esperado contra toda esperanza encontrarla abierta, eran las dos y media de la madrugada y la puerta estaba cerrada a cal y canto.

Desolada, me pasé una mano por el pelo enredado. Tendría que esperar sentada en la acera a que llegaran las siete de la mañana y se formara la cola habitual de las chicas que tenían permiso para pasar la noche fuera. No quería ni pensar en lo que iban a decir mis padres cuando se enterasen.

Jaime colocó dos dedos enguantados debajo de mi barbilla y me obligó a alzar el rostro hacia él.

—No pongas esa cara, Lili.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Gracias por traerme en tu moto.

Intenté esbozar una sonrisa valiente, pero me temblaban los labios.

—¿Crees que te voy a dejar comerte este marrón tú sola? ¿Qué especie de mierdecilla piensas que soy?

Jaime movió la cabeza sin dejar de chasquear la lengua con desaprobación.

—No pienso que seas ninguna... ninguna mierdecilla. —Marga solía reírse de mí por lo mucho que me costaba decir en alto palabras malsonantes—, pero mucho me temo que esto no tiene solución; en cuanto se enteren mis padres de que he llegado a estas horas me obligarán a volver a Burgos.

—Así que piensas que todo está perdido. —Solo por el privilegio de contemplar esa seductora sonrisa me dije que valía la pena cualquier cosa que me pasara—. Veo que aún no conoces a Jaime Torres-Zárata. En un cuarto de

hora estarás metidita en tu cama como una niña buena. Espera que ponga el Pitón.

Le puso el candado a la moto, me agarró de la mano y caminamos alrededor de la tapia que rodeaba el colegio mayor.

—¿Qué buscas? —pregunté en susurros.

—Me dijiste que habías rescatado a Marga una vez que volvió tarde. Estoy seguro de que hay algún punto en el que este muro es más fácil de saltar. —Al cabo de un minuto exclamó—: *¡Efectiviwonder!*

Señaló el tronco de una acacia que crecía casi pegada a la tapia.

—Treparemos por aquí. Tendrás que quitarte los zapatos y las medias si no quieres que se te rompan.

Noté que me ponía roja y me alegré de que estuviera bastante oscuro.

—¡No mires!

Jaime se dio la vuelta muy caballeroso. Me quité los zapatos y las medias a toda prisa. Estas me las metí por el escote del corsé y guardé un zapato en cada uno de los bolsillos de la cazadora.

—Ya está —dije tiritando; la acera estaba congelada.

—Venga, sube, yo iré detrás de ti.

—Pero no mires.

Me moría de corte solo de pensarlo.

—Que no. Te lo prometo.

Empecé a trepar por el tronco. No era demasiado complicado, pero en un momento dado me atasqué y a Jaime no le quedó otra que ponerme la mano en el trasero para empujarme.

Estaba convencida de que si esa noche no moría de frío, lo haría de vergüenza, pero, por fin, conseguimos encaramarnos al muro.

A horcajadas, me aferré al remate irregular de yeso y miré hacia abajo. El corazón me latía alborotado en el pecho, pero en esta ocasión no era debido a la cercanía de Jaime sino por el pánico que me entraba solo de pensar en saltar desde semejante altura.

Jaime debió adivinar mi temor porque dijo:

—Voy primero y te ayudo.

Saltó antes de que pudiera detenerlo. Escuché una maldición ahogada, y el

ruido de las palmas de sus manos al sacudirse los pantalones.

—Venga, apoya los pies en mis hombros.

Debo confesar que no soy la mujer más ágil del planeta; ni de España; ni de Burgos; ni siquiera la más ágil de mi clase. Es más, la única asignatura que había suspendido en mi vida era la de gimnasia.

—Creo... creo que no voy a poder —susurré paralizada.

—Claro que puedes, Lili. Confía en mí, yo te sujeto.

Muerta de miedo, conseguí pasar la pierna que tenía colgando por fuera al otro lado mientras volvía a dar gracias a Dios de que estuviera tan oscuro. Si no, Jaime no se habría perdido detalle de mi ropa interior de algodón blanco —bueno, más bien gris por los lavados— a la que Marga se refería como «esas horribles bragas de cuello alto que debiste robarle a tu tía abuela la monja».

Con el pecho apoyado en la parte superior del muro, agité las piernas hasta que una nueva maldición y un dolor sordo en el dedo meñique del pie me hicieron saber que había dado con Jaime.

—Perdona.

—No pasa nada. —¿Eran imaginaciones mías, o el pobre sonaba dolorido? Logré apoyar las plantas de los pies sobre sus hombros y al instante noté unos dedos cálidos alrededor de mis tobillos congelados—. Venga, ya te tengo. Ahora vete deslizando con cuidado hasta ponerte en cuclillas sobre mis hombros.

Resoplé angustiada; ese chico debía pensar que yo era una saltimbanqui escapada de un circo. Sin embargo, intenté seguir sus instrucciones al pie de la letra. Estaba a punto de conseguirlo cuando, de pronto, me atacó una cucaracha a traición. Pegué un chillido que debió despertar a medio colegio mayor, perdí el equilibrio y no sé cómo acabé tumbada todo lo larga que era encima del pobre Jaime quien, del golpe, se había quedado sin aliento.

—Perdona —repetí con voz temblorosa.

—No... te... preocupes... —Se notaba que apenas podía hablar, y rogué a Santa María La Mayor que el impacto no le hubiera aplastado un par de costillas.

Milagrosamente, no se habían encendido las luces de todos los dormitorios ni había ninguna sor apuntándonos a los ojos con el haz de una linterna.

—¿Seguro que estás bien?

—Seguro, pero creo que si te quitas de encima podré respirar un poco mejor. Desde luego, no era lo más romántico que me habían dicho en mi vida, pero,

farfullando una retahíla interminable de disculpas, me levanté a toda prisa y le tendí una mano para ayudarlo.

Después de comprobar que ninguno de los dos nos habíamos roto nada, me puse los zapatos y nos acercamos con sigilo al edificio.

—¿En qué pabellón está tu dormitorio? —susurró.

—Por aquí —respondí en el mismo tono.

Lo guíé por detrás de la pista de tenis y señalé una ventana del primer piso.

—No vamos a poder entrar, está cerrada. —Me maldije por no haber tomado la precaución de dejarla abierta por si las moscas.

Jaime señaló una ventana unos metros más allá.

—Mira, esa está entreabierta.

—¡No podemos entrar por ahí! —Me costaba hablar por culpa del castañeteo de mis dientes—. Esa es la habitación de Rita, la matona del colegio. Si se despierta, me amenazará con chivarse a la sor si no accedo a ser su esclava lo que queda de curso.

—Tú déjame a mí. Espérame en la puerta —lo dijo con tanta seguridad, que casi me convenció de que lo conseguiría.

Trepó agarrado a una tubería que subía por la fachada con la habilidad de uno de esos mandriles que habían dado nombre a su grupo musical. En un abrir y cerrar de ojos, deslizó la ventana hacia arriba y, sin hacer el menor ruido, desapareció en el interior de la habitación.

Convencida de que esta vez no me libraba de un castigo ejemplar, me dirigí a la puerta principal sin demasiadas esperanzas. Pero no tenía que haber dudado de él. Diez minutos después, Jaime abría la puerta con una sonrisa que me hizo entrar en calor en el acto.

—Ya te dije que podías confiar en mí —dijo en voz muy baja—. Acuérdate de correr el cerrojo cuando cierres la puerta.

—Si quieres subo corriendo y te traigo una pomada que yo misma elaboro. Es increíble para prevenir hematomas.

Jaime negó con la cabeza sonriente.

—¿Estás seguro? ¿No tendrás problemas para saltar el muro desde este lado? —Lo último que deseaba era que se metiera en más líos por mi culpa.

—No te preocupes. —Me miró a los ojos y añadió muy serio—: Ha sido un placer conocerte, Lili.

—Lo mismo digo, Jaime. No sé qué habría hecho sin tu ayuda. Un millón de gracias.

—¿Gracias? ¿Eso es todo? —preguntó burlón—. No pienso irme de aquí sin mi recompensa.

Era consciente de que debíamos irnos de allí cuanto antes, pero el peligro que corríamos de que alguien nos pillase le añadía todavía más emoción a lo que llevaba camino de convertirse en la noche más emocionante de mi vida.

—¿En qué tipo de recompensa estabas pensando? —traté de sonar calmada, aunque el corazón me latía a toda velocidad.

—¿Me das un beso?

Me gustó que me lo pidiera; que no pensara que tenía derecho a lo que quisiera por haberme hecho un favor.

Asentí y, muy nerviosa, apoyé las manos sobre su pecho antes de ponerme de puntillas, posar mis labios helados sobre los suyos un segundo y dar un paso atrás. A la luz del farol de la entrada, leí en sus ojos algún tipo de emoción que no supe interpretar, pero antes de que pudiera empezar a preguntarme si había hecho algo mal él rompió el silencio.

—Gracias por tu beso. ¿Puedo besarte yo ahora?

Fruncí el ceño, confundida, pero una vez más asentí sin decir nada y cerré los ojos. Entonces Jaime me sujetó el rostro con las manos y me besó.

Y menudo beso.

Mariposas en el estómago, fuego líquido en las venas, poros de la piel erizados... De repente, ninguna de esas frases que había leído en un millar de novelas románticas era suficiente para describir la cantidad de emociones que me embargaron en ese momento.

Los labios de Jaime eran suaves y hábiles. Con delicadeza, me obligó a abrir los míos y, por primera vez, sentí la invasión de una lengua en el interior de mi boca. Sin saber muy bien qué hacer, me aferré a su cazadora de cuero y me limité a disfrutar de la maravilla de ese beso, que no quería que acabara jamás y cuando, mucho más tarde, la boca de Jaime liberó la mía, me quedé ahí quieta, con los ojos cerrados en un intento de conservar la sensación de sus labios en los míos el mayor tiempo posible.

—Buenas noches, Lili —se despidió con voz ronca—. ¿Hasta mañana?

Asentí y tragué saliva unas cuantas veces, hasta que conseguí recuperar el

habla.

—Hasta mañana.

## 4

Idílicos, inolvidables, maravillosos... es difícil encontrar un solo adjetivo que describa con exactitud cómo fueron los siguientes meses. Nos veíamos casi todas las tardes y algunas mañanas. Y cuando yo no podía porque tenía que estudiar, hablábamos por teléfono durante horas para desesperación del resto de las residentes, que esperaban impacientes su turno en la cola del pasillo.

«¡Leonor Soto, línea 2!» o «Leonor Soto, la esperan en recepción!». Los avisos metálicos que emitía el altavoz del pabellón casi a diario se habían vuelto parte de la banda sonora del colegio mayor.

Y cuando bajaba a recepción tenía que refrenarme para no saltar a los brazos de Jaime, que me esperaba muy modosito, aguantando impávido la mirada desaprobadora de la sor y los ojos llenos de lujuria de mis compañeras, que siempre se las arreglaban para estar cerca cuando venía a buscarme.

En cuanto veía su figura, alta y delgada, con su eterna chupa de cuero negro, los vaqueros ajustados y las zapatillas Converse que se caían de viejas, tenía que pellizcarme para asegurarme de que no estaba soñando. De que ese atractivo veinteañero de chispeantes ojos oscuros, aún más brillantes por el generoso uso de kohl para delinearlos, era mi chico.

Me sentía flotar en el aire. Para ser sincera, no sé cómo logré concentrarme en mis estudios durante esos meses; milagrosamente, iba aprobando —y con buena nota— primero de Farmacia.

Los días se estiraban de un modo casi sobrenatural. A menudo, iba con él a los ensayos en el garaje del batería de Tienes Cara de Culo de Mandril, que vivía en Torrelodones y tenía unos padres bastante enrollados. Por supuesto, Marga y yo éramos las *groupies* más enfervorizadas de la banda y no nos perdíamos un concierto.

En otras ocasiones, lo acompañaba a un local cutre del centro en el que el dueño, un coleccionista y vendedor de vinilos de segunda mano, les dejaba un pequeño espacio para sacar adelante el fanzine mensual, *Mierda en los zapatos*, en el que Jaime ejercía las funciones de editor jefe, redactor y dibujante. Lo cierto era que Jaime ya apenas pisaba la facultad de arquitectura; como él mismo

repetía a menudo, nunca había querido ser arquitecto. Toño, el pelirrojo novio de Marga, hacía las veces de comercial y ella lo ayudaba, aunque la revista siempre les acababa costando dinero, porque cuando se aburría de intentar convencer a la gente de que la comprase, mi amiga acababa regalándola. Manu era el chico de los recados; tan pronto traía unos cafés, como le conseguía a Jaime una caja de rotuladores a un precio increíble. Yo también contribuía a esa heterodoxa ventana de la cultura con mi pequeña columna mensual, de la que estaba muy orgullosa, en la que daba consejos y hablaba de remedios caseros para estar bellas y bellos sin necesidad de gastarse un dineral.

Otras veces, mis favoritas, éramos él y yo solos. Entonces, dábamos largos paseos por el Parque del Oeste o subíamos hasta el Templo de Debod, donde no resultaba difícil encontrar un rincón protegido de ojos indiscretos en el que besarnos apasionadamente. O, si el tiempo no acompañaba, hacíamos manitas en el Café de Ruíz toda la tarde, frente a un par de cañas.

Los domingos paseábamos entre el gentío que abarrotaba El Rastro, en busca de algún tesoro escondido entre la increíble colección de cachivaches variopintos que exhibían los puestos y las tiendas. Teníamos nuestros sitios favoritos, nuestro propio lenguaje, hablábamos de nuestros proyectos y de nuestros sueños a todas horas, reíamos sin parar... En resumen: éramos jóvenes, estábamos enamorados y teníamos toda la vida por delante, ¿qué más podíamos pedir?

Pero, como sucede en todos los edenos desde el principio de los tiempos, en el Paraíso siempre hay una serpiente. Y la bicha que arruinó el nuestro, se hizo esperar unos meses, hasta que, finalmente, llegó reptando sobre su vientre y lo envenenó todo a su paso.



La primavera estaba muy avanzada y las últimas dos semanas las había pasado recluida en la biblioteca, sin parar de estudiar para los exámenes finales. Después de terminar el último esa misma mañana, habíamos decidido celebrarlo por todo lo alto. Nos dimos un homenaje en Casa Mingo, a base de pollo y cerveza, y luego Jaime sugirió que fuéramos a su casa.

Acepté llena de curiosidad. Como la mayoría de la gente de nuestra edad, Jaime vivía con sus padres, aunque soñaba con hacer una gira con el grupo e independizarse en cuanto empezara a ganar un poco de dinero. Por el modo en que hablaba de ella, se notaba que Jaime adoraba a su madre, pero, como él mismo me había contado, la relación con su progenitor era cada día más tensa.

Su padre era dueño de un conocido estudio de arquitectura y se había empeñado en que su hijo siguiera sus pasos, pese a que este se inclinaba más por el periodismo. Jaime aceptó, sobre todo, por su madre, pues en las peleas y discusiones que surgían de continuo entre ambos, su padre siempre la tomaba de rehén. Sin embargo, como iba acumulando asignaturas de año en año sin hacer ningún esfuerzo por terminar la carrera, las broncas se sucedían casi a diario, haciendo que la convivencia en aquella casa cada día se pareciera más a un pequeño infierno.

—Hoy mi viejo ha tenido que ir a Barcelona, así que aprovecharé para presentarte a mi madre, que está deseando conocerte.

Me sentí feliz al oírlo. Yo no albergaba la menor duda de que Jaime era el hombre de mi vida y, el hecho de conocer por fin a su madre, reforzaba la idea. Por supuesto, había hecho un millar de planes para cuando acabara la carrera: nos casaríamos; yo buscaría un trabajo en una farmacia o en un laboratorio mientras Jaime terminaba la carrera de periodismo; viviríamos en un pisito coqueto por el barrio de Chamberí; tendríamos al menos media docena de hijos...

Era consciente de que Jaime no se planteaba su vida mucho más allá de la gira que planeaba hacer en el verano con su banda o del lanzamiento del siguiente número del fanzine, pero yo era una chica paciente y no tenía la menor duda de que, en unos años, toda esa efervescencia juvenil se calmaría y que los sueños de ambos convergerían en uno común.

Jaime detuvo la moto frente a un elegante portal de la calle Velázquez. Después de ponerle el candado, me cogió de la mano y saludó al portero uniformado que vigilaba a los que entraban en el edificio, sentado detrás de una mesa de madera. Subimos en el ascensor, antiguo pero bien conservado, hasta el tercero. Giró la llave en la cerradura y abrió la puerta.

—¡Ya estamos aquí, mamá! —anunció con voz alegre, al tiempo que tiraba de mí en dirección al salón de la vivienda.

La casa, de techos altos con molduras de escayola y suelos de crujiente parqué, era tan grande como la de mis padres, pero la decoración me pareció mucho más moderna.

La luz de la tarde inundaba el salón, y bañaba los muebles de diseño mezclados con alguna que otra antigüedad en un estilo muy original que yo no había visto antes. La madre de Jaime, que estaba leyendo una revista en uno de los gigantescos sofás, se levantó para recibirme.

—Bienvenida, Lili. Tenía muchas ganas de conocerte —dijo sonriente y me besó en la mejilla.

Era alta y morena como su hijo y muy elegante, y me cayó bien desde el principio. Nos invitó a sentarnos antes de agitar una campanilla de plata que había sobre la mesa.

—Tráenos café, María, por favor —le pidió, después de preguntarme qué prefería, a una mujer con uniforme y delantal que había acudido al sonido de la campana.

Transcurrió casi una hora en medio de una charla animada y distendida y me dije que Jaime debía haber heredado el sentido de humor de su madre. Estábamos riéndonos de una divertida anécdota que ella acaba de contar, cuando se oyó el ruido de unos pasos pesados que se acercaban por el pasillo.

Las risas de Jaime y de su madre se cortaron en seco, y el ambiente adquirió una tensión inusitada, muy lejos de la calidez que reinaba hacía apenas unos segundos.

—Qué agradable reunión.

Me volví a mirar al recién llegado, sorprendida por el tono sarcástico que empleó. Un hombre bien trajeado, mucho mayor que su mujer, aunque bien conservado, nos observaba con los brazos en jarras desde una altura considerable. Habría pensado que era un hombre atractivo si no hubiera sido por la mueca, entre desdeñosa y sarcástica, que dibujaban los labios finos.

—Hola Raúl. ¿Cómo es que has vuelto tan pronto de Barcelona?

La madre de Jaime se levantó con aparente serenidad para besarlo en la mejilla y no pude evitar comparar aquel frío recibimiento con los cálidos abrazos, a veces algo embarazosos en opinión de sus hijas, que intercambiaban mis padres a cada rato.

—Unos rojos de mierda han cortado la entrada al aeropuerto por no sé qué huelga y hemos tenido que cancelar la reunión —dijo de mal humor, al tiempo que se aflojaba la corbata y se acercaba al mueble bar para servirse un *whisky* seco. Después de dar un largo trago y se volvió hacia mí.

—¿Quién es esta? —Me señaló con el vaso como si yo no estuviera presente.

—Es Lili, una amiga de Jaime —respondió su mujer, a la que cada vez se la veía más incómoda.

Entonces él se volvió hacia Jaime y empezó a gritarle:

—¡Cuántas veces tengo que decir que no quiero que traigas aquí a tus putitas!

Me quedé paralizada al oír aquello y fui incapaz de reaccionar. Por lo poco que me había hablado Jaime de su padre, sabía que no era un tipo muy agradable, pero en ese momento pensé que estaba loco.

Al contrario que yo, Jaime reaccionó en el acto y se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¡No hables así de Lili!

—No hables así de Lili —lo imitó con voz aflautada—. ¿Qué pasa, acaso es tu novia?

—No es asunto tuyo. Lili —se volvió hacia mí—, nos vamos.

—Huyendo como de costumbre, ¿no? —Soltó una carcajada—. Siempre tan cobarde.

Su padre se llevó el vaso a los labios y se terminó el *whisky* que quedaba de un trago.

Jaime me pasó el brazo por los hombros y, en ese momento, me di cuenta de que estaba temblando.

—Tranquila —susurró.

Fuimos hacia la puerta, pero antes de salir el padre de Jaime lo agarró por el brazo y lo obligó a detenerse.

—No te he dado permiso para marcharte.

El hombre se irguió amenazador; era tan alto como su hijo, pero mucho más corpulento y me horrorizó pensar que pudiera pegarle. Jaime se puso delante de mí con un gesto protector.

—Raúl, por favor. No hagas una escena —suplicó su madre.

—¡Tú cállate! —De pronto, su marido dirigió toda su ira hacia ella—. Vaya hijo tengo, siempre escondiéndose detrás de las faldas de su mamá.

—No necesito esconderme detrás de las faldas de nadie. Soy muy capaz de defenderme solo.

Jaime sacudió el brazo hasta que lo obligó a soltarlo y se quedó muy quieto, con los puños apretados, retando a su padre con la mirada. Por suerte, María entró justo entonces y anunció que el señor Mendoza esperaba abajo en su coche.

—Álvaro, perfecto. Tú —le hizo un gesto con la barbilla a su mujer—, coge

tu bolso, he organizado una partida de bridge en el club.

Noté el modo en que Jaime apretaba las mandíbulas, pero tampoco se me escapó la mirada que le lanzó su madre; una muda súplica para que no hiciera ninguna tontería.

—Adiós, Lili. Ha sido un placer conocerte.

La madre de Jaime me besó en la mejilla casi sin mirarme, cogió el bolso que había dejado sobre la mesa y, poco después, oímos el ruido de la puerta principal al cerrarse.

El silencio entre nosotros se prolongó un buen rato. Estaba aturdida, no sabía qué decir. Jamás en mi vida había sido testigo de una escena semejante.

—Bueno, ya has conocido al capullo de Raúl —dijo Jaime por fin. Estaba muy pálido y aún tenía la respiración alterada.

Me escandalizó esa manera de referirse a su padre, pero nada en aquella familia resultaba normal.

—Ven, vamos a mi cuarto.

Jaime me agarró de la mano y me llevó por el pasillo hasta una de las habitaciones del fondo. El dormitorio era muy amplio y luminoso. La ventana que iba de suelo a techo daba a un pequeño balcón y, a juzgar por el cenicero lleno de colillas que había en el suelo, era ahí a dónde Jaime salía a fumar. Las paredes estaban cubiertas por coloridos pósters de grupos musicales y una mullida alfombra con el diseño de la Union Jack cubría buena parte del suelo. La cama, situada al fondo de la habitación, era mucho más grande que la del dormitorio que yo había compartido con mi hermana en Burgos hasta que se casó. En el otro extremo, una librería repleta de libros y un desordenado escritorio de metal, lleno de bocetos y números atrasados del fanzine, ocupaban el espacio.

—Qué cuarto tan bonito —dije por romper el silencio, aunque era cierto que el dormitorio era tan moderno y acogedor como el resto de la casa.

—Gracias.

Saltaba a la vista que Jaime, que posaba los ojos en todas partes menos en mí, también se sentía muy incómodo, así que me acerqué a él y lo abracé. Al instante, sus brazos me rodearon con tanta fuerza que me hizo daño y sentí el temblor de su cuerpo.

—Shh, shh —susurré sin dejar de acariciarle el pelo.

Nos quedamos así un buen rato, abrazados en medio de la habitación, hasta que, con una sincronización perfecta, nuestras bocas se buscaron y se encontraron. Y aquel beso, lento y dulce, me supo aún mejor que todos los que habíamos intercambiado hasta entonces. Y ya no tuve dudas, si es que alguna vez las había tenido, de que lo que había entre nosotros era amor. Amor del bueno. Del que hablan los poetas. Del que dura para siempre.

No sé cuanto tiempo pasó, pero, de pronto, estábamos tumbados en la cama y Jaime se había quitado su camiseta de Iron Maiden. Yo ya había explorado mil veces ese pecho delgado de costillas marcadas por debajo de la tela, pero la visión de esa fina raya de vello oscuro que bajaba a lo largo de la pálida piel y se perdía por debajo de la cinturilla de los vaqueros me devolvió de golpe a la realidad.

—¡Nos van a pillar! —susurré asustada.

—Tranquila. —Jaime se alzó sobre los codos y me besó en la punta de la nariz—. Las partidas de bridge son interminables, y lo más probable es que luego se queden a cenar en el club.

—Pero ¿y la chica?

Eché un vistazo a su reloj de pulsera.

—A estas horas María está planchando en la cocina, que está justo en la otra punta de la casa, demasiado concentrada en las respuestas que da la doctora Elena Francis en su infumable consultorio. Te aseguro que no existe poder en la Tierra, humano o divino, capaz de apartarla en estos momentos del transistor.

Esas palabras me tranquilizaron en el acto y, con una risita, entrelacé los dedos detrás de su nuca y lo atraje hacia mí una vez más. Poco después ya no tenía ningunas ganas de reír, y lo que había comenzado como un intento de ofrecerle consuelo se había tornado en un apasionado intercambio de caricias que amenazaba en convertirse en algo mucho más serio.

Los labios de Jaime marcaron un camino de besos delicados por mi mandíbula antes de bajar por mi garganta. Me había ayudado a quitarme la blusa, y cuando sentí esa boca curiosa muy cerca de uno de mis pechos —cubierto tan solo por el encaje del único sujetador un poco sexi que había tenido en mi vida, y que había comprado gracias a la despiadada insistencia de Marga—, no pude evitar arquearme contra él.

Su boca se posó sobre mi pezón y al notar la cálida humedad de sus labios, que traspasaba el fino encaje, me estremecí con violencia.

—Lili, Lili —susurró contra mi pecho—. Lili, si no paramos ahora, no creo que pueda hacerlo ya.

Su voz, ronca y falta de aliento, traicionaba un deseo tan intenso como el mío.

—No pares, Jaime, por favor —supliqué mientras pasaba los dedos sobre la suave piel de su costado y de su espalda.

Jaime se alzó sobre los codos y clavó los ojos en los míos.

—Si te hiciera caso, lo más probable sería que te arrepintieras después. Eres demasiado inocente. —Movió la cabeza en una negativa y me asusté.

—No me arrepentiré, Jaime. ¡Te lo juro!

—¿Estás segura, Lili?

—Claro que estoy segura, te necesito.

Los ojos oscuros se llenaron de fuego al oírme, y comprendí que había ganado la partida.

—Yo también te necesito.

Mi corazón se hinchó de felicidad pues Jaime, la persona más independiente que había conocido jamás, acababa de confesarme que me necesitaba.

A pesar de mi impaciencia, Jaime, con mucha más experiencia que yo en estos lances, hizo gala en todo momento de un autocontrol admirable y mantuvo un tempo largo —en mi humilde opinión, larguísimo—, que estuvo a punto de hacerme enloquecer.

Su boca y sus manos parecían estar por todas partes, y no pasó mucho tiempo hasta que los dos estuvimos completamente desnudos.

Siempre me había considerado muy pudorosa, pero en esta ocasión me alegraba de que la luz dorada de la tarde entrara a raudales en el dormitorio. Así no me perdía ni un detalle de ese cuerpo magro, que aún no había alcanzado la madurez adulta pero que, para mí, era más hermoso que el del David de Miguel Ángel, ni de la admiración que destellaba en las oscuras pupilas a cada rato, cuando deslizaba los ojos —seguidos siempre muy de cerca por sus manos y sus labios— por el mío.

—¡Oh, Dios, Lili! Eres bellísima.

Nos rozamos, nos besamos, nos lamimos, nos chupamos... incapaces de saciarnos el uno del otro, hasta que perdí la noción del tiempo.

—Ya no puedo aguantar más. —Aunque habló en voz baja, la voz de Jaime

resonó con aspereza en el dormitorio.

Estábamos, tumbados de lado, muy juntos y con la piel húmeda de sudor. Sin dejar de mirarme a los ojos, me separó una pierna con delicadeza, se la puso por encima de la cadera y, ayudándose con la mano, empezó a tantear la entrada de mi cuerpo. Sin saber muy bien qué hacer, coloqué la mía sobre su brazo y noté la tensión de los músculos bajo mi palma.

—Relájate —susurró en mi oreja.

Comprendí que me había puesto rígida, así que intenté obedecerlo mientras trataba de acostumbrarme a aquella insólita presión. Milímetro a milímetro, se deslizó dentro de mí sin dejar de preguntar a cada rato:

—¿Te duele? ¿Estás bien?

Yo negaba o asentía con la cabeza.

—Ya está —susurró y se quedó muy quieto.

Lo miré sorprendida; lo cierto era que me había dolido un poco, pero no tanto como esperaba.

Al ver mi cara, me lanzó una irresistible sonrisa cargada de ternura. Sentí que me derretía y, por fin, me relajé por completo.

—Muy bien, Lili —dijo y me besó con dulzura en los labios.

Entonces empezó a moverse muy despacio, en un exquisito vaivén y, a medida que iba tomando velocidad, un fuego líquido se fue extendiendo entre mis ingles, cada vez más cálido, cada vez más intenso, empujándome hacia un lugar desconocido al que, sin embargo, anhelaba llegar con todas mis fuerzas. Estaba cada vez más cerca, cada vez más cerca, cada vez más...

—¡Jaime!

Sin saber cómo, llegué a ese lugar desconocido en medio de un sin fin de sacudidas y, casi al instante, sentí que Jaime salía de mi interior. Sin dejar de estrecharme entre sus brazos con todas sus fuerzas, ahogó un gruñido contra mi garganta y su cuerpo se sacudió, presa de un violento estremecimiento. Por fin, se quedó muy quieto, con el rostro hundido aún en mi cuello, y yo seguí abrazándolo, maravillada de que el mundo siguiera girando como siempre después de lo que acababa de pasar.

—Te quiero —susurré contra su pelo empapado en sudor, incapaz de creer que esa era la primera vez que se lo decía.

—Yo también te quiero —dijo medio dormido.

Luché contra el peso que notaba en los párpados, deseosa de saborear la felicidad que sentía el mayor tiempo posible, pero también a mí me iba invadiendo la modorra y, apenas unos segundos después, me quedé profundamente dormida.



No debí dormir demasiado, porque cuando abrí los ojos aún entraba bastante luz por la ventana.

—Hola, Bella Durmiente.

Tenía la cabeza apoyada en el hueco de su brazo y solo tuve que alzar un poco el rostro hacia él. Sonreí, somnolienta.

—Hola, príncipe —contesté en voz baja.

De pronto, se me ocurrió un pensamiento que me arrancó con brusquedad de ese placentero letargo. Me incorporé de un salto, con la sábana apretada contra mi pecho, y lo miré asustada.

—¡Los condones!

Jaime se pasó una mano por el pelo alborotado, en ese momento, no parecía tan seguro de sí mismo como de costumbre.

—La verdad es que me olvidé por completo, pero no te preocupes, me retiré a tiempo.

Entonces caí en la cuenta de a qué se refería. Marga, a la que le encantaba darme lecciones de casi todo —según ella, a veces tenía la sensación de que yo provenía de Simplelandia, un lejano planeta habitado por seres alelados que no se enteraban de nada—, me había hablado de la «marcha atrás», un método anticonceptivo no tan moderno como los condones, pero, en su opinión experta, igual de eficaz.

Debió leer en mi rostro el profundo alivio que me invadió, porque me lanzó una de sus irresistibles sonrisas, al tiempo que levantaba el brazo en una clara invitación que acepté en el acto. Volví a acurrucarme contra su costado; tenía ganas de ronronear.

Jaime lanzó un suspiro de satisfacción.

—Ha sido increíble, ¿no crees?

—Increíblemente increíble —respondí sin demasiada lucidez.

—Dime la verdad, ¿te dolió? —Me apretó un poco más y giró la cabeza para

besarme en la frente.

—Te prometo que no. Bueno, puede que un poquito al principio —reconocí; en ese instante, me juré a mí misma que siempre sería sincera con él.—. Pero, por lo que cuentan mis amigas del colegio mayor, esperaba una especie de orgía de sangre y dolor, algo del estilo de la película *Tiburón*.

Jaime lanzó una carcajada.

—Por tus palabras, deduzco que no ha sido tan terrible.

—No. —Lo besé en cerca de la axila—. No ha sido tan terrible.

Nos quedamos en la cama un buen rato. Estrechamente abrazados, sin dejar de besarnos y diciendo todo tipo de tonterías que hacían que nos entrara la risa cada dos por tres. Noté que Jaime se volvía a excitar, pero me dijo que no volveríamos a hacerlo sin los famosos condones, y la verdad es que me alegré porque aún estaba un poco dolorida.

El sol empezaba a desaparecer y, de mala gana, decidimos que había llegado la hora de movernos. Nos vestimos y nos dimos un último beso antes de abrir la puerta del dormitorio.

—Menos mal que ya llegan las vacaciones. Quiero que vengas unos días a Burgos. Tengo muchísimas ganas de presentarte a mis padres —dije con vehemencia.

Se puso serio y frunció un poco el ceño.

—¿A Burgos unos días? No sé si podré, Lili, ya sabes que estamos pensando en irnos de gira.

Lo miré con cierta desilusión.

—Pero, seguramente, podrás escaparte un fin de semana, ¿no? Quiero enseñártelo todo. En especial la Iglesia de San Nicolás, siempre he soñado con casarme allí.

Jaime se aclaró la garganta un par de veces, se le notaba incómodo, así que decidí refrenar mi entusiasmo. Ya tendríamos tiempo de planear los detalles de la boda; aún me quedaban cuatro años para acabar la carrera.

—Bueno, no te agobies. Es solo que me siento tan feliz, que quiero que todo el mundo se entere. —Y, sin poder contenerme, me puse de puntillas, enredé los dedos en los cabellos oscuros y lo besé una vez más.

## 5

Al día siguiente tuve mucho lío; apenas me quedaba una semana para regresar a Burgos y tenía que hablar con varios profesores, apalabrar mi estancia en el colegio mayor el año próximo y despedirme de las amigas que en pocos días regresarían a casa de sus padres, cada una en una punta de España. Solo pude hablar unos minutos por teléfono con Jaime para decirle que esa noche no podría asistir la actuación de Tienes Cara de Culo de Mandril en un pequeño café de la calle Huertas, aunque estaba deseando volver a verlo. Las residentes del colegio mayor habíamos organizado una cena de despedida en una taquería del centro. En cualquier otra ocasión habría disfrutado del ambiente desenfadado, lleno de risas y conversaciones a gritos, pero solo podía pensar en lo ocurrido en casa de Jaime y mis dedos hormigueaban con las ganas de tocarlo una vez más.

—¡Despierta, tronca! Llevas todo el día en Babia.

El doloroso codazo en las costillas que me propinó Marga me devolvió de golpe al ambiente cargado y lleno de humo de la ruidosa taquería.

—¡Ay! Mira que eres bruta, tía. —Me froté el costado, dolorida.

—¿Puede saberse qué coño te pasa? —preguntó en voz baja, para que ninguna de las chicas de alrededor se enterase.

—Nada. —Ni siquiera a ella le había contado nada. Lo ocurrido entre Jaime y yo me parecía demasiado sagrado para comentarlo con nadie—. Es solo que llevo todo el día de acá para allá y estoy un poco cansada.

—Venga, ánimo, no seas muermo. Para un día que la sor ha dicho que podemos llegar a la hora que queramos. —Marga echó un vistazo a su reloj—. Si quieres, en cuanto terminemos de cenar nos pasamos a ver a los chicos. Tanta mujer junta ya cansa.

Sus palabras me hicieron revivir. Marga debió notar cómo me había cambiado el ánimo, porque comentó con expresión maliciosa:

—Anda que no te ha dado fuerte con Jaime.

Me encogí de hombros con una risita.

—Lili... —empezó y se detuvo. De pronto, mi amiga se había puesto muy

seria y la miré sorprendida—. Ten cuidado.

—¿Cuidado? ¿Por qué?

Marga se mordió el labio, como si no supiera muy bien cómo decirme lo que tenía en mente.

—Jaime es un tío encantador, inteligente, brillante, divertido y tú...

—Y yo no soy encantadora, inteligente, brillante ni divertida —acabé la frase por ella, bastante picada.

—No, no quiero decir eso. Eres una tía legal, Lili, pero eres más inocente que un cubo. Jaime sabe mucho más de la vida que tú y me da miedo que pueda hacerte daño, aunque sea sin mala intención.

Descarté sus palabras en el acto con un gesto de la mano.

—No tienes por qué preocuparte, Marga, lo que hay entre Jaime y yo... —Me detuve e inspiré hondo mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas—. Lo que hay entre Jaime y yo es mucho más que un simple enamoramiento, lo nuestro... lo nuestro es ¡para siempre!

Marga frunció el ceño, entre preocupada y escéptica, pero debió decidir que esa conversación no llevaba a ninguna parte porque sacó un espejito del bolso y empezó a pintarse los labios de un rojo casi negro.

—¿Quieres? —Me ofreció la barra y el espejo, y aproveché para pintarme yo también y, de paso, comprobar que no tuviera ningún resto de comida entre los dientes.

Media hora más tarde, después de pagar cada una nuestra parte de la cena e intercambiar al menos un centenar de abrazos y otro centenar de promesas —que todas sabíamos que no se cumplirían— de escribirnos en verano, decidimos tirar la casa por la ventana y coger un taxi.

Eran ya las dos de la mañana, pero había bastante atasco y, cuando al fin el taxista nos dejó delante del café, comprobamos con alivio que seguía hasta arriba de gente.

Entramos y empezamos a avanzar a codazos, impacientes. El local, para no variar, estaba oscuro y lleno de humo y, aunque de vez en cuando bajaban un poco la música por temor a que los vecinos llamaran a la policía, enseguida la gente empezaba a protestar y la subían de nuevo.

—Mira, ahí está Toño —gritó Marga para hacerse oír por encima del estruendo.

En cuanto vio a Marga, Toño esbozó una enorme sonrisa y se acercó a nosotras a toda prisa; se notaba a la legua que estaba loco por ella. Yo miré a mi alrededor, buscando a Jaime, ansiosa por detectar el mismo entusiasmo en sus ojos. Esperé a su lado a que terminaran de besarse, pero cuando comprendí que ese momento jamás llegaría, golpeé a Toño en el hombro unas cuantas veces con impaciencia.

—Toño, ¿dónde está Jaime?

De mala gana, el amigo de Jaime apartó los ojos de su novia para posarlos en mí.

—Hace un rato dijo que se iba a mear.

Señaló con un dedo un letrero mal pintado en el que podía leerse: «confesionarios» y una flecha que señalaba hacia la derecha, y menos de un segundo después ya estaban otra vez besándose apasionadamente.

Enseguida lo vi. Estaba apoyado en la pared cerca de una máquina tragaperras con los brazos cruzados sobre el pecho y tan guapo como siempre. La emoción que me invadió al verlo me hizo detenerme a un par de metros con el corazón latiéndome en los oídos. Él hablaba con una chica que estaba de espaldas y aún no se había percatado de mi presencia.

De pronto, la chica —que no era otra que la insoportable Vicky, que seguía persiguiéndolo con descaro sin importarle lo más mínimo que estuviera conmigo— se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y empezó a besarlo en la mandíbula. Apenas le había dado a mi pie derecho la orden de avanzar para plantarme al lado de esa golfa y apartarla de él con un buen tirón de pelos, cuando Jaime me vio por fin. Hizo un gesto de sorpresa y, por un segundo, pensé que haría a un lado a esa petarda y que vendría a darme el abrazo con el que llevaba soñando todo el día. Sin embargo, tras un leve titubeo, se quedó quieto y se dejó hacer sin apartar los ojos de los míos, sin que su rostro traicionara la menor emoción.

No sé cuánto tiempo nos quedamos así, mirándonos con fijeza como si, a pesar de estar rodeados de gente, él y yo fuéramos las dos únicas personas allí presentes. Notaba un zumbido en los oídos, el pecho me dolía como si tuviera una herida abierta y me escocían los ojos, pese a que estaban completamente secos.

—Perdona.

Un chico que llevaba varias copas en las manos me había golpeado sin

querer; el impacto y el sonido de su voz me hicieron reaccionar por fin. Me di media vuelta y me abrí paso hasta la salida a base de codazos inmisericordes que suscitaban más de una protesta airada. Pero me daba igual, ya no oía ni veía nada más que los ojos de Jaime clavados en mí, vacíos de expresión, mientras se dejaba besar por una mujer que no era yo.

## 6

Llevaba casi tres semanas en casa de mis padres. No recordaba muy bien qué había pasado exactamente después de que me marchara del café. De alguna manera, había conseguido regresar al colegio mayor, ponerme el pijama y acostarme y, aunque cuando amaneció aún no había conseguido conciliar el sueño, me puse en pie y empecé a recoger mis cosas. Solo tenía una idea en mente: largarme de Madrid lo antes posible.

A las siete estaba lista. Me asomé al cuarto de Marga, pero los ligeros ronquidos me hicieron saber que seguía profundamente dormida, así que, en vez de despertarla, le dejé una nota.

«He tenido que irme. Ya te contaré. Espero que seguiremos siendo amigas y que volveremos a vernos pronto. Un achuchón aplastatetas, Lili».

Por supuesto, lo del «achuchón aplastatetas» era un dicho de Marga y, al escribirlo, no pude evitar que se me escapara una lágrima que cayó justo sobre mi firma. Pasé la nota doblada en dos por debajo de su puerta, cogí mi maleta y la llevé como pude hasta el ascensor. Por suerte, salvo a una de las señoras de la limpieza, no me encontré con nadie más. Luchando con la pesada maleta salí del colegio mayor. Conté el dinero que tenía en el monedero y decidí que sería suficiente para el billete a Burgos y un taxi que me llevara a la estación, eso sí, tendría que renunciar a comprarme un bocadillo para el viaje. De todas formas, en lo último que podía pensar en esos momentos era en comida.

Como era sábado, apenas había tráfico y llegamos enseguida a la estación de autobuses. Me despedí del taxista con una sonrisa temblorosa y me dirigí a la taquilla. Lancé una dolorida maldición al golpearme el tobillo con la maleta, que llevaba medio cargada medio arrastrando, y me pregunté por qué, a esas alturas del siglo xx, no se le había ocurrido a nadie fabricar una maleta con ruedas. Pagué el billete con mis últimas pesetas y me apresuré a buscar mi autobús, cuya salida ya se anunciaba por megafonía. El chófer, un hombre muy amable, me ayudó a cargar la maleta en la bodega del vehículo. Sin fuerzas, me dejé caer sobre un asiento junto a la ventana y, casi al instante, el autobús se puso en marcha.

Con la vista clavada en cristal, me despedí en silencio y con un nudo en la garganta de Madrid, la ciudad en la que había pasado los momentos más felices de mi vida y, por desgracia, también los más dolorosos.

Mis padres, que me esperaban una semana más tarde, se sorprendieron mucho al verme aparecer sin avisar. Sin embargo, el recibimiento fue digno del hijo pródigo. Mi madre mandó a mi padre a comprar unas morcillas —mi embutido favorito— con la excusa de que el repollo y el pescado a la plancha que había preparado para la cena no eran suficientes para agasajar a la hija pródiga a la que hacía meses que no veían.

Al oírla me sentí un poco culpable, porque era cierto. En los últimos tiempos había echado mano de todo tipo de excusas para quedarme en Madrid los fines de semana y pasarlos con Jaime.

De vuelta al presente, dejé que mi mirada vagara por el maravilloso panorama que se divisaba desde el mirador del castillo: el casco antiguo de Burgos y la catedral en primer plano. Por asociación de ideas, me vino a la mente la iglesia de San Nicolás y los absurdos planes que había hecho aquella tarde de amargo recuerdo.

Pensé en Marga. Me había llamado por teléfono al día siguiente y, como no había conseguido sacarme más que un par de excusas vagas, se había presentado tres días después en casa de mis padres. Al verla en el umbral de la puerta, me había abrazado a ella con todas mis fuerzas y me había echado a llorar. Marga, como de costumbre, había estado a la altura de las circunstancias; me había devuelto el abrazo y había preguntado en tono sereno:

—¿Dónde podemos ir a hablar en este pueblo sin que se enteren de todo los cotillas de tus vecinos?

En una ocasión le había contado lo difícil que era mantener ningún secreto en una ciudad de provincias y se lo había tomado al pie de la letra. De hecho, la vi lanzar una mirada cargada de sospecha a las ventanas de la casa de enfrente, como si esperase encontrar a uno de esos cotillas de los que hablaba espiando detrás del visillo.

Por supuesto, la llevé al mirador del castillo. Nos sentamos en mi sitio favorito, a resguardo de miradas indiscretas, y le conté con pelos y señales lo que había pasado la tarde que Jaime me llevó a su casa y lo que ocurrió después en el café.

Los ojos de mi amiga echaban chispas de indignación.

—¡Qué cabrón! Desde luego, se ha metido un buen pasote —fue su conclusión—. Lo he visto antes con otras tías y te aseguro que nada que ver. Habría jurado sobre diez Biblias que estaba loco por ti. Que me muera aquí mismo si miento.

Esbocé una sonrisa amarga.

—No es necesario que desafíes al más allá. Yo también lo creía. Pero está claro que lo único que le interesaba era acostarse conmigo. He sido tan estúpida... —De nuevo, una lágrima se deslizó por mi mejilla, pero me la enjuagué con rabia y sorbí, desafiante—. Tenías toda la razón, solo soy una infeliz y más simple que la gallina Caponata.

Marga me miró con el ceño fruncido.

—No tiene nada que ver con ser una infeliz, aunque lo seas, que eso no lo vamos a negar tampoco. A mí también me ha engañado el muy mamón y eso me jode mucho. En cuanto lo vea voy a decirle...

Pero la detuve en el acto con un gesto de la mano.

—¡No, Marga! No quiero que le digas nada. No quiero que vuelvas a pronunciar su nombre en mi presencia. No quiero saber nada más de él ni que él sepa nada más de mí. ¡Júrame que harás esto por mí, es lo único que te pido!

Mi amiga debió notar que estaba al borde de un ataque de histeria, porque levantó la palma de la mano en el acto y se apresuró a jurar por su futuro como estrella del *punk-rock* —que, como yo bien sabía, era lo único con lo que jamás bromeaba—, hasta que me quedé tranquila.

Al final, Marga se quedó dos días en casa y aunque los ojos de mis padres traicionaron su asombro al conocerla —mi madre solo había visto llevar una minifalda tan corta como la de mi amiga a las azafatas del *Un, dos, tres*, y el pelo platino cardado, los gigantescos aros en las orejas, la cazadora de piel de leopardo y la espesa capa de maquillaje que lucía en ojos y labios, estaba muy lejos del atuendo habitual de las jovencitas burgalesas, a las que veía pasar y repasar por la plaza Mayor mientras, sentada en una terraza, se tomaba el vermut dominical con las amigas— enseguida conectaron. Para mi pasmo absoluto, a Marga no se le escapó una sola palabrota en presencia de mis padres. Y, cuando se despidieron de ella, los dos insistieron en que tenía que volver a visitarnos pronto.

Por supuesto había sido a ella a quien recurrí dos semanas después, completamente fuera de mí, cuando caí en la cuenta de que llevaba más de cinco

días de retraso. De golpe, se me pasó la depresión y fue sustituida por la angustia más absoluta. Desde que tuve mi primer periodo con trece años, cada veintiocho días me bajaba la regla con puntualidad matemática, pero en esta ocasión no había sido así.

Por fortuna, al contrario que yo, que la única salida que veía a aquella espantosa situación era lanzarme de cabeza desde el viaducto más cercano, Marga fue capaz de conservar la cabeza fría.

Me dijo que me olvidara de ir a un médico conocido a que confirmara o negara mis sospechas si no quería que todo Burgos se enterara y me habló de los test de embarazo casero; una manera novedosa de saber si estabas o no embarazada en la intimidad de tu cuarto de baño. Ella misma lo había comprado en una farmacia de Madrid y me lo había enviado por correo certificado. Esa misma mañana, hecha un manojo de nervios —hasta el punto de que había estado a punto de tirar al suelo varias veces el extraño artilugio—, había seguido las instrucciones al pie de la letra y, después de casi dos horas encerrada en el baño —con mi madre, preguntando cada cinco minutos si me encontraba bien—, mis peores sospechas se habían confirmado.

Una vez más, dejé que mis ojos llorosos se perdieran en la lejanía, buscando el efecto calmante de las bellísimas vistas que, sin embargo, ese día, estaban lejos de surtir su efecto habitual.

—Leonor, ¿eres tú?

Sobresaltada, me giré hacia el recién llegado mientras me apresuraba a secarme las mejillas empapadas con el dorso de las manos, y me encontré con el rostro amable de Antonio, un amigo de mi padre. A pesar de que debía ser al menos veinte años más joven, mi padre, él y dos amigos más se reunían todos los sábados en casa para echar la partida semanal de mus.

—¿Qué te pasa? —Se sentó junto a mí en el banco, me cogió de la mano y me observó preocupado.

Conocía a Antonio desde que nació. Me llevaba muy bien con él y solíamos charlar un buen rato siempre que nos encontrábamos. Él había sido un confidente discreto en mi infancia y adolescencia y, en ese momento, lo que más necesitaba era un amigo en el que confiar. Así que, sin pararme a pensar en las posibles consecuencias, me derrumbé contra su pecho y se lo conté todo entre hipidos y sollozos.

Cuando terminé mi confesión, se hizo un profundo silencio. Me quedé rígida,

esperando que me apartara de sí asqueado pero, después de unos minutos que se me hicieron larguísimos, habló por fin:

—No te preocupes, Leonor —dijo con la mejilla apoyada contra mi pelo, sin dejar de acariciarme la espalda—. Creo que acabo de encontrar la solución a tu problema.

## **2012 Costa Oeste, Estados Unidos**

## *Lili*

—Yo, para ser feliz, quiero un camión... —desafinó Lili llena de entusiasmo, con las manos aferradas al volante.

La canción de Loquillo siguió atronando en el espacioso interior de la caravana mientras la alegre conductora consultaba por enésima vez el navegador para asegurarse de que no se había equivocado al tomar la salida.

Lili apenas podía creer que de verdad estuviera allí. Siempre le habían fascinado las historias de esos zíngaros que recorrían el mundo en sus carromatos. Llevaba planeando el viaje de sus sueños —una locura absoluta, en opinión de su hija— desde hacía años y, por fin, se había hecho realidad. Había volado de Madrid a Nueva York y de allí a Sacramento, donde había alquilado la caravana: un vehículo a estrenar al que no le faltaba detalle. Le había costado no aplaudir, encantada, cuando el comercial de la empresa le explicó cómo funcionaba cada cosa.

El volumen de la música se redujo a la mínima expresión en cuanto entró una llamada a través de un novedoso invento instalado en el salpicadero, que el comercial que la había atendido llamó «manos libres».

—¿Sí?

—Mamá, soy yo.

—Hija, que me acabas de llamar hace menos de una hora.

—Porque estoy muy preocupada. —Y a juzgar por su tono, también muy enfadada con ella, pensó Lili con resignación—. Ahora mismo tendría que estar concentrada en la presentación del lunes, que es para un cliente importantísimo,

pero aquí estoy, llamando a mi madre a cada rato, para asegurarme de que no yace asesinada en la cuneta de una carretera californiana. De verdad, hay veces que tú pareces la hija y yo la madre.

Lili también lo había pensado en numerosas ocasiones. Su hija y ella tenían personalidades opuestas, pero, a pesar de que chocaban a menudo, estaban muy unidas.

—No te enfades, Achu. Ya estoy aquí, así que no tiene sentido seguir discutiendo.

—No me llames Achu que ya sabes que no me gusta nada. —El que sacara a relucir su aborrecimiento por el diminutivo cariñoso por el que la conocían los más cercanos hablaba bien claro del cabreo que tenía—. Bastante cruz tengo por tener un nombre impronunciable en el mundo anglosajón, pero me niego a que habléis de mí como si acabarais de estornudar.

—Perdona, Azucena, hija, no te pongas así. Como habrás comprobado, no me ha asesinado nadie. Calculo que llegaré a Mariposa antes de las cuatro. Al final, voy a tardar un poco más porque no me apetecía ir por la carretera estatal y he tomado una ruta un poco más larga, pero mucho más pintoresca.

Lili oyó una exclamación al otro lado de la línea.

—¿Estás loca? Al menos habrá más coches, ¿no?

En cuanto dijo eso, su madre cayó en la cuenta de que hacía un buen rato que no se cruzaba con ningún turismo. Sin embargo, no pensaba decírselo a su hija.

—Uy, está abarrotada —exageró Lili, encantada de que nadie pudiera ver su expresión culpable; mentir se le daba fatal—. He debido coger una hora punta o algo, porque hay hasta atasco.

—Sí, seguro, atasco en una carretera de segunda que va a una ciudad que no debe tener ni mil quinientos habitantes.

Lili a veces olvidaba que su hija no tenía un pelo de tonta. De hecho, todo lo contrario; había sido la primera de su clase desde que iba a infantil. No levantaba más de dos palmos del suelo, y ya era palpable su brillante espíritu inquisidor. Ahora era una de las jóvenes promesas de un conocido bufete de abogados de San Diego.

—Bueno, será mejor que sigas con tu informe y no te preocupes más. Ya te llamaré yo cuando llegue a Yosemite.

—Está bien, mamá, cuídate. Y no hagas locuras. Más locuras, quiero decir.

—Te lo prometo. Un beso, Achu.

En cuanto colgó, la música de los ochenta volvió a atronar y, una vez más, Lili se sintió encantada de haberse embarcado en aquella aventura sin hacer caso de los agoreros vaticinios de propios y extraños.

Entre la muerte de Antonio, su marido, hacía más de cuatro años y la marcha de su única hija a trabajar a Estados Unidos sin fecha de regreso poco después, en los últimos tiempos su estado de ánimo había fluctuado hasta extremos peligrosamente cercanos a la depresión. Lo último que le apetecía era salir a conocer hombres como hacían otras viudas o divorciadas de su edad, pese a que Achu y su amiga Marga la animaban sin descanso. Era como si, de pronto, hubiera perdido la ilusión; tenía la sensación de que había llegado a la cúspide de su vida y que ya solo quedaba el declive. Fue en una conversación con Marga hacía unos meses cuando todo cambió. Al contarle cómo se sentía su respuesta fue:

—¿Por qué no cambias de vida? ¿Qué te retiene aquí? Tus padres han muerto, a tu hermana no la tragas, casi nunca ves a tus sobrinos y yo puedo ir a visitarte en verano donde me digas.

Y, de pronto, todo cobró sentido de nuevo.

—Eres el rey del *glam*, nunca podrás cambiar.. —tarareó distraída la canción de Alaska y Dinarama, hasta que la visión unos cientos de metros más adelante de una persona que le hacía señas frenéticas con los brazos desde el arcén de la carretera hizo que se callara de golpe.

Alzó el pie del acelerador y se detuvo al llegar a la altura de un hombre de pelo gris muy corto y barba de varios días. La carretera seguía desierta, pero, olvidadas por completo las historias de terror que le había contado su hija sobre los distintos modos —algunos bastante creativos, todo había que decirlo— en que habían sido asesinadas un montón de mujeres que viajaban solas por los Estados Unidos, bajó el cristal de la ventanilla del pasajero.

—¿Puedo ayudarlo?

El tipo llevaba una cazadora de cuero negro llena de parches y chapas metálicas y, de pronto, Lili oyó en su mente la voz de su hija, previniéndola sobre los Ángeles del Infierno, una organización criminal que se escondía bajo la coartada de un inocente club de moteros. La Harley aparcada unos metros más allá, con una aparatosa funda de guitarra —de esas que usan los maleantes de las películas para ocultar un fusil automático— sujeta en la parte trasera, pareció

confirmar sus temores y se arrepintió en el acto de su ofrecimiento.

—Muchas gracias por detenerse. Estoy en un buen apuro.

El hombre hablaba muy rápido, con ese ligero tono nasal propio de los norteamericanos, y a Lili, más acostumbrada al acento británico, le costó un poco entenderlo.

—¡Está herido! —exclamó alarmada, al descubrir el hilillo de sangre que resbalaba por su sien.

Él se pasó una mano por el rostro y pareció sorprendido al verse las yemas de los dedos manchadas de sangre.

—No se preocupe, no es nada. Iba distraído y se me ha cruzado un mapache. Al tratar de esquivarlo, he derrapado y he chocado contra esa piedra. —Señaló una roca de buen tamaño que había junto a la carretera—. La moto no arranca y justo mi móvil se ha quedado sin batería.

Desde luego, el pobre hombre estaba en un buen apuro. Menuda suerte que ella hubiera acertado a pasar por ahí. Olvidados una vez más sus temores, Lili abrió la puerta, se bajó y rodeó la parte delantera de la caravana para reunirse con él.

—Buen sitio para llevarlo. —Lili señaló con desaprobación el casco que colgaba del manillar de la Harley.

Él sonrió y los dientes, muy blancos, resaltaron contra la piel tostada.

—Hace calor y no hay nada como sentir el viento en la cara.

Lili lo dejó estar; no estaba dispuesta a darle una conferencia sobre seguridad vial a un tipo que ya peinaba canas, así que optó por invitarlo a subir a la caravana.

—Será mejor que entre, así podré curarle el corte.

El hombre titubeó unos segundos antes de poner un pie en el escalón, pero por fin se metió dentro. Lili subió detrás de él y, al instante, le entró un ligero agobio; con aquel hombre tan alto, el espacio de la caravana se reducía de mala manera.

—Siéntese —dijo, al tiempo que se subía las gafas de sol hasta el pelo para ver mejor.

Con una especie de renuente obediencia, su invitado se dejó caer en el asiento doble que había frente a la mesa y se le escapó una mueca de dolor.

—¿Cree que puede tener algo roto? —preguntó, preocupada, después de

dejar sobre la mesa una caja metálica blanca con una cruz roja en el centro que había sacado de debajo del sillón.

—No, nada de eso. Solo estoy un poco magullado por la caída.

El rostro femenino se iluminó al oírlo y, con la misma eficiencia que había mostrado hasta entonces, abrió uno de los armarios y sacó un tarro de porcelana con una etiqueta floral pintada a mano. Un atractivo diseño a medio camino entre la modernidad más absoluta y el toque *vintage* de las cremas que usaban las mujeres a principios del siglo pasado.

—Entonces tengo justo lo que necesita. Mi crema *Delicious*. Todo el que la usa dice que es fantástica para aliviar contusiones y prevenir hematomas.

Se la tendió, sonriente, pero su interlocutor tenía los ojos clavados en su rostro con cara de pasmo y no la cogió.

—¿Lili? ¿Eres...? ¿Eres tú?

Al oír esas palabras, pronunciadas en español y en un tono de absoluta incredulidad por una voz muy familiar, Lili estuvo a punto de dejar caer el frasco al suelo.

Boquiabierta, examinó las facciones curtidas por el sol. La nariz recta de buen tamaño; los ojos oscuros en cuyas comisuras se dibujaban unas arrugas que tanto podían ser debidas a la edad como a pasar mucho tiempo al aire libre; la boca de labios firmes camuflada bajo la barba descuidada y negó con la cabeza. No podía ser.

—¿Jaime? ¿Será posible?

Estupefacta, se dejó caer en el asiento frente a él.

Estuvieron examinándose el uno al otro a lo largo de varios minutos, hasta que Jaime rompió el silencio.

—Lili Soto. —Sonriente, movió la cabeza a uno y otro lado, como si aún no pudiera creer en semejante broma del destino.—. Quién iba a pensar que volveríamos a encontrarnos después de tantísimos años en un lugar tan improbable como este.

—Desde luego es increíble.

A pesar de todas las pruebas, a Lili aún le costaba creer que ese hombre de mediana edad y aspecto desaliñado fuera el mismo al que había amado con locura y por el que había derramado tantas lágrimas en una época de su vida. Qué decepción. Habría preferido mil veces conservar el recuerdo —que con el

paso del tiempo se había suavizado mucho— de su primer amor.

De pronto, Jaime frunció el ceño.

—Pero lo que me parece más increíble aún es que invites a subir a tu caravana a un perfecto desconocido que has recogido en una carretera desierta.

Pero ¿qué era eso? ¿Acaso la estaba regañando? Alzó la barbilla, enfadada.

—No soy una niña. Soy capaz de calibrar el alcance de las decisiones que tomo.

—Ah, ¿sí? —La voz masculina estaba cargada de sarcasmo—. Y ¿qué habría pasado si hubiera sido un violador? ¿O, tal vez, un asesino en serie de la peor especie?

De repente, Lili lo vio todo rojo, y el dolor y la furia de treinta años atrás salió a la superficie con una violencia ajena por completo a su natural plácido.

—Tienes razón, he sido poco prudente. No sé cómo he podido invitar a subir a mi caravana al típico rompecorazones de tercera que se aprovecha de estúpidas jovencitas enamoradas.

Jaime echó la cabeza hacia atrás como si acabara de recibir un puñetazo en la mandíbula.

—¡Ni yo soy un rompecorazones ni tú eras una estúpida! —replicó enfurecido—. Saliste corriendo. No me diste ni una sola oportunidad de explicarme.

—¡Explicarte! —Lili lanzó una risotada sardónica—. Esa sí que es buena. Creo que no había necesidad de explicaciones. Está claro que una vez que conseguiste lo que querías dejé de interesarte y por eso dejaste que otra con más experiencia te comiera los morros.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. —Las palabras salían a duras penas de entre los labios apretados de Jaime, al que se le marcaba una vena en la sien derecha.

—¡Ah, ¿no?! —casi gritó Lili, pero, al instante, bajó el tono y añadió con expresión indiferente—: En realidad, es ridículo que a estas alturas estemos discutiendo por semejante asunto. Han pasado treinta años, como comprenderás, ya no tiene la menor importancia. Todo esto es agua pasada. Agua sucia y pasada —matizó con mala idea—, pero te agradecerías que te bajaras. Esta caravana es mi casa, y en mi casa no me gusta recibir indeseables.

—¡Indeseables! —repitió airado—. Tienes razón, a mí tampoco me gusta

estar en el mismo sitio que una histérica rencorosa que nunca me dio la más mínima oportunidad.

Lili soltó una exclamación indignada al oír aquel comentario tan injusto, pero no le dio tiempo a tirarse a la arena de los insultos porque Jaime, sujetándose las costillas con una mano, se levantó, salió de la caravana y cerró de un portazo.

Furiosa como no recordaba haberlo estado en su vida. Lili se sentó en el asiento del conductor, se puso el cinturón con brusquedad y arrancó el motor. Avanzó una decena de metros, echó un vistazo por el retrovisor y pisó el freno hasta el fondo.

—¡Mierda!

Golpeó el volante con ambas manos, tan fuerte que se hizo daño. Con el pecho subiendo y bajando al ritmo de su agitada respiración, se quedó un buen rato mirando la tira de asfalto desierto que se extendía hacia el infinito.

—¡Mierda! —repitió mientras se soltaba el cinturón.

Abrió la puerta del conductor y se bajó de la caravana. Con los brazos en jarras miró hacia atrás. Allí estaba él, apoyado en el sillín de la Harley con las piernas extendidas y los brazos cruzados, como si no tuviera una preocupación en el mundo.

—Soy idiota.

Furiosa, cerró de un portazo y empezó a caminar hacia él.

## *Jaime*

Esa mujer áspera en la que Lili se había convertido y que solo guardaba un ligero parecido con la Lili de su juventud, le tendió su Blackberry de mala gana. Sin embargo, Jaime no hizo ademán de cogerla.

—Toma. —Lo agitó impaciente delante de sus narices—. Llama a algún taller de la ciudad más cercana para que vengan a buscaros a ti y a tu moto.

—Solo hay un taller en Mariposa y, a estas horas, está a punto de cerrar. — Con el calificativo de «indeseable» resonando aún en sus oídos, a Jaime le reventaba tener que pedirle un favor, pero era consciente de que no estaban las cosas como para andarse con un ataque de pundonor—. Necesito que me acerques a la ciudad.

Era evidente que a Lili la idea no le hacía maldita la gracia; pero podía entenderlo, a él tampoco le hacía demasiada ilusión tener que viajar ni siquiera unos kilómetros con una traidora semejante.

«Un momento», se dijo. «Es ridículo que siga enfadado por algo que pasó hace tropecientos años».

¿Cuántos había dicho ella, exactamente? ¿Treinta? Le entró un poco de vértigo; no quería ni pensar en que él también se hacía viejo. Con un encogimiento de hombros, alejó ese espantoso pensamiento de su cabeza y se concentró en la negociación que se traía entre manos.

—No tiene sentido que nos peleemos por algo que, como tú bien dices, es agua pasada.

—Dije agua *sucia* y pasada —recalcó el adjetivo con una mirada tormentosa.

Jaime se obligó a no perder el control.

—Vale, sucia. Lo que tú digas. —Se acarició la barba con aire distraído—. Solo déjame pensar a ver cómo subo la moto.

Lili se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—¿Pretendes meter ese cacharro en mi caravana?

—No creerás que la voy a dejar aquí —protestó incrédulo—. ¡Es una Harley Davidson V-Rod Muscle 2009!

Ella alzó los ojos al cielo con cara de aburrimiento, y Jaime se regañó a sí mismo por tratar de explicarle ciertas cosas a una persona que —era evidente— no entendía absolutamente nada de motos.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Subirla a *cucuruchitas*? —preguntó irónica—. No pienses que te voy a ayudar a cargar con ese mamotreto.

Negó con la cabeza, molesto.

—No hace ninguna falta que me ayudes. Solo necesito encontrar algo que pueda utilizar a modo de rampa.

Lili abrió la boca, pero la volvió a cerrar casi al instante y apretó los labios con fuerza.

Jaime entornó los ojos.

—¿Alguna información que, quizá, te gustaría compartir...?

Le pareció que luchaba consigo misma, pero finalmente, asintió.

—Creo que ahí hay algo que te puede servir. —Señaló una pequeña puerta en el lateral trasero del vehículo y le arrojó un manojito de llaves; estaba claro que iba a limitar su ayuda al mínimo imprescindible.

Jaime probó las llaves hasta que, a la tercera, dio con la que abría la puerta. El compartimento estaba lleno de trastos. Empezó a sacar cosas: varios productos de limpieza, un cubo de fregar, una caja de herramientas, una bomba de bicicleta... hasta que dio con lo que buscaba.

—¡Una rampa plegable! —Movié la cabeza, sin poder creerlo del todo—. No voy a decir que hoy sea mi día de suerte, pero, desde luego, es el de las coincidencias.

Le lanzó a Lili una sonrisa, pero esta desvió la vista sin devolvérsela. Se le pasó la alegría de golpe y, empezó a desplegar la rampa con cierta brusquedad.

Mientras ella observaba la operación con los brazos cruzados sobre el pecho y cara de circunstancias, Jaime aseguró la rampa por encima del escalón y

estudió el terreno. Tendría que meterla en el estrecho pasillo que quedaba entre la mesa y el fregadero; el ángulo era muy justo, pero no le quedaba más remedio que intentarlo. Caminó hasta la moto y, al ver de nuevo los profundos arañazos en la pintura negra del depósito y el tubo de escape abollado, maldijo entre dientes. Con decisión, la agarró del manillar y la empujó hacia la autocaravana. La rampa era estrecha y subir los más de doscientos kilos de Harley con semejante inclinación no iba a resultar nada fácil.

Jaime miró de soslayo a la dueña de la caravana. Seguía en la misma posición y, a juzgar por el modo escéptico en el que alzaba una ceja, no daba un duro por él. Sin embargo, no pensaba suplicar. Lleno de orgullo, cogió impulso y empezó a empujar, pero apenas había logrado meter parte de la rueda delantera cuando la moto empezó a deslizarse hacia atrás.

Clavó los talones en el suelo y empujó con todas sus fuerzas mientras lanzaba una nueva sarta de maldiciones, pero era inútil. Él solo no iba a poder.

—¿Podrías...? —No le quedó más remedio que tragarse su orgullo con cáscara y todo—. ¿Te importaría echarme una mano?

—Creía que habías dicho que no hacía ninguna falta que te ayudara.

La falsa amabilidad de la voz femenina le hizo rechinar los dientes. Ni siquiera tuvo que volverse a ver su expresión triunfante; era evidente que aquella bruja estaba disfrutando con su humillación. Agarró con más fuerza el manillar, aunque su tono no traicionó su enfado.

—Lo he pensado mejor. Si te metes dentro y la sujetas mientras yo empujo desde atrás puede que lo consigamos.

—Está bien. —Se notaba que lo decía sin muchas ganas—. Solo espero que si se me escapa de las manos y te aplasta no me denuncies. Ya sé que en este país lo de las demandas es un deporte nacional.

La miró con el ceño fruncido, pero ella se limitó a devolverle la mirada con inocencia.

—Espero que no estés planeando nada extraño.

—¿Por quién me tomas? —replicó haciéndose la ofendida.

Jaime decidió que sería mejor dejarlo correr.

—Vamos allá. Una, dos y ¡tres!

Empujó hasta que sintió los músculos de los brazos a punto de estallar.

—¡Sujétala, sujétala! —gritó al ver que la moto empezaba a deslizarse hacia

abajo.

—¡La estoy sujetando, caramba!

Después de varios minutos en un tenso tira y afloja, salpicado de gritos y maldiciones, consiguieron subir la Harley a la caravana.

—¡Oh, Dios mío! —Lili se desplomó en uno de los sillones sin aliento.

Jaime subió por la rampa y la imitó sin dejar de frotarse los bíceps.

—Me duele todo.

Al oírlo, Lili se levantó de un salto y abrió el botiquín que había dejado sobre la mesa.

—Se me había olvidado que habías sufrido un accidente, no deberías haber cargado con la moto.

—A buenas horas, mangas verdes —replicó sarcástico.

Hizo amago de levantarse también, pero ella lo empujó hacia atrás sin la menor consideración.

—Voy a limpiarte esa herida. —Empapó una gasa en una solución antiséptica y se volvió hacia él decidida. Jaime, que nunca había sido un buen paciente, echó la cabeza hacia atrás en cuanto se acercó—. ¡Estate quieto! Igual necesitas unos puntos.

Al oír aquello, se le pasaron en el acto las ganas de resistirse.

—¿Tú crees? —Estaba seguro de que se había puesto pálido.

Lili resopló con impaciencia.

—Se me había olvidado lo cobardica que eres.

—No soy ningún cobardica —dijo en el mismo tono que usaría un niño pequeño para negar lo evidente.

—Estate quieto —repitió.

Con cuidado, lo sujetó por la barbilla con una mano y empezó a limpiarle la herida con la otra. Estaba muy cerca y Jaime aprovechó para examinar su rostro concentrado. La última vez que vio a Lili, era una jovencita de dieciocho años y ahora, según sus cálculos, ya debía estar cerca de los cincuenta.

Bajo la leve capa de maquillaje, su piel ya no tenía esa tersura que da la juventud, pero —si obviaba las leves arrugas que se formaban justo en el rabillo de los ojos— se conservaba bastante bien. Llevaba el pelo más corto de lo que recordaba. Las puntas apenas rozaban los hombros, pero el tono seguía siendo

muy similar, aunque sospechaba que era teñido. Y, pese a que él jamás se fijaba en las señoras de esa edad, tuvo que reconocer que no estaba mal.

Sin embargo, al contrario que la antigua Lili, esa mujer mayor en la que se había convertido era toda aspereza; no quedaba en ella nada de la dulzura de antaño. De pronto, sintió una dolorosa punzada de nostalgia al pensar en la joven Lili. Lo cierto era que, más que el precioso rostro o las piernas interminables, recordaba muy bien que había sido esa dulzura la que lo había atraído al principio y la que luego, al conocerla mejor, le había hecho enamorarse perdidamente de ella.

—Has tenido suerte, solo es un arañazo.

La voz de la Lili mayor, una voz sensual un par de tonos más grave que la de la mayoría de las voces femeninas —en eso, al menos, no había cambiado—, lo devolvió de golpe al presente.

Jaime soltó un suspiro de alivio.

—Pero quizá estaría bien que te echara un vistazo un médico cuando llegemos a Mariposa —dijo, al tiempo que tiraba la gasa en el diminuto cubo de basura.

—Ya te he dicho que solo estoy magullado.

Jaime se levantó de la silla con una mueca de dolor.

—Toma. —Lili le tendió el frasco de crema que había sacado antes del armario—. Úntate una buena capa por todo el cuerpo, ya verás como te alivia. Tómame el tiempo que necesites, yo estaré fuera, haciendo una llamada.

Sin darle tiempo a protestar, salió de la caravana y se alejó en dirección a unos arbustos cercanos.

Jaime miró el tarro que tenía en la mano, lo abrió y lo olisqueó con cautela.

—Hum. Huele bien.

No tenía demasiada fe en los ungüentos milagrosos, pero pensó que tampoco le haría daño probar; así que se quitó la cazadora y se sacó la camiseta. Se untó una capa generosa en el brazo izquierdo y, sorprendido, notó una especie de calor seco que se extendía poco a poco por su piel produciéndole un alivio instantáneo. Siguió con el otro brazo, el torso y la espalda como pudo. Echó un vistazo por la ventana para asegurarse de que Lili seguía hablando por teléfono de espaldas a él y, con rapidez, se desabrochó la hebilla del cinturón, los botones y se bajó los vaqueros y los calzoncillos. A toda prisa, se embadurnó los muslos y las nalgas. Volvió a vestirse, sin perder de vista a la mujer rubia que seguía con

el móvil pegado a la oreja y salió de la caravana.

—¡Ya estoy!

La vio hacer un gesto con la mano, pero ni siquiera se dio la vuelta.

¿Con quién hablaría?, se preguntó curioso mientras quitaba la rampa y la plegaba de nuevo. La guardó en el compartimento y cerró con llave.

—Dame las llaves.

Lili tendió la mano y, obediente, depositó el abultado llavero en ella.

—¿Quieres que conduzca?

—No gracias. Esta caravana es ahora mi responsabilidad y, a juzgar por el estado de tu moto, no eres un conductor demasiado fiable.

A Jaime aquella afirmación le fastidió profundamente, pero no le quedaba más remedio que aguantarse si quería llegar a algún lugar civilizado antes de que se le echara la noche encima. Así que se mordió la lengua y, en silencio, recogió su vieja guitarra, que había dejado en el suelo antes de meter la moto en la caravana. Con ella en la mano, la siguió al interior del vehículo y ocupó el asiento del pasajero.

Sin prestarle la menor atención, como si no le importara lo más mínimo si subía a bordo o se quedaba allí tirado, Lili se puso el cinturón de seguridad y arrancó. Poco después, la caravana avanzaba a paso de tortuga hacia Mariposa.

En cuanto comprendió que les iba a llevar un buen rato recorrer los pocos kilómetros que faltaban para llegar a la pequeña ciudad, Jaime se acomodó contra el respaldo y se dedicó a observarla de reojo. Lili vestía de un modo sencillo: vaqueros, camiseta blanca y unas alpargatas. Sus ojos se posaron en las manos que agarraban el volante. Unas manos elegantes, de dedos largos, en las que la única joya era una fina alianza de oro en el anular izquierdo. Se preguntó si le habría ido bien en la vida. Sin embargo, teniendo en cuenta que vivía en una caravana, la respuesta más probable sería que no demasiado bien.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Lili le preguntó en ese mismo momento:

—¿Ahora vives en Estados Unidos? ¿A qué te dedicas? ¿Sigues con tu banda?

Al notar la curiosidad encerrada en sus palabras, Jaime se encogió de hombros. No valía la pena contarle que el pequeño estudio de arquitectura que había heredado de su padre era ahora una firma reconocida a nivel internacional,

que en los últimos años había intervenido en los proyectos más punteros del planeta. En cuanto las mujeres se enteraban de que tenía dinero para aburrir, solían saltarle a la yugular. Ciertamente que, al principio, pensaba que era por su encanto personal, pero a medida que se iba haciendo cada vez más viejo y ellas eran cada vez más jóvenes, ya no se hacía ilusiones. No sabía si Lili se habría convertido en una de esas odiosas cazafortunas, pero no quería correr el riesgo, así que contestó:

—Sí, lo has adivinado, sigo en la música. Pero ahora voy por libre, tocando aquí y allá según me lleve el viento.

—Qué poético —dijo ella en un tono que indicaba todo lo contrario.

Pero Jaime no hizo caso y aprovechó también para saciar su curiosidad:

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas? ¿Creaste tu propia línea de cremas como soñabas?

## *Lili*

Vaya, así que al menos se acordaba de que ella ya tenía un proyecto de vida antes de conocerlo. Lili dudó unos segundos, pero, finalmente, llegó a la conclusión de que no valía la pena contarle que no solo había creado su propia línea de cremas elaboradas únicamente con productos naturales, sino que su marca era muy conocida en Europa y una multinacional acababa de pagarle una cifra escandalosa por su cadena de centros de belleza. Su sueño se había cumplido mucho más allá de cualquier cosa que hubiera imaginado; de hecho, era lo suficientemente rica para permitirse el lujo de cambiar de vida y volver a empezar de cero sin temor al futuro.

Sin embargo, saltaba a la vista que, a pesar de las hinchadas expectativas que todos sus conocidos tenían en el brillante y talentoso Jaime Torres-Zárata de su juventud, al final, no se habían cumplido. Y puede que Lili no tuviera motivos para recordarlo con cariño, pero no era una mujer rencorosa y no quería hacerlo sentir mal restregándole su éxito por la cara.

—Bueno, elaboro cremas de un modo artesanal y me da para ir tirando.

«Al menos no he dicho una mentira», se dijo en un intento de aliviar su conciencia aunque, por si acaso, clavó la vista en el asfalto para que él no pudiera adivinar hasta qué punto la expresión «ir tirando» se había quedado corta referida a sus ingresos.

—¿Y vives en esta caravana?

Jaime se inclinó sobre el salpicadero y encendió la radio. Al instante, la última estrofa de *Rey del Glam* atronó ensordecedora.

—Vaya —dijo con una sonrisa—, veo que sigues escuchando la misma música.

—Es lo único que recuerdo con agrado de aquellos tiempos —replicó cortante.

La sonrisa desapareció en el acto y, sin decir nada, Jaime se inclinó de nuevo para bajar un poco el volumen. Lili se arrepintió de su bordería. Si seguía así, él iba a pensar que aún estaba dolida por su abandono, así que se apresuró a contestar a la pregunta que le había hecho antes:

—No, no vivo en ella. La he alquilado para hacer un poco de turismo y, de paso, aprovechar para vender alguna crema. Si la cosa funciona, no descarto abrir una tiendecita en San Diego, que es dónde trabaja mi hija.

Se detuvo y se mordió el labio, molesta por su indiscreción.

—Qué casualidad, yo también vivo en San Diego. —Lili suspiró aliviada, igual no se había dado cuenta. Sin embargo, sus siguientes palabras la sacaron de dudas—: Así que tienes una hija.

Ella apartó un segundo la vista de la carretera para mirarlo, pero el interés que mostraba Jaime no le pareció sospechoso.

—Sí, Azucena. Vino a trabajar a Estados Unidos hace casi cuatro años y pensé que, como ya no hay nada que me retenga en España, sería buena idea vivir más cerca de ella.

—Y ¿qué opina tu marido? ¿Estáis divorciados?

¿Eran imaginaciones tuyas, o el tono de esas preguntas tenía un matiz áspero?

«Vamos, Lili, deja de imaginarte cosas».

—No. Soy viuda. Antonio murió hace cuatro años y pico.

Notó que se volvía a mirarla.

—Vaya, lo siento. Perdona que...

—No te preocupes —lo interrumpió—. Puedo hablar de ello con serenidad. ¿Y tú? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Lo miró de reojo. Él se apartó el pelo de la frente con una mano, y al ver aquel gesto tan familiar —aunque de las greñas oscuras en las que ella solía enredar los dedos ya no quedaba ni rastro— volvió a sentir un pinchazo de añoranza al pensar en el Jaime que había conocido hacía treinta años.

«Hay que ver qué mayor está», se dijo.

Después de echarse la crema no se había vuelto a poner la chupa de cuero. Con disimulo, recorrió las botas de motero, los vaqueros negros rematados por un cinturón de cuero con tachuelas y una pesada hebilla plateada. La camiseta, negra también, se ajustaba a unos hombros más anchos de lo que recordaba y a una curva a la altura del estómago que, aunque casi inapreciable, ahí estaba. Disgustada, se dijo que se había convertido uno de esos patéticos señores mayores a los que les gustaba vestirse de jovencuelos. Ahora que lo pensaba, la chupa de cuero era muy parecida a la que usaba cuando lo conoció. Lili movió la cabeza con desaprobación. Mucho se hablaba de que si las mujeres de cierta edad ya no deberían usar minifalda, pues alguien tendría que decirle a los hombres de esa misma edad que a ellos las camisetas sin cuello tampoco les favorecían lo más mínimo.

Perdida en sus disquisiciones mentales, la voz profunda de Jaime la obligó a prestarle atención:

—No. No me he casado nunca. Imagino que no encontré a la mujer adecuada. —Hubo una pausa algo incómoda, pero enseguida prosiguió—: Pero reconozco que me hubiera gustado tener hijos. ¿Qué pasa? —preguntó al ver la cara que puso—. ¿He dicho algo malo?

Lili trató de disimular y lanzó una risita que no venía a cuento.

—Bueno, aún estás a tiempo. En ese sentido, los hombres sois afortunados.

Aunque trató de hablar en tono ligero, movió la cabeza en un intento de ahuyentar un desagradable sentimiento de culpabilidad.

«Y ¿por qué debería sentirme culpable», se preguntó enfadada consigo misma. «La única contribución de Jaime en la vida de mi hija ha sido la aportación de un espermatozoide avisado».

Sin embargo, seguía sintiéndose incómoda. Por otro lado, pese a que no pensaba reconocerlo ni siquiera ante sí misma, muy en el fondo, se había alegrado al oír que él nunca se había casado ni había tenido hijos.

Jaime se volvió a pasar la mano por los cortos cabellos grises.

—Ya es tarde —negó decidido—. Además, ahora tengo a Phoenix.

Lili fue incapaz de disimular su curiosidad:

—¿Phoenix?

Jaime sonrió, saltaba a la vista que le gustaba hablar de ese tal Phoenix.

—Lo conocí cuando no era más que un golfillo de catorce años. Una noche,

él y su pandilla intentaron atracarme a la salida del trabajo. Me defendí y uno de ellos me hizo un corte en el brazo con una navaja. Asustados al ver la sangre, salieron corriendo, pero Phoenix se quedó a ayudarme. Me hizo un torniquete bastante apañado y se ofreció a conducir mi coche hasta las urgencias del hospital más cercano. En vez de eso, le ofrecí una ducha, una cena caliente y una cama limpia.

Lili sonrió a su vez.

—¿No te dio miedo que pudiera robarte o asesinarte?

Jaime se encogió de hombros.

—Yo también podría haber resultado un perverso. Imagino que los dos tuvimos suerte aquel día. A la mañana siguiente, seguía en casa y me había preparado unos huevos revueltos con bacon —sonrió de nuevo al recordarlo—. Tendrías que haber visto el estado calamitoso de la cocina, con cacharros y manchas por todas partes, pero se notaba que el chico le había puesto su mejor voluntad. Así que, mientras desayunábamos, aproveché para preguntarle sobre su vida. No fue fácil hacerlo hablar, pero entre lo poco que dijo y lo que adiviné, me hice una idea bastante precisa de la existencia que había llevado hasta entonces.

—Imagino que los detalles serían terribles. —Lili ya experimentaba una profunda simpatía por aquel adolescente desconocido.

—Terribles. Su madre era una india chiricaua, soltera y alcohólica, que murió pronto; después, su historia está llena de abusos y desatención por parte de los servicios sociales. El caso es que en ese mismo momento decidí adoptarlo y nos ha ido muy bien juntos. Acaba de cumplir los treinta y dos, y dudo mucho que un chico de mi propia sangre me hubiera dado más satisfacciones que él. Phoenix —Jaime repitió el nombre con afecto—, el ave que resurge de sus cenizas. Ese fue el nombre que eligió el día que, por fin, conseguí los papeles de adopción.

Lili asintió con simpatía.

—Me alegro, es como un cuento de hadas. Me encantan los finales felices.

De alguna manera, la historia había servido para romper el hielo entre ambos y borrar antiguos malos entendidos. Charlando amigablemente y con la música de los ochenta —a un volumen mucho más razonable— de fondo, enseguida avistaron el cartel que les daba la bienvenida a Mariposa County.

Jaime conocía bien el lugar —según le dijo, la cabaña en mitad de la

montaña que de vez en cuando le prestaban unos amigos para componer sus canciones no quedaba lejos de allí— y con indicaciones precisas la llevó hasta un pequeño taller mecánico a las afueras del pueblo.

El taller estaba a punto de cerrar, pero el dueño, un hombre mayor con una panza descomunal que su mono de trabajo manchado de grasa apenas podía contener, los recibió con amabilidad. Entre los dos bajaron la moto de la caravana y la llevaron al interior. Después de un examen detallado, el hombre, que daba la sensación de saber de lo que estaba hablando, le dijo a Jaime que, además de pintura y chapa, tenía pinta de que tendría que cambiar todo el bloque de la primaria.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —Lo interrumpió Jaime impaciente.

El hombre se rascó los pelillos del pecho que asomaban por la cremallera sin cerrar, pensativo.

—En tres semanas estará como nueva.

—¡Tres semanas!

Su interlocutor se encogió de hombros.

—Me tienen que enviar la pieza desde San Francisco.

—¿No puedes hacer alguna chapuza que me permita llegar a San Diego.

El tipo negó con firmeza:

—Imposible, son más de cuatrocientas millas.

Estaba claro que no era el día de suerte de su ex, se dijo Lili al oír al dueño del taller. Jaime parecía agobiado, pero eso no era asunto suyo, al fin y al cabo, lo había rescatado de una situación difícil en una carretera desierta. Ya no podía hacer más por él.

—Vaya, lo siento mucho. En fin. Voy a comer algo que estoy muerta de hambre —le tendió la mano a Jaime—. Ha sido toda una sorpresa encontrarte aquí. Ya nos veremos.

Con el ceño fruncido, él miró la mano tendida sin hacer ademán de estrechársela, así que Lili hizo un gesto vago con la misma y se alejó en dirección a la caravana.

Jaime se apresuró a darle unas instrucciones al dueño del taller y salió disparado detrás de ella. Justo en el momento en que el vehículo se ponía en marcha, abrió la puerta del asiento del pasajero y se coló dentro.

—Pero ¿qué haces?

—Yo también quiero comer algo.

Lili resopló impaciente. Tenía dos opciones: obligarlo a bajarse de su caravana de inmediato, o hacer una última obra de misericordia e invitarlo a comer. Al fin y al cabo, hubiera hecho lo mismo por cualquier conocido al que hubiera encontrado en circunstancias adversas. Ciertamente que nunca en su vida nadie se había portado tan mal con ella como este hombre, pero sería mezquino rebajarse a su nivel. Además, el pasado, pasado estaba.

—Está bien —aceptó sintiéndose increíblemente virtuosa—. Te invito a cenar y veré si puedo darte algo para que sigas viaje o te alojes por aquí mientras te arreglan la moto.

En vez de mostrarse agradecido, su generosa proposición pareció ofenderlo.

—No te preocupes, no será necesario —dijo con sequedad.

«Muy bien, pues hazte el digno. Tú mismo. No es mi problema. No es en absoluto mi problema», se repitió como si fuera un mantra.

Poco después, aparcó la caravana al lado del gigantesco poste de una conocida cadena de restaurantes.

—Siempre he querido comer en un sitio de estos —anunció Lili sin dirigirse a nadie en particular.

El restaurante era igualito que cualquiera de esos *dinners* que había visto en infinidad de películas americanas. El suelo de baldosas negras y blancas, y las mesas divididas en pequeños compartimentos, separados por los aparatosos sillones forrados de escay. No había demasiada gente y el delicioso olor a café, hamburguesas y tortitas la hizo salivar.

En cuanto se sentaron, una camarera de mediana edad y aire cansado se acercó a tomarles nota.

—¿Saben ya lo que van a pedir?

Absorta en la extensa carta, Lili negó con la cabeza.

—Una hamburguesa doble con extra de queso poco hecha, patatas fritas y café para mí —pidió Jaime sin mirar la carta.

Lili resopló agobiada, siempre le costaba tomar una decisión cuando iba a un restaurante; por ella habría probado un poco de todo.

—¡Qué rapidez! Soy incapaz de decidirme.

—Se nota que no llevas mucho tiempo por aquí. Hamburguesa, perrito

caliente y pechuga de pollo son los platos estrella en estos sitios.

A juzgar por lo que había visto en la carta, llevaba razón, así que Lili decidió pedir lo mismo, aunque cambió el café por una coca-cola Zero.

—*Diet coke for her, please* —intervino él.

En cuanto la camarera se alejó, Lili lo miró con el ceño fruncido.

—Me gusta más la Zero.

—En Estados Unidos no la comercializan, lleva un edulcorante que está prohibido aquí.

—Vaya, no tenía ni idea.

La camarera regresó casi al instante con el café y la coca-cola, y Lili aprovechó para hacerle algunas preguntas sobre la ciudad. Al poco rato, las dos estaban inmersas en una animada conversación que se cortó en seco cuando un tipo mal encarado y sudoroso gritó desde la barra.

—Vamos, Jossie, deja el palique y ven a buscar esto.

La sufrida Jossie puso los ojos en blanco y se alejó de mala gana.

Lili dio un trago a su coca-cola y notó que Jaime la contemplaba con una sonrisa ligeramente burlona.

—¿Qué? —preguntó a la defensiva.

La sonrisa de Jaime se hizo más ancha y negó con la cabeza.

—Nada, que me acabo de acordar de que siempre que salíamos te enrollabas con todo el mundo. Veo que en eso no has cambiado.

Lili le devolvió la sonrisa, al tiempo que se encogía de hombros.

—Me gusta charlar con la gente. Es el único modo de llegar a conocer a fondo los sitios cuando viajas.

Jossie depositó una hamburguesa gigantesca acompañada por una indecente cantidad de patatas fritas delante de cada uno de ellos.

—*Buono appetit!* —Les deseó en una mezcla macarrónica de italiano y francés.

Como si acabaran de dar el pistoletazo de salida, ambos se abalanzaron sobre sus platos, hambrientos.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Lili antes de llevarse una patata bien empapada en *ketchup* a la boca.

Jaime terminó de tragar un trozo de hamburguesa y dio un buen sorbo al café

antes de contestar con estudiada indiferencia.

—Bueno, eso depende de ti.

Lili estuvo a punto de atragantarse con la coca-cola.

—¿De mí?

—Verás —Jaime bajó la vista al plato y empezó a jugar con el cuchillo —, no estoy muy bien de pasta y lo de la moto es una putada. Tú has dicho que ibas hacer un poco de turismo antes de bajar a San Diego, ¿no?

—Hum —dijo ella sin comprometerse.

—He pensado que... esto... He pensado que... —Inspiró profundamente y lo soltó por fin—: He pensado que podría ir contigo.

—Ni hablar —descartó Lili tajante.

Él buscó argumentos para defender su causa.

—No es la primera vez que viajo en caravana. Te ayudaré con los temas aburridos como echar gasolina, llenar el depósito de agua, ocuparme de vaciar las aguas grises y las aguas negras...

Al oír aquello, Lili se cruzó de brazos y le lanzó una mirada acusadora:

—¿Insinúas que, porque soy mujer, no puedo ocuparme de esas cosas yo sola?

Jaime levantó las palmas de las manos en un gesto apaciguador.

—Por supuesto que puedes hacerlo, pero lo bueno es que no tendrías por qué. Además, es peligroso que viajes sola. Hace poco torturaron y asesinaron a una mujer a pocos kilómetros de aquí; también viajaba sola.

—¡No empieces tú también con las historias de terror!

—No son historias de terror; es puro sentido común.

Le fastidió que repitiera casi punto por punto lo que le había repetido su hija, una y otra vez, en cuanto se enteró de sus planes. Enfurruñada, le contestó lo mismo que solía decirle a ella:

—Ya soy mayorcita, sé cuidarme sola.

—Por favor —insistió.

Eso era un golpe bajo. A Lili le costaba horrores decir que no y más cuando se lo pedían en ese tono. Sin embargo, trató de resistirse:

—La caravana es muy pequeña, ¿qué pensará mi hija si se entera de que he metido en ella a un desconocido?

—Para empezar, no soy un desconocido. Para seguir, ¿por qué debería opinar tu hija de cómo vives tu vida? Como tú muy bien has dicho antes, ya eres mayorcita.

A Lili le fastidió que usara sus propias palabras para rebatir sus argumentos, así que se aferró a la idea inicial:

—Es un espacio demasiado pequeño para dos.

—No digas eso, he visto que es un modelo de cuatro plazas. Estaremos más que cómodos. Ni siquiera te enterarás de que estoy ahí.

No claro, no se iba a enterar, pensó Lili indignada. Como si el hecho de compartir el minúsculo espacio de la caravana con el hombre que había sido su primer amor —el mismo que, para más señas, la había traicionado de un modo de lo más doloroso— y con el que acababa de reencontrarse después de una millonada de años, fuera algo normalísimo.

—De verdad que no pue...

—Por favor.

Lili cometió el error de mirarlo a los ojos, esos mismos ojos ardientes que tantas veces la habían hecho vibrar en el pasado, y al ver en ellos un reflejo de la súplica que asomaba en su voz notó que empezaba a rendirse. Pese a ello, hizo un último intento desesperado:

—Pero tendrás algún concierto apalabrado o... no sé una fiesta de cumpleaños en la que cantar o...

Jaime la interrumpió con un gesto de la mano.

—Nada hasta dentro de un mes, más o menos. No te preocupes por eso, solo di que sí.

Era injusto. Lili tenía ganas de gritar. Su hija tenía razón, a veces era tonta de puro buena; la gente siempre se aprovechaba de ella. Llevaba años planeando ese viaje, y el primer día iba y se torcía. Nada le salía nunca como había previsto. Al ver el rumbo que tomaban sus pensamientos se regañó a sí misma. En la clase de meditación que seguía a la de yoga, su maestro les tenía terminantemente prohibidas las frases negativas que incluían las palabras: «nada, todo, siempre y nunca». Inhaló profundamente en un intento de recuperar la calma perdida.

—Está bien —aceptó de mala gana.

Jaime se inclinó sobre la mesa y la agarró de la mano.

—Mil gracias, Lili.

Pero ella apartó la suya de inmediato y achacó el calambre que le había dado a la electricidad estática del local.

## *Jaime*

Jaime estiró y encogió los dedos de la mano varias veces debajo de la mesa. Menudo calambre le acababa de dar. Aún no sabía por qué le había dado por decir semejante sarta de mentiras. Precisamente, había adelantado su vuelta de la cabaña porque le había llamado su segundo para avisarle de que el ayuntamiento de Cincinnati había adelantado el fallo del concurso. Bueno, por eso y porque la inquietud que lo perseguía en los últimos tiempos se había acentuado en cuanto llegó a la cabaña.

La idea de seguir viaje con Lili en esa minúscula caravana se le había ocurrido cuando le estaba contando la historia de Phoenix. En un momento dado, ella le había lanzado una sonrisa llena de ternura y, de repente... ¡zas!, ahí estaba de nuevo la antigua Lili. Su estómago se había retorcido de un modo extraño. En ese mismo instante tuvo un palpito: aquel reencuentro extraordinario al cabo de tantísimos años, en una carretera perdida de un país extranjero, no podía deberse a la pura casualidad. Tenía que haber algo más, una especie de plan superior.

Y supo que no podía dejar marchar a Lili sin intentar aclarar algunas cosas del pasado que lo habían atormentado durante mucho tiempo. Por otro lado, también estaba ese extraño descontento que arrastraba desde hacía meses. Nada parecía emocionarlo ya; ni el trabajo ni los viajes... ni siquiera las mujeres despertaban en él más que un ligero interés. Tenía la sensación de que el tiempo pasaba demasiado rápido y de que él no lo había aprovechado lo suficiente. Tal vez aquel viaje improvisado lo ayudara a poner en orden sus ideas.

Por supuesto, todo eso no era una excusa para revivir un ardiente amor de juventud. Ni hablar. De aquello ya no quedaban ni las brasas. Si aún no los había

cumplido, Lili debía estar cerca de los cincuenta y él no salía con mujeres de esa edad. ¡Por Dios, si en los últimos tiempos no había salido con ninguna que pasara de los treinta! De hecho, Thea, su último ligue y con la que había cortado el día después de su cincuenta y dos cumpleaños, solo tenía veintiocho. Pensar en ese cumpleaños de amargo recuerdo le hizo apretar los dientes.

Thea había decidido organizar una fiesta sorpresa en su honor, lo cual habría estado muy bien si ella no hubiera sabido de sobra hasta qué punto detestaba las sorpresas. Acababa de llegar de Nueva York después de una semana de locos. Solo soñaba con soltar la maleta, darse una ducha y dormir doce horas del tirón, pero, cuando encendió la luz del vestíbulo: ¡sorpresa!

Su apartamento había sido invadido por una turba sonriente —salvo a dos de sus mejores amigos y sus esposas, apenas reconoció a nadie más— que le cantaba el *Cumpleaños Feliz* mientras acababa con las existencias de su bodega. Así que no le había quedado más remedio que atornillar una sonrisa a los labios, hacerse él también con una copa, y bailar cuando su novia lo presionaba —lo malo de salir con mujeres tan jóvenes era que no quedaba más remedio que aparentar que aguantabas su ritmo— las canciones machaconas del DJ de moda que, como todo lo demás, había contratado Thea con cargo a su chequera, por supuesto.

Ya amanecía cuando la gente empezó a desfilar por fin. La casa era un campo de batalla y el suelo de mármol estaba pringoso de todas las copas que los invitados, cada vez más borrachos, se habían derramado encima, aunque él solo pensaba en que ya podía irse a dormir. ¡Qué iluso! A Thea aún le quedaba cuerda para rato. Aquel cumpleaños no se borraría jamás de su mente; le habían caído cincuenta y dos tacos y, encima, había pegado su primer gatillazo.

De nuevo apretó los dientes al recordarlo. En vez de mostrar un poco de empatía, Thea se había puesto de mal humor y había empezado a acusarlo de no quererla, de estar siempre demasiado cansado para ella y de unas diez mil cosas más, todas en la misma línea. Humillado, harto y muerto de sueño, no había podido contenerse y le había respondido que dejara de comportarse como una niñaata que se cree el ombligo del universo.

Ese comentario había sido el principio del fin.

Sin dejar de chillar, Thea había saltado de la cama en toda su gloriosa desnudez y había empezado a arrojarle todo lo que encontraba en su camino: un libro, las llaves... incluso una pequeña escultura de porcelana que se hizo añicos contra el cabecero. Después, había recogido su ropa del suelo y se había largado

de la casa dando un portazo. No la había vuelto a ver.

Lo primero que había hecho al día siguiente había sido pedir hora con su médico de cabecera. En los últimos tiempos, las conversaciones en las cenas con los amigos habían estado trufadas de palabras horribles como «próstata», «impotencia», «colonoscopia» o «incontinencia»... en vez de hablar de fútbol y tías buenas como era lo habitual. Así que, cuando después de una batería de pruebas —incluido un desagradable tacto rectal— el médico le confirmó que su próstata estaba como la de un veinteañero había respirado aliviado.

—Qué pasa, ¿no está buena?

Lili señaló la hamburguesa con su tenedor, así que hizo un esfuerzo y se concentró en el presente.

—Está muy buena, pero no tengo más hambre.

—¿Te importa entonces si yo...?

Jaime sonrió. Al parecer, en eso tampoco había cambiado. ¿Cómo era el mote que le había puesto la primera vez que la vio abalanzarse sobre un bocadillo? Ah, sí. Lili la Piraña.

—Toda tuya.

—Sé que no debería, pero viajar en caravana abre el apetito.

Desde luego, gorda no estaba, se dijo observándola con disimulo. Quizá los brazos que asomaban por la camiseta ya no eran los de una chica de dieciocho, pero estaban bastante tonificados. Su pecho seguía teniendo el tamaño justo y, cuando iban al restaurante, se había fijado en lo bien que le sentaban los vaqueros. Se notaba que Lili se cuidaba y, si no supiera la edad que tenía, le habría echado diez años menos. Aunque tal vez debería esperar a verla desnuda para emitir un juicio definitivo.

Jaime se sobresaltó con el rumbo que habían tomado sus pensamientos. Verla desnuda. ¿Acaso se había vuelto loco?

—No sé en qué estás pensando —Lili gesticuló con los cubiertos, después de tragar el penúltimo trozo de hamburguesa—, pero hace un minuto parecía que te estaba sentando mal la comida, y ahora juraría que te has sonrojado.

Jaime no tenía la menor intención de explicar lo que pasaba por su cabeza en esos momentos, así que optó por cambiar de tema:

—Nada de eso. En realidad, me preguntaba si hacías algún tipo de deporte. Si lo de hoy es un ejemplo de lo que sueles comer, no se refleja en... —Se detuvo

con brusquedad al comprender lo que estaba a punto de decir.

—Creo que me tomaré ese comentario como un cumplido. —Los vivos ojos verdes le lanzaron una mirada maliciosa, que le hizo tragar saliva—. Hago yoga siempre que puedo. Quiero estar en forma para cuando lleguen los nietos.

—¡Nietos! —Espurreó el café que acababa de beber—. Perdona. —Avergonzado cogió una servilleta de papel y se limpió la barbilla—. Nietos —repitió—. Ninguno de los dos tenemos edad para tener nietos.

—Habla por ti. Yo estoy deseando. Quiero ser una abuela joven. En realidad, me habría gustado tener un montón de hijos, pero después de Achu ya no llegaron más. Lo malo es que mi hija no está por la labor. Está demasiado centrada en su carrera y me temo que la cosa va para largo. —Lanzó un suspiro pesaroso y empezó a jugar con el salero.

Jaime se preguntó cómo sería la hija de Lili.

—¿Se parece a ti? Tu hija, quiero decir.

—Qué va. —Hizo un gesto con la mano, risueña—. Somos opuestas. Ella es morena, bajita y preciosa, y mucho más ambiciosa y luchadora. No para hasta que consigue lo que quiere, siempre tiene que ser la primera en todo, no soporta perder ni al parchís.

—Me recuerda a mi padre.

Le pareció detectar una cierta alarma en los ojos de Lili, quien enseguida salió a defender a su hija.

—Siento haberte dado esa impresión. Es cierto que Achu es todo eso, pero también es muy buena gente. Detesta las injusticias, se preocupa por su madre, a veces en exceso debo reconocerlo, y es la persona más responsable que conozco. Es abogada y, al paso que va, se convertirá en la mujer más joven en convertirse en socia del bufete.

Jaime alargó la mano para coger el tique de la cuenta que Jossie les había dejado en un platillo, pero Lili se le adelantó.

—No hace falta. Ya invito yo.

Jaime abrió la boca para protestar, pero la volvió a cerrar en el acto. Se le acababa de ocurrir que lo más probable era que un músico de tres al cuarto no pudiera permitirse invitar ni siquiera a una mísera hamburguesa, así que, aunque se sintió raro —estaba acostumbrado a pagar siempre que salía con una mujer—, al final no dijo nada.

Ella cogió el tique y extendió el brazo para leerlo. ¡Ajá! Jaime, contuvo una sonrisa de satisfacción; estaba claro que él no era la única víctima de la maldita presbicia.

En cuanto pagaron, salieron del local, no sin que antes Lili le regalase un tarro de crema a Jossie, la camarera, con la recomendación de aplicársela en las manos, algo inflamadas por la artrosis, todas las noches antes de acostarse. Aprovecharon que aún había varias tiendas abiertas para comprar algunas cosas. Luego subieron a bordo de la caravana y, de camino al parque nacional, Jaime retomó la conversación:

—Así que tu hija es una de esas personas obsesionadas por su carrera. Imagino que no tiene novio.

Vio que Lili hacía una mueca antes de contestar sin apartar los ojos de la carretera.

—Te equivocas. Tiene un novio desde hace cuatro años. Es abogado como ella y trabajan en el mismo bufete.

Jaime se ladeó un poco, para observar su expresión.

—Por tu tono, deduzco que no te gusta demasiado.

Lili se encogió de hombros.

—Cómo no me va a gustar. Es un hombre, inteligente, atractivo, educado, con éxito en los negocios...

—Vamos que te aburre a muerte —afirmó él con seguridad.

Lili se volvió hacia él sorprendida.

—¿Cómo lo has adivinado?

Fue el turno de Jaime de encogerse de hombros.

—Intuitivo que es uno.

La vio sonreír y, una vez más, experimentó un extraño calambre en el estómago.

—Es cierto. Cada vez que viene de visita, algo que solo ha hecho en un par de ocasiones porque siempre está muy ocupado, me entran ganas de aullar. No tiene ni pizca de sentido del humor. No digo que mi hija sea la alegría de la huerta, pero, precisamente por eso, creo que a ella le convendría el tipo opuesto. Achu ya es lo suficientemente seria de por sí para casarse con un hombre que parece un funeral ambulante.

A él le hizo gracia la comparación.

—Pero si a ella le gusta...

—Eso es lo peor —afirmó Lili muy convencida—. Que me atrevería a jurar sobre una Biblia que ni siquiera está enamorada. Achu es demasiado racional. Estoy segura de que lo ha elegido como lo hace todo: haciendo una lista y sopesando los pros y los contras. Inteligente, tic; altura correcta, tic; sin patologías conocidas, tic...

Esta vez, su interlocutor no reprimió las carcajadas.

—¡Venga ya! No me lo creo.

Lili lo miró con desaprobación.

—No es cosa de risa. Mi hija se va a casar con un hombre que no le conviene en absoluto solo porque ha hecho una especie de estudio de mercado y ha llegado a la conclusión de que es la mejor opción entre todas las posibles. Sobre todo porque, como no sea en el bufete donde pasa dieciocho de las veinticuatro horas que tiene el día, nunca va a tener ocasión de conocer a otro hombre. —Lili movió la cabeza con algo parecido a la desesperación, antes de continuar con un alegato apasionado—: No puedo soportar pensar que nunca va a experimentar la emoción salvaje que producen las caricias de la persona que amas con toda tu alma; o ese agradable mareo que te invade cada vez que acercas la nariz a su piel; o la sensación de que tus rodillas se vuelven de gelatina cada vez que lo ves; o la...

Se detuvo en seco y se puso muy colorada, pero él tenía el rostro vuelto hacia la ventanilla y la mirada perdida en el paisaje, y no se dio cuenta.

—Sí —dijo al fin con una voz que incluso a él le sonó extraña—. Es muy triste.

Se quedaron un rato en silencio, cada uno absorto en sus pensamientos.

—¿Sabes? —dijo él al cabo de un rato—. Creo que deberíamos hacer algo para que tu Achu y mi Phoenix se conocieran.

Ella le lanzó una rápida mirada de reojo, pero Jaime detectó su interés.

—No me importaría, pero no creo que sirviera de mucho. Por lo poco que me has contado de tu hijo adoptivo, no creo que haya en el mundo dos personas con menos cosas en común.

Jaime rebuscó en su cazadora de cuero, sacó una bolsita de caramelos en forma de flor de uno de los bolsillos y ordenó.

—Abre la boca.

Lili obedeció de forma automática como había hecho en miles de ocasiones durante su corto noviazgo.

—¡Caramelos de violeta! —Se volvió hacia él sonriente—. Veo que sigues con la misma adicción.

Él se metió otro en la boca y le devolvió la sonrisa.

—Pues sí. Siempre me engancharon mucho más que el hachís que fumaba todo el mundo.

Lili se rió con ganas, y el sonido de su risa contagiosa le trajo un nuevo aluvión de recuerdos en los que no le dio tiempo a regodearse porque, casi al instante, ella preguntó:

—Pero ¿dónde los consigues? No pensaba que aquí vendieran esos caramelos.

—Tengo un colega músico que viaja mucho a España y me los trae. —No pensaba contarle que los compraba en una tienda *gourmet* dónde los importaban especialmente para él—. Pero volvamos a Achu y Phoenix. Creo que, precisamente, la gracia está en que sean tan distintos.

Al instante, Lili empezó a actuar como una madre cautelosa.

—Pero ¿a qué se dedica tu hijo?

—Es un artista y un fanático del medio ambiente.

Al instante, Lili movió la cabeza en una firme negativa.

—Uf. Descartado. No sabes la opinión que tiene Achu de los que ella llama «*hippies* sin oficio ni beneficio, incapaces de aportar ni un dólar a la economía mundial».

—Pero Phoenix tiene oficio y te aseguro que saca un buen beneficio — insistió Jaime que estaba muy orgulloso de su hijo adoptivo—. Hace unas maquetas arquitectónicas absolutamente increíbles. Un par de ellas han acabado en el Architekturzentrum Wien, un famoso museo de Viena, y recibe encargos de estudios de arquitectura de todo el mundo. Solo que él se lo toma con calma. Phoenix es un espíritu libre. No necesita muchas cosas; se conforma con tener lo suficiente para vivir. El resto lo dona a una fundación benéfica que él mismo ha creado que, entre otras muchas cosas, se dedica a enseñar distintos oficios a los adolescentes de una pequeña reserva india de Arizona, para evitar que caigan en el alcohol y las drogas. Phoenix suele pasar allí al menos un par de meses al año. Lo que de verdad le importa a mi hijo, aparte de sus chicos, es la preservación del entorno natural y del estilo de vida que llevaron sus antepasados. Conoce la

zona de Yosemite y alrededores como la palma de su mano, puede pasar semanas andando por las montañas, alimentándose solo con lo que caza y recolecta.

—Descartado de nuevo. Aunque lo de ser un filántropo tiene mucho mérito, no creo que el resto lo compense. Achu odia la naturaleza si no es en una postal, no concibe los alimentos que no vengan bien etiquetados en una bandeja de poliestireno o en un envase del *take away*, y acaba de comprarse uno de esos cochazos que seguro que contaminan un montón. —A pesar de haber desechado la idea de esa manera tan rotunda, no pudo evitar preguntar llena de curiosidad —: ¿Cómo es tu hijo físicamente?

—Casi tan alto como yo, pelo largo y negro, unos impactantes ojos azules y una forma física envidiable.

—Y otra vez descartado. A Achu siempre le han gustado los rubios y no soporta a los altos. Creo que al ser ella un poco bajita se siente en desventaja y eso no le gusta nada. Mi hija es una friki del control.

Jaime levantó una ceja con gesto de suficiencia.

—No conozco ni una sola mujer capaz de resistirse al encanto de Phoenix. Jóvenes o mayores, altas o bajas, gordas o flacas, inteligentes o tontas de remate. Todas, sin excepción, caen rendidas a sus pies.

—Entonces, requetedescartado. Lo último que quiero para mi hija es un mujeriego. Con un caso en la familia es más que suficiente —dijo en tono gélido.

Eso era una pulla en toda regla. Jaime se dio por aludido y se revolvió como una serpiente cascabel.

—Yo también podría hacer un tratado de mil folios sobre la inconstancia de las mujeres.

Lili dio un giro brusco al volante, y si no hubiera sido por la escasa velocidad a la que circulaban se habrían salido de la carretera.

—¿A qué te refieres con «inconstancia», si puede saberse? —Se notaba a la legua que a ella su pequeño dardo tampoco la había dejado indiferente.

—A nada. Será mejor que te concentres en la conducción o la cosa va a acabar mal, y ya tengo suficientes magulladuras en el cuerpo como para arriesgarme.

—¿Insinúas que conduzco mal?

Pero Jaime no estaba dispuesto a confesar lo que realmente pensaba: que Lili

Soto era un peligro al volante. En lo que llevaban de viaje, la había visto distraerse peligrosamente con el vuelo de un águila, con la forma de una nube y con un colorido grupo de mariposas. Si aún no habían tenido un accidente era porque Lili conducía a la velocidad de un caracol artrítico. De hecho, entre sus planes de futuro más acuciantes estaba el de hacerse con los mandos de la caravana a la menor oportunidad. Sin embargo, no estaba dispuesto a arriesgarse a que lo abandonara a su suerte en mitad de la carretera, así que alzó ambas manos en un gesto de rendición.

—Por supuesto que no insinúo nada parecido.

—Hum. —Fue su lacónica respuesta, no obstante, parecía más relajada; al menos, sus manos ya no se aferraban al volante como si tuviera ganas de estrangularlo.

—En fin, volviendo al tema que nos ocupa, quiero dejar claro que Phoenix no es ningún mujeriego. Pese a que ellas le persiguen sin descanso, a la mayoría las mira con indiferencia. Eso no quiere decir que no haya tenido sus historias, como todo el mundo. Sin embargo, jamás he visto a un hombre tan considerado con las mujeres. Te aseguro que ni siquiera es consciente del efecto que causa.

Lili arrugó la nariz.

—Suenas demasiado bonito para ser cierto.

—Por eso mismo estoy convencido de que son perfectos el uno para el otro.

Lili se quedó pensando unos segundos y, mientras tanto, su pie dejó de apretar el acelerador y la aguja roja del cuentakilómetros bajó unas cuantas rayas más.

—Si quitamos que no tienen nada en común y obviamos, claro está, el pequeño detalle de que Achu tiene novio y trabaja de lunes a sábado, cuando no lo hace también los domingos, quizá podría resultar. Pero ¿cómo haríamos para juntarlos?

A Jaime le alegró saber que ella estaba dispuesta a seguir adelante con su plan, por descabellado que fuera. Debía reconocer que uno de los rasgos de Lili que más le habían atraído en el pasado era que siempre estaba dispuesta a apuntarse a un bombardeo.

—No hay prisa, tenemos unos días para trazar el plan perfecto. No hace falta que lo decidamos...

—¡Mira, ya estamos! —lo interrumpió, señalando entusiasmada la pequeña garita situada en medio de la carretera, y el cartel de piedra y madera que

anunciaba que habían llegado a Yosemite National Park.

## *Lili*

La verdad era que se alegraba de contar con la compañía de alguien que entendía de caravanas. Por lo visto, no era la primera vez que Jaime acampaba en Yosemite y había insistido en hacer unas cuantas cosas antes de salir de Mariposa que a ella, demasiado concentrada en llegar a su destino antes de que se pusiera el sol —lo cierto era que odiaba conducir de noche, porque no veía tres en un burro y las luces de los coches la deslumbraban—, ni se le habrían ocurrido. Como por ejemplo: llenar los dos bidones de gasolina vacíos que le habían entregado con la caravana porque, según le había contado, no había gasolineras dentro del parque; comprar otra bombona de gas propano; madera para encender una buena fogata —por lo visto, en el parque estaba prohibido recoger leña—; rellenar los depósitos de agua de la caravana, aunque aún no se había encendido la lucecita correspondiente...

En fin, era como tener una especie de siervo apañado que se encargaba de las partes aburridas mientras ella se dedicaba a disfrutar de la experiencia. Lo mejor de todo era que el siervo, al parecer, también disfrutaba con esos rollos, así que todos felices.

—Los generadores solo se pueden utilizar a ciertas horas y...

Jaime leía en voz alta la hoja con las recomendaciones que les habían entregado a la entrada del parque, pero Lili desconectó de aquellas aburridas explicaciones, aunque asentía de vez en cuando, como si estuviera muy atenta. Había hecho la reserva para poder aparcar en el campamento con más de cinco meses de antelación, por lo que no hubo ningún problema al hacer el *check in*. Echó un vistazo al reloj; dentro de poco sería la hora de preparar la cena. Le

gustaba la idea de encender una fogata y cuando Jaime había hablado de comprar leña, ella había insistido en comprar también una enorme bolsa de *marshmallows* para asar en el fuego.

—Es conveniente enterrar los cadáveres de los bebés asesinados cerca del pino más alto...

—Aha. —Lili volvió a asentir con la cabeza.

—¡Lili, no estás prestando atención!

Sobresaltada, apartó de su mente la deliciosa visión de un *marshmallow* derretido y trató de negar la evidencia.

—Qué va, te estaba escuchando. Superinteresante lo de los generadores.

Jaime puso los ojos en blanco antes de desaparecer en el interior de la caravana y reaparecer con un buen montón de leña en los brazos. Se notaba que tenía práctica en aquellos menesteres, porque enseguida el fuego empezó a crepitar con alegría en la zona acotada para ello.

Lili inspiró con deleite el aroma de la madera quemada mezclado con el de las coníferas y los robles, y se sintió en el paraíso. Canturreando, se metió en la caravana y empezó a preparar la cena. Hoy sería a la española: huevos fritos con morcilla de Burgos que había logrado colar de contrabando en la aduana. Jaime asomó la cabeza y aspiró con los ojos cerrados.

—Hum... ¿Necesitas ayuda?

—Abre una botella de vino —Lili señaló con la barbilla uno de los armarios — y llévala fuera, junto con un par de copas.

Jaime abrió el armario y lanzó un silbido al examinar el pequeño surtido de vino tinto. Finalmente, eligió una botella.

—Un Hanzell 2005, chardonnay. Desde luego, sabes cuidarte.

Lili captó su mirada intrigada y se apresuró a dar una explicación plausible de por qué llevaba en su humilde caravana una pequeña bodega de vinos californianos digna de una princesa. Desde luego, no iba a confesar que le encantaba el buen vino y que, gracias a Dios, podía permitírselo.

—Me los ha regalado mi hija. A ella, a su vez, se los regalan los clientes.

Jaime buscó el sacacorchos y las copas y salió con la botella en la mano. Lili terminó de freír las últimas morcillas, repartió la comida en dos platos, cogió cubiertos, dos manteles individuales y unas servilletas a juego, y lo siguió afuera. Después de dejarlo todo en la mesa de picnic, se sentó en el banco de

madera. La temperatura había bajado bastante, pero el calor de las llamas mantenía el frío a raya.

Jaime llenó las copas y levantó la suya.

—Propongo un brindis: por las vueltas que da la vida y por los exquisitos manjares de nuestra tierra.

Lili alzó su vaso y repitió sonriente:

—Por las vueltas que da la vida y por los exquisitos manjares de nuestra tierra.

Chocaron las copas y dieron un sorbo al vino, que estaba exquisito, antes de empezar a comer. El sol ya se había puesto hacía rato, pero por detrás de las cumbres nevadas un resplandor rosado se resistía a desaparecer. La atmósfera del lugar se animó con los sonidos de las criaturas nocturnas y el crepitar de las llamas. Un buho ululó en la distancia y su grito solitario se oyó por encima del rumor de un arroyo cercano. Comieron sin dejar de charlar y Lili volvió a sentir un pinchazo de añoranza al recordar tiempos pasados; tampoco entonces les habían faltado temas de conversación.

Cuando terminaron de comer, Jaime buscó unos palos largos en los que ensartó un par de *marshmallows* y sentados en el mismo banco, con la espalda apoyada contra el borde de la mesa, los calentaron en el fuego. Acabaron con más de la mitad de la bolsa antes de decidir que ya no podían más. Como si se hubieran puesto de acuerdo, arrojaron los palos al fuego al mismo tiempo y, por primera vez, se quedaron en silencio con los ojos fijos en las llamas.

—Quizá no sea buena idea romper la paz del momento, pero siempre he querido preguntarte por qué desapareciste sin ninguna explicación.

La voz profunda de Jaime resonó en la noche. Lili se estremeció y se arrebujó más en la chaqueta de punto grueso que se había puesto.

—Te pillé con las manos en la masa, creo que las explicaciones estaban de más.

Jaime se levantó y echó otro leño al fuego. Después de sacudirse las manos, se las metió en los bolsillos del pantalón y volvió a sentarse.

—Salí detrás de ti, pero cuando llegué a la calle habías desaparecido.

Lili se encogió de hombros sin apartar la mirada del fuego.

—Tuve suerte. Un taxi acababa de dejar a una mujer justo enfrente del local. ¿Sabes? —añadió al cabo de unos segundos—. Lo que más me dolió fue que ni

siquiera parecías avergonzado cuando te diste cuenta de que te había pescado, solo desafiante.

Se hizo un silencio incómodo, que él rompió poco después.

—Sé que no es excusa, pero me gustaría darte mi versión de los hechos.

Lili le vio apartarse el pelo de la frente, con ademán nervioso.

—Cuando llegué, la chica esa... —Vaciló unos segundos, estaba claro que ni siquiera se acordaba de su nombre y a Lili ese pequeño detalle le dolió especialmente; que la hubiera traicionado con una mujer por la que no sentía nada en absoluto lo hacía todo más triste si cabe—. Se me tiró al cuello. Me la quité de encima.

Lili resopló incrédula; sin embargo, él siguió con sus explicaciones. Parecía decidido a confesar sus pecados, pero no estaba segura de que le apeteciese iniciar aquel incómodo recorrido por el pasado.

—Recuerdo muy bien sus palabras. Me dijo que estaba hecho un burgués, que en unos años estaría trabajando con papito y con tres mocosos llorones colgados de mi cuello. Y confieso que sentí pavor. Desde el principio, había sabido la clase de mujer que eras. Querías tu carrera y tus potingues sí, pero sobre todo soñabas con formar una familia, y yo el único ejemplo de familia que tenía era la mía: un padre maltratador y una madre acobardada. La chica esa...

—Vicky.

Jaime volvió a pasarse la mano por los cortos cabellos grises.

—Eso, Vicky. Vicky volvió a atacarme. Y entonces te vi, venías hacia mí vestida con ese vestido de margaritas que tan bien te sentaba y sonreías como si fueras la chica más feliz del universo. Sabía que no tenías la menor duda de que lo nuestro iba completamente en serio. Para ti era casi como si ya estuviéramos casados. Hasta tenías decidido en qué iglesia te gustaría celebrar la ceremonia.

Lili recordó que había comentado algo al respecto justo después de que hubieran hecho el amor en su cama y que, más tarde, lo había notado raro.

—Así que esta vez no la aparté, quería que nos vieras. Nunca olvidaré tu cara; fue como si alguien hubiera apagado la luz. Saliste corriendo y solo entonces reaccioné. De repente, comprendí cuánto te quería y supe sin ningún asomo de duda que si algún día nos casábamos nuestro matrimonio no tendría nada que ver con el de mis padres.

Era increíble que al cabo de tantos años el dolor siguiera siendo tan agudo. Lili apretó los párpados para evitar que una lágrima traicionera se deslizara por

su mejilla.

—Como te he dicho, aparté a Vicky y salí corriendo, pero cuando salí a la calle no había rastro de ti. Pensé en presentarme en el colegio mayor, aunque ya estuviera cerrado, pero me dije que sería mejor que habláramos al día siguiente, cuando estuvieras más calmada. A la mañana siguiente me levanté muy temprano y esperé un buen rato, caminando arriba y abajo frente a la puerta del colegio mayor mientras rumiaba mi discurso, hasta que empezó la hora de visita. Pero no sabía que era demasiado tarde; que tú ya te habías marchado. Marga me pidió explicaciones, pero no quise contarle nada antes de hablar contigo. Le supliqué que me diera tu teléfono, pero se negó en redondo a pesar de mi insistencia.

—Marga siempre ha sido una buena amiga. Aún seguimos viéndonos un par de veces al año y hablamos por teléfono a menudo.

—Me alegra oírlo, pero imagino que no te costará creer que, por primera vez en mi vida sentí ganas de estrangular a una mujer con mis propias manos.

Lili esbozó una sonrisa triste. Marga, la amiga más fiel que nadie pudiera desear. Después de su boda con Antonio había tratado de sacar el tema en varias ocasiones, pero ella no quería saber nada más de Jaime. Lo único que deseaba era olvidarlo cuanto antes, así que le había prohibido terminantemente que volviera a pronunciar ese nombre en su presencia, so pena de no volver a dirigirle la palabra en su vida.

—Me fui a casa dispuesto a meter cuatro cosas en una maleta e ir a buscarte, pero ¿cómo es ese refrán? El hombre propone...

—... y Dios dispone —terminó por él, y Jaime esbozó una sonrisa amarga al oírlo.

—Exactamente. Cuando llegué a casa... —Se detuvo y movió la cabeza como si aún no pudiera creerlo del todo—. Jamás olvidaré la escena que encontré al llegar. Mi madre, medio desmayada, tumbada en la cama mientras, María, la chica de servicio, la abanicaba con una revista. Había un frasco de perfume roto en el suelo y aún tengo el olor mareante a Chanel nº5 grabado en la pituitaria. Acababa de llamar por teléfono un amigo de mi padre. Al parecer, había discutido de política en un bar con unos tipos, la cosa se había calentado y alguien había tirado de navaja. Para hacerlo corto: mi padre había muerto.

Lili abrió la boca, incrédula, y la volvió a cerrar.

Al ver su expresión, Jaime esbozó una sonrisa desganada.

—Sí, así era mi padre. Un hombre violento que encontró un final acorde.

—Y, claro, no pudiste venir a Burgos.

De pronto, Lili empezaba a entender un montón de cosas, aunque no estaba segura de que no hubiera sido mejor seguir pensando, como había hecho hasta entonces, que él la había hecho a un lado con indiferencia una vez que se hubo acostado con ella. Inesperadamente, un abanico de posibilidades —todo lo que podía haber sido y no fue— se abría ante ella y tenía la misma sensación de vértigo que alguien que se asoma a un precipicio.

—No, no pude ir hasta tres meses más tarde. Mi padre había hecho ciertas operaciones bastante turbias y el estudio estaba al borde de la quiebra. Mi madre... —Apretó los labios con fuerza—. Digamos que con mi madre no podía contar.

Un sexto sentido le dijo a Lili que sería mejor no preguntar, así que esperó en silencio a que él decidiese continuar. Jaime se levantó una vez más y removió las brasas con una rama, aunque no era necesario. Después de un rato, se volvió hacia ella. La luz de las llamas quedaba a su espalda por lo que Lili apenas distinguía sus facciones en la oscuridad.

—Solo recordaba el nombre de la calle, pero pregunté en un par de tiendas y, finalmente, conseguí tu dirección. Llamé a la puerta y salió una mujer mayor. Me dijo que tus padres no estaban y que tú ya no vivías allí.

Lili no tuvo que esforzarse mucho para adivinar lo que venía a continuación, pero sin darse cuenta, contuvo el aliento.

—Por lo visto te habías casado hacía dos meses y vivías con tu marido en una casa verde con miradores blancos en la mismísima plaza Mayor. Tu marido. —Soltó una especie de carcajada en la que no había ni rastro de humor—. ¿Sabes lo que pensé? Pensé que era una broma y, aunque no entendía a cuento de qué venía, recuerdo que sonreí. Sin embargo, la mujer estaba muy seria y, cuando repitió la información mirándome con cara de lástima, comprendí que no bromeaba.

Lili soltó el aire que había estado aguantando y, por unos segundos, experimentó el mismo dolor que debió sentir él al recibir la noticia.

—Y ¿qué hiciste entonces? —preguntó en voz baja.

Lo vio pasarse una mano por el pelo antes de volver a esconderla en el bolsillo del pantalón.

—Si te soy sincero, no tengo ni idea. Debí volver al coche y conduje hasta

Madrid, pero no recuerdo un solo detalle de aquel viaje. ¿Qué pasó, Lili? — preguntó en un tono apremiante—. ¿Cómo pudiste olvidarme tan pronto? ¿Por qué te casaste de la noche a la mañana con un hombre del nunca me habías hablado?

En el profundo silencio que siguió, se oyó con claridad el batir de unas alas y, poco después, el sonido inconfundible de una pequeña refriega. Al parecer, esa noche habría carne fresca en casa del señor búho. Sin embargo, los pensamientos de Lili estaban muy lejos de la desesperada lucha por la supervivencia que se desarrollaba a escasos metros de ella.

Se mordió los labios y movió la cabeza. Cómo explicarle la angustia que había sentido al pensar que estaba embarazada de un hombre que no sentía nada por ella. Al imaginar el escándalo; el disgusto que le daría a sus padres. Cómo confesarle a esas alturas que la hija que llevaba el apellido de otro era suya. No. No podía hacerlo. Achu no sabía nada; le rompería el corazón enterarse de que Antonio, al que había adorado, no era en realidad su padre. Prefería quedar como una arpía sin corazón, antes que darle semejante disgusto a su hija.

Cuando Antonio le había hecho aquella inesperada proposición, no lo había dudado. En aquella época no era como ahora. La gente la habría señalado con el dedo y, lo que era mil veces peor, habría señalado a su hija. Había preferido casarse con un hombre veinte años mayor a enfrentarse a semejante estigma, y no se arrepentía en absoluto. Ciertamente cuando se casó no estaba enamorada, pero su marido era un hombre inteligente, amable y paciente. Habían sido muy buenos amigos, y el afecto y el respeto no habían faltado en su matrimonio. Achu había tenido un hogar estable y feliz, y Antonio la había querido como si fuera suya.

Cuando le propuso matrimonio, Antonio también había sido sincero. Unas paperas en la infancia le habían dejado estéril y, al ser un hombre muy religioso, había decidido quedarse soltero. No quería que ninguna mujer sacrificara por él un deseo legítimo de ser madre, pero cuando había escuchado su confesión no lo había dudado y le había ofrecido su ayuda sin esperar nada a cambio. De hecho, nunca le había exigido nada y no fue hasta que Lili se sintió preparada y lo hablaron, que consumaron el matrimonio.

No, no se arrepentía en absoluto del paso que había dado. Había sido feliz con Antonio. Nunca le había puesto pegas para que continuara con sus estudios y había sido él quien la había animado a lanzarse a la aventura de los centros de belleza. Antonio Llaneras había sido una gran persona y estaba muy orgullosa de

haber sido su mujer. No tenía sentido añorar lo que podía haber sido, porque lo único que contaba era la realidad de los últimos treinta años, y su marido había sido un pilar imprescindible de esa realidad.

—Si te soy sincera, lo hice por despecho. —No le quedaba más remedio que mentir, así que Lili lanzó una muda disculpa al infinito: «Perdona, cariño, pero no puedo explicarle que eras el hombre más generoso que he conocido nunca y que yo estaba desesperada»—. Antonio era un amigo de la familia y llevaba años enamorado de mí. Yo estaba furiosa por lo que me habías hecho, así que cuando me pidió que me casara con él, acepté.

—Ni siquiera lo amabas. —Seguía sin verle la cara, pero no cabía duda de que aquello era una acusación.

—Era joven, mi orgullo estaba herido... —Lili se encogió de hombros—. Puede que al principio no lo amara, pero créeme, su muerte fue un tremendo golpe.

Jaime abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la volvió a cerrar al instante. Sin preguntar, apagó el fuego hasta que solo quedaron los rescoldos. Luego se volvió hacia ella y dijo en tono frío y educado:

—¿Te importa enseñarme dónde voy a dormir? Ha sido un día complicado y estoy cansado.

Lili se levantó sin decir nada, recogió los platos y los manteles, y se metió en la caravana. Él la siguió con las copas y las servilletas.

—Déjalas ahí. —Lili señaló el diminuto fregadero—. Ahora mismo las lavo.

—¿Te ayudo?

—No, no hace falta. —Lili soltó las correas de la cama abatible que había encima de la cabina—. Tú dormirás aquí, y yo lo haré en la cama que está detrás. Será mejor que utilices el baño mientras friego los cacharros. Te dejaré la crema encima de la cama para que te la pongas antes de acostarte.

—Perfecto.

Jaime sacó una bolsa de aseo de las alforjas de la moto y desapareció en el minúsculo cubículo que contenía el inodoro y el lavabo. Cuando salió, Lili ya había terminado de recogerlo todo. Por el rabillo del ojo vio que Jaime se estaba quitando las botas, así que desapareció a su vez en el cuarto de baño. Se lavó los dientes y, mientras hacía pis, rogó que la caravana estuviera bien insonorizada.

En cuanto terminó, se despidió con un débil «buenas noches» que él le devolvió con mucha educación y, sin mirar en esa dirección, se metió en la

habitación trasera, cerró la puerta y se quedó unos segundos apoyada en ella con los ojos cerrados.

«Creo que esto no ha sido una buena idea».

## *Jaime*

Con los ojos fijos en el techo de la caravana que quedaba a apenas cuarenta centímetros de su nariz, las manos cruzadas detrás de la nuca y las piernas encogidas, Jaime aspiró el agradable olor a hierbas de la crema que acababa de extenderse por todo el cuerpo. El interior del vehículo estaba a oscuras, salvo por la luz que había encima de la cama. La puerta del fondo estaba cerrada y, por mucho que había aguzado el oído, tan solo había oído el golpeteo de las perchas en el armario y un leve rumor de pasos.

A pesar de estar compartiendo un espacio tan reducido, no se sentía agobiado. Era curiosa esa repentina intimidad con una persona que tan importante había sido para él en un pasado ya lejano. De alguna manera, y aunque hacía años que no pensaba en ello, se le había quitado un peso de encima después de esas explicaciones que no tuvo la oportunidad de dar en su día. Sentía como si se hubiera cerrado un círculo.

«Y entonces, ¿por qué estás tan cabreado?».

Era cierto, estaba furioso. Su corazón sangraba por el joven Jaime que había sido entonces. «Lo hice por despecho», había dicho ella con total frialdad, y al oírla se había sentido avergonzado de haber sufrido como un condenado por una mujer que, ahora se daba cuenta, no lo merecía.

Por eso no le había confesado que, unos ocho meses más tarde, cuando consiguió poner un cierto orden en el caos que era entonces su vida —aunque el fantasma de la banca rota planearía sobre los asuntos familiares durante varios años más— y enderezar su carrera de arquitectura, había vuelto a Burgos.

Luchar por salvar el negocio familiar y atender a una madre hundida en una depresión alcohólica le habían hecho madurar a toda velocidad. Sus sueños de llegar a ser algún día una estrella del *rock* de pronto se le antojaron absurdos y, poco a poco, había ido perdiendo el contacto con sus amigos de entonces. La inconsciencia de la juventud casaba mal con la dura realidad de la vida, y las pocas veces que quedaba con ellos a tomar unas cañas notaba que la distancia entre sus mundos se acrecentaba más y más.

Tampoco había salido con ninguna chica en todo ese tiempo; lo cierto era que no conseguía quitarse a Lili de la cabeza. Se sentía culpable y herido a partes iguales. Pensaba que Lili no había sido justa con él y necesitaba hablar con ella cara a cara, para aclarar de alguna manera la situación y cerrar de una vez aquella herida que seguía supurando. Eso no quería decir que albergara oscuras intenciones. Lili era ahora una mujer casada y él nunca había sido de los que se entrometían en un matrimonio. Así que una mañana, bien entrada la primavera, cogió el coche y se plantó en Burgos antes del mediodía. Recordaba al pie de la letra las indicaciones de la mujer que le había dado la noticia de que Lili se había casado, así que dejó el coche en un aparcamiento y caminó por la calle de San Lorenzo en dirección a la plaza Mayor.

La plaza, de forma irregular, estaba abarrotada de gente que aprovechaba el buen tiempo para tomar el aperitivo en alguna de las numerosas terrazas. Jaime caminó a unos metros de los soportales, buscando la casa verde con miradores blancos de la que le había hablado la mujer pero, justo entonces, reparó en una chica que tomaba algo con unas amigas.

«Lili».

No estaba preparado para la emoción que lo embargó al volver a verla y se quedó clavado donde estaba, devorándola con los ojos. Lili no parecía tener una preocupación en el mundo, y charlaba y bromeaba con sus amigas muy animada. Le pareció que estaba distinta, pero más guapa que nunca. Estaba a punto de acercarse a la mesa para saludarla, cuando un desconocido alto, elegante y mucho mayor que ella, se le acercó por detrás, colocó las palmas de las manos sobre sus hombros y se inclinó a besarla en el pelo. Lili atrapó una de las manos masculinas con la suya y giró la cabeza hacia atrás con una cálida sonrisa. Con el corazón latiéndole en los oídos, Jaime vio como el hombre se inclinaba de nuevo y la besaba, esta vez en los labios. Apretó los puños y siguió contemplando aquella escena tan inocente que, sin embargo, lo estaba desgarrando por dentro.

—¿Todo bien? —Oyó preguntar al hombre con una voz profunda y

agradable.

—Juzga por ti mismo.

Lili se levantó de un salto y se inclinó sobre un cochecito en el que Jaime no había reparado hasta entonces. Se inclinó y sacó del interior un bebé envuelto en un chal de lana rosa. Lo estrechó contra sí y lo besó con delicadeza en la frente y la mejilla y, una vez más, ese simple gesto lleno de ternura se le clavó en lo más profundo con un dolor sordo. El hombre se inclinó sobre el bebé y acarició los mofletes regordetes con el dorso de los dedos. Sus labios esbozaban también una sonrisa afectuosa mientras contemplaba a la criatura, que seguía durmiendo con placidez.

—Está preciosa. —Eché un vistazo a su reloj de pulsera—. Bueno, tengo que irme, aún me quedan cosas que hacer en el despacho. Os veo en casa, Leonor.

—Hasta luego, Antonio.

Lili lo besó en los labios con ligereza. El que debía ser su marido se despidió de las amigas de su mujer y caminó con paso firme en dirección a una de las calles que desembocaban en la plaza.

Jaime no se quedó a ver nada más. Con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, dio media vuelta y se alejó con rapidez por donde había venido. Cuando llegó a Madrid, se encerró en su cuarto con una botella de *whisky*. A partir de entonces, el estudio de arquitectura se convirtió en su vida y, en sus momentos de relax, salía con un montón de mujeres distintas.

«Bueno, al menos aprendí la lección». Frunció los labios en una mueca amarga.

Y eso también era cierto. Nunca más se había vuelto a enamorar.



El sol entraba con fuerza por las ventanas de la caravana cuando la puerta del fondo se abrió por fin.

—Buenos días —saludó Jaime, al tiempo que sacaba unas tostadas del tostador y se soplaba los dedos después de dejarlas en un plato.

El aroma a café recién hecho lo envolvía todo.

—Buenos días. ¿Has dormido bien?—respondió Lili, incapaz de contener un bostezo.

La melena rubia estaba bastante revuelta y llevaba un discreto pijama con

estampado de flores. Encima se había vuelto a poner la chaqueta de punto grueso de la noche anterior. Desde luego no era lo de Thea, su ex, que al despertar solía pasearse por toda la casa vestida tan solo con un tanga de encaje, pero tenía que reconocer que, para una mujer de su edad, Lili tenía muy buen aspecto recién levantada.

—Como un rey. —Jaime dejó dos tazas y la cafetera sobre la mesa—. Hace una mañana preciosa para explorar. ¿Leche? ¿Azúcar?

—Me temo que no tengo nada de eso. En todo caso, leche de almendras y miel, ¿te apetecen?

—Me apetecen. Mi hijo Phoenix de vez en cuando me llena la nevera con todo tipo de alimentos sanos, así que ya estoy acostumbrado.

Lili sacó la leche de la nevera y el tarro de miel de la pequeña despensa, y los dejó a su vez sobre la mesa. Luego añadió un par de manteles individuales distintos de los de la noche anterior, dos servilletas a juego y un platillo debajo de cada taza. Cuando Jaime dejó el plato con una montaña de tostadas sobre la mesa, había hasta un diminuto jarrón de cristal con una flor amarilla.

—Hum. Muy bonita —acarició los pétalos con un dedo—, pero ándate con ojo, porque no sé si está permitido coger flores en una reserva natural.

—No se lo diremos a nadie. —Lili le lanzó una sonrisa cómplice—. Es un humilde *mimulus* o flor-mono. Los indios americanos la usaban para sazonar la caza. Una mesa bien puesta hace que disfrutemos más de la comida, ¿no crees?

Hacía siglos que Jaime no se preocupaba por ese tipo de detalles, pero asintió con firmeza. En realidad, salvo que comiera en un restaurante, solía picar lo primero que encontraba en la nevera, muchas veces sin sentarse siquiera o, si estaba en el estudio, le pedía a su secretaria que le subiera un sándwich y se lo comía en el despacho sin dejar de estudiar documentos.

La luz del día había despejado el ambiente entre ellos, pese a que no hablaron mucho. Al parecer, a ambos les gustaba la tranquilidad por las mañanas.

Después de devorar media docena de tostadas, Jaime se sirvió otro café y se recostó contra el respaldo del sillón con un suspiro de satisfacción. En breve tendría que ponerse en contacto con su segundo quien, a juzgar por las diez llamadas perdidas que tenía en el móvil, debía estar de los nervios, pero por el momento no quería que nada perturbara su bienestar.

—Y bien, ¿cuál es el plan?

Lili alargó el brazo y sacó un plano del parque de un compartimento disimulado en la pared. Apartó los cacharros y lo extendió sobre la mesa.

—Mi plan es concentrarme en el valle y visitar Mariposa Grove, el bosque de secuoyas gigantes, y Horsetail fall, la catarata Cola de Caballo. Aquí y aquí.

Señaló dos puntos en el plano.

Jaime carraspeó incómodo. Finalmente, se levantó y rebuscó en los bolsillos de la cazadora de cuero hasta dar con una funda de gafas.

—Sin gafas ya no veo bien de cerca —confesó avergonzado.

Pero, justo entonces se dio cuenta de que Lili acababa de ponerse unas gafas muy similares a las suyas.

—Qué me vas a contar, es un rollo, pero... es lo que hay. La edad no perdona. Siéntate. —Palmeó el sillón a su lado varias veces.

Jaime obedeció, sorprendido por la naturalidad con la que hablaba del tema. Para él, la presbicia era algo casi vergonzante y no soportaba esas gafitas que le hacían parecer un anciano venerable. De hecho, estaba casi seguro de que nunca se las había puesto delante de Thea. Imaginaba que era por eso por lo que muchos camareros lo despedían haciéndole reverencias cuando la invitaba a cenar a un restaurante. A fin de disimular que era incapaz de distinguir los diminutos números de la cuenta, hacía sus propios cálculos y luego añadía una cifra generosa para no quedarse corto.

Por primera vez, pensó que era mucho más cómodo estar con una mujer de su edad que con una jovencita ante la que tenía que disimular que ya iba siendo un carcamal y, relajado como hacía tiempo que no se sentía, se inclinó a estudiar el plano.

—No hay mucha distancia entre los dos puntos. Podemos aparcar aquí — señaló uno de ellos en el plano— y visitar el bosque de secuoyas andando. Nos llevamos un picnic y, por la tarde, dejamos aquí la caravana y caminamos hasta el pie de la cascada. Calculo que no serán más de doce kilómetros en total.

—Me parece perfecto. Me ducho, preparamos unos sándwiches y ¡en marcha!

En ese momento, alguien llamó a la puerta con los nudillos. Jaime miró por la ventana y vio otra caravana, bastante más vieja que la de Lili, aparcada en el campamento. Hizo un gesto de fastidio; la cena de la noche anterior había estado muy bien antes de que empezaran a hablar del pasado, y ya no sería lo mismo con otras personas alrededor. Se levantó, abrió la puerta y se encontró con un

adolescente, pálido y lleno de granos, que se retorció las manos avergonzado.

—Sí, ¿qué deseas? —dijo Jaime en inglés.

—Dice mi madre que si nos puede prestar un poco de harina y huevos para hacer *pancakes*. Ayer llegamos muy tarde a Mariposa y hoy nos hemos ido temprano, así que no hemos podido comprar nada.

Lo dijo muy rápido, como si se lo hubiera aprendido de memoria.

Jaime frunció el ceño, y el chico pareció encogerse bajo su mirada glacial. Estaba claro que sus nuevos vecinos eran una pandilla de gorriones, así que ya abría la boca para decirle que se les acababan de terminar, cuando Lili se asomó por debajo de su brazo e invitó a entrar a aquel jovenzuelo tan poco agradado.

—Pasa, pasa. Claro que te podemos prestar un poco de harina y media docena de huevos.

Empezó a sacar las cosas de los armarios sin dejar de parlotear con el muchacho, que era incapaz de responder más que con monosílabos. Al final, el chico, aturdido, se fue cargado con la harina, los huevos, un par de chorizos de Cantimpalo y un gel que, según Lili, iba a hacer milagros con su acné si se aplicaba una buena capa al menos diez noches seguidas sin saltarse ni una sola.

Jaime, que había seguido la escena apoyado en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho, la miró con desaprobación.

—Como sigas desprendiéndote de tu comida y tus cremas con esa alegría, te vas a quedar sin nada.

Lili hizo un gesto despreocupado con la mano.

—No te preocupes. Llevo provisiones para un regimiento. Achu me hizo jurar que compraría todo lo que me había puesto en su lista y, como habrás imaginado, la lista ocupaba cuatro folios a un solo espacio. Voy a ducharme.

Lili desapareció en su cuarto y volvió a aparecer con una toalla en la mano.

—Si no te importa —se aclaró la garganta un par de veces con evidente incomodidad—, te agradecería que salieras a dar una vuelta. En esta caravana no hay demasiado espacio para la intimidad.

Jaime se llevó un par de dedos a la frente, en un saludo militar, cogió el móvil, salió de la caravana y se alejó unos metros. Primero llamó a Phoenix para decirle que había dejado la cabaña libre y que seguramente ya no volvería hasta la próxima primavera, por lo que podía disponer de ella a su antojo. La conversación con su hijo transcurrió en el modo cordial de costumbre, y

bromearon un rato antes de cortar la comunicación.

Después llamó a Donald, su mano derecha en el estudio quien, como sospechaba, estaba histérico. Según le dijo, lo más probable era que el fallo del concurso saliera esa misma tarde y le advirtió que tendría que darse prisa si quería estar allí para mover los hilos que fueran necesarios tanto si ganaban como si perdían. Pero cuando Jaime anunció no pensaba volver hasta dentro de un par de semanas, la voz de Donald se quebró.

—Pero, Jamie, es el concurso más importante de...

—Lo sé, lo sé, Donald. Pero no te preocupes, haz lo que tengas que hacer, confío plenamente en tu criterio. Ya te llamaré. —Colgó sin darle al otro la oportunidad de seguir protestando.

—Ya estoy.

Lili salió de la caravana y aspiró el aire puro con fruición. Los ojos oscuros la recorrieron de arriba abajo con disimulo. Llevaba unas bermudas caqui, un fino jersey de cuello en pico con una camiseta blanca por debajo y botas de senderismo, y se había recogido la melena en una cola de caballo. Tenía el aspecto juvenil de una *Girl Scout*.

«Desde luego, se conserva bien», pensó una vez más.

—¿Vas a ir con eso? —Su anfitriona señaló con desaprobación las botas de motero.

—Las alforjas de la moto no dan mucho de sí, pero por suerte llevo en ellas las zapatillas de correr.

—¿Corres?

A Jaime le gustó la sensación que le produjo la mirada de interés con la que Lili recorrió su cuerpo. Después de lo de Thea, su autoestima no pasaba por su mejor momento, aunque eso no quería decir que quisiera que Lili se sintiera atraída por él en ese sentido. Ni mucho menos. No, aquel tren ya hacía mucho tiempo que había pasado de largo.

—La mayoría de las mañanas y, cuando puedo, voy también un rato al gimnasio.

Entró de nuevo en la caravana y, sentado en el sillón, soltó los cierres de velcro y la cremallera de las botas.

—Siempre he querido correr —Lili, que parecía que no podía estar nunca quieta, empezó a fregar las tazas del desayuno—, pero me temo que ya es un

poco tarde para empezar. Dicen que machaca las rodillas y que es terrible para los... hum... los bajos.

—Tonterías. —Jaime nunca estaba dispuesto a admitir que quizá ya no tenía edad para hacer según qué cosas y, por solidaridad generacional, no iba a permitir tampoco que ella lo hiciera—. Dijiste que practicabas yoga, ¿no?

—Ajá. —Terminó de secar la última taza y la guardó en el armario.

Jaime hizo un doble nudo con los cordones de las zapatillas y se puso en pie.

—Pues si quieres alternamos. Unos días yoga, otros días carrera... Si me oye Phoenix me mata —añadió después de una pausa con una sonrisa torcida.

—¿Por qué? —Lili le pasó el paquete de pan de molde, un bote de mayonesa y un cuchillo—. Tú unta, que yo voy preparando el relleno.

Obediente, Jaime se sentó a la mesa y empezó a untar rebanadas. Su anfitriona se sentó enfrente y se puso a cortar en tiras finas las hojas de lechuga que acababa de lavar.

—Siempre insiste en que tengo que probar el yoga, pero suelo darle largas.

Lili sonrió al oírlo.

—Eso me pasa a mí, pero al revés. Yo también le digo a Achu que debería probarlo, pero dice que tiene tantas cosas en la cabeza que eso de vaciarla de pensamientos le parece misión imposible. También está segura de que si intentara ponerse a meditar, le entraría al instante un ataque de estornudos.

Movió la cabeza, como si diera a su hija por imposible, y siguió cortando los tomates en rodajas.

La relajada conversación sobre sus respectivos hijos era una novedad para Jaime. Se sentía muy a gusto trabajando con ella en equipo y, de pronto, se le antojó que aquella sencilla caravana tenía un aire más hogareño que su impresionante ático frente a la bahía de San Diego.

Lili terminó de rellenar los sándwiches con lonchas de jamón y queso, y entre los dos los envolvieron en papel film.

—¡Listos! —dijo con gesto satisfecho después de meter los sándwiches, unas cuantas piezas de fruta, unas servilletas de papel y un par de botellas de agua en una mochila.

—Espera. —Jaime rebuscó en sus alforjas, sacó dos gigantescas chocolatinas y las metió también—. Ahora sí estamos listos. ¡En marcha!

Lili estaba a punto de sentarse en el asiento del conductor, pero él la detuvo.

—¿Me dejas conducir? Siempre he querido llevar un cacharro de estos.

Notó que ella lo miraba con desconfianza, pero le sostuvo la mirada con su mejor expresión de inocencia.

—No estás autorizado como conductor y si pasa algo...

—¿Qué va a pasar? Conduzco muy bien y así tú puedes aprovechar para mirar el paisaje.

La notó vacilar. Después de lo del día anterior, no tenía duda de que Lili disfrutaba de las bellezas naturales; los dos casi-accidentes que habían estado a punto de tener daban fe de ello.

—Está bien. Te dejaré un rato —aceptó de mala gana, como si en el fondo se avergonzara de ceder a la tentación—, pero si no me gusta cómo conduces, te harás a un lado y me dejarás a mí. Sin lloriqueos.

Jaime se golpeó el pecho con el puño.

—Sin lloriqueos.

No tardaron demasiado en llegar al aparcamiento habilitado de Mariposa Grove. Sin preguntar, Jaime se colgó la mochila de los hombros y salieron del vehículo, dispuestos a disfrutar de una buena caminata. Antes de irse, se aseguró de que la puerta de la caravana estuviera bien cerrada y de que no quedase comida a la vista que pudiera tentar a un oso hambriento.

—Hum. Cómo huele. —Lili, la nariz apuntando hacia lo alto y los ojos cerrados, aspiró con el ansia de una drogadicta.

—Deja un poco para mí, anda.

Ella chasqueó la lengua y le dio un codazo amistoso y, sonrientes, se pusieron en marcha. A pesar de que la mochila pesaba lo suyo, Jaime se sentía ligero. Hacía mucho que no experimentaba un entusiasmo semejante y lo achacó a los poderes curativos de la naturaleza y el aire puro.

Las secuoyas eran impresionantes y el final de sus copas se perdía a más de cincuenta metros del suelo. Lili caminaba mirando al cielo con la boca abierta y, si no hubiera sido por la rapidez con la que él la sujetaba cada vez que tropezaba con una piedra o una raíz, se habría caído unas cuantas veces.

—¿Quieres mirar por dónde andas? —la regañó tras el tercer tropezón—. Vas a acabar con tortícolis y una pierna rota.

La sonrisa de agradecimiento que le lanzó, lo aplacó al instante.

—Es que son impresionantes, ¿no crees?

—Lo son.

Siguieron caminando y contemplaron sobrecogidos el Grizlie Giant, la secuoya más alta de la zona, que sobrepasaba los sesenta y tres metros. Un poco más adelante atravesaron el California Tunnel, otro de aquellos gigantes que tenía un túnel horadado en la base por el que antiguamente pasaban los carruajes.

Lili no paraba de hacer fotos con su Blackberry, que mandaba a su hija a cada rato con un comentario, y a Jaime le fastidió un poco que no le pidiera salir en ninguna de ellas.

—Veo que no quieres que tu hija se entere de que te has agenciado un acompañante para esta aventura —dijo con el ceño fruncido.

—Te recuerdo que no me lo he agenciado yo, sino que te has acoplado por la cara. —Ella hizo otra foto, impertérrita

Jaime lanzó un suspiro de resignación.

—Está bien, para que veas que no soy rencoroso, vamos a hacernos una foto juntos.

Lili miró a su alrededor, no había un solo excursionista a la vista.

—Y ¿quién nos la va a hacer?

Jaime agitó su Iphone 4 en el aire.

—Me lo acabo de comprar y hace unas autofotos estupendas. Ven.

Obediente, Lili se puso a su lado y no protestó cuando Jaime le pasó un brazo por los hombros.

—Sonríe —ordenó él, acercando su cara a la suya. En cuanto Lili puso su mejor sonrisa, hizo la foto y luego se la enseñó.

—¡Está fenomenal! —exclamó entusiasmada, antes de examinar el Iphone con más detenimiento y un aire suspicaz—. Este móvil tiene que costar un dineral.

Jaime se apresuró a acallar sus sospechas.

—Un mes completo de gira, pero valió la pena.

Siguieron caminando y hacia el mediodía decidieron detenerse a comer en un paraje especialmente encantador. Se sentaron con la espalda apoyada en uno de los inmensos troncos y sacaron el picnic.

—Me muero de hambre.

—No sé por qué me lo imaginaba.

La observó burlón mientras ella, después de lanzarle un sándwich sobre el regazo, le quitaba el plástico a otro a toda prisa, le daba un buen mordisco y cerraba los ojos para paladearlo despacio.

—Hum... —dijo sin abrir los párpados.

Jaime le dio un mordisco al suyo y coincidió con ella.

—Ya lo creo. Hum.

—¿Por qué será que cuando comes al aire libre todo te sabe mejor? —se preguntó Lili con la boca llena.

—Algo tendrá que ver también la compañía, digo yo.

La cálida sonrisa que le lanzó Lili lo reconfortó casi tanto como el sabroso sándwich que se estaba comiendo.

—Por supuesto. Reconozco que es mucho más divertido hacer turismo acompañado.

«No siempre», afirmó Jaime para sus adentros.

Le vino a la mente una escapada romántica que había hecho con Thea a Roma. Su ex no había dejado de quejarse del calor, del cansancio, de la comida... Después de visitar la Capilla Sixtina en el Vaticano, donde había dedicado más tiempo a leer los mensajes de texto de su móvil que a admirar los imponentes frescos de Miguel Ángel, había dicho que se negaba a pisar ni un solo edificio decrepito más. Así que él había hecho solo el resto del recorrido que había planificado con todo lujo de detalles antes de salir de Estados Unidos, mientras ella dormía hasta el mediodía en la lujosa suite que ocupaban en el St. Regis Rome. Solo salía para esperarlo en alguna de las terrazas cercanas a la Plaza de España, donde se dedicaba a tomar *cappuccinos* y a flirtear con todo el que se le ponía a tiro. Lo cierto era que, visto desde su perspectiva actual, la relación entre ellos hacía tiempo que hacía aguas. Sin embargo, habían seguido adelante, aunque sospechaba que más por inercia que por otra cosa.

Jaime se obligó a volver al presente y a concentrarse en lo que Lili le estaba contando. Sin dejar de charlar animadamente, terminaron con el resto de las provisiones y, ahítos, se recostaron contra el tronco de la secuoya.

—No te importa que cierre los ojos un rato, ¿verdad? —preguntó Lili somnolienta—. Desde hace unos años no perdono la siesta.

—Adelante. Yo también aprovecharé para hacer la digestión.

Jaime dobló el jersey que se había quitado, lo colocó sobre la áspera corteza

marrón, apoyó la cabeza y cerró los ojos.

## *Lili*

Sin embargo no se durmió. Con los párpados entrecerrados giró un poco la cabeza y se concentró en el perfil de Jaime que había empezado a roncar con suavidad. Una vez que se pasaba el *shock* de ver a tu amor de veintitantos convertido en un hombre de cincuenta y pico, debía confesar que Jaime no estaba tan mal. Se había convertido en un atractivo madurito y, aunque el abdomen no tuviera la lisura y, lo más probable, la firmeza de antaño, debía reconocer que estaba en muy buena forma para su edad.

La verdad era que lo estaban pasando bien. Superada la incomodidad inicial, se sentía muy a gusto en su compañía. Lo bueno de ser una mujer en la madurez de la vida —obvió la teoría de su hija, según la cual, si fuera una bacteria ahora estaría en el lado oscuro de su curva de crecimiento— era que ya no hacía un drama por cualquier cosa. Que Jaime se la había jugado, cierto. Que había estado a punto de destrozarle la vida, cierto. Que con la distancia que proporcionan los años había dejado atrás el rencor... Bueno, puede que fuera cierto también.

Al menos podían hablar de casi cualquier cosa sin sentirse incómodos. En el fondo, se alegraba de habérselo encontrado. Jaime era un hombre culto y divertido y, ahora que no existía el más mínimo riesgo de que surgiera entre ellos una gran pasión, le atraía la idea de ser amigos. En ningún sitio estaba escrito que no pudieran volver a serlo, ¿no?

Claro que estaba el «pequeño» detalle de lo de Achu. Frunció el ceño. No sabía si le gustaba la idea de que conociera a su padre biológico y tampoco sabía si hacía bien ocultándoselo a ambos. Después de considerarlo unos segundos, chasqueó la lengua con impaciencia. En fin, dejaría que las cosas siguieran su

curso; al fin y al cabo, una vez que terminaran aquellas minivacaciones, lo más probable era que Jaime y ella no volvieran a verse.

Lili volvió a cerrar los ojos y se quedó dormida con un rayo de sol acariciándole el rostro.



—Despierta, dormilona.

Abrió los párpados y se encontró con el rostro de Jaime muy cerca del suyo. Sobresaltada, se apartó en el acto.

—No estaba dormida —negó la evidencia—, solo descansaba los ojos.

—Claro, claro.

Jaime le tendió una mano con una mirada burlona y la ayudó a levantarse. Lili se sacudió los fondillos de los pantalones y preguntó:

—¿Cuál es el plan? ¿Cola de caballo?

—Cola de caballo —asintió él—. Hay que darse prisa, en un par de horas se pondrá el sol. Qué pena que no sea febrero.

—¿Qué pasa en febrero?

—En febrero, si las condiciones climáticas son buenas, la puesta de sol tiñe la cascada de color naranja y es todo un espectáculo.

Regresaron al aparcamiento a paso ligero. Jaime se puso al volante sin preguntar y, esta vez, Lili no protestó.

Unas horas más tarde, cansados pero felices, condujeron de regreso cantando como un par de colegiales algunos de los éxitos de los ochenta. En el campamento no había ni rastro de la otra caravana y Lili se alegró; no le apetecía compartir el calor de la fogata con unos desconocidos.

—Mil campanaaas... —desafinó con entusiasmo sin hacer caso de Jaime, que había apagado el motor y ahora se tapaba los oídos con cara de sufrimiento.

Lili abrió la pequeña nevera, para ver qué preparaba para cenar y recordó que había dejado afuera unas pechugas de pollo descongelándose.

—¿Quieres que te ayude a preparar la cena? —preguntó él solícito—. No soy muy buen cocinero, pero puedo hacer de pinche.

—No hace falta, gracias, me encanta cocinar.

—Entonces voy a ducharme.

Lili asintió ausente, concentrada de lleno en las fajitas de pollo con verduras que pensaba preparar. Sacó unos pimientos y una cebolla, los lavó y empezó a cortarlos en tiras sin dejar de sonreír mientras lo oía canturrear en la ducha. Desde luego, al contrario que ella, era un cantante magnífico.

Cuando hubo cortado todo, salió a coger las pechugas. Una luna casi llena iluminaba el campamento, así que no se molestó en coger la linterna. Tarareando la pegadiza melodía, caminó hacia la taquilla de hierro sobre la que había dejado las bandejas por la mañana.

Estaba a menos de cuatro metros, cuando una sombra gigantesca se movió justo al lado de la taquilla. Aterrorizada, lanzó un alarido que rompió la placidez de la noche y se quedó paralizada cuando la luz de la luna reveló la silueta de un oso que se volvió hacia ella con un gruñido.

Con las palmas de las manos sudorosas y el corazón atronándole en los oídos, Lili siguió ahí parada, incapaz de reaccionar, mientras sentía sobre sí la mirada maligna de la fiera.

Oyó que se abría la puerta de la caravana y un energúmeno, descalzo y con la única protección de una toalla alrededor de las caderas, empezó a gritar como un poseso sin dejar de agitar los brazos y dar palmadas para ahuyentar al oso.

—¡Oh, Dios! Esto es el final —lloriqueó Lili, a la que ya le parecía sentir los afilados colmillos cerrándose en torno a sus carnes, ya no tan prietas.

Como habría escrito su admirada Jane Austen si se hubiera encontrado en la misma tesitura: «Es una verdad universalmente conocida que cuando te enfrentas a un animal salvaje lo mejor es pasar lo más desapercibido posible...».

Le hubiera gustado cerrar los ojos para no ver la carnicería que se iba a producir de un momento a otro, pero era incapaz de dejar de contemplar con horrorizada fascinación el espectáculo de un Jaime semidesnudo, bailando una especie de danza enloquecida. Milagrosamente, después de lo que a Lili le pareció una eternidad, el animal soltó un último gruñido amenazador y se perdió en la noche.

Tambaleante, dio unos pasos hacia Jaime —dispuesta a desahogar sobre su pecho desnudo todo el miedo que había pasado, igual que una damisela en apuros—, pero su salvador la agarró de los hombros y le dio una ligera sacudida.

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?! —gritó furibundo.

Lili se quedó tan asombrada por aquella inesperada reacción que, de golpe, se le pasaron las ganas de llorar.

—Pues en qué voy a pensar —lanzó una risita post-traumática—. En que he estado a punto de convertirme en alimento para osos. Te juro que toda mi vida ha pasado por delante de mis ojos en un minut...

Jaime la interrumpió sin la menor consideración.

—Te dije que no dejaras comida fuera. Que los osos negros tienen un olfato increíble. Que la metieras en la taquilla de hierro o a buen recaudo en la caravana, precisamente, para que no pasara lo que acaba de pasar. —Las palabras salían a duras penas por entre los dientes apretados.

Con un vago sentimiento de culpa, Lili recordó que cuando Jaime le había leído la hoja con las normas había desconectado a los dos segundos. Pensó con rapidez y decidió que lo más efectivo sería recurrir a una técnica de apaciguamiento que nunca le había fallado: la de la mujer indefensa. La misma que empleaba cada vez que necesitaba que un alma caritativa le hinchara los neumáticos en la gasolinera o cuando un guardia urbano sacaba a pasear la libreta de las multas.

—Lo siento, no me enteré bien —dijo con un puchero conmovedor—. Será la edad, tengo las neuronas cada vez más peladas, el otro día...

Una vez más, él la interrumpió sin contemplaciones.

—Tonterías, tus neuronas están perfectamente.

Lili se preguntó por qué estaría tan enfadado, al fin y al cabo, el oso se había ido por donde había venido y no había que lamentar desgracias personales. Tan solo la pérdida de dos succulentas pechugas de pollo de corral que ahora tendrían que ser sustituidas por... Se quedó en blanco. Y, ahora, ¿con qué narices iba a rellenar las fajitas?

—¡Ves, ya estás otra vez! Ayer no me hiciste caso y ahora vuelves a estar en Babia. Seguro que estás pensando en trapos —añadió con desdén.

—¡Pensando en trapos! —exclamó indignada—. Pero ¿qué te crees? ¿Que soy una adolescente?

Jaime la soltó y se encogió de hombros.

—Mi exnovia no pensaba en otra cosa.

Lili arrugó la nariz al oír aquello.

—Dejando a un lado que el tuyo es un comentario machista de libro, ¿te importaría decirme cuántos años tiene tu ex?

—Los suficientes —afirmó, tajante, pero el gesto nervioso con el que se

apartó el pelo de la frente lo traicionó.

—¿Los suficientes? —Lili entrecerró los ojos y lo oyó carraspear un par de veces. Saltaba a la vista que se sentía acorralado, así que decidió investigar a fondo. Al fin y al cabo, no había mejor defensa que un buen ataque—. ¿Cuántos son «los suficientes»? ¿Cuarenta y cuatro? ¿Treinta y cinco?

Estaba segura de que si hubiera habido suficiente luz, lo habría visto sonrojarse, así que prosiguió sin piedad:

—¿Treinta? —Silencio—. ¡¿Veinte?!

—¡No, hombre! ¿Por quién me tomas? —Volvió a aclararse la garganta antes de confesar, por fin, en voz muy baja—: Veintiocho.

—¡Veintiocho! —Jaime se encogió ante su tono escandalizado—. ¡Por Dios! Podría ser tu hija. Incluso podría ser aún más joven que tu hija.

—¡Basta, no me mires así!

—¿Así como?

—Como si fuera un perverso. Una mujer de veintiocho años es una adulta responsable de sus actos —se apresuró a afirmar en un intento de justificarse.

—¡Puaj!

—¡Cómo que puaj!

—Puaj y mil veces puaj. Menudo viejo verde estás hecho.

—¡Oye, no te consiento que me llames así!

—¿Te refieres a lo de viejo o a lo de verde?

—Mira Lili... —dijo amenazador.

—Mira Lili... —Lo imitó ella.

Sin embargo, casi al instante decidió que no merecía la pena pelearse con él. En el fondo, estaba en la edad; lo de andar con jovencitas era el típico síntoma del *pitopáusico*, así que suavizó la voz:

—En fin, ahora no tengo tiempo de discutir, todavía tengo que preparar unas fajitas de pollo sin pollo, así que voy a ver qué me invento. Te agradezco que me salvaras del oso, aunque por un momento pensé que tu intervención iba a producir, exactamente, el efecto contrario.

El cambio de tema pareció aliviarlo y dijo en un tono que se aproximaba más al suyo normal:

—Norma número cinco: «Si un oso se aproxima a ti en el área del

campamento trata de asustarlo de inmediato; haz ruido, grita con todas tus fuerzas, y si estás con más personas, permaneced unidos para resultar lo más intimidatorio posible». Siento haberte gritado, Lili —añadió compungido—. Pero no puedes imaginarte lo que he sentido cuando estaba en la ducha y te he oído chillar.

Lili se ablandó de inmediato. En el fondo, se había comportado como un auténtico héroe. No todo el mundo es capaz de enfrentarse a un oso sin más armas que una toalla enrollada en las caderas.

—No te preocupes, entiendo que estuvieras nervioso. Si quieres que te sea sincera, a mí casi me da un ataque. Anda —le hizo un gesto para que la siguiera—, entra a ponerte algo, que te vas a congelar.

Jaime miró hacia abajo con expresión sorprendida, como si acabara de caer en ese momento en lo escaso de su atuendo. Entonces, se encogió de hombros y se dirigió a la caravana cojeando ligeramente.

A Lili no se le escapó esa leve cojera.

—Debes de haberte clavado algo. A ver, siéntate.

Jaime ya debía estarse acostumbrando a ese tipo de órdenes, porque se sentó sin rechistar.

—Sube el pie.

Con cuidado de no dejar al aire sus vergüenzas, Jaime se sujetó bien la toalla y colocó la pierna sobre la mesa.

Lili ya había sacado el botiquín y se había puesto sus gafas de cerca. Le limpió la planta del pie con una gasa empapada en agua, y la examinó con el ceño fruncido.

—Tienes una china clavada, te la sacaré con las pinzas. Tranquilo no te va a doler —dijo al verlo apretar las mandíbulas.

Acercó más la cabeza y empezó a hurgar con las pinzas, pero él no dejaba de mover la pierna.

—¡Estate quieto!

—Es que me haces cosquillas —se defendió.

Lili lo agarró por el tobillo para sujetarlo y, después de un rato de lucha, lo consiguió.

—Ya está. —Le mostró la diminuta piedra atrapada entre las pinzas con la misma satisfacción que si acabara de extraerle una bala del cuerpo—. Ahora solo

queda limpiar la herida con agua y jabón, y listo.

—Gracias, Lili.

—No hay de qué. —Lili lo miró por encima de las gafitas, sonriente—. Te recuerdo que tú me has salvado de un oso aterrador.

## *Jaime*

A pesar de que seguía llevando esas ridículas gafas en la punta de la nariz, a Jaime le pareció que estaba irresistible. Sobresaltado, notó un inesperado movimiento debajo de la toalla, y la apartó un poco de su entrepierna para evitar que ella lo notara también.

Cada vez más incómodo, se aclaró la garganta un par de veces.

—Será mejor que me vista.

Sin mirarla, se levantó, cogió los pantalones del pijama y se encerró en el cubículo del lavabo para ponérselos sin dejar de recitar en voz baja la tabla de multiplicar, en un intento desesperado por pensar en otra cosa. Cuando volvió a salir, Lili daba los últimos toques a la cena.

—Si no te importa, hoy cenaremos dentro. La idea de tener un oso rondando por aquí no me hace demasiada gracia, la verdad.

—Me parece bien. —Sin preguntar, Jaime empezó a poner la mesa.

Las fajitas estaban muy ricas a pesar de la ausencia de pollo, y repitió varias veces.

—Cocinas muy bien —la felicitó al terminar, al tiempo que se recostaba contra el respaldo del asiento y daba un sorbo a su copa de vino.

—Gracias. —Lili sonrió antes de beber también. A pesar del susto, se la veía completamente relajada—. A Antonio le encantaba comer bien y era un gran cocinero, fue él quien me enseñó a cocinar.

—Era mucho mayor que tú, ¿verdad? —Era absurdo que le molestara que

ella hablara de su difunto marido con tanta naturalidad.

—Me llevaba casi veinte años, pero era uno de esos hombres de espíritu joven. A pesar de que fue un padre mayor, le encantaba jugar con Achu y ella lo adoraba.

Lili escondió un bostezo detrás de la mano.

—Caramba, estoy cansada.

—Ve a acostarte, yo recogeré.

—Pues no voy a hacerme de rogar, estoy deseando meterme en la cama.

Lili desapareció en el interior de su dormitorio mientras Jaime fregaba los pocos cacharros que había sin dejar de pensar en aquel hombre distinguido al que había visto apenas unos minutos una vez en su vida, pero del que, sin embargo, jamás había olvidado la cara.

La puerta del cuarto se abrió y Lili, ya en pijama, asomó la cabeza.

—¿Te importa que no cierre la puerta? No suelo hacerlo y me da un poco de claustrofobia.

—Por supuesto que no, ¿tienes algún libro interesante para prestarme?

Descalza, Lili levantó la tapa del asiento, que era a su vez un arcón, y sacó un montón de novelas y cuadernos de crucigramas.

—Veo que te has pertrechado bien.

—Sí, soy adicta a la lectura y a los crucigramas.

Jaime leyó con interés los títulos de los libros, varios le sonaban mucho. Abundaba la novela negra y la romántica y, después de leer las sinopsis, cogió una de las primeras.

—Me lavo los dientes y, luego, el cuarto de baño es todo tuyo.

En cuanto terminó, Lili se metió en la cama, dobló la almohada y se acomodó debajo del edredón con un suspiro de satisfacción.

Jaime, que ya estaba subido en la suya, levantó los ojos de la novela y la contempló con disimulo por encima de sus gafitas. Lili se había vuelto a poner las suyas y chupaba abstraída la contera del bolígrafo con la vista clavada en su cuaderno de crucigramas.

Lo cierto era que la situación resultaba bastante novedosa. Por primera vez en meses, en vez de un grueso informe, sostenía entre sus manos una novela que prometía ser interesante. Y más sorprendente aún, por primera vez desde hacía no sabía cuánto tiempo, compartía algo parecido a un dormitorio con una mujer

con la cuál no tenía ninguna intención de acostarse.

La relación entre Lili y él no podía ser más inocente y, por eso mismo, se sentía curiosamente relajado. No había caído en la cuenta de hasta qué punto resultaba agotador estar con una mujer mucho más joven. Para Thea quedarse charlando tranquilamente una noche frente a una copa de vino habría sido un auténtico tostón. A ella lo que le gustaba era ir a las discotecas y restaurantes de moda para ver y ser vista.

Jaime frunció el ceño, con los ojos clavados en la misma página de la novela que hacía diez minutos. Ahora que lo pensaba, tampoco con sus anteriores novias había disfrutado de este tipo de planes. Ya puestos a ser completamente sincero consigo mismo, tenía que reconocer que no elegía a las mujeres con el propósito de charlar amigablemente. Phoenix le había comentado en una ocasión que no entendía por qué acababa siempre con las tías más aburridas de California. Recordaba que había bromeado diciendo que, en el fondo, lo que ocurría era que le molestaba que ligara más que él y saliera con chicas jóvenes y guapas, pero su hijo se había limitado a mover la cabeza con expresión de conmiseración. Empezaba a comprender lo que había querido decir ese impertinente hijo suyo que, en ocasiones, se parecía demasiado a la voz de la conciencia y, por primera vez también, se preguntó si ese comportamiento no habría obedecido a un deseo inconsciente de evitar el peligro de volverse a enamorar.

—¿Qué animal fue sacrificado cuando Samuel fue presentado ante Eli?

La voz de Lili lo arrancó de sus pensamientos.

—¿Eh?

—Que si sabes qué animal fue sacrificado cuando Samuel fue presentado ante Eli —repitió ella con paciencia—. Solo me queda esta palabra para completar el crucigrama.

—Es una pregunta un poco rara, ¿no?

Lili lo miró por encima de sus gafas.

—Veo que no estás muy puesto en temas bíblicos.

—La verdad es que yo soy más de fútbol americano. Puedes preguntarme casi cualquier cosa sobre la NFL, pero de Samuel y compañía voy bastante justo.

Lili miró la portada de su cuaderno y frunció el ceño.

—Este cuaderno se llama *La Biblia divertida*, el de la NFL aún no lo he empezado. Entre que es en inglés y que no tengo ni idea del tema...

En ese momento sonó su teléfono y Lili se apresuró a responder.

—¡Achu! Ya estaba empezando a preocuparme el que no me hubieras llamado en todo el día.

—...

—Tú siempre estás liadísima y sueles llamar al menos media docena de veces.

—...

Jaime que escuchaba la conversación sin demasiado disimulo la vio ponerse rígida.

—¿Qué ha pasado?

—...

—¿Seguro? Te noto rara. Si me necesitas, puedo adelantar mi llegada a San Diego.

Ahora fue el turno de Jaime de ponerse rígido. ¿Adelantar la llegada a San Diego? ¿Regresar ya? Maldijo entre dientes. Demonios, lo estaba pasando muy bien. Hacía años que no se sentía tan a gusto y no le apetecía nada renunciar a ese viaje en caravana con Lili.

—Si me dices cuál es el problema, quizá yo pueda hacer algo —dijo en voz alta, y solo cuando vio la mirada asesina que le lanzó Lili mientras trataba de tapar el micrófono del móvil con la mano se dio cuenta de que había metido la pata.

—...

—Nadie, hija. La televisión.

—...

—Está bien, me has pillado. No tengo televisión. Es que es una coincidencia tan increíble que preferiría contártela en persona.

—...

—Está bien, está bien. Te lo cuento. No quiero que te pases la noche sin pegar ojo, pensando que viajo con mi futuro asesino. Me he reencontrado con un conocido —a Jaime lo de «conocido» no le sentó demasiado bien— al que hacía treinta años que no veía. Sí, ya te he dicho que ha sido una coincidencia increíble. Su moto se averió y me ofrecí a llevarlo de vuelta a San Diego.

—...

—Jaime. No lo conoces.

—¡...!

—Sí, Jaime. ¿Por qué te sorprende tanto? —Lili frunció el ceño unos segundos, pero enseguida su frente se alisó—. Sí, es español. Lo conocí cuando estudiaba en Madrid. Es como lo de la canción esa de: la vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida ay, ay...

Jaime se estremeció y, una vez más, pensó que para haber sido novia de un músico, era una pena que Lili jamás hubiera aprendido a entonar medianamente bien.

—Pero no cambies de tema. Lo que quiero saber es qué es lo que te preocupa a *ti* —recalcó el pronombre.

—...

La oyó resoplar como si estuviera exasperada.

—Está bien. Está bien. Seguiré con el viaje como estaba previsto, pero en cuanto llegue a San Diego quiero saber qué es eso que no me estás contando. ¿Entendido?

—...

—Adiós, un beso. Te quiero.

Lili colgó el móvil y se quedó mirándolo con fijeza.

—¿Cuál era el problema?

La vio alzar el rostro con viveza, como si por unos segundos se hubiera olvidado de que él estaba ahí.

—¡Mira que eres metepatas!

Jaime se puso a la defensiva en el acto.

—Y ¿qué importa que tu hija se entere de que viajo contigo?

Lili resopló del mismo modo impaciente que cuando hablaba con su hija.

—No quería preocuparla más. Achú es de las que ven peligros por todos lados.

—Bueno, le has aclarado que era un *conocido*, ¿no? Imagino que se habrá quedado tranquila.

Ahora fue él el que recalcó la palabra con sarcasmo.

Lili lo miró con cierta extrañeza, pero debió decidir que no merecía la pena discutir.

—Eso es lo más curioso. En vez de hacerme mil preguntas y mil advertencias de esas que te ponen los pelos de punta como suele, me ha dicho que le haría mucha ilusión conocer a uno de mis fantasmas del pasado.

—¿Fantasma del pasado? —Jaime no estaba nada seguro de que le gustara cómo sonaba eso.

—Es como solemos llamar a la gente que conocí antes de casarme.

La boca de Lili se abrió en un incontenible bostezo.

—Dios mío, qué sueño. Voy a apagar. —Se quitó las gafas y las puso junto con el cuaderno y el boli en la mesilla, antes de apagar el aplique que había encima—. Puedes leer si quieres, no me molesta la luz. Buenas noches.

—Buenas noches.

A Jaime le hubiera gustado seguir charlando un rato más. Incluso le habría gustado acostarse junto a ella y abrazarla. Sin deseo, por supuesto, sin rastro de lujuria. Como dos buenos amigos.

«O como dos *buenos conocidos*», se dijo, todavía molesto.

Bostezó. Él también estaba cansado. Arrojó la novela encima de la mesa, apagó la luz y, a los pocos minutos, tan solo se oían los suaves ronquidos de ambos en el interior de la caravana.

## *Lili*

Después de Yosemite, siguieron camino hacia San Francisco. Jaime insistió en conducir y ella cedió sin demasiada resistencia. Aparcaron la caravana cerca de Sausalito, alquilaron un par de bicicletas con las que cruzaron el Golden Gate y llegaron hasta Fisherman's Wharf, donde él la inició en los deliciosos misterios de la *clam chouder soup*, una sopa de almejas servida en el interior de una hogaza de pan que le pareció deliciosa.

Luego cogieron el ferry para visitar la prisión de Alcatraz, que a Lili se le antojó aún más siniestra que en las películas. De vuelta a la ciudad, recorrieron sus calles empinadas subiendo y bajando de los famosos tranvías, hasta que Jaime propuso ir a cenar a Chinatown. Fue un final digno del maravilloso día que habían pasado y ya era de noche cuando, atiborrados de *dim sum* y *chow mein*, regresaron a la caravana, agotados pero felices. Jaime sacó la guitarra de la funda y, después de asegurarle que no la molestaba en absoluto, tocó con suavidad durante un buen rato mientras ella, acostada en la cama, escuchaba las conmovedoras melodías que brotaban de sus dedos con los ojos cerrados.



—¡Próxima parada: Monterrey!

La voz de Jaime la despertó de un sueño profundo. A Lili le hubiera gustado volver a meter la cabeza debajo del edredón y seguir durmiendo, pero tenía un programa que cumplir y no tantos días como le hubiera gustado.

Bostezando, se puso en pie y se estiró sin el menor disimulo.

—Esto es lo que decía mi galleta de la fortuna: «*Leconocelás a la mujel de tu vida pol su folma tan delicada de estilalse*». —Jaime, con las caderas apoyadas en la encimera y una taza de café en la mano, la miraba divertido.

—Curioso, la mía decía: «*Huye de los hombres que beben café pol las mañanas, no son de fial*» —contraatacó Lili.

La noche anterior ninguno de los dos había querido decirle al otro la profecía que les había tocado en el interior de las galletas de la fortuna que les sirvieron en el restaurante después de cenar, así que se habían pasado todo el viaje de vuelta a la caravana inventando distintas versiones con su peculiar interpretación del acento chino.

Habían quedado en desayunar en Monterrey, así que, en cuanto terminaron de vestirse se pusieron en marcha.

El paisaje era espectacular: gigantescos acantilados, inmensas playas de arena clara en las que las olas rompían con fuerza, surfistas a lomos de sus tablas, cipreses a los que el viento constante había combado dramáticamente, centenares de leones marinos dormitando al sol...

Lili estaba encantada de que fuera él el que condujera por esa carretera llena de curvas mientras ella contemplaba el espectacular panorama bien relajada.

Desayunaron frente al mar, en un restaurante de los muelles de Monterrey cuyos pilares de madera se hundían en el océano.

—Hum. Esto es vida.

Lili cerró los ojos para saborear mejor su plato de pescado fresco, acompañado de una cerveza helada, mientras disfrutaba de los rayos de sol en el rostro. Se había ofrecido a correr con los gastos del viaje, pero Jaime se había negado en redondo. Así que, después de mucho discutir, al final habían llegado a un acuerdo: harían un fondo común y pagarían a medias. No estaba del todo cómoda con ese acuerdo, al fin y al cabo, a Jaime no parecía sobrarle el dinero y ella nadaba en la abundancia, pero no había habido manera de hacerle cambiar de opinión.

—Amén.

En cuanto pagaron dieron una vuelta por la ciudad y enseguida salieron en dirección a Carmel. De camino, de nuevo a sugerencia de Jaime, hicieron un alto en Point Pinos para ver el faro en uso más antiguo de la Costa Oeste.

—Hasta Achu ha reconocido que le doy envidia —dijo Lili después de leer el mensaje que acababa de recibir—. La verdad, es que estoy disfrutando

muchísimo.

—Yo ya había visitado estos lugares hace tiempo, pero es casi como si los viera por primera vez. Te agradezco que me hayas dejado acompañarte en esta aventura.

Jaime se apartó con impaciencia el corto flequillo que el viento se empeñaba en hacer resbalar sobre su frente y, de nuevo, Lili sintió un pinchazo de añoranza al ver ese gesto tan familiar.

—Confieso que yo también me alegro de haber dejado que vinieras, compartir con alguien las nuevas experiencias es mucho más divertido —respondió Lili que también se veía a obligada a luchar contra las ráfagas de aire que le alborotaban el pelo.

Intercambiaron una sonrisa y, por unos segundos, se quedaron ahí parados en el borde del acantilado, mirándose sonrientes, hasta que una alarma sonó en el cerebro de Lili y la hizo reaccionar. Con cierta brusquedad, dio media vuelta y regresó a paso rápido a la caravana, enfrascada en un intenso diálogo mental consigo misma.

«Lili, ten cuidado».

«No pasa nada, es un amigo, lo estamos pasando muy bien».

«He visto como lo miras».

«Y ¿cómo lo miro si puede saberse?».

«Lo miras con ojos golositos».

«¡Golositos! Por Dios, qué tontería».

«Recuerda lo que te hizo en el pasado».

«No era más que una niña. Ahora soy una mujer madura».

«Madura desde luego, ya sabes que a él le gustan las jovencitas».

«Pues por eso mismo. No corro ningún riesgo».

«Si llamas *ningún riesgo* a que vuelva a romperte el corazón...».

«¡No digas idiote...!».

—¿Dónde está el fuego? ¿Por qué sales corriendo de repente?

La voz de Jaime, que había tenido que emplearse a fondo para alcanzarla, interrumpió lo que iba camino de convertirse en una violenta discusión consigo misma.

—Vamos justos de tiempo y nos quedan un montón de sitios que visitar.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Podríamos alargar la excursión unos días más.

—Imposible, me esperan para firmar el contrato de mi nueva casa y me ha dicho Achu que por aquí las propiedades duran poquísimo en el mercado.

—¿Alquiler o compra?

—La he comprado. —Al ver su cara de sorpresa, trató de disimular—. Es una casita pequeña cerca de la playa, está bastante lejos del centro. Tiene muchos años, pero es perfecta para mí.

Lili no tenía ninguna intención de darle en las narices diciéndole que era un pintoresco *cottage* de madera en La Jolla, uno de los barrios más cotizados de San Diego. La casa era una monada. Se había enamorado de ella en cuanto Achu le mandó las fotos y, desde luego, no había sido barata. Sin embargo, eso no pensaba confesarlo. Volviendo a Jane Austen: «Es una verdad universalmente conocida que los hombres de cierta edad no llevan muy bien algunas cosas como, por ejemplo, que una mujer sea más exitosa que ellos en los negocios». Lo último que buscaba era herir su orgullo masculino, un orgullo que quizá fuera una de sus escasas posesiones.

Se pusieron de nuevo en camino y llegaron a Carmel.

—En 1797 Fray Junípero Serra, un monje franciscano, fundó aquí la Misión de San Carlos Borromeo del río Carmelo. Sus restos están enterrados en la basílica. —Como de costumbre, Jaime la puso al día con los datos históricos; se notaba que el tema de la presencia española por aquellas tierras era uno de sus favoritos—. Siglos más tarde, se instaló una comunidad de pintores y artistas, que fueron los que le dieron al pueblo su aspecto actual.

—Fray Junípero Serra... —Lili trató de hacer memoria—. Me suena haber oído hablar de él en el colegio.

—Por aquí se le tiene en mucha consideración. Fue el fundador de nueve de las misiones que jalonan el Camino Real. Es el único español que tiene una estatua en el Salón Nacional de las Estatuas del Capitolio, donde están representados los personajes más ilustres de la nación.

Sin dejar de hablar, pasearon por las calles empedradas, flanqueadas por casitas de cuento, y continuaron caminando por la playa de aguas turquesa y arena casi blanca.

Lili se quitó las alpargatas y metió los pies en el agua, pero enseguida retrocedió con un gritito.

—¡Está congelada!

Seguramente por ese motivo no se veía ni un alma bañándose, aunque había bastantes paseantes.

—Te voy a llevar a un sitio increíble que no estaba en tus planes.

—¿Sí? —Lili terminó de ponerse la alpargata y se puso en pie, sacudiéndose los vaqueros. — ¿Seguro que merecerá la pena?

—Tú misma podrás opinar. —La agarró de la mano y la arrastró con entusiasmo hacia dónde habían dejado aparcada la caravana.

La mano de Jaime era cálida y seca, y Lili pensó que era muy agradable caminar así. Miró a los otros paseantes con curiosidad. ¿Qué pensarían al verlos? ¿Que eran marido y mujer? Descartado. A esas edades pocos matrimonios hacían manitas. ¿Que eran novios? Eso tendría más sentido; podrían ser uno de esos casos de «segundas náuseas» como llamaba Achu a las segundas nupcias, tan poco romántica como siempre. Aunque también podrían parecer lo que eran realmente: un par de amigos que se habían reencontrado al cabo del tiempo. Lili decidió que no merecía la pena elucubrar, así que se dedicó a disfrutar del sol, de sus dedos entrelazados y, en definitiva, de aquel día que prometía ser tan magnífico como los anteriores.

Quince minutos más tarde, pertrechados con un picnic, calzado adecuado y un par de toallas, caminaban por un sendero de la reserva natural de Point Lobos.

—Por aquí.

Bajaron unos escalones rústicos hechos con maderos y llegaron a una pequeña cala, de arena blanca y aguas transparentes de color verde esmeralda, flanqueada por paredes de roca.

—Bienvenida a China Cove. Veo que sigue igual que hace veinte años —dijo Jaime en tono satisfecho.

—¡Es bellísima! —A pesar de su entusiasmo, Lili no alzó la voz para no perturbar a los gigantescos leones marinos que dormitaban tendidos al sol.

—Como aún no hay muchos turistas, podemos aprovechar para bañarnos sin testigos.

—Estás loco. No creo que esté permitido. Además, ni un pingüino suicida metería una de sus alas en este agua. Y te recuerdo que ninguno de los dos hemos traído traje de baño.

—Traje de baño. Bah. ¿Quién necesita un traje de baño? —Jaime alzó una ceja burlón—. Como diría tu amiga Marga: «¡Vamos, Lili, no seas burguesa!».

—Mi amiga Marga podrá decir misa, pero yo ya no estoy para bañarme desnuda. Ni siquiera recuerdo haberlo hecho en mis tiempos mozos.

—Tus tiempos mozos —gruñó él—. Siempre hablas de ti misma como si fueras una anciana.

—Solo soy realista. No sueñes que voy a dejar que me compares con tus novias adolescentes.

—Uno: no tengo novias adolescentes, así que deja ya el temita. —Se le notaba tan molesto, que Lili tomó nota mental de sacar el «temita» tan a menudo como pudiera para fastidiarlo un poco—. Dos: podemos bañarnos en ropa interior. Así mantendrás intacta tu virtud, ¡oh, virgen casta y pura!

Ella le sacó la lengua igual que una de esas adolescentes, antes seguir bajando los escalones. La marea baja había dejado al descubierto una pequeña cueva en la pared de roca, y Lili decidió que sería un sitio inmejorable para hacer el picnic. El sol pegaba con fuerza y a pesar de la brisa que venía del mar, estaba sudando.

—Venga, vamos a bañarnos —rogó Jaime secándose el sudor de la frente con una mano, después de dejar la mochila sobre la arena húmeda.

—Que no. Báñate tú si quieres.

—Es que solo no es divertido —se enfurruñó como un niño pequeño.

—Me da igual. Puedes hacerte amiguito de esos animales tan simpáticos. — Lili señaló con la barbilla a dos machos que debían pesar más de trescientos kilos cada uno que, de vez en cuando, abrían un ojo y les echaban una mirada maligna.

—Porfa, Lili —suplicó.

Ella negó con la cabeza.

—Solo un bañito de nada. Hace mucho calor. Te recuerdo que te has pasado todo el viaje quejándote: «qué frío», «qué calor», «abre la ventana», «cierra la ventana», «pon el aire», «quita el aire» —la imitó—. Estoy seguro de que un baño te ayudará a regular tu termómetro corporal.

Lili le lanzó una mirada asesina que el otro, por supuesto, no captó. ¿Qué sabía un soltero que solo salía con jovencitas de esa cosa siniestra llamada «menopausia»? Tampoco creía que un casado supiera demasiado de esos espantosos sofocos que, a cierta edad, hacían que la temperatura de un cuerpo femenino pasara de cero a cien en menos de dos segundos. Los hombres no entendían de esas cosas desagradables con las que la poco amable Naturaleza

había castigado a las ya de por sí sufridas mujeres y, desde luego, ella no pensaba perderse en tortuosas explicaciones con uno de esos ignorantes. ¡Que siguiera pensando que era una maniática enloquecida si le daba la gana!

Al final, Jaime se puso tan pesado que no le quedó más remedio que ceder. Al menos eso es lo que Lili se dijo a sí misma, porque lo cierto era que estaba sudando y el agua transparente la llamaba a gritos.

—Está bien. Pero promete que no mirarás.

Jaime se llevó una mano al corazón.

—Te lo prometo —dijo solemne.

## *Jaime*

Por supuesto, Jaime no pensaba cumplir semejante promesa.

Lili se estaba desatando la segunda alpargata cuando, de pronto, alzó la cabeza con el ceño fruncido.

—Oye, ¿no será peligroso bañarse con estos? —dijo señalando a la veintena de leones marinos diseminados por la playa, que parecían gigantescos cantos rodados.

—No hay peligro —respondió Jaime al tiempo que se sacaba la camiseta por la cabeza—, los leones marinos no suelen atacar a los humanos salvo si te acercas mucho a alguno de los machos en la época de apareamiento.

Lili lanzó una mirada dubitativa a los dos animales que tenía más cerca.

—Pues no es que tu explicación me haya tranquilizado demasiado, qué quieres que te diga.

Jaime terminó de quitarse los pantalones, y notó que ella desviaba la mirada, pudorosa.

—Es pronto para preocuparse, hasta junio o julio no empieza la fiesta. ¿Sabías que uno de estos machotes puede tener de diez a quince hembras en su harén?

—Quién fuera león marino —replicó sarcástica.

Jaime se rió al ver su expresión.

—Sí, no parece una mala vida. ¿Vas a acabar un año de estos? —Le metió prisa al ver que aún estaba desabrochándose los primeros botones de la blusa.

—Date la vuelta, no quiero que me veas.

Jaime obedeció con un resoplido de impaciencia y, poco después, oyó un:

—Ya estoy.

Entonces, él la agarró de la mano y, rodeando la pequeña manada, la obligó a correr hacia la orilla.

Lili gritó cuando las primeras gotas salpicaron su cuerpo y no dejó de gritar hasta que él la obligó a sumergirse en el agua helada. Cuando salió a la superficie, se apartó el pelo del rostro y lo miró indignada.

—Serás...

Pero sin hacer el menor caso de su evidente cabreo Jaime, que no había parado de reír, apoyó las manos en sus hombros y la hundió de nuevo.

En cuanto Lili volvió a sacar la cabeza, empezó una batalla a muerte hasta que al cabo de media hora, con los labios morados y sin resuello salieron por fin del agua. Una vez más, Jaime entrelazó los dedos con los suyos y la obligó a echar una carrera hasta donde habían dejado las toallas.

—¡Oh, Dios... qué... frío! —A Lili le castañeteaban los dientes y al verlo, Jaime agarró un trozo de la toalla con la que se cubría y empezó a frotarla vigorosamente.

—Deja... no hace falta...

Pero él no le hizo el menor caso y siguió frotando hasta dejarle la piel enrojecida.

—¿Mejor? —preguntó al cabo de un rato, cuando dejó de temblar.

—Sí, mucho mejor.

Lili se había vuelto a envolver bien con la toalla, pero no antes de que él hubiera tenido oportunidad de echar un buen vistazo a esos pechos aún firmes, cuyos pezones contraídos por el frío se marcaban con claridad a través de la tela empapada del sugerente sujetador de satén y encaje. La visión le obligó a enrollar la toalla alrededor de sus caderas, para no traicionar su excitación.

«Caramba, se nota que llevo una eternidad viviendo como uno de esos monjes franciscanos que fundaron las misiones».

Estaba sorprendido de su reacción. En los más de cinco meses de castidad que habían seguido a la espantada de Thea, no había sentido la menor atracción sexual por ninguna de las guapísimas jovencitas que Peter, su socio americano —que ya había puesto fin a su tercer matrimonio—, le había presentado. De

hecho se había sentido bastante preocupado, hasta el punto de barajar la idea de ir a otro médico a repetirse las pruebas, por si el suyo estuviera equivocado.

Cuando le comentó a Phoenix sus temores, este se había reído de él y le había dicho que era una señal de que estaba madurando por fin. Perplejo, le había pedido explicaciones y su hijo, que no tenía pelos en la lengua, se las había dado. Según ese sabihondo con ínfulas de psicólogo, la idea de envejecer y la soledad le aterraban y por eso no podía aguantar más de un par de semanas sin echarse una de esas novias, a cuál más joven y más petarda que la anterior. Jaime, bastante ofendido, había descartado aquella absurda teoría con una carcajada desdeñosa. Sin embargo, después de varios días dando vueltas a esas palabras, había terminado por reconocer que, quizá, había algo de cierto en ellas.

Todo el asunto se le había antojado bastante deprimente y, por eso, había decidido cogerse unos días de vacaciones, algo que no hacía muy a menudo, pero el remedio había sido peor que la enfermedad. En cuanto llegó a la cabaña, la imponente naturaleza que lo rodeaba por todas partes y la soledad del lugar empezaron a pesarle como una losa. Así que a los dos días había decidido regresar a San Diego y, en estas, Lili y su caravana se habían cruzado en su camino.

Lili. Movi6 la cabeza con una media sonrisa. Menuda suerte haber vuelto a encontrarse con ella después de tantos años. Desde que se había embarcado en aquella inesperada aventura, cada día abría los ojos lleno de expectación, con la sensación de que algo extraordinario estaba a punto de ocurrir. Por primera vez en años había relegado su trabajo a un segundo plano y cada vez que recibía una llamada de su adjunto en lo único que pensaba era en colgar cuanto antes. Para alguien que había vivido por y para su carrera, aquello resultaba, cuando menos, inquietante.

—¿Te pasa algo? Me estás mirando raro. —La voz de Lili lo arrancó de sus pensamientos—. Voy a quitarme la ropa mojada, así que date la vuelta. Ahora.

Jaime dejó de hacerse el remolón y obedeció de mala gana. Por lo que había podido apreciar de reajo, Lili estaba en muy buena forma y resultaba muy apetecible con ese delicado conjunto de ropa interior. Lo cierto era que no le hubiera importado en absoluto echarle un vistazo mientras se desnudaba. Una vez más, notó un tirón en la entepierna. Era curioso que su amigo hubiera despertado de su coma ante los encantos de una mujer un par de años menor que él. Pero bueno, tampoco había que darle demasiada importancia; seguro que en poco tiempo todo volvería a la normalidad.

—Ya estoy.

Lili se había vuelto a poner los vaqueros y la blusa, aunque saltaba a la vista que no era consciente de que la tela estampada, bastante transparente, dejaba adivinar la forma de su pecho y la sombra oscura de los pezones.

Jaime tragó saliva y tuvo que hacer un esfuerzo para desviar la mirada y posarla en los ojos verdes, que relucían llenos de vida. Se había peinado como había podido la empapada melena rubia con los dedos y estaba guapísima.

Lili agitó la mano frente a sus ojos.

—¡Que si tienes hambre!

De nuevo se había quedado mirándola embobado.

—Un hambre espantosa —consiguió decir.

Ella le lanzó una sonrisa satisfecha y se agachó para sacar cosas de la mochila.

Inquieto, Jaime se apartó el pelo mojado de la frente.

«Tranquilo. No sería buena idea que esta mujer volviera a partirte el corazón, ¿no? Pues no la cagues».

Con esa severa advertencia dirigida hacia sí mismo, se alejó unos metros para quitarse los chorreantes calzoncillos. En vaqueros, pero sin molestarse en ponerse de nuevo la camiseta se acercó a ayudarla.

Poco después los bocadillos, las chocolatinas y el par de cervezas, un poco calentorras, habían desaparecido.

Después de guardar los restos de la comida y las botellas vacías en la mochila, Lili se tumbó sobre una de las toallas con los ojos cerrados y los brazos cruzados detrás de la nuca.

—Esto es vida. —suspiró, repitiendo una de sus frases favoritas.

Una vez más, Jaime se obligó a apartar los ojos de esa blusa tan reveladora, antes de extender la suya a su lado y tumbarse también.

—Una pequeña siesta y seguimos rumbo a San Luis Obispo a visitar la misión.

—Me parece de perlas. —Lili abrió la boca en un enorme bostezo y, casi al instante, se quedó dormida.

A Jaime le costó un poco más, pero el calor del sol en el rostro, el aroma picante de la brisa marina y el bienestar que produce un estómago lleno eran difíciles de resistir y, pocos minutos después, él también se sumió en un

delicioso sueño erótico.

El calor de una boca en su mano lo despertó. Aturdido, se preguntó si seguía soñando —en su cerebro aún quedaban jirones de imágenes llenas de sensualidad y sentía la presión de una potente erección contra los vaqueros—, pero no. Ahí estaba de nuevo, aunque esta vez notó la cálida humedad en la mejilla. Sin abrir los ojos, se giró para besarla.

—Lili... —susurró con voz ronca.

Pero antes de que sus bocas se unieran en un beso apasionado, hasta su nariz llegó un pestilente aliento a pescado. Sobresaltado, abrió los ojos y se encontró frente a frente con el hocico bigotudo de un pequeño león marino.

—¡Joder! —gritó incorporándose a toda velocidad.

—Hum. ¿Qué pasa? —preguntó Lili todavía medio grogui.

—Despierta, nos atacan.

En cuanto Lili comprendió qué era lo que les atacaba, se puso en pie de un salto y se refugió detrás de la espalda de Jaime.

—¡Fus! ¡Fus! —Jaime agitó los brazos, frenético, pero el curioso cachorro no daba la menor muestra de temor y siguió avanzando.

—¡Jaime, que no es un gato! —protestó Lili, sin abandonar la protección que ofrecía su espalda.

—Pues mira, si sabes hablar en *lobomarinés*, todo tuyo —replicó él sin dejar de agitar los brazos.

Por fortuna, el animal debió de aburrirse de aquellos seres tan extraños y decidió regresar con los suyos.

—Joder —repitió Jaime, algo más calmado, al verlo alejarse.

—En este viaje estoy viendo más bichos de cerca que en el safari que hice por Kenia hace años —dijo Lili con una mano sobre el corazón—. Oye, ¿son imaginaciones mías o papá foca nos está mirando con cara de pocos amigos?

—Creo que no te equivocas. —Jaime se agachó a coger la mochila y los zapatos de ambos—. ¡Coge las toallas y la ropa y salgamos pitando de aquí!

Sin dejar de lanzar miradas temerosas a su espalda, corrieron en dirección a los escalones de madera que conducían al sendero y los subieron a la velocidad de la luz. Cuando llegaron arriba, se derrumbaron en el suelo sin aliento; entonces sus miradas se cruzaron y ambos empezaron a reír a carcajadas hasta que se les saltaron las lágrimas.

—Cuando... se... lo cuente... a Achu se... se muere. —Lili apenas podía hablar de la risa.

Jaime se secó las mejillas con el dorso de la mano.

—Quizá será mejor que no se lo contemos a nadie. —Se levantó sin dejar de sonreír y le tendió una mano para ayudarla—. Creo que no hemos hecho un buen papel. —De pronto, se puso muy serio—. En fin, me temo que ha llegado el momento de confesar lo que, en realidad, ponía en mi galleta de la fortuna...

Lili lo miró con picardía.

—Estoy en ascuas.

—Está bien. —Jaime lanzó un suspiro melodramático—. Decía exactamente: «*La mujel que huye del peliglo te dalá hijos cobaldes*».

—¿Sí? Qué casualidad, en la mía ponía: «*Hombre cobaldica, hombre llolica, no peldel el tiempo con uno de esos mequetlefes*».

Sin dejar de comentar la jugada entre risas, se calzaron y regresaron al aparcamiento en el que habían dejado la caravana.

Lili desapareció en su dormitorio, y Jaime la oyó lanzar una exclamación que lo hizo sonreír de nuevo. Estaba seguro de que acababa de descubrir hasta qué punto era transparente su blusa.

Cuando ambos estuvieron más presentables —y después de que Jaime se llevara una bronca por no avisarla de que se le veía todo. A la que él respondió haciéndose el inocente—, se pusieron de nuevo en marcha.

—San Luis Obispo es una de veintiuna misiones que formaban el Camino Real.

—Lo mencionaste antes. —Lili lo miró con curiosidad—. Cuéntame más cosas de este Camino Real.

—Era una ruta de comunicación terrestre de unos novecientos sesenta y cinco kilómetros, que unía las misiones de la Alta y Baja California. Cada misión estaba a una distancia de un día a caballo de la siguiente, o de tres días si ibas a pata.

—Parece una obra colosal para aquellos tiempos.

—Lo fue. Una misión solía estar formada por no más de un par de frailes, unos cuantos arrieros, algún indio amigo y un puñado de mulas. El propósito era evangelizar a los amerindios, pero también se les proporcionaban nociones de agricultura, ganadería, albañilería y herrería a los hombres y de cocina, costura y

confección de tejidos a las mujeres. Muchos de los misioneros tenían conocimientos técnicos que fueron imprescindibles para abrir una vía de estas características en mitad de un territorio salvaje. Hay hasta una leyenda...

—Cuenta. Me encantan las leyendas.

—Dice la tradición que, para marcar la ruta, los frailes espolvorearon semillas de mostaza creando así un increíble sendero dorado a lo largo de cientos de kilómetros.

Lili le lanzó una cálida sonrisa.

—Es una leyenda preciosa, solo de imaginarlo, me quedo sin aliento.

Visitaron la pequeña misión fundada en su día por Fray Junípero Serra y contemplaron a lo lejos el ostentoso castillo Hearst. A él le hubiera gustado hacer un recorrido por las bodegas de los alrededores, pero como Lili estaba decidida a estar en San Diego en la fecha acordada, se limitó a ofrecerse de cicerone en un futuro viaje por bodegas y viñedos. Ella no dijo ni que sí ni que no, y a Jaime no le quedó más remedio que conformarse con eso.

Aún les dio tiempo a hacer una visita relámpago a Solvang, un pintoresco pueblecito en el que aún se conservaban las costumbres danesas, y para cuando llegaron a Santa Barbara, ya empezaba a anochecer.

—¿Estás cansada o te apetece salir a tomar algo? —preguntó Jaime después de rellenar el depósito de agua y conectar la caravana al generador del *camping*.

—Me da pereza cambiarme. En todo caso, me gustaría picar algo en plan informal.

—Antes de entrar en el *camping* hemos pasado por delante de un bar, podemos ir andando hasta allí.

—Perfecto. Me peino, cojo una chaqueta y nos vamos.

## *Lili*

El bar olía a cerveza rancia y a humanidad, aunque no había demasiados parroquianos. Jaime le dijo que se sentara en una mesa y él fue a pedir a la barra. Volvió con dos botellas de Budweiser.

—No había mucho donde elegir, así que he pedido dos hamburguesas, patatas fritas y ensalada de col.

—Perfecto. —Lili lo miró con aprobación—. Tengo hambre.

—No esperaba menos de ti —se burló él dando un trago de la botella.

Pocos minutos después, llegó una joven camarera, atractiva y pechugona, con la comanda. Dejó una de las hamburguesas delante de Jaime, inclinándose bien, de modo que este pudiera apreciar la abundancia de sus carnes y la profundidad de su canalillo, que la camisa de cuadros anudada por debajo de sus pechos ponía de relieve. En cambio, a Lili le puso el plato delante sin ni siquiera mirarla.

—No sois de aquí, ¿verdad? —preguntó con voz aguda sin apartar la vista de Jaime.

—No, no somos de aquí —respondió él sin entrar en detalles, pero eso no la detuvo.

—Soy Deirdre. Yo tampoco soy de aquí, ¿sabes? Ni siquiera soy camarera, lo de trabajar en este antro es temporal, ¿sabes? Estoy dando clases de interpretación, en unos meses me iré a Los Ángeles a probar suerte, ¿sabes?

—Creo que, básicamente, ya lo sabe todo de ti. —Lili la cortó por lo sano, harta de ser ignorada y temerosa de que se le enfriara la hamburguesa—. Muchas

gracias, Deirdre, ya puedes llevarte tu bandeja y tus pechugas a otra parte.

La pobre Deirdre abrió la boca, la volvió a cerrar, se metió la bandeja debajo del brazo con evidente menosprecio por la higiene en la manipulación de alimentos y se fue a atender a los dos hombres que acababan de entrar.

—¿Qué ha sido eso? ¿Un ataque de celos? —Jaime enarcó una ceja, divertido.

—Más bien un ataque de hambre, ¿sabes?

Él lanzó una risita, pero no dijo nada.

En silencio, Lili dio un buen bocado a su hamburguesa y masticó con furia. No entendía por qué le había molestado que la camarera tratara de ligar con Jaime. Debía estar acostumbradísimo a tontear con jovencitas.

Siguió comiendo en silencio con el ceño fruncido. Tanto la hamburguesa como las patatas estaban muy saladas y picaban a lo bestia. Sedienta, se llevó la botella a la boca y se bebió la mitad de un trago.

—Está todo un poco salado, ¿no crees? Y se han pasado con el picante —comentó Jaime, que ya le hacía una seña a la camarera para que les trajese otras dos cervezas.

Hasta la ensalada estaba saladísima. Media hora después, ya había media docena de cascos vacíos sobre la mesa.

—Qué sed tengo, no puedo parar de beber.

Lili hizo una nueva seña a la camarera, que miró para otro lado fingiendo no verla. Cabreada, cogió uno de los menús y lo agitó por encima de su cabeza dispuesta a llamar su atención al precio que fuera, pero ni por esas lo consiguió. Deirdre Pechugas, parecía abducida por uno de esos aburridísimos partidos de fútbol americano que retransmitía, con el volumen apagado, la televisión del local.

—Tu Deirdre... ¡hip! —Se llevó una mano a la boca, un poco avergonzada por el hipido que se le acababa de escapar—. No me hace ni caso.

—No es mi Deirdre —aclaró él—. Y no te hace ni caso porque has sido muy grosera con ella.

—¡No he sido grosera! —trató de negar la evidencia.

—Decirle a alguien que se lleve sus pechugas a otra parte no es ser un modelo de amabilidad, precisamente —dijo con aire santurrón.

Incapaz de soportar un segundo más las ganas de hacer pis, Lili se puso en

pie.

—Voy al baño. Cuando vuelva —lo amenazó con el dedo, aunque no sabía a cuál de sus dos cabezas apuntar—, quiero una cerveza bien fría encima de la mesa. ¿Entendido?

—Entendido, ama.

Lili se dirigió a los servicios que estaban al fondo del local, tambaleante. No estaban demasiado limpios, así que, procurando no tocar nada, se puso a hacer pis. Un minuto después seguía haciendo pis.

—Parezco un elefante —dijo en voz alta y le entró la risa floja.

Cuando por fin salió del cuarto de baño vio que Deirdre había dejado otras dos cervezas en la mesa, pero en vez de largarse con viento fresco a disfrutar de su vicio futbolístico se había sentado en su silla y le daba palique a Jaime.

Bueno, no le importaba lo más mínimo. No pensaba interrumpir su romántico *tête à tête*. Decidida, se encaminó hacia la *jukebox* que había a su derecha y empezó a curiosear las canciones.

—¿Qué hace una chica tan guapa como tú en un sitio como este?

Al principio, Lili pensó que era el estribillo de la canción que sonaba en ese momento, pero al girar la cabeza vio a un muchacho bastante mono, de no más de veinticinco años, y se dio cuenta de que era él el que había hablado.

¿Chica? Miró a su alrededor, desconcertada, pero no había nadie más. Y entonces cayó en la cuenta. ¡Ella era la chica! Sonrió al recién llegado con calidez; desde hacía años los jovencuelos y no tan jovencuelos ya solo la llamaban «señora», así que aquella era una novedad de lo más bienvenida.

—Estoy buscando una canción, pero no la encuentro.

—A ver, déjame a mí —dijo con amabilidad y Lili le hizo un hueco frente a la máquina—. ¿Cómo se llama?

A ella le vino a la mente una de sus canciones favoritas.

—Se llama *La chica de ayer* —dijo el nombre en español, pero al instante se acordó de dónde estaba y lo tradujo al inglés—. *Yesterday's girl* o, tal vez, *The girl of yesterday*. A saber si lo han traducido con el traductor de Google.

Su interlocutor movió la cabeza con el ceño fruncido.

—Vaya, no me suenan ninguno de los dos.

Lili le lanzó una sonrisa afectuosa.

—Claro, no habías nacido.

El chico se echó a reír y, aunque Lili lo había dicho completamente en serio, se rió con él. Empezaron a charlar sobre música, viajes y cine.

—Eres muy mono, no me importaría nada presentarte a mi hija —le soltó ella en un momento dado.

—¿Tienes una hija? —Parecía sorprendido—. ¿De cuántos años?

De pronto, Lili cayó en la cuenta de que no le apetecía contarle que, seguramente, su hija era mayor que él. En el fondo, le hacía ilusión que un chico mono tratara de ligar con una vieja pelleja como ella, así que soltó la primera mentira.

—Tiene doce, pero va un poco adelantada para su edad.

—¡Doce! —Jeff, que así se llamaba el «chico mono», volvió a reírse—. Es un poco joven para mí. A mí me gustan las mujeres hechas y derechas.

Lili lo miró con los ojos entornados.

—Por curiosidad, ¿cuántos años me echas?

Jeff aventuró una cifra.

—¿Treinta y nueve?

—¡Guau! Menudo ojo tienes. —Aplaudió con entusiasmo y soltó la segunda mentira—. Solo te has equivocado por dos. En realidad, tengo treinta y siete. ¿Y tú?

—Veinticuatro.

—Me temo que tú también eres un poco joven para mí. —Lili movió la cabeza de lado a lado con pena; Jeff era un jovencito encantador.

El «chico mono y encantador» le acarició la mejilla con una mano y dijo con voz ronca:

—Ya te he dicho que me gustan las mujeres hechas y derechas.

Muy despacio, inclinó la cabeza y cuando a Lili ya le parecía sentir el calor de sus jóvenes labios sobre los suyos, Jaime se interpuso entre los dos y apartó a Jeff de un empujón.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

Su tono airado sacó a Lili de su trance. Exacto, se regañó a sí misma avergonzada. ¿Podía saberse qué demonios estaba pasando allí?

—Y tú, ¿quién cojones eres *amigo*? —Lo de «amigo» lo dijo en español, como en las películas.

Jeff le devolvió el empujón y Lili, temerosa de que acabaran envueltos en una vulgar pelea de bar, se apresuró a intervenir.

—Es... Es... Mi marido.

Los grandes ojos azules de Jeff la miraron con reproche, y Lili se sintió fatal.

—En ese caso, no pinto nada aquí. —Le temblaba un poco la voz; pobre, Jeff, se notaba a la legua que era un buen tío.

—La próxima vez, te lo piensas dos veces antes de entrarle a una mujer que podría ser tu madre —le gritó Jaime con crueldad mientras el otro se alejaba en dirección a la salida.

Eso ya fue el colmo. Lili puso los brazos en jarras, como hacía siempre que estaba furiosa, y se enfrentó a él llena de indignación.

—¡Esa grosería te la podías haber ahorrado!

—¿Por qué? Es la verdad.

—Tú también podrías ser el padre de Deirdre Pechugas y yo no tengo el mal gusto de recordártelo.

—Bueno, bueno, no nos peleemos —dijo Jaime en tono conciliador y le tendió una botella—. Se te estaba quedando caliente.

—Gracias. —Lili cogió la botella y bebió con ansia—. Tengo una sed horrorosa.

—Sí. —Jaime pegó un largo trago a la suya antes de continuar—: Al cocinero se le ha debido caer el salero encima de la comida.

—Y el picante —asintió Lili dando otro sorbo.

Se quedaron un buen rato junto a la máquina, poniendo canciones, riendo y bebiendo cerveza sin parar.

Lili no supo nunca cómo lograron regresar. Tardaron una eternidad en llegar al *camping*, y otra más larga aún en encontrar la caravana. Jaime tropezó con la mesa de los vecinos y armó un alboroto considerable. Por fortuna, era bastante tarde y no salió nadie a pedirles cuentas a voces. Después de varios intentos, Lili logró abrir la puerta de la caravana.

Una vez que estuvieron dentro, abrió los brazos y gritó:

—¡Por fin! ¡Hogar, dulce hogar!

Por enésima vez les entró un ataque de risa. Cuando consiguieron calmarse, se quedaron de pie en mitad de la caravana mirándose con ojos risueños hasta que, de pronto, los dos se pusieron muy serios y, como empujados por una fuerza

invisible, cada uno dio un paso en dirección al otro, se abrazaron y empezaron a besarse apasionadamente.

## *Jaime*

Una luz rojiza coloreaba el interior de sus párpados. Jaime se desperezó sin abrir los ojos y le sorprendió poder estirar las piernas. Bostezó. Tenía la boca pastosa, notaba la cabeza a punto de estallar y debía haber dormido en mala postura, porque le dolía el hombro y notaba un peso en el brazo. Sin embargo, pese a todas esas pequeñas pegas se sentía de maravilla.

«Ya lo dijo no sé quién», pensó somnoliento. «Si no te duele nada después de cumplidos los cuarenta, es que estás muerto».

Y estaba claro que no era eso, porque se sentía más vivo que nunca. Trató de liberar la mano de ese lastre que la mantenía inmovilizada, pero no lo consiguió. Impaciente, abrió los ojos y estuvo a punto de soltar un grito de sorpresa. El peso que sentía en el brazo era la cabeza de una mujer desnuda, de caderas generosas apenas cubiertas por el edredón. El pelo rubio, muy despeinado, le tapaba la mayor parte del rostro pero, a pesar de ello, reconoció sin problemas la boca inconfundible de Lili.

Un aluvión de imágenes y de sensaciones extraordinarias inundó su cerebro y, al instante, comprendió la razón de su bienestar.

Lili y él habían hecho el amor.

La noche anterior había bebido demasiado pero, pese a la resaca que había hecho notar su presencia nada más abrir los ojos, recordaba los detalles a la perfección; había hecho el amor con Lili con un abandono que no había experimentado en mucho tiempo. Tan buena era su memoria de los hechos, que empezó a notar la rigidez de una erección mañanera y dio gracias a los dioses:

por fin tenía la certeza de que su próstata estaba bien.

Se incorporó sobre el codo y la observó con una increíble sensación de bienestar. Los labios generosos estaban ligeramente entreabiertos y hacía un ruidito peculiar al respirar —no, no era un ronquido— que se le antojó de lo más tierno. Deslizó los ojos por la espalda desnuda y detuvo su mirada apreciativa en la parte del seno izquierdo que quedaba a la vista. La noche anterior había saboreado esos dos pechos con glotonería y, al parecer, no se había saciado porque quería más. Esbozó una sonrisa perezosa al recordar el modo en que la propia Lili lo había acariciado a él, con las manos y con la boca, y su excitación aumentó.

Lili, además de ser divertida hasta en la cama, era curiosa, apasionada, cálida y generosa. Hacer el amor con ella había tenido un ingrediente añadido que siempre había faltado en sus otras relaciones. Lo cierto era que nunca se había sentido cómodo teniendo relaciones sexuales por vez primera con una mujer; por lo general estaba tenso, más pendiente de hacer un buen papel y de que ella quedara satisfecha, que de alcanzar su propia satisfacción. Pero, en esta ocasión, había sido completamente diferente. Se había abandonado en sus brazos por completo. Sin pensar, planear ni maquinara ninguna novedosa técnica amatoria y, aún así, había alcanzado un placer indescriptible. Y no solo eso, estaba seguro de que ella lo había acompañado a lo largo de todo el trayecto con la misma intensidad.

Puestos a ser puristas, no era la primera vez que hacían el amor, pero incluso la auténtica «primera vez», pese a que ella era virgen y que él no tenía ni la mitad de experiencia que tenía ahora, había sentido esa misma conexión o familiaridad o lo que quiera que fuese que hacía que el sexo entre ellos cobrara una dimensión mil veces más profunda, hasta convertirse en una experiencia casi espiritual.

La noche anterior había sido memorable. Quizá alguien podría achacarlo a los efectos del alcohol; pero él estaba seguro de que en cuanto volvieran hacer el amor, con todas sus facultades intactas, sería aún mejor. Lo cierto era que no podía esperar a comprobarlo.

Jaime alargó la mano y deslizó las yemas de los dedos a lo largo del brazo femenino con suavidad. Lili gruñó y escondió el brazo debajo de su cuerpo. Divertido por su reacción, Jaime se acercó un poco más y, con ese mismo dedo y la ligereza de una pluma, dibujó el contorno de su boca. Lili se pasó la mano por la cara como quien trata de espantar a una mosca y siguió durmiendo.

—Vaya —musitó Jaime—, esto va a ser más complicado de lo que esperaba.

Con una sonrisa maliciosa, volvió a pasarle la yema del dedo por la boca y, esta vez, el manotazo de Lili estuvo a punto de romperle la nariz.

—¡Ay!

Su grito la despertó por fin. A toda prisa, Lili se apartó la melena del rostro y lo miró desorientada.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí? —Y, al instante, se llevó una mano a la frente y gimió—: ¡Dios! Mi cabeza...

Jaime la contempló con ternura.

—¿Te duele mucho? A mí también, anoche nos pasamos tres pueblos con la bebida.

Con la mano cubriéndole los ojos, Lili se limitó a soltar un gruñido. Sin embargo, enseguida, alzó la cabeza de la almohada y al ver que estaba completamente desnuda, soltó un chillido y se tapó a toda velocidad con el edredón.

—¡¿Qué es esto?! ¡¿Qué has hecho?!

Jaime se rió, divertido.

—Querrás decir: ¿qué hemos hecho?

Los grandes ojos verdes lo miraban horrorizados y, aferrada al edredón con todas sus fuerzas, preguntó con un hilo de voz:

—¿Qué hemos hecho?

—¿No lo recuerdas?

El súbito rubor que le inundó el rostro y parte del cuello, le dio la respuesta.

—«*Cuando tú vel una mujel bella sonlojalse como una jovencita, no dejal escapal*». —Se inclinó sobre ella y la besó en la punta de la nariz.

Lili se apartó como si la hubiera picado una avispa y saltó de la cama, teniendo mucho cuidado en todo momento de no soltar el edredón.

—¡No bromees! —ordenó muy enfadada—. Esto es muy fuerte. ¿Tú sabes lo que hemos hecho?

Jaime dobló en dos la almohada, se reclinó sobre ella y, sin importarle lo más mínimo que la sábana tapara apenas sus vergüenzas, la contempló con una sonrisita lasciva.

—Ya lo creo que lo sé. Es más, espero repetirlo en breve.

Lili se puso todavía más roja.

—¡Ni lo sueñes!

Jaime puso cara de no entender nada.

—Pero ¿qué te pasa?

—¡Cómo que qué me pasa! —Alzó la mirada al cielo, impaciente, como si fuera incapaz de comprender que alguien pudiera hacerle semejante pregunta estúpida—. ¿No lo entiendes? ¡Tú eres mi piedra!

Sonó tan dramático que Jaime se asustó.

—¿De qué piedra hablas? ¿Aún te dura la cogorza?

—Eres la piedra esa con la que solo el hombre tropieza dos veces.

Después de pensarlo un poco, Jaime cayó por fin en la cuenta de cuál era la dichosa piedra de la que hablaba.

—Ah. Te refieres al dicho. Sí, lo he oído y ¿qué?

—Pues que tú eres la piedra.

—Y ¿tú el hombre? —preguntó guasón.

—¡Basta! Deja de hacer chistes malos.

Jaime frunció el ceño; esa inesperada reacción de Lili estaba empezando a preocuparlo. Parecía realmente enfadada, así que habló en tono apaciguador:

—Ahora en serio, Lili. No entiendo qué te pasa. Sí, hemos hecho el amor. ¿Cuál es el problema? Somos adultos.

—Encima eso. —Lili sacudió la cabeza con desesperación—. A mi edad, lo normal es que las mujeres se den a la bebida o que se vuelvan unas fanáticas religiosas, no que les dé por acostarse con el primer tío que pasa por ahí.

Jaime abrió la boca dispuesto a discutir: para empezar, él no era el primer tío que pasaba por ahí y, para seguir, conocía a un montón de mujeres de la edad de Lili que padecían auténtico furor uterino. Sin embargo, lo pensó mejor y la volvió a cerrar.

—No sé con qué cara voy a mirar ahora a mi hija —lloriqueó Lili—. Llevo toda la vida advirtiéndole del peligro de mezclar alcohol y sexo, y voy yo y...

—Vamos, Lili, no puedes estar hablando en serio. Para empezar, no soy ningún desconocido. Es más, te recuerdo que ya nos acostamos juntos hace unos años.

—¿Crees que necesito un recordatorio? —¿Era odio lo que brillaba en los

ojos verdes? Jaime volvió a fruncir el ceño con preocupación—. Ya me destrozaste la vida una vez, no pienso volver a permitir que lo hagas de nuevo. ¡Vete de mi habitación!

Sin soltar el edredón, Lili le señaló la puerta.

Lo injusto de su comentario lo hizo enfadarse también. Furioso, se enrolló la sábana a las caderas, saltó de la cama y se enfrentó a ella.

—¿Cómo que te destrocé la vida? ¡Fuiste tú la que te portaste de pena conmigo!

Un brillo húmedo inundó los ojos femeninos, lo que terminó de hacerlo sentirse fatal. Hizo un esfuerzo por mantener el control y respiró hondo. Los gritos no conducían a nada. Después de unos segundos y en un tono mucho más suave, Jaime trató de encontrar una explicación razonable a la violenta reacción de Lili:

—¿Es porque no usé condón? ¿Te preocupa un embarazo? Es cierto que he sido un poco descuidado, pero...

La carcajada que soltó Lili, en la que detectó una nota de histeria, lo hizo detenerse en seco.

—No me preocupa ningún embarazo, uso... uso un método anticonceptivo infalible. —Se detuvo de golpe y frunció el ceño, como si se le acabara de ocurrir una cosa muy desagradable, antes de mirarlo acusadora—: Espero que no tengas ninguna enfermedad de transmisión sexual.

Ah. Era eso. Claro. Normal. Jaime alzó las manos en el aire para indicarle que no tenía nada que ocultar.

—Nada de nada, estoy limpio. Precisamente, acabo de hacerme todo tipo de pruebas.

—Y ¿eso? —Le pareció que lo miraba con preocupación.

¿Estaría preocupada por él? En el fondo, le hacía hasta ilusión. Sin embargo, enseguida descartó la idea; lo más probable era que pensara que se pasaba el día saltando de cama en cama. Normal que estuviera preocupada.

—Nada. La revisión anual. En el estado de California los músicos tenemos derecho a una gratuita al año —se inventó sobre la marcha.

Lili resopló aliviada.

—Bien. Ahora que hemos dejado claro ese aspecto de la cuestión, tratemos de hablar con calma...

—No tenemos nada de lo que hablar —dijo en tono sereno y con una expresión tan inflexible que se le encogió el estómago—. En cuanto te deje en San Diego no volveremos a vernos.

—Pero, Lili...

Trató de protestar, pero fue inútil, ella volvió a señalar la puerta que separaba el pequeño dormitorio del resto de la caravana con mano temblorosa.

—Vete, por favor.

Su voz parecía a punto de quebrarse, por lo que aunque estaba furioso, dolido y tenía ganas de gritar, Jaime obedeció y cerró la puerta al salir.

*Lili*

Achu le pasó la última caja para que la vaciara.

—Ya no quedan más.

Lili se apartó de la cara un mechón que se le había escapado del moño y miró a su alrededor satisfecha. La casita era aún mejor de lo que esperaba, y ahora que tenía las cuatro cosas importantes que la habían acompañado a lo largo de su vida colocadas a su gusto, le pareció un auténtico hogar.

—Ese marco ponlo ahí. —Lili señaló una mesita junto al sofá—. ¡Qué calor! Luego podemos darnos un baño.

—Imposible, mamichu, solo he podido reservarte las dos horas de la mudanza, estoy hasta arriba de trabajo.

Lili miró a su hija, ese día se había puesto un elegante traje de chaqueta pantalón blanco y llevaba la brillante melena de ondas oscuras impecable. Parecía que se había arreglado para acudir a una reunión de altos ejecutivos de las finanzas, en vez de para ayudar a su madre a vaciar las cajas de la mudanza. Ni siquiera se había quitado los tacones para estar más cómoda. Lili movió la cabeza con una mezcla de exasperación y ternura; Achu era Achu y no había nada que hacer.

—Desde que he llegado no te he visto apenas —se quejó y le vino a la cabeza la imagen de su propia madre haciéndole los mismos reproches.

—Ya te advertí de que sería así. —Achu movió el marco de fotos unos milímetros, hasta que encontró el ángulo exacto—. Estamos en plena fusión con un bufete de Nueva York y no puedes imaginarte la que hay liada. De todas

formas, el domingo estaremos aquí para la barbacoa.

—Eso si a Luke no le surge una video conferencia urgentísima con un cliente de Kuala Lumpur en el último momento.

Lili no pudo reprimir el sarcasmo, pero se arrepintió en el acto; en especial, al interceptar la mirada dolida de su hija.

—No seas injusta, mamá. Luke también está hasta arriba de trabajo, pero me prometió que el domingo estaría aquí sin falta.

—Perdona, tienes razón.

Achu se sacudió las palmas de las manos con expresión satisfecha.

—Bueno, ya me voy.

—¿Seguro que no te quedas a comer? He hecho tortilla de patatas.

—¡Mamá!

Lili levantó las manos.

—Está bien, está bien. Te prometo que dejaré de ser una madre pesadísima en cuanto me adapte un poco mejor a mi nueva vida.

Su hija le lanzó una de esas sonrisas que tenían la virtud de hacerla derretirse de puro amor.

—No te preocupes. Te conozco. En menos de una semana te habrás hecho amiga de todo el vecindario.

Se acercó a ella y la abrazó, y Lili aprovechó para apretarla con fuerza. Achu era tan bajita y olía siempre tan bien, que si cerraba los ojos podía imaginar que seguía siendo esa niña, empollona y tremendamente responsable, a la que había adorado desde que nació.

—Mamá... —Lili la soltó de mala gana. Su hija retrocedió un paso sin dejar de mirarla con cierta preocupación—. Desde que llegaste, te noto tristoná. ¿Seguro que estás bien?

—Segurísimo. ¡Estoy mejor que nunca!

Achu movió la cabeza con gesto de desaprobación.

—Cada día mientes peor.

—¿Mentir? ¿Yo?

—Déjalo, mamá. —Sin dejar de hablar, cogió el bolso de un conocido diseñador del sillón en el que lo había dejado al llegar y se lo colgó del hombro—. Espero que cuando estés preparada me cuentes qué fue del misterioso Jaime.

—Ya te he dicho que le llamaron para que fuera a recoger su moto y...

—Sí, eso ya me lo contaste —la cortó en seco—. Lo que quiero que me cuentes es lo otro.

—¡No hay ningún «lo otro»!

—Entonces, ¿por qué te pones roja cada vez que sale a relucir su nombre?

Lili se puso las manos en las caderas y la miró con severidad.

—Eso es falso, ya no estoy en la edad de los sonrojos. Te aseguro que no hay nada que contar. Y te recuerdo, que somos las madres las que les piden explicaciones a sus hijas y no al contrario.

Achu echó un vistazo a su reloj.

—¡Cielos, es tardísimo! —Salió de la casa y cruzó la pequeña tira de césped a toda prisa pese a los altos tacones. Cuando llegó a la cancela agitó una mano—. ¡Adiós mamá! ¡Nos vemos pasado mañana!

—¡Hasta el domingo!

Lili repitió el gesto, como hacía cuando, de niña, la dejaba en el colegio. Pero, al contrario que entonces, su hija no se volvió a mirarla. Con una dolorosa sensación de soledad vio desaparecer el Mercedes SLK 200 descapotable de color blanco en dirección a San Diego, a mayor velocidad de la permitida.

Lili se metió en casa y cerró la puerta. A pesar de que no tenía hambre, se dirigió a la coqueta cocina americana que estaba al fondo del salón y se sirvió en un plato un triángulo de la tortilla que había preparado esa misma mañana. Luego sacó una botella de cerveza de la nevera, salió al pequeño y exótico jardín que había frente a la casa y se tumbó en una de las hamacas a la sombra de una frondosa palmera. Ni siquiera las magníficas vistas de la playa llena de surfistas, con el deslumbrante azul del Pacífico de fondo, sirvió para animarla. Por enésima vez desde que había llegado a San Diego, había sucumbido a un ataque de autocompasión.

«Es ese coche. Lo odio», se dijo tratando de convencerse a sí misma de que esa era la auténtica razón por la que se sentía tan baja de ánimos. «Cómo va a animarse Achu a casarse y a darme nietos si acaba de comprarse un descapotable biplaza».

Se llevó un trozo de tortilla a la boca y masticó con desgana. Estaba buenísima. A Jaime le habría encantado. En cuanto se dio cuenta de que su mente acaba de traicionarla una vez más, dio un trago furioso a la cerveza.

«¡No tan rápido!», se regañó al ver que había vaciado casi la mitad de la botella. «Acuérdate de lo que pasó de la última vez que te diste a la bebida».

Era lo que tenía eso de pasarse con el alcohol; puede que, de un modo vago, fueras consciente de que el futuro existía, pero en ese momento no te importaba lo más mínimo. Lo malo era que, a la mañana siguiente, ese futuro se había convertido en presente y había que apechugar con lo que quiera que hubiera ocurrido en esos instantes de descontrol. Se apartó el pelo de la cara con impaciencia.

«Mejor no recordarlo», se dijo.

Por desgracia, no había olvidado ni un solo detalle y, en cuanto bajaba la guardia, la película de esa noche se volvía a poner en marcha en su cabeza. Era increíble cuánto echaba de menos a Jaime. Después de que pasara lo que pasó, apenas habían hablado. Él había conducido en silencio hasta las afueras de San Diego y, una vez allí, había aparcado a un lado y había dicho que cogería un autobús. A Lili le había herido su frialdad. Sin embargo, había levantado la barbilla con orgullo mientras él recogía sus cosas. No estaba dispuesta a dejarle ver hasta qué punto esos pocos días que habían pasado juntos habían alterado su vida. Jaime se había despedido de ella con un beso impersonal en cada mejilla.

—Adiós, Lili.

—Adiós, Jaime.

Y se había quedado mirándolo mientras se alejaba calle abajo, con las alforjas en una mano y la funda con la guitarra en la otra. Ya habían pasado tres días desde entonces y seguía sin poder quitárselo de la cabeza.

«El hombre, en este caso la mujer, es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra». Ese dicho y la palabra «estúpida» se repetían en su mente una y otra vez.

—Hola, hola. Qué buena pinta tiene eso que estás comiendo...

Desconcertada, Lili miró a su alrededor y finalmente descubrió una cabeza de mujer que asomaba por encima de la tapia de la casa de al lado.

—Hola, soy Lili, la nueva vecina —saludó, contenta de tener otra cosa en que pensar que no fuera en lo mal que se sentía.

—Yo soy Marcia. Llevo un rato espiándote subida a la escalera que uso para podar el hibisco—confesó sin ningún rubor y, pese a su calamitoso estado de ánimo, Lili no pudo evitar sonreír.

—Eso no suena demasiado cómodo. Venga, ven a casa y te invito a comer

una auténtica tortilla de patatas española.

—¡Dame dos minutos!

La cabeza desapareció al instante y, dos minutos después, sonó el timbre de la puerta.

Marcia era una mujer elegante, unos diez años mayor que ella. Iba muy bien maquillada y ni uno solo de sus cabellos, de un blanco cegador, estaba fuera de su sitio. La túnica para estar en casa de colores chillones que llevaba le hizo pensar a Lili en una actriz de Hollywood de los años cuarenta.

Se saludaron con un amistoso apretón de manos y enseguida empezaron a charlar como si se conocieran de toda la vida. Comieron en el jardín y, luego, Marcia insistió en que le dejara probar alguna de sus cremas.

—¡Huele divino! —exclamó con la nariz pegada a uno de los tarros.

—Los ingredientes son completamente naturales. Esto fue lo que me hizo enamorarme de esta casa. —Lili señaló el destartalado invernadero estilo *art nouveau* que ocupaba buena parte del lateral del jardín—. Voy a cultivar en él todo tipo de hierbas.

—¿Así que piensas poner un negocio? Se nota que eres muy inteligente —dijo su vecina con admiración—. Yo siempre he vivido de mis sucesivos maridos. Después de la muerte de Benny pensé que nunca más volvería a enamorarme, pero... —Marcia le guiñó un ojo— puede que te invite a mi tercera boda.

Lili soltó una carcajada. Se alegraba en el alma de que la curiosidad de su vecina las hubiera llevado a conocerse; se lo estaba pasando muy bien.

—No, no voy a poner ningún negocio. Eso ya lo hice en su día. Mi idea es acercar la cosmética de primera línea a las mujeres con pocos recursos. Estoy en contacto con una asociación a la que le ha entusiasmado la idea.

—Guapa, lista y buena; menuda joya estás hecha. Voy a ocuparme de encontrarte un marido que sepa apreciar tantas virtudes —prometió su vecina con los ojos brillantes.

Lili protestó sin dejar de reír. No tenía ninguna intención de volverse a casar, dijo. Ni siquiera de volver a enamorarse. Ella ya había superado esa etapa hacía años, ahora lo único que quería era que su hija le diera algún nieto al que poder mimar escandalosamente.

—¡Nietos! —A Lili le recordó el tono que había empleado Jaime después de decirle algo parecido—. Tonterías. Aún eres joven. Las mujeres cada vez

vivimos más años y, como nos gusta cuidarnos, cada vez estamos mejor. Créeme, porque lo digo por experiencia: todavía estás a tiempo de vivir una apasionada historia de amor.

Lili descartó aquella idea descabellada con una nueva carcajada y siguieron charlando hasta que el sol empezó a ponerse. Marcia echó un vistazo al reloj y se puso en pie con una exclamación.

—¡Larry está a punto de llegar! Tengo que ir a arreglarme; por desgracia, ahora me lleva bastante más tiempo que hace unos años. —Hizo un puchero conmovedor—. Me ha encantado conocerte Lili. Tenemos que repetir, en especial, si vuelves a cocinar algún platillo de tu tierra.

—Eso está hecho.

La acompañó hasta la puerta y, en esta ocasión, se despidieron con un beso afectuoso.

En cuanto cerró la puerta, Lili se recostó contra ella con una sonrisa. Bueno, al menos tenía una amiga. Una amiga, una casa deliciosa con unas vistas espectaculares, un montón de proyectos... qué más podía pedir.

—¡Eso no! —Se sobresaltó al oír su propia voz, y las imágenes de Jaime y ella caminando por la playa cogidos de la mano se desvanecieron al instante..

Cielos. Empezaba a estar para que la encerrasen.

«Leonor Soto, deja a un lado los sueños imposibles», se dijo con severidad. «A partir de ahora te concentrarás en tu hija, tus cremas y tus nuevas amistades. Si vuelvo a pillarte lloriqueando por un mujeriego aficionado a las jovencitas, te arrepentirás».

Asintió con firmeza y se dirigió a la cocina, dispuesta a empezar con los preparativos de la comida del domingo.

## *Jaime*

Las vistas sobre la bahía y la isla de Coronado desde su despacho en la planta 99 de uno de los rascacielos del distrito financiero eran increíbles. Sin embargo, los ojos de Jaime, que llevaba un buen rato sentado en su cómodo sillón giratorio con las piernas apoyadas en la carpintería de aluminio de la ventana, resbalaban por ellas indiferentes. Aunque, deliberadamente, le daba la espalda, su atención estaba concentrada en un sobre de papel manila que esperaba sin abrir encima de la mesa.

Había vuelto a su rutina hacía días, pero no conseguía concentrarse en el trabajo, y no se le había escapado el modo en que los ojos de perro fiel de su adjunto lo seguían a todas horas con preocupación.

«Maldita Lili».

Seguía furioso con ella. No le perdonaba que, una vez más, le hubiera hecho sentir como un jovenzuelo herido en el alma por su primer amor.

Metió los dedos por el cuello de la camisa. Le apretaba. Y no porque hubiera engordado —todo lo contrario, no le extrañaría haber adelgazado un par de kilos en los últimos días; había perdido por completo el apetito—, sino porque echaba de menos la libertad de sus ropas de motero. Hasta el traje que llevaba, hecho a la medida por uno de los mejores sastres del país, de pronto le oprimía por todas partes.

La noche anterior había salido con su socio, su actual pareja y una amiga de esta, decidido a olvidarse de Lili y volver a la normalidad. Nicky, la amiga, era un bombón de larga melena rubia, piernas extralargas y pecho exuberante que

estaba haciendo un máster en la Universidad de California. Se había esforzado por ser encantador. La chica era inteligente y amable, pero no conseguía conectar con sus anécdotas de la facultad y, en más de una ocasión, ella lo había pillado con la cabeza en otra parte. Avergonzado, se había disculpado, sin dejar de maldecir a Lili en silencio. Lili era la culpable de todas sus cuitas.

La cena había sido un desastre. Hasta su socio le había preguntado que qué demonios le pasaba. Él había puesto el cansancio como excusa y se había despedido en cuanto terminaron el postre. De vuelta en su ático solitario, se había servido un *whisky* con hielo y se lo había ido bebiendo, poco a poco, acodado en la barandilla de la terraza, con la mirada perdida en el punto dónde la luna llena rielaba en el océano.

Lili. Lili. Lili. Todo le hablaba de ella; las estrellas, la noche, el olor salado de la brisa... Los inolvidables momentos vividos a su lado en esa diminuta caravana lo perseguían a todas horas. Las risas que habían compartido, las charlas interminables, el brillo de sus ojos verdes, la calidez de sus sonrisas... hasta los sustos, que de eso también había habido, los recordaba con nostalgia.

Furioso, se acabó la copa de un trago y se fue a la cama. El sueño lo esquivó durante horas y, cuando por fin sucumbió, soñó con enloquecedoras imágenes de cuerpos sudorosos que se fundían en uno solo despacio, muy despacio. El sueño había sido tan real que al despertar esa mañana y no encontrarla a su lado, había golpeado la almohada lleno de rabia.

Y ahora estaba ahí. Indiferente a la montaña de planos que esperaba su visto bueno; desgarrado por la duda sobre si abrir ese sobre o tirarlo, sin más, a la papelera.

Cuando se alejó de la caravana y de Lili con las alforjas en una mano y la guitarra en la otra, su único deseo había sido perderla de vista cuanto antes y para siempre. Había caminado a paso rápido, sin saber a dónde se dirigía, hasta que, por fin, unas manzanas más adelante, había recobrado un viso de cordura y había alzado el brazo para detener al primer taxi que pasó.

Se sentía rabioso, furioso, herido, dolido... pero lo primero que había hecho nada más llegar a su casa había sido llamar a Steve Norton, una especie de tipo multitarea que, a menudo, hacía las veces de detective cuando detectaban cualquier detalle turbio en alguno de los proyectos.

Si a Steve le había sorprendido su encargo, no lo había demostrado. Esa misma mañana, nada más llegar a la oficina, su secretaria le había entregado el sobre que Norton había dejado para él. De eso hacía ya más de dos horas y allí

seguía, abrumado por un millar de dudas que le impedían tomar una decisión. No recordaba haber pasado por nada parecido ni siquiera tras la muerte de su padre, cuando todo lo que había sido su vida hasta entonces había amenazado con venirse abajo de manera estrepitosa.

Finalmente, bajó las piernas, hizo girar el sillón y colocó las palmas a ambos lados del sobre. Inspiró profundamente antes de cogerlo y rasgarlo por el extremo. Dentro había un par de hojas y una fotografía. Cogió primero la foto y contempló a una Lili muy sonriente, diciendo adiós con la mano a alguien que quedaba fuera del ángulo de la cámara. ¿Su hija? ¿Una amiga? ¿Un... amigo?

La foto tenía una resolución excelente. Hasta podía distinguir sin dificultad el modo en que las dos paletas se montaban una ligeramente encima de la otra, una leve imperfección que hacía única su sonrisa, y las finas arrugas —que ya no tenía duda de que habían sido producidas por años de risas compartidas— en las comisuras de los ojos verdes. Se le hizo un nudo en el estómago.

Después de contemplarla un buen rato, guardó la foto en uno de los cajones del escritorio y volvió su atención a los papeles.

—¡Será...!

Lleno de indignación, leyó de nuevo el informe redactado por Norman. No, no se había equivocado. Lo había engañado como a un chino. Terminó de leer el documento por segunda vez y arrojó los papeles sobre el escritorio. Impaciente, tamborileó con los dedos en el sobre de cristal, con el ceño fruncido y la mirada perdida en algún punto del despacho.

Esto no iba a quedar así. No señor. Negó con la cabeza cada vez más furioso. Esa mujer iba lista si pensaba que iba a dejar que se riera de él de esa manera. Sin hacer caso del trabajo que se le acumulaba en una de las esquinas del escritorio, dedicó el resto de la mañana a trazar un plan de ataque.



El domingo, a las diez en punto de la mañana, aparcó el BMW serie 8 Cabrio a unas manzanas de la dirección en La Jolla que le había dado el detective y se acercó caminando. La casita no tenía nada que ver con la construcción vieja y destartalada que había imaginado a raíz de las palabras de Lili. Estaba en una de las mejores zonas de San Diego, en primera línea de playa y, aunque no era muy grande, tenía un aspecto impecable y encantador.

—Mentirosa —masculló, al tiempo que empujaba la cancela de madera y

atravesaba de dos zancadas la franja de césped que conducía a la puerta de entrada. Subió los dos escalones de madera y apretó el timbre de la puerta con insistencia.

—Marcia, ¿eres tú?

Lili abrió la puerta de par en par, pero al ver que era él se puso pálida y trató de cerrarla en sus narices.

—No tan deprisa. —Jaime metió un pie calzado con un náutico de color marrón para impedirlo.

Una vez que estuvo dentro, Lili empezó a recular paso a paso sin perderlo de vista, hasta que sus piernas chocaron con el sofá del salón.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has encontrado?

Jaime se encogió de hombros. El polo azul que llevaba realzaba la anchura de los mismos, y las bermudas caqui dejaban a la vista las piernas fuertes y morenas.

—Tengo mis contactos.

—Pues lo siento, pero tienes que marcharte —exigió Lili—. He invitado a comer a Achu y a su novio, y aún tengo que preparar un montón de cosas.

Jaime la miró de arriba abajo con severidad. Lili llevaba unos pantalones blancos, un blusón estampado de vivos colores que ponía de relieve el dorado de sus cabellos —teñido, se recordó con mala idea, en un intento fallido de negar la atracción que ejercía sobre él— y unas sandalias doradas. Su aspecto, salvo por el tono aún no demasiado bronceado de su piel, era el mismo que el de cualquier millonaria californiana de esas que abundaban por la zona. No entendía cómo podía haberlo engañado ni por un minuto.

Como si no la hubiera oído, Jaime se cruzó de brazos y anunció:

—He venido a pedirte explicaciones.

Lili lo miró con el ceño fruncido.

—¿Explicaciones?

—¿Te suena de algo una cadena de centros de belleza llamada: «Un momento para ti»?

Los ojos verdes se abrieron con asombro.

—¿Cómo lo has averiguado?

—Eso no importa. Lo que importa es que me has estado engañando.

Ella se apresuró a negar con la cabeza, visiblemente ofendida.

—Yo no te he engañado. Solo intentaba ser buena persona.

—¿Buena persona? —repitió incrédulo.

En ese momento, sonó la alarma del horno, y Lili corrió a sacar una bandeja llena de *miniquiches* cuyo delicioso olor hizo que, a pesar de la hora, se le hiciera la boca agua.

—Puedes coger una, pero cuidado que queman.

Jaime sopló varias veces antes de dar un pequeño mordisco y cerrar los ojos con placer.

—¿Te gustan? Están mejor un poco más frías. —Lili parecía ligeramente ansiosa por su respuesta.

—Demonios, se me había olvidado lo buena cocinera que eres. —Se comió el resto de la *quiche* y siguió hablando con la boca llena mientras agitaba un dedo amenazador frente a ella—: Pero no te creas que este pequeño soborno me va a distraer.

—Es que es la primera vez que invito a Luke y es supertiquismiquis con la comida. Hasta ahora, las pocas veces que nos hemos visto siempre hemos tirado de restaurante. Es una especie de vegetariano raro, lleno de alergias imaginarias y pesadísimo. De esos que le piden al camarero una descripción detallada de cada uno de los platos de la carta para luego acabar pidiendo que le traigan: «Unos *ravioli* rellenos de *spinaci* y *ricotta* sin *ricotta* y, si no le importa, me cambia las *spinaci* por unos *fungui*».

Jaime sonrió al ver la imitación que hacía del aludido.

—¿Eso es lo que opina tu hija de su novio?

—Lo de «pesadísimo» lo he añadido yo. No soporto a la gente que está llena de manías a la hora de comer, me parece una falta de educación.

Jaime se llevó otra *quiche* a la boca y se ganó un manotazo.

—Es que están buenísimas —dijo con la boca llena antes de tragar y añadir—: Igual es alérgico de verdad.

—Al parecer mi hija hizo la prueba una vez. Según él era alérgico al chocolate, pero le pilló una chocolatina en la guantera del coche. Así que Achu se hizo con una buena cantidad de chocolate en polvo y se lo echó en una bebida caliente. Por lo visto dijo que el *chai* estaba más rico que nunca. —Lili sonrió con orgullo—. Así es mi niña, no es de las que aceptan cualquier cosa como una

verdad inamovible sin comprobarla antes empíricamente. Achu odia los misterios y las sorpresas.

—Y ¿si lo hubiera mandado al otro barrio? Las alergias las carga el diablo.

—Ya te he dicho cómo funciona la mente de Achu. Llevaba el bolso lleno de antihistamínicos, broncodilatadores, y hasta había comprado una dosis de adrenalina autoinyectable. Por supuesto, se sabía de pe a pa las instrucciones de uso de cada cosa.

—Joder con tu hija.

Lili asintió como si le hubiera hecho un cumplido y se agachó a coger un saco de carbón que guardaba en uno de los armarios de la cocina.

—Deja. Ya lo cojo yo. —Jaime lo levantó sin esfuerzo—. ¿Dónde quieres que lo ponga?

—Llévalo al jardín y lo dejas al lado de la barbacoa.

El salón, acogedor y lleno de detalles de buen gusto, y el exótico jardín, con las hamacas de diseño y la barbacoa de obra le recordaron de nuevo por qué estaba allí.

Regresó sacudiéndose las manos y la ayudó con una gigantesca ensaladera llena de macedonia de frutas.

—Eso a la nevera.

Jaime tardó un rato en hacerle hueco en la nevera abarrotada, pero por fin lo consiguió y cerró la puerta.

—Ahora explícame por qué engañarme te hace buena persona.

Ella levantó la mirada de los diminutos sándwiches de berros y huevo duro que estaba preparando, y Jaime tuvo la impresión de que se sentía algo incómoda.

—He notado... —empezó vacilante y se detuvo unos segundos antes de continuar—: He notado que las cosas no te han ido demasiado bien en la vida. —Se apresuró a hacer un inciso para aclarar lo que quería decir—. Me refiero a los temas económicos, claro. Por lo demás, no dudo de que te haya ido de miedo. Lo cierto era que no quería que te sintieras... no sé... acomplejado de alguna manera.

Jaime pensó en su estudio de arquitectura que daba trabajo a más de sesenta personas solo en California; en su cuenta bancaria, con su mareante colección de ceros, y en el nivel de vida que llevaba en general y sintió un pinchazo de remordimiento. Tampoco él había sido honesto con Lili. Debería aprovechar

para ponerle remedio, se dijo. No encontraría un momento mejor que el presente para sincerarse. Sin embargo, cuando ya abría la boca dispuesto a confesar sus pecados, la volvió a cerrar de nuevo. Por primera vez en años volvía a ser Jaime Torres-Zárate, la persona, y no Jamie Torres, el conocido arquitecto, y lo cierto era que estaba disfrutando de la sensación de ser de nuevo un tipo normal.

—Hum. Está bien, acepto tu explicación, pero solo si me invitas a comer.

Lili lo miró alarmada.

—No, en serio, Jaime. Creo que es mejor que no compliquemos más las cosas. Necesito toda mi concentración para tratar con Luke y tú solo me distraerías. Además, no quiero que Achu piense que... —carraspeó incómoda— que tenemos un lío o algo.

Sus palabras le hicieron daño, pero trató de disimular con un comentario indiferente.

—No sé por qué te preocupa que pueda pensar algo que no existe. Tampoco hay que darle tanta importancia a lo que ocurrió, suele pasar cuando se bebe más de la cuenta.

Jaime estaba a punto de dar media vuelta y volverse por dónde había venido, pero antes de que Lili bajara la cabeza y dedicara, una vez más, toda su atención a los sándwiches, le pareció detectar un destello de dolor en los ojos verdes. ¿Dolor? Seguro que lo había imaginado. Sin embargo, no quería irse sin explorar la posibilidad remota de que Lili sintiera algo por él. Los últimos días había vivido a medio gas; echaba de menos las conversaciones, las risas y sus guisos, y no quería que su amistad —porque Lili y él eran amigos, buenos amigos; con Lili podía hablar de cualquier cosa que se le pasara por la cabeza, algo que le ocurría con muy poca gente— acabara de un modo tan abrupto. No deseaba tener que volver a la vida vacía que llevaba antes de su encuentro con ella.

Pero cuando Lili levantó la mirada y se dirigió a él, su voz era firme y decidida:

—Puede que a ti te ocurra a menudo. Imagino que por eso no le das la menor importancia, pero para mí sí la tiene. No acostumbro a irme a la cama con el primero que pasa, y lo último que deseo es convertirme en una de esas mujeres mayores que van de aventura en aventura en un intento desesperado de retrasar lo inevitable.

Discutieron un buen rato, aunque, finalmente, llegaron a un acuerdo. Jaime le echaría una mano, pero se iría antes de que llegaran los invitados. A cambio,

Lili se comprometía a ir a cenar con él una noche, para hablar con tranquilidad y despedirse como Dios manda.

## *Lili*

Lili colocó la última de las servilletas y sonrió complacida. La vajilla estampada con flores e insectos, la cubertería de plata, la cristalería reluciente, los manteles individuales de fibra natural, y el jarrón de cristal repleto de flores de primavera... No era por presumir, pero le había quedado una mesa de revista.

Oyó que se acercaba alguien y se volvió hacia la puerta. Esperaba que fuera Jaime, que venía a despedirse. La verdad era que la había ayudado un montón. Se había ofrecido a ir a comprar más hielo, había cortado el jamón y había puesto en marcha la barbacoa. Sin embargo, se quedó sorprendida al ver a su hija en el umbral de la puerta. Echó un vistazo al reloj, y se dio cuenta de que aún era pronto. No era propio de Achu llegar antes de la hora, más bien lo contrario, siempre había algo urgente que la obligaba a retratarse.

—Achu, ¿cómo es que llegas tan pronto?

Pero su hija, que parecía tan desconcertada como ella, respondió con otra pregunta:

—Mamá, ¿puede saberse qué hace Jamie Torres descorchando una botella de vino en tu cocina?

Lili se quedó helada; al parecer acababa de producirse el encuentro que había intentado evitar a toda costa.

—¿Jamie? —Intentó que su voz sonara normal—. Es Jaime Torres-Zárate, el hombre del que te hablé.

—¿Quieres decir que Jamie es... Jaime? —Los exóticos ojos dorados la miraron muy sorprendidos.

Lili frunció el ceño; no entendía tanta insistencia.

—Es Jaime, no Jamie. Es español.

—¡La leche en bote!

—Achu, ¿te encuentras bien?

La miró preocupada. Su hija solo decía palabrotas cuando la situación escapaba a su control, lo cuál no ocurría casi nunca. La vio apartarse un mechón oscuro del rostro con impaciencia.

—Mamá, *tu* Jaime —recalcó el posesivo— es nada menos que Jamie Torres, uno de los arquitectos más conocidos de la Costa Oeste.

Lili descartó aquella idea tan peregrina con un gesto de la mano.

—Te has confundido, hija. Debe ser uno de esos casos de parecidos inexplicables; a mi en su día también me decían que me daba un aire a Grace Kelly, figúrate. —Soltó una risita de falsa modestia, pero enseguida recuperó la seriedad y volvió sobre el asunto—: Jaime es músico y se gana la vida tocando en fiestas cutres. —Frunció el ceño y rectificó con rapidez en un intento de no ser injusta—: Bueno, lo de cutres lo digo yo. Igual son una pasada y están llenas estrellas de Hollywood o de capitostes de la Metro.

Achu negó con el dedo.

—Es él, hazme caso. En el bufete estamos preparando una presentación para llevar los asuntos de Torres & Wadlow, su estudio de arquitectura. He visto mil fotos tuyas y me sé su vida profesional del derecho y del revés.

Lili empezó a dudar. Achu parecía muy segura, y ella sabía de sobra que su hija no dejaba piedra sin remover cuando buscaba información.

—Y ¿dices que es muy conocido?

—Su estudio ha llevado a cabo muchos de los proyectos de arquitectura más importantes que han salido a concurso en medio mundo. Está archiforrado.

—¿Archiforrado? —repitió con un hilo de voz.

Su hija asintió con firmeza.

—Una pasta indecente. A su lado, lo tuyo son cacahuetes.

Lili miró su preciosa mesa sin verla. ¿Archiforrado? No podía creerlo. ¡Y encima, el tío tenía el cuajo de presentarse en su casa a pedir explicaciones! La rabia que la invadió de golpe la hizo reaccionar.

—¡Espera aquí —ordenó furiosa, antes de entrar en el salón y cerrar la puerta de cristal a su espalda.

Jaime estaba inmóvil, con las manos apoyadas en la encimera y la cabeza hundida entre los hombros.

Lili puso los brazos en jarras, dispuesta al ataque.

—¿Puede saberse...? —empezó muy enfadada, pero no pudo acabar la frase.

Al oírla, Jaime se volvió como una centella y se enfrentó a ella con una mirada cargada de... ¿odio? Su rostro estaba muy pálido bajo la piel bronceada y al apartarse el pelo de la frente, Lili notó que le temblaba la mano.

Al instante, la furia que sentía fue sustituida por una sincera preocupación.

—Jaime, ¿qué te pasa?

Él abrió la boca, pero la volvió a cerrar sin haber emitido sonido alguno y apretó los labios hasta que formaron una línea de color blanquecino. Lo vio mover la cabeza, como una persona que intenta despejarse después de haber recibido un duro golpe y, de nuevo, se pasó la mano por el pelo.

Cada vez más inquieta por su extraño comportamiento, Lili dio un paso hacia él, pero Jaime retrocedió otro y extendió el brazo para impedir que se acercara más.

—No puedo creer... —dijo por fin con voz ronca, antes de quedarse en silencio una vez más.

—Jaime...

Pero él negó con la cabeza, y aquel simple gesto la hizo callar.

—No puedo... —Se llevó una mano a la garganta, como si el mero hecho de hablar le resultara doloroso—. Ahora no puedo.

Y sin decir nada más, salió de la casa a toda prisa y desapareció calle abajo antes de que Lili tuviera tiempo de recobrase de la sorpresa.

«Qué demonios acaba de pasar aquí», se preguntó estupefacta.

Y, de pronto, se le ocurrió una respuesta que le puso la carne de gallina. ¿Habría descubierto que Achu era hija suya? Pero ¿cómo? Apenas se habían visto unos minutos y en lo único que se parecían era en que el pelo de Jaime, antes de volverse gris, era del mismo tono casi negro. Por lo demás, los ojos masculinos eran muy oscuros, y los de Achu del color del ámbar y rasgados como los de un felino. Su hija tampoco se parecía nada a los padres de él. Si no recordaba mal, ambos habían sido muy altos; él rubio y de ojos claros, y ella tan morena como su hijo y con un color de ojos muy semejante.

«No, es imposible», negó con la cabeza, como queriéndose convencer a sí

misma. «No puede saberlo. Jamás ha sospechado nada. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?».

El ruido de la puerta corredera la sobresaltó. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí parada, mirando a las musarañas.

—Mamá, ¿pasa algo?

Con un esfuerzo sobrehumano, Lili se volvió hacia ella y contestó con una sonrisa temblorosa.

—Nada estaba... estaba comprobando que los sándwiches estuvieran bien tapados.

Los ojos dorados fueron de las manos que su madre retorció sin parar, a la bandeja que había unos metros más allá y que estaba perfectamente cubierta con papel film, pero no hizo ningún comentario.

—¿Dónde está... Jaime? —Achu pronunció el nombre con un ligero titubeo.

Lili cogió el salero que estaba encima de la encimera, lo guardó en uno de los armarios y contestó sin mirarla.

—Ha tenido que irse. Una... una emergencia.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Pues del tipo... del tipo urgente, ya sabes cómo son estas cosas. —Lili no sabía ni lo que decía; aún estaba en estado de *shock*.

—Vaya, qué pena. —Achu frunció un poco las delicadas cejas oscuras—. Me hubiera gustado charlar con él. Me he quedado tan sorprendida al verlo que apenas lo he saludado.

Sin darse cuenta, Lili se llevó una mano al corazón igual que una mala actriz de teatro. ¿Charlar con él? Menos mal que se había largado. ¿Qué había pasado? ¿Lo sabía? ¿Lo había adivinado? Su mente era un remolino de preguntas sin respuesta.

—Mamá. ¡Mamá!

Lili dio un respingo.

—¿Qué pasa ahora?

—Llevo media hora hablando sola. Estás como alelada.

—Perdona, estaba pensando si... —dijo lo primero que se le ocurrió— si tendremos suficiente comida. No me gustaría que Luke se quedara con hambre.

—Con la mitad de lo que hay aquí —Achu señaló las numerosas bandejas

llenas de todo tipo de exquisiteces que abarrotaban la encimera y la mayor parte de la mesa—, comería un colegio entero. En serio, mamá, dime por qué estás tan preocupada.

—¿Preocupada? No digas bobadas. Es solo que me pongo un poco nerviosa la primera vez que invito a alguien a casa, ya lo sabes. —Cambió de tema con rapidez mientras servía en sendas copas un poco del vino que había descorchado Jaime antes de irse. Le tendió una de ellas a su hija—. Y ¿tú? ¿Cómo es que has llegado tan pronto?

Achu dio un sorbo y asintió satisfecha.

—Se te da bien elegir los vinos. Es una pena que a Luke no le guste.

Lili no pudo contenerse.

—Pero ¿hay algo que le guste a ese hombre?

—¡Mamá! —protestó su hija—. Siempre estás atacándole, creo que es a ti a la que no te gusta Luke.

Lili se mordió la lengua con tanta fuerza que estuvo a punto de hacerse sangre y le dio un largo trago a su copa; necesitaba algo que le levantara un poco el ánimo.

—Claro que me gusta —mintió con un entusiasmo que, a juzgar por su modo de entornar los párpados, no engañó a su hija ni por un segundo—. Es solo que...

El timbre de la puerta le procuró un precioso tiempo muerto justo cuando más lo necesitaba.

—Debe ser Luke. Me dijo que había conseguido librarse de los chinos y que vendría antes, por eso estoy aquí. No me apetecía dejaros solos mucho tiempo; eres capaz de soltarle alguna fresca. —Achu fue a abrir sin apresurarse.

A Lili le hubiera gustado protestar, pero su futuro yerno ya avanzaba hacia ella con esa sonrisa perfecta que le debía haber costado una millonada y que se vio obligada a devolver, pese a que sonreír estaba en lo alto de la lista de cosas que menos le apetecía hacer en ese momento.

—¡Luke! —dijo como si su llegada fuera una sorpresa encantadora—. Bienvenido.

Le tendió la mano, pero su hija debía haberlo aleccionado en algún momento porque él fue directo a darle dos besos, y Lili tuvo que agacharse un poco para recibirlos.

—*Welle moi bonitou.*

—Creo que está intentando decir que huele muy bien —tradujo Achu y enseguida pasó al inglés—: No te molestes en destrozar el español, Luke, ya sabes que mi madre habla inglés perfectamente.

—Achu...

Lili le llamó la atención con suavidad; a veces su hija podía ser muy borde. Los observó mientras intercambiaban un frío beso en los labios y frunció el entrecejo pensativa mientras, entre todos, sacaban afuera las bandejas de comida.

Bien estaba que llevaran saliendo cuatro años y se hubiera enfriado la emoción del principio —si es que en algún momento había existido ese tipo de sentimiento entre aquellos dos—; bien estaba que solo hablaran de cosas del trabajo —Luke y su hija nunca tenían tiempo para ir al cine, o ver una exposición, o pasear por el parque o, en definitiva, hacer algo medianamente divertido—; bien estaba que nunca se buscaran el uno al otro con la mirada salvo cuando hablaban entre ellos... Pero lo que de verdad no podía soportar eran esas caricias distraídas, que intercambiaban de Pascuas a Ramos, en las que no había nada ni siquiera remotamente parecido a la pasión.

Terminó de servirle a Luke el agua con gas que había pedido y rellenó de vino su copa y la de su hija. En ese momento, le vino a la mente el recuerdo, no tan lejano, de lo ocurrido en la intimidad de una pequeña caravana aparcada en un *camping* perdido de la mano de Dios. Besos ardientes, manos insaciables y deseo en estado puro entre dos personas —dos adultos que no eran, precisamente, unos chiquillos en plena ebullición hormonal— y le entraron ganas de llorar.

Claro que, se dijo luchando por mantener el control, tampoco un exceso de pasión tenía por qué significar nada en absoluto. Jaime y ella eran la prueba viviente de esa gran verdad. Ni ahora ni treinta años atrás había faltado la pasión entre ellos y ¿a dónde les había llevado?

—¿Las *quiches* tienen queso? No puedo tomar queso, me produce flatulencia.

La voz de Luke, de un tono un poco menos grave de lo deseable, la arrancó de sus pensamientos.

—Entonces, prueba esto. —Lili se había hecho el admirable propósito de no perder la paciencia, así que le tendió un vasito de cristal con su mejor sonrisa—. Es gazpacho de fresas. Achu me ha asegurado que no tienes problemas con la fresas ni con los tomates.

Luke olisqueó el contenido del vasito con desconfianza, y a Lili le entraron ganas de tirarle la servilleta a la cabeza. Su hija debía estar pensando lo mismo, porque ordenó con sequedad:

—¿Quieres empezar a comer de una vez?

Él se apresuró a obedecer y se bebió el gazpacho como un niño bueno.

A pesar de sus manías, Luke comió con apetito e incluso se ofreció a hacer la carne en la barbacoa. Dos horas más tarde, después de consultar el móvil, anunció que tenía que irse. Lili y Achu se levantaron y lo acompañaron hasta la puerta para despedirlo. Luke la felicitó, muy educado, por sus habilidades culinarias. Luego se volvió hacia Achu y, como era su costumbre, intercambiaron un leve picotazo en los labios.

—Adiós, cariño —dijeron al tiempo.

Y, aunque la comida no había ido mal, Lili no pudo evitar una profunda sensación de alivio cuando, al fin, se quedó a solas con su hija.

## *Jaime*

Jaime condujo a toda velocidad, sin fijarse en el día espléndido que hacía ni en los destellos que el sol primaveral arrancaba de las azules aguas del Pacífico.

—Buenos días, señor Torres.

—Buenos días, Martin.

Le tendió las llaves del BMW al portero del edificio y, al contrario de lo que solía ser su costumbre los fines de semana, no se detuvo a charlar un rato sobre el último partido de los San Francisco 49ers.

Su ático estaba en la décima planta y, a pesar de la velocidad del ascensor de acero y cristal último modelo, el trayecto se le hizo eterno. En cuanto entró, se dirigió directamente al mueble bar y se sirvió un *whisky*. Con él en la mano, fue a su dormitorio, se plantó con los pies un poco separados frente al retrato de cuerpo entero que decoraba una de las paredes pintadas de blanco y contempló en silencio a la hermosa joven ataviada con un elegante vestido de noche, de un suave tono rosado, que parecía devolverle la mirada con un brillo de picardía en los rasgados ojos dorados.

Era de los pocos recuerdos que había traído de casa de sus padres. La mayoría de los cuadros y de los muebles los había vendido, pero ese retrato siempre le había fascinado. John Singer Sargent había pintado a su bisabuela justo a la vuelta del viaje de novios y, con su maestría habitual, había conseguido captar tanto su belleza morena como el curioso aire de vitalidad contenida que la rodeaba, que hacía que todo el que contemplara el cuadro tuviera la sensación de que escaparía de él en cualquier momento. Su madre le había contado docenas

de anécdotas de aquella antepasada que, además de bellísima, había sido muy inteligente y adelantada a su tiempo.

De un trago, se bebió casi la mitad del *whisky* sin apartar los ojos del rostro delicado. Un rostro casi idéntico —salvo por el peinado, que seguía la moda del momento— al de la guapa joven que le había dirigido una mirada de estupor en el salón de Lili.

Achu, la hija de Lili, era clavada a la mujer del retrato; la mujer del retrato era su bisabuela materna; *ergo* Achu, la hija de Lili, era también hija suya. No sabía si aquel silogismo estaría bien formulado, pero de lo que estaba absolutamente seguro era de que la conclusión era correcta.

Lili. Al pensar en ella, sus manos se apretaron con fuerza entorno al vaso. Tenía ganas de... ¿Cómo había sido capaz? ¿Cómo había podido ocultarle algo tan importante a lo largo de tantos años? ¿Por qué no había acudido a él en cuanto supo que estaba embarazada? ¿Había pensado que trataría de quitarse de en medio poniendo en duda su paternidad? ¿Acaso creía que no conocía de sobra su integridad? ¿Era ese el miserable concepto que tenía de él como persona?

Furioso, bebió hasta vaciar el vaso.

Pero no pensaba quedarse de brazos cruzados. Ni hablar. Movi6 la cabeza en una firme negativa. No iba a permitir que esa mujer mentirosa le hiciera a un lado, sin más, como si fuera un donante de esperma anónimo. Quería conocer a esa hija que había surgido de la nada; quería que ella lo conociera a él. Se había perdido los primeros casi treinta años, pero no tenía ninguna intención de perderse ni un minuto de los próximos treinta.

La llegada de Phoenix a su vida había llenado un vacío en su interior que ni siquiera sabía que existía y le había hecho comprender la importancia que tienen los hijos en la trayectoria vital. Achu era sangre de su sangre, estaba claro, y Lili podría decir lo que quisiera porque él, desde luego, no tenía la menor intención de desentenderse de esa hija caída del cielo.

Algo más tranquilo, regresó al salón, se sirvió otro *whisky* y se tumbó en una de las hamacas de la terraza. Las vistas sobre la bahía de San Diego eran muy parecidas a las que se divisaban desde su despacho pero, en esta ocasión, tampoco reparó en ellas.

Dio un sorbo al *whisky* sin dejar de darle vueltas a la situación. Dejaría que la rabia que sentía se enfriara un poco antes de llamar a Lili; no quería que esto se convirtiera en una guerra entre ellos. La posibilidad de conocer y establecer

una relación con su hija era de vital importancia, así que debía pensar muy bien, y con calma, los siguientes pasos a seguir.



Unas horas después, despertó y miró a su alrededor, aturdido. Al parecer los dos *whiskies* le habían dado sueño y, a juzgar por la posición del sol, que casi tocaba la línea del horizonte, debía haber dormido unas cuantas horas. Echó un vistazo a su reloj, un modelo de acero con correa de caucho nada ostentoso; ya eran casi las ocho. Bajó las piernas y, al instante, sus tripas empezaron a dar un sonoro concierto. Salvo lo poco que había picoteado en casa de Lili, su estómago estaba vacío.

Fue a la cocina y abrió la nevera a ver si había algo interesante. Patricia, la chica que hacía la compra semanal —uno de los muchos servicios que ofrecía la administración del edificio—, como de costumbre había seguido sus instrucciones al pie de la letra.

Sacó varias clases de queso y un paquete de mortadela de Bolonia y, cuando las *baguettes* que había metido en el horno estuvieron listas, se sirvió un vaso de agua bien fría, se sentó en la isla que ocupaba todo el centro de la cocina y comió con aire distraído. Cuando terminó, se llevó la servilleta de papel a la boca para limpiarse los labios y, de pronto, fue consciente de hasta qué punto esas cenas solitarias, tan distintas de las que había compartido con Lili —en las que nunca faltaba un pequeño jarrón con un ramillete de flores o una servilleta a juego del mantel o cualquier otro pequeño detalle que, aunque quizá en aquel momento le había pasado desapercibido, ahora recordaba a la perfección— y sintió un aguijonazo de añoranza que lo dejó jadeando.

Golpeó la mesa con el puño, furioso consigo mismo. Se estaba volviendo uno de esos viejos sentimentales a los que se les saltaban las lágrimas a la menor oportunidad. Decidido a no dejarse vencer por la melancolía y la autocompasión, sacó el móvil del bolsillo de las bermudas y marcó el número de Lili, quien contestó al segundo timbrado.

—¿Jaime? ¿Estás bien? No sé qué ha pasado...

Pero él la cortó con decisión.

—Tenemos que hablar.

Se hizo un silencio al otro lado de la línea. Puede que Lili tuviera sus sospechas de por qué se había largado de su casa a toda prisa, pero estaba claro

que no estaba segura. Al fin y al cabo, era una extraña casualidad que Achu fuera la viva imagen de una antepasada que había vivido casi un siglo atrás.

—No sé si... —dijo al fin titubeante.

—Ahora.

—¿Ahora?

—Ven a mi casa, quiero enseñarte algo.

—Pero ¿ahora? Mira, Jaime, ha sido un día de mucha tensión. No puedes imaginarte el esfuerzo que he tenido que hacer para no decirle cuatro cosas al insoportable novio de mi hija. El mismísimo santo Job estaría orgulloso de mí. Precisamente, estaba a punto de ponerme el pijama y...

—Lili —dijo con suavidad—, quiero que vengas ahora mismo a mi casa o si no... —El resto de la frase se quedó flotando en el aire como un siniestro jirón de niebla.

La oyó expulsar el aire con fuerza.

—Está bien —aceptó al cabo de un rato—, dime la dirección y llamaré a un taxi.

Jaime le dio las indicaciones pertinentes.

—Estaré allí lo antes posible —dijo y colgó sin despedirse.

Él se quedó mirando el silencioso teléfono un buen rato hasta que, por fin, se levantó y llevó los pocos cacharros que había usado al fregadero.



Una hora después, el conserje de noche del edificio le avisó de que tenía una visita.

—Gracias, Dobson, dile que suba.

Impaciente, esperó junto a la puerta a que sonara el timbre, aunque tardó más de un minuto en abrir, para no traicionar esa misma impaciencia. Quería mostrarse calmado; que pareciera que lo tenía todo bajo control.

Por fin abrió y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Lili dio unos pasos hacia el interior del impresionante vestíbulo decorado con un colorido mural de pintura abstracta y echó una ojeada a su alrededor con

aire receloso. La Lili radiante que lo había recibido en su casa esa misma mañana había desaparecido. Un par de finas arrugas se le marcaban entre las cejas y se notaba que, aunque trataba de ocultarlo, estaba preocupada y nerviosa.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó educado.

—¡Lo que quiero es terminar con esto cuanto antes, así que enséñame eso que querías enseñarme y acabemos de una vez!

Nunca se había dirigido a él con semejante brusquedad, y a Jaime no le quedó la menor duda de que su reacción era fruto del miedo. Perfecto. Que sufriera. Se merecía eso y mucho más.

—Muy bien. Ven por aquí, por favor.

Sin tocarla le indicó que lo siguiera. Cuando llegaron a su dormitorio se limitó a hacer un gesto para que pasara y se apresuró a ponerse a su lado. No quería perderse ni el más mínimo detalle de su expresión.

Solo había encendido los focos que estaban encima del cuadro; el resto de la habitación estaba en penumbra. La atención de Lili se dirigió de inmediato a la pintura y la vio llevarse una mano a la boca en un vano intento de silenciar la exclamación que brotó de sus labios. Los grandes ojos verdes recorrieron con expresión incrédula el rostro sonriente de su bisabuela y, al instante, la piel de sus mejillas —hasta el momento de una palidez saludable— adquirieron un matiz ceniciento.

Temeroso de que fuera a desmayarse, Jaime se apresuró a sujetarla del brazo, pero ella se liberó con un gesto brusco, sin apartar la mirada del lienzo.

—Oh, Dios mío —dijo con un hilo de voz.

Siguió parada frente al cuadro unos minutos más, hasta que, finalmente, dio media vuelta y se dejó caer en la gigantesca cama de matrimonio como si estuviera al límite de sus fuerzas. Jaime, plantado frente a ella con los brazos cruzados, la observó en silencio.

—Está bien. El parecido es incuestionable —dijo Lili en tono inexpresivo al cabo de un rato. Luego inspiró con fuerza y añadió—: ¿Qué es lo que quieres?

—¿Qué es lo que quiero? ¡¿Qué demonios crees que quiero?! —Jaime apretó los puños y, con visible esfuerzo, bajó el volumen de su voz antes de continuar, pese a que la rabia era evidente en todos y cada uno de sus gestos—: Quiero que me devuelvas los años a su lado que me robaste. Quiero que me expliques por qué no me lo contaste entonces. Quiero que me digas por qué no lo hiciste cuando volvimos a vernos. Quiero sacudirte hasta que se te aflojen los dientes en

las mandíbulas. Quiero que me digas como has podido ser tan cruel. Quiero... — Se detuvo sin aliento.

Lili, que había estado escuchándolo todo ese tiempo con el rostro oculto entre las manos, irguió la espalda y alzó la barbilla en el aire, en un claro desafío que atizó su furia.

—Sabes que es imposible recobrar los años que pasaste lejos de ella. No te lo conté entonces... —Se detuvo, apretó los puños y siguió con un tono de voz más agudo—: ¿Cómo te lo iba a contar? Yo te quería con locura, ¿sabes?, por eso me entregué a ti. Creía que sabías lo mucho que significaba para mí dar ese paso. No era un experimento, no me dejé llevar por la curiosidad. Ni siquiera tengo la excusa de haberme dejado arrastrar con la mente enturbiada por el alcohol o la pasión. Me entregué a ti con los ojos bien abiertos. Sabía lo que hacía. Esa tarde que pasamos en tu dormitorio, me comprometí contigo. Un compromiso tan sagrado como los juramentos que se hacen delante de un altar. Confiaba en ti como nunca había confiado en nadie y, al día siguiente, ahí estabas, besándote en mitad de un bar con una mujer que, luego me he enterado, ni siquiera te importaba lo más mínimo.

»¿Qué querías que hiciera? ¿Que fuera corriendo a decirte que estaba embarazada? ¿Qué habrías hecho tú? ¿Darme dinero para que me fuera a Londres a abortar? ¿Casarte conmigo para cubrir el expediente y hacernos a un lado a mi hijo y a mí para que tú pudieras seguir haciendo tu vida como hasta entonces? ¿Podía fiarme de un hombre que en cuanto consiguió acostarse conmigo me dejó por otra?

—¡Basta! —La voz de Jaime resonó en el dormitorio—. Sabes perfectamente que no fue así. Fue un momento de pánico, un miserable momento de cobardía que no tendría que haber pesado más que otros en el cómputo total del resto de maravillosos momentos que pasamos juntos.

Lili se levantó de la cama con los ojos echando chispas, se acercó a él y le clavó el dedo en el esternón.

—Un momento puede ser una eternidad. La vida puede cambiar radicalmente, para bien o para mal, en un simple momento. Quizá para ti ese momento no tuviera la menor importancia. Pero ¿sabes? Yo no tenía una bola de cristal ni poderes extraordinarios para leerte el pensamiento. Solo sabía lo que vi. Sabía que estaba embarazada. Sabía cuál sería la reacción de la gente ante semejante noticia en aquellos tiempos, en especial en una ciudad pequeña como la mía. Sabía que estaba sola. Y cuando se me presentó una oportunidad de salir

de semejante atolladero con el menor sufrimiento posible para mi futuro hijo y para mí, no lo dudé ni un momento. Y créeme, no pienso pedir perdón por ello.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no apartó los ojos de los suyos ni trató de ocultarlas.

Jaime la agarró por los hombros.

—Lo comprendo. No te culpo. Es solo... —La soltó y se pasó las manos por el rostro con aire atormentado—. Joder, Lili. No puedes imaginar lo que he sentido al comprender que tengo una hija a la que ni siquiera conozco.

Los ojos oscuros se humedecieron y, avergonzado, se dio la vuelta para que ella no lo viera. Impotente, se quedó ahí, con la cabeza gacha mientras parpadeaba con rapidez en un intento de reprimir las lágrimas. Inesperadamente, ella lo abrazó por detrás y apoyó la mejilla en su espalda.

—Entiendo que pienses que lo hice por hacerte daño —la escuchó decir con voz suave—, pero nunca fue una cuestión de crueldad; solo de supervivencia. Y cuando volvimos a encontrarnos... —Se detuvo unos segundos antes de proseguir—: Achu ya es una mujer adulta y siempre estuvo muy unida a su pa... a Antonio. Pensé que sería mejor dejar las cosas como estaban. Remover el pasado solo engendra dolor.

Jaime se aferró los brazos que rodeaban su cintura. Estaba temblando.

—No quiero hacerle daño, Lili. Te juro que es lo último que deseo. Pero necesito pasar tiempo con ella, necesito conocerla, necesito... necesito tu ayuda.

Se quedaron así un buen rato, abrazados en silencio, hasta que Lili se liberó con suavidad y se dirigió hacia el vestíbulo. Allí se detuvo y se volvió a mirarlo.

—¿Tienes alguna idea en mente?

Jaime la miró con los ojos enrojecidos y asintió.

—Os invito a las dos el sábado que viene a navegar en mi velero. Iremos a ver las ballenas.

Lili lo miró con fijeza, como intentando adivinar qué pensamientos le pasaban por la mente. Por fin, soltó un hondo suspiro y se limitó a decir:

—Veré lo que puedo hacer, ya sabes que Achu siempre está muy ocupada.

Si al final vamos, yo llevaré la comida.

—No hace fal... —Ella levantó la mano para detener sus protestas, así que Jaime decidió dejarlo estar y cambió de tema—: Te acerco a tu casa.

—No es necesario. Le dije al taxista que esperara. —Se volvió de nuevo para

salir, pero él la sujetó por el brazo y la detuvo.

—Gracias, Lili —susurró antes de inclinarse y depositar un beso ligero sobre sus labios.

## *Lili*

Lili metió el último táper en la voluminosa cesta de picnic y miró a su alrededor para ver si olvidaba algo.

—Creo que está todo —dijo en voz alta.

Satisfecha, se sentó en el sofá del salón, cogió una revista y se dispuso a esperar a Achu, que había quedado en pasar a buscarla en quince minutos. Sin embargo, aunque pasaba las páginas de vez en cuando, sus pensamientos estaban muy lejos de las brillantes imágenes impresas en papel cuché y tenía el ceño ligeramente fruncido.

Después de la escena en casa de Jaime, él le había llamado al día siguiente y le había suplicado que le enseñara fotos de Achu cuando era pequeña. La idea no le hacía demasiada gracia, pero el vago sentimiento de culpa que había arrastrado desde que su hija naciera, la hizo aceptar a regañadientes. Así que, el lunes, él se presentó en su casa a eso de las ocho y estuvieron un par de horas hojeando viejos álbumes de fotos. Por supuesto, había tenido que invitarlo a cenar. Al despedirse Jaime se mostró tan agradecido, que le dio lástima y, antes de que su cerebro racional pudiera intervenir para avisarle de que ese era un camino peligroso, se encontró invitándolo a volver al día siguiente. Y al siguiente. Y al siguiente.

En resumidas cuentas, desde aquel domingo Jaime había ido a cenar a su casa todas las noches. La cuestión no era que no lo hubieran pasado bien. Todo lo contrario. Desde que se conocieron, entre ellos siempre había reinado eso que en los ochenta se llamaba «buen rollo», así que enseguida habían retomado esa

especie de camaradería, en la que no faltaban risas ni temas de conversación, que habían compartido a lo largo de los días que pasaron a bordo de la caravana.

Ninguno de los dos había hecho la menor alusión, ni siquiera de pasada, a lo ocurrido aquella noche de excesos alcohólicos, por lo que no se había producido la más mínima situación de tensión entre ambos.

Jaime había estudiado las fotos una por una, con detenimiento, sin dejar de hacer todo tipo de preguntas. Incluso se había interesado por Antonio —quien, por supuesto, salía en muchas de ellas— con total naturalidad. Lili había disfrutado enseñándole las viejas fotografías y contándole todo tipo de anécdotas relacionadas con cada una de ellas. No había nada como echar la vista atrás para recordar los momentos felices aunque, entonces, apenas hubiera sido consciente de esa misma felicidad.

La arruga entre sus cejas se hizo más profunda. No necesitaba que nadie le recordase que se estaba metiendo en un lío de los gordos. Sus días estaban muy ocupados con el invernadero y la elaboración de las cremas; las salidas con Marcia, que era adicta a las exposiciones fueran de lo que fuesen; las reuniones con las mujeres de la asociación, que ya habían dejado a un lado la desconfianza inicial y ahora, en cuanto llegaba, se acercaban a ella para contarle sus problemas —algunos tan terribles que la mantenían despierta por las noches— y, de paso, pedirle un remedio para la dermatitis, los granitos inoportunos o las rojeces de la piel. Sin embargo, cada vez más a menudo, se descubría esperando con impaciencia a que llegara la hora en la que él se dejaría caer por su casa.

Era consciente del peligro. A esas edades —en especial para una viuda que apenas veía a su única hija—, la soledad podía ser una presencia aterradora en ciertos momentos. Sabía que existía el riesgo, muy real, de acostumbrarse a la compañía de Jaime o peor aún, de volver a enamorarse de él. Su amiga Marga, quien seguía felizmente casada con Toño, le habría aconsejado liarse la manta a la cabeza y disfrutar de las últimas oportunidades que le ofreciera la vida. Pero ella ya había pasado por eso antes. Era consciente de que la vida al lado de Jaime podría ser maravillosa y que el sexo podría ser maravilloso también, pero cuando el amor terminase, como sin duda lo haría, sabía asimismo que el dolor sería brutal. El suyo al menos; no tenía la menor duda de que él enseguida se consolaría con una de esas jovencitas que parecían empeñadas en hacerle la ola.

La llamada perdida de su hija la arrancó de sus cavilaciones. Al instante, cerró la revista, se levantó de un salto y corrió a coger la cesta. Le había sorprendido el interés de Achu en aquella excursión; había esperado que pusiera

un sinfín de excusas como solía. Sin embargo, había aceptado a la primera y, cuando hablaban por teléfono, mostraba un entusiasmo desacostumbrado. Debía ser por lo de las ballenas.

—¡Espera que te ayudo! —Su hija, vestida con unos elegantes *shorts* blancos, una camiseta fucsia con un conocido logotipo bordado con cristales de Swarovski y unas sandalias plateadas a la última, se apresuró a coger una de las asas de la cesta y, entre las dos, la metieron en el maletero—. Cómo pesa. Debes llevar comida para un regimiento.

—Ya me conoces. —Lili observó de reojo el gigantesco capacho de paja que tuvieron que aplastar para que cupiera la cesta—. Pero ¿puede saberse qué llevas tú en esa bolsa de playa? Parece a punto de reventar.

—Nada. Unas cosillas... —Achu hizo un gesto vago con la mano—. Un bote de crema «pantalla total», un sombrero, una caja de pastillas contra el mareo, un botiquín de primeros auxilios, una muda de ropa por si me caigo al agua vestida, un bikini de repuesto, dos chalecos salvavidas inflables como los de los aviones... En fin, ya me conoces tú también.

Su madre puso los ojos en blanco.

—Sí, hija, casi como si te hubiera parido.

A la velocidad que conducía Achu, a quien, al parecer, no le preocupaba lo más mínimo coleccionar multas de tráfico, llegaron a Harbor Island West Marina en un periquete y aparcaron en la zona que les había indicado Jaime.

—No está tan mal tu coche. —Era la primera vez que Lili se montaba en el descapotable, y la experiencia había sido mucho mejor de lo que pensaba; había algo muy estimulante en sentir el sol en la cara y la brisa jugando con tu pelo.

—Celebro que ya no estés de morros por no haberme comprado un coche familiar de siete plazas.

—No estaba de morros, y con uno de cinco me habría conformado.

Pero Achu, que agitaba el brazo en dirección al hombre que las esperaba en la puerta del pantalán de la exclusiva marina, no le prestó la menor atención.

Jaime, vestido con unas bermudas azul marino y un polo blanco con el escudo de un elitista club náutico bordado en la pechera, se acercó a ellas sonriente, las besó a ambas en las mejillas y cogió la cesta del picnic y la bolsa de playa. A Lili no se le escapó la mueca que se dibujó en su boca al notar el peso —y que fue sustituida en el acto con una sonrisa de circunstancias— y trató de protestar:

—Deja que te ayudemos que te va a dar una lumbalgia.

Pero él la ignoró por completo y abrió la marcha cargado como una mula.

—¡Seguidme!

Lo siguieron hasta un velero amarrado unos metros más allá. A Lili le sorprendió el tamaño de la embarcación; después de lo que le había contado su hija de la fortuna de Jaime, casi esperaba un yate de cincuenta metros de eslora, con una tripulación a juego de su tamaño.

A juzgar por su siguiente comentario, Jaime le había leído la mente:

—Es un Hanse 315. Me encanta navegar en solitario y necesitaba un barco manejable.

«Solitario. Ja. Estoy segura de que en cuanto se presenta la ocasión, te llevas a una de esas jovencitas con las que sales a dar románticos paseos». Asustada al ver la carga de despecho contenida en sus pensamientos, Lili se llamó al orden.

—Es precioso —se limitó a decir al ver la doble rueda del timón y la bañera en blanco y madera.

Jaime les indicó que se descalzaran, las ayudó a subir a bordo y les hizo un *tour* rápido por el luminoso interior, que tenía el mismo cuidadoso acabado en madera clara de la cubierta. Constaba de dos camarotes de buen tamaño, uno a proa y el otro a popa, una coqueta cocina y un cuarto de baño más grande de lo que Lili habría imaginado.

—No le falta detalle. —Pasó una mano por la cálida superficie, admirada; el concepto era muy similar al de la caravana.

—Y ¿esta guitarra? ¿Sabes tocar? —preguntó Achu con interés, señalando la desgastada funda que descansaba sobre uno de los sillones.

—Un poco.

—Yo también toco. Un poco. —Se apresuró a añadir.

—¿Sí? —preguntó Jaime, visiblemente complacido por aquel inesperado descubrimiento—. Luego, si te apetece, hacemos una *jam session*.

Lili sintió un pinchazo al oírlos. No podía negar que, en lo de la música, Achu salía a su padre. Cantaba muy bien y, de pequeña, había insistido en dar clases de guitarra, aunque nunca le había gustado tocar en público.

—Vamos, chicas, será mejor que aprovechemos el viento. ¡Las ballenas nos esperan!

Después de hacer las maniobras necesarias en las que, a pesar de sus buenas intenciones, Lili y su hija fueron más un estorbo que otra cosa, el velero cruzó el paso entre Point Loma y la isla de Coronado y salieron a mar abierto.

El barco, con todas las velas desplegadas, se escoraba un poco y Lili se aferró al respaldo de la bañera con todas sus fuerzas, convencida de que en cualquier momento se irían a pique. Su hija, en cambio —y eso que siempre había sido mucho más miedosa que ella—, parecía disfrutar a tope de la sensación del viento en la cara, con los ojos cerrados detrás de las gafas de sol.

Entonces se volvió a mirar a Jaime, quien sentado al timón ajustaba las escotas de las velas de cuando en cuando. Su pelo, corto y gris, estaba muy despeinado. No podía negar que estaba muy atractivo con los párpados entornados para evitar el reflejo del agua, y ese polo blanco que ponía de relieve la piel curtida. Al parecer, la idea de acabar lleno de arrugas no debía preocuparlo demasiado, porque, al contrario que ellas, no usaba gafas de sol. Los labios firmes dibujaban una media sonrisa, y a Lili le recordó a ese Jaime, osado e inquieto de tantos años atrás, que se dejaba arrastrar a menudo por el entusiasmo. Al notar la seguridad con la que aferraba la rueda de timón, Lili se relajó un poco y, pese a que parecía muy concentrado en la navegación, él lo notó.

—Menos mal. Al ver cómo te agarrabas pensé que atravesarías la cubierta con los dedos —dijo burlón—. ¿Nunca habías navegado?

Lili se encogió de hombros.

—Hice una vez un crucero por los fiordos noruegos y esa ha sido toda mi relación con los barcos.

—¿Tienes miedo, mamá? —Achu la miró preocupada—. Qué raro, por lo general soy yo la que me asusto de todo. Creo que he metido una caja de Lexatín en el cesto...

—Deja, no hace falta —la interrumpió su madre, segura de que a esa le seguirían un montón de ofertas farmacológicas más. Su hija siempre viajaba con un muestrario casi completo del vademécum.

—¿Tu tampoco habías navegado, Achu? —Jaime frunció el entrecejo—. Creo recordar que tu madre me dijo que llevabas cuatro años viviendo en California, no me creo que nadie te haya invitado a navegar.

—En realidad sí que me han invitado, pero hasta ahora no había tenido la oportunidad.

—Trabajas demasiado —dijo él severo.

Ella lanzó una carcajada.

—Mira quién habló.

—Precisamente por eso lo digo; por que sé de lo que hablo. —Jaime la miró con expresión calculadora antes de ordenar—: Ven aquí, te voy a enseñar a navegar.

Sorprendida —su Achu no era de las que aceptaban órdenes así como así—, Lili la vio levantarse y acercarse a él, obediente.

Jaime le hizo un hueco a su lado y empezó a explicarle conceptos como babor, estribor, amura, línea de flotación... Al instante, Lili desconectó de las lecciones de marinería, cerró los ojos con un suspiro de satisfacción y se dejó acariciar por la brisa marina, que jugaba con su pelo con la delicadeza de un amante, y por el rumor de las voces de ambos, que no parecía que fueran a quedarse sin temas de conversación en un futuro próximo.

Cada vez se alegraba más de haber aceptado la invitación de Jaime. Verlos juntos —y tan a gusto, pese a que su hija no tuviera la menor idea de quién era él en realidad— aliviaba esa ligera sensación de mala conciencia que la había acompañado desde el nacimiento de Achu.

La mañana fue un completo éxito. Después de casi dos apasionantes horas de navegación, una pareja de delfines juguetones decidió echar una carrera contra la embarcación. Achu y Lili los contemplaban extasiadas desde la proa, sin dejar de animar a los simpáticos animales. Y de pronto, ante el asombro general, una ballena jorobada emergió del océano como un gigantesco proyectil y volvió a caer de espaldas, levantando una espectacular salpicadura de agua y espuma.

—¿Lo habéis visto? ¿Lo habéis visto? —gritó Achu dando palmas, más emocionada de lo que su madre la había visto en años.

—¡Espectacular! —Jaime asintió, entusiasmado, mientras se concentraba en acercar la embarcación lo más posible al impresionante cetáceo.

—¿No nos estamos acercando demasiado? —preguntó Lili asustada.

—¡Qué va! —respondieron los otros dos al unísono, haciendo que Lili se preguntara una vez más cómo era posible que, de repente, su hija se hubiera convertido en la intrépida de la familia.

Estuvieron un buen rato persiguiendo a la ballena mientras la pareja de delfines los perseguía a ellos, hasta que, cansados de jugar, los tres desaparecieron en las profundidades marinas.

Jaime echó un vistazo al reloj.

—Si no os importa comer un poco más tarde, podemos poner rumbo a Coronado Beach, que está más resguardada, y fondear allí.

A las mujeres de la tripulación les pareció una idea perfecta —aunque, para ser sinceros, les hubiera parecido igual de perfecta cualquier sugerencia de su capitán— y Achu se sentó de nuevo junto a él, dispuesta a seguir aprendiendo cómo funcionaba aquello.

El viento soplaba con más fuerza que a la ida, por lo que tardaron bastante menos en regresar. El capitán dio una serie de instrucciones precisas, y entre todos lograron recoger las velas sin demasiados percances. Luego colocó el barco de modo que tuviera el viento a proa y cuando encontró el punto deseado paró el motor y fue soltando la cadena del ancla, poco a poco, hasta que tocó fondo. Volvió a arrancar y dio marcha atrás con suavidad para afianzar el ancla en el fondo marino. Una vez comprobó que la embarcación no garreaba, detuvo el motor.

—Espero que esa cesta que has traído esté bien llena, porque podría comerme un buey.

—Tranquilo, hombre de poca fe, habrá suficiente.

Decidieron que el toldo no sería necesario, pues la brisa que soplaba era bastante fresca y se agradecían los rayos de sol, y entre Jaime y su hija desplegaron la mesa de madera mientras Lili iba sacando de la cesta lo que parecía una colección interminable de táperes de colores.

—Qué preferís, ¿vino o cerveza?

—Vino —contestaron las dos al tiempo.

—¿Blanco o tinto?

—¡Blanco!

Lili y Achu respondieron de nuevo con una sincronización tan perfecta, que les hizo sonreír.

—¡Marchando!

Su anfitrión bajó y regresó con una botella de sauvignon blanc y otra de agua en una mano —tan frías que enseguida se llenaron de gotas de condensación—, y varias copas de plástico en la otra.

Lili, en su línea habitual, había llevado platos y servilletas de papel con un estampado de peces y corales de colores de lo más marinero; hasta los cubiertos

eran de plástico metalizado.

—Caramba, Lili, estás en todos los detalles. —Jaime contempló admirado la vistosa mesa que había dispuesto en un santiamén—. *«Si tú encontlal mujel que clea belleza a tu aldedol, dale con palo en la cabeza y alastla a la cueva más celcana»*.

—Encantador, pero como ya me advirtió mi galleta de la fortuna: *«Desconfia del hombre que solo te aplecia pol las cosas mateliales, te halá tlabajal mucho»*.

Lili interceptó la peculiar mirada que les lanzó su hija y, sin saber por qué, se sonrojó. Para disimular, carraspeó un par de veces.

—En fin, gracias por el cumplido. Ahora solo falta que también os guste la comida —dijo con una falsa modestia tan evidente que los hizo reír.

Algo que, por otro lado, no resultaba difícil. Los tres parecían contagiados de una extraña alegría que les hacía estallar en carcajadas por cualquier cosa. La brisa marina les había abierto el apetito y, hambrientos, se lanzaron sobre el contenido de la cesta sin dejar de charlar y bromear. Después del festín, la conversación fue decayendo, poco a poco, a medida que iban notando los efectos de la pesada digestión.

## *Jaime*

Después de echarse una pequeña siesta, como era su costumbre siempre que estaba a bordo, Jaime se sentía tan fresco como si hubiera dormido un par de horas y aprovechó para contemplar a su gusto a sus invitadas quienes, recostadas en uno de los bancos de la bañera, dormitaban al sol como un par de gatas satisfechas. Los pies de la hija, diminutos y elegantes y con una manicura perfecta, sobre el regazo de la madre y los de esta, algo más grandes pero igual de bonitos, aunque sin rastro de esmalte de uñas, apoyados en la mesa, ahora plegada.

Sin hacer ruido, se levantó, volvió a comprobar el ancla y, cuando se aseguró de que todo estaba en orden, desapareció en el interior de la embarcación. Regresó enseguida con su vieja guitarra acústica en la mano y volvió a sentarse.

La excursión había sido un éxito, se dijo satisfecho mientras rasgueaba con suavidad las cuerdas de la guitarra sin apartar la mirada de ellas. Había disfrutado de tenerlas a bordo. Lili tenía razón: eran muy distintas, pero se notaba que se llevaban muy bien. Achu era una jovencita encantadora, y aunque era mucho más seria que su madre, se adivinaba en ella la misma bondad innata que resultaba tan rara en los tiempos que corrían. Sin darse cuenta, sus dedos empezaron a hacer sonar las notas de una canción que hacía muchos años que no tocaba y solo fue consciente de ello cuando la voz grave y un poco rasposa de su hija, envolvente como una caricia, empezó a cantar el estribillo.

*Tell me how am I supposed to live without you Now that I've been lovin' you so long How am I supposed to live without you How am I supposed to carry on*

*When all that I've been livin 'for is gone*

Cuando terminó la canción se hizo un silencio solo interrumpido por el batir de las olas contra la embarcación y el ligero flamear de las velas recogidas. Estaba profundamente conmovido y no se le escapó el modo en que Lili se enjugaba los ojos con disimulo.

—Tienes una voz preciosa, Achu —dijo cuando la emoción le permitió hablar.

—Gracias. —Ella le lanzó una sonrisa luminosa—. Es una de mis canciones favoritas. Mamá no paraba de cantarla cuando yo era pequeña.

—¿De verdad? Es curioso, yo también tuve una época en la que no dejaba de tocarla.

Los ojos de Jaime y los de Lili se cruzaron y, por unos segundos, intercambiaron un millar de mensajes silenciosos, ajenos a la voluntad de sus dueños. Achu, que no los perdía de vista, apretó los labios como si tratara de reprimir una sonrisa.

—Bueno, lo raro es que con lo que desafino hayas conseguido adivinar qué era lo que cantaba —dijo Lili con una sonrisa temblorosa.

Su intento de bromear para rebajar la tensión hizo que Jaime regresara al presente con brusquedad. Por unos instantes, había dado marcha atrás en el tiempo hasta esos días lejanos en los que llegaba del estudio casi a media noche —agotado después de luchar contra la ruina que les acechaba— y, tras picar lo primero que encontraba en la nevera, se encerraba en su cuarto y le daban las tantas tocando esa canción.

—Sí, es raro, desde luego —intentó bromear él también y, de inmediato, sus dedos empezaron a tocar las primeras notas, mucho más animadas, de *Escuela de calor*—. Qué, Achu, apuesto a que esta no te la sabes.

—¿Que no? La música de la Movida no tiene secretos para mí. Mi madre no oye otra cosa.

Y se puso a cantar. Jaime se unió a ella mientras Lili los escuchaba con una sonrisa en la que se adivinaba el orgullo.

—Vamos, Lili, tú también —la animó.

—No, no, que os estropeo el dúo.

—Vamos, mamichu, no seas tímida.

Saltaba a la vista que Lili no necesitaba que la animaran demasiado y

enseguida estuvieron los tres cantando canciones de ayer y de hoy, que iban desde el *pop-rock* a los boleros.

En opinión de Jaime, el ocaso llegó con demasiada rapidez. El día se acababa y en poco tiempo se despedirían y cada uno se iría por su lado. Contempló a Achu que en ese momento tocaba muy bajito una conocida balada. Con la melena oscura cayéndole a un lado del rostro y los singulares ojos dorados ligeramente entornados estaba preciosa y, una vez más, sintió una aguda punzada de tristeza al pensar en todos los años de la vida de su hija que se había perdido. Siguiendo un impulso incontrolable le dijo:

—Quiero que sepas, Achu, que puedes contar conmigo para lo que sea. Siempre que me necesites ahí estaré. Soy... —Notó que Lili se ponía rígida y prosiguió tras una pausa casi inapreciable—. Ya sabes que soy un viejo amigo de tu madre.

Achu levantó la cabeza y lo miró directamente a los ojos.

—Y ¿tal vez mi padre biológico también?

A pesar de que había hablado en un tono muy suave, sus palabras resonaron como un cañonazo que ahogó el resto de los sonidos.

¿Se lo había confesado por fin? Incrédulo, Jaime se volvió hacia Lili con el ceño fruncido, pero al ver la expresión petrificada con la que esta miraba a su hija —una expresión seguramente no muy distinta de la que él debía lucir en esos momentos— descartó la idea en el acto.

—¿Cómo lo has sabido?

—¿Quién te lo ha dicho?

Preguntaron al unísono, él muy sorprendido y su madre con gesto furioso. Achu se encogió de hombros.

—No me lo ha dicho nadie. Lo adiviné.

¿Lo adivinó? ¿Cómo era posible? Jaime estaba cada vez más perplejo.

—¡Es imposible que lo hayas adivinado! No os parecéis nada. Jamás te he hablado de él —intervino Lili. Debía haberle leído el pensamiento ya que en el acto formuló otra de las preguntas que rondaban su cabeza—. ¿Desde cuándo?

—Desde que tenía doce años.

Su contestación pareció vaciar a Lili de cualquier rastro de energía, porque se dejó caer, desmadejada, contra el respaldo del banco.

Achu se apresuró a coger la mano de su madre entre las suyas.

—No te pongas así mamá. Fue en el colegio, en clase de ciencias. Fuimos al laboratorio y nos hicimos un test para saber a qué grupo sanguíneo pertenecíamos. Luego la profesora nos dio una charla sobre el tema. Me pareció muy interesante y cuando volví a casa te pregunté cuál era tu grupo sanguíneo. ¿Te acuerdas?

Lili negó con la cabeza. Estaba claro que aquella había sido una de tantas de las miles de preguntas que su curiosa hija le hacía al cabo del día.

—Me dijiste que no sabías cuál exactamente, pero que estabas segura de que era negativo porque tuvieron que ponerte una inyección muy dolorosa después del parto porque mi sangre era A positivo. Luego fui al despacho de papá —al instante le lanzó una rápida mirada de disculpa a Jaime, que hizo un gesto con la mano para restarle importancia— y le pregunté cuál era su grupo sanguíneo. Era cero negativo.

«Ya está todo claro», pensó Jaime, pero siguió pendiente de las palabras de su hija.

—La profesora nos había dicho que de dos padres positivos puede salir un hijo con el RH negativo, pero que de dos padres RH negativo es imposible que salga un hijo con RH positivo.

—Espera un momento.

Al ver la palidez de Lili, Jaime se levantó, bajó a la cabina, buscó la botella de coñac que guardaba para cuando en sus travesías el frío se le metía en los huesos y sirvió una ración generosa en un vaso de plástico. Después de obligar a Lili a dar un sorbo que la hizo toser, se volvió de nuevo hacia Achu y la invitó a continuar. Sin embargo, fue Lili la que habló después de que Jaime le propinara varias palmadas en la espalda para ayudarla a recuperarse.

—Y ¿por qué no dijiste nada?

—Papá y yo lo estuvimos hablando. Él creía que para ti sería muy doloroso enterarte de que yo sabía que él no era mi padre en realidad. Aunque —se volvió a mirar a Jaime con una mirada ligeramente desafiante— debo decirte que me da igual que él no tuviera parte en mi concepción. Antonio Llaneras siempre será mi padre.

Era lógico, así que Jaime trató de reprimir el dolor que le causaban sus palabras.

—Por supuesto. Lo entiendo perfectamente. Continúa, por favor.

Achu asintió, comprensiva, como si entendiera cuáles eran sus sentimientos,

y siguió con el relato de lo que había ocurrido hacía tantos años.

—Decidí hacerle caso. Para ti —dijo dirigiéndose a su madre— nuestra pequeña familia siempre ha sido lo más importante y, aunque entonces era muy joven, era consciente de que la noticia habría sido un duro golpe.

Jaime miró a Lili, preocupado, y notó que había recuperado un poco el color.

—¿Quieres un poco más?

Le tendió el vaso de coñac, pero ella se apresuró a negar con la cabeza. Entonces, decidió que a él también necesitaba un reconstituyente, así que se llevó el vaso a los labios y dio un buen trago.

—¿Te dijo Antonio quién era el padre? —Lili habló en voz baja, apartándose un mechón rubio del rostro con gesto cansado.

—No, solo me dijo que era alguien que habías conocido cuando fuiste a estudiar a Madrid. Me contó que no te gustaba hablar del tema, que siempre que intentaba sacarlo te ponías muy triste y que, en un momento dado, dejé de preguntar.

—Tu padre siempre fue el hombre más discreto y comprensivo del mundo.

Tanto sus palabras como la sonrisa de añoranza que las acompañó se clavaron en el pecho masculino desencadenando esa punzada de dolor, ya familiar. Sin embargo, su tono era sereno al preguntar:

—Entonces, ¿cómo has sabido que yo era ese «alguien»?

—Papá estaba dispuesto a conformarse, pero yo no. —Achu apretó los labios con un gesto decidido que a Jaime le resultó familiar y, de pronto, cayó en la cuenta de dónde lo había visto antes: era el mismo gesto que le devolvía el espejo por la mañana, después de haber pasado la noche dándole vueltas a un problema—. No podía preguntarte a ti, mamá, así que decidí investigar por mi cuenta. Durante días registré todas tus cosas.

—¡Achu! —protestó Lili escandalizada.

Su hija se encogió de hombros, en un gesto en el que no se apreciaba el menor arrepentimiento.

—¿Qué querías que hiciera? Me costó lo mío, no creas. Al final, en una caja de zapatos que estaba en lo alto de un armario encontré varias entradas usadas de viejos conciertos, una cinta de casete rota, un pañuelo rojo y una foto cortada por la mitad. En ella se veía a un chico alto y delgado, con el pelo oscuro bastante largo, una chupa de cuero negro y los ojos pintados. Detrás solo ponía Jaime y

una fecha que coincidía con la época en la que debí ser concebida.

—Es imposible que lo reconocieras por una foto de esos tiempos. —Lili negó con la cabeza muy convencida.

—Vaya, ¿tan viejo estoy? —Jaime hizo una broma desganada.

—No lo reconocí —admitió Achu—. Fue cuando descubrí que viajabas en la caravana con un hombre. En cuanto te pillé, confesaste que te habías reencontrado con un conocido al que hacía treinta años que no veías y, cuando me dijiste que se llamaba Jaime, no me costó mucho atar cabos. Uno, jamás habías hablado antes de un antiguo conocido llamado Jaime; dos, a pesar de mi insistencia y la de tu amiga Marga, después de la muerte de papá te negaste en redondo a salir con otros hombres —Jaime recibió aquella información con mucho interés—, no me cuadraba que, de pronto, hubieras metido en esa caravana de dos por dos a un simple conocido y te hubieras dedicado a recorrer con él el país; y tres, en cuanto me diste un respiro con lo de los nietos y empezaste a hablar de otras cosas, ya no me cupo la menor duda.

Achu se detuvo para tomar aliento mientras su madre la contemplaba boquiabierta, y Jaime aprovechó el silencio abrumado de Lili para intervenir:

—Está claro que no resulta fácil engañarte —dijo su recién encontrado padre con orgullo—. Solo quiero que sepas, Achu, que nunca tuve la menor idea de que tú estuvieras en camino. Si lo hubiera sabido las cosas habrían sido de otra manera, créeme.

—Eso es cierto —intervino Lili—. Nunca le dije a Jaime que estaba embarazada.

El rostro de Achu se iluminó con una sonrisa en la que se adivinaba un profundo alivio.

—Me alegra saberlo.

## *Lili*

Lili se quitó las sandalias y se desvistió. Era tardísimo y estaba demasiado cansada para darse una ducha o un baño caliente, así que se puso el camisón y se metió en la cama. Sin embargo, pese a las emociones y las sorpresas del día, aún le costó un rato dormirse.

Sí, había sido un día largo y emocionante, y debía reconocer que su conciencia se había aligerado de una pesada carga. Le hubiera gustado enfadarse con Antonio por haberle ocultado una información tan importante; pero, quizá por la diferencia de edad que había entre ellos, su marido siempre la había protegido como si fuera una niña indefensa. Y, aunque a veces se había impacientado con él por ese motivo, en el fondo siempre lo consideró un rasgo de su personalidad de lo más tierno.

Por supuesto, su hija empezó a hacer un millar de preguntas y, en cuanto se enteró de cómo la había reconocido Jaime, había insistido en ver el retrato de su antepasada. Así que habían regresado a puerto, ya de noche, y después de realizar con ayuda de uno de los operarios de la marina la complicada maniobra de amarre, habían ido a casa de Jaime.

Achu se había plantado delante del cuadro y lo había examinado de arriba abajo durante un buen rato mientras escuchaba, fascinada, las historias que le contaba su padre de su tatarabuela. También les había sacado todo tipo de información de la época en que Jaime y ella habían sido novios, y las carcajadas habían resonado en aquel piso normalmente silencioso y un tanto apabullante.

Por supuesto, ninguno de los dos había hecho mención a los acontecimientos

que les habían llevado a cortar la relación y perder todo contacto, y Achu había respetado su intimidad. Cuando por fin pareció satisfecha, Jaime las invitó a quedarse a dormir en cualquiera de las numerosas habitaciones vacías; pero ambas rechazaron su ofrecimiento con delicadeza y se despidieron de él con la promesa de que repetirían el plan en cuanto fuera posible.

El sonido del teléfono la sobresaltó; a esas horas solo podían ser malas noticias. Encendió la lámpara de la mesilla de noche y descolgó con dedos temblorosos.

—¿Dígame?

—Lili, no te asustes. Soy yo otra vez.

—¡Jaime! —exclamó alarmada—. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—No, no, no pasa nada. Es que no podía dormir y necesitaba hablar contigo. Perdona por las horas.

Con un profundo alivio, Lili dobló la almohada en dos y se recostó contra el cabecero.

—Desde luego es un poco tarde para llamar, pero yo tampoco estaba dormida. ¿De qué querías hablar?

—En realidad, no es nada. Solo quería felicitarte por nuestra hija, es encantadora.

Aquel «nuestra» le produjo a Lili un calor extraño a la altura del pecho.

—Muchas gracias, pero el mérito es todo suyo.

—No puedes imaginar... —Jaime se detuvo, parecía que le costaba encontrar las palabras—. No puedes imaginar lo que ha significado para mí pasar el día con vosotras. Juntos los tres. Como si de verdad fuéramos una familia.

Lili volvió a sentir ese mismo calorillo y tuvo que aclararse la garganta para no traicionar su emoción.

—Ha sido un día maravilloso, lleno de sorpresas.

—Sí, lleno de maravillosas sorpresas. —De nuevo se hizo un silencio que él rompió poco después al decir con voz ronca—: Quería decirte también que me hubiera gustado conocer a Antonio y estrechar su mano, y decirle que me alegro de que haya estado a vuestro lado cuando más lo necesitabais y que, aunque sé que me va a costar, intentaré no envidiar los años que pasó con vosotras, ejerciendo de padre y marido ejemplar.

—Jaime... —A Lili se le quebró la voz.

—No. No digas nada. Solo quería decirte esto. Ahora te dejo que duermas. Hablamos mañana. Buenas noches, Lili.

—Buenas noches, Jaime.



—Así que este es tu laboratorio. ¿Qué haces? Pareces una bruja rodeada de pócimas —dijo Marcia que acababa de llegar.

Lili miró la mesa llena de tarros y con un aparatoso destilador que ocupaba un rincón del invernadero recién restaurado, que ya estaba lleno de plantas en diversos grados de crecimiento y floración.

—Bueno, llamarlo laboratorio es un poco exagerado. Pero sí, tienes razón, en mi familia hay una larga tradición de brujas o, al menos, fueron acusadas de ello en varias ocasiones. Según me contó mi abuela, a una de nuestras antepasadas estuvieron a punto de chamuscarle las pestañas tras una discusión con el párroco del pueblo. —Sin dejar de hablar, Lili llenó un matraz con pequeñas ramas de romero—. Estoy destilando los aceites esenciales que se convertirán en las bases de mis cremas. Voy a tardar un rato. Hay té helado y vino blanco en la nevera, elige lo que quieras. ¡Ah! También está el *tapenade* que preparé ayer.

—¿*Tapenade*? —Marcia batió las palmas—. ¿Otra de esas exquisitas recetas tuyas?

—Es una pasta de aceitunas machacadas con alcaparras, anchoas y aceite de oliva, típica de la Provenza —explicó sin levantar la mirada mientras encendía un pequeño infiernillo y comprobaba que la temperatura era la correcta para que hirviera el agua del otro matraz—. Trae también un poco de pan para untarlo.

Pese a que se conocían desde hacía poco, entre ellas había surgido una profunda amistad de esas que no necesitan formalidades. Así que Marcia corrió a la cocina y volvió poco después con una bandeja cuyo contenido dispuso en un velador blanco algo oxidado. Luego llenó las copas de vino, dejó la de Lili en un extremo de la mesa para que no le estorbase y se sentó en una de las sillas de hierro que iban a juego con el velador.

—Me encanta este invernadero. —Aspiró el olor de las flores con fruición antes de llevarse la copa a los labios—. Es como si me trasladara a una de esas mansiones inglesas en las que un mayordomo con librea escucha, con el semblante impasible, la conversación subida de tono de los señores marqueses mientras dispone los platos de porcelana con los *scones* untados de mermelada y

los sándwiches de pepino del *afternoon tea* sobre un impecable mantel de encaje.

—Ves demasiadas películas, Marcia —se rió Lili dando un trago a su copa—. Ya me gustaría a mí tener unos invernaderos como los de Chatsworth.

—Hum. Delicioso —dijo su amiga después de probar el *tapenade*—. ¿Te unto una?

—No, gracias, necesito tener las manos libres.

—Eres una joya, Lili. Con lo bien que cocinas y lo guapa que eres, no me va a costar nada encontrarte un buen partido.

Lili no protestó; a esas alturas, sabía de sobra que Marcia no concebía que la meta vital de una mujer fuera otra que la de encontrar un marido complaciente y con el riñón bien cubierto.

—Recuérdame que luego te de la crema que te prometí. Estoy segura de que te va a encantar.

—Si es la mitad de buena y huele tan bien como la de manos de la semana pasada, no lo dudo. —Marcia untó otra rebanada con una generosa cantidad del paté de aceitunas—. Deberías vender tus fabulosas cremas a ricachonas como yo. Ganarías una fortuna.

—Ya tengo una fortuna. —Lili se encogió de hombros, concentrada en decantar el hidrolato resultante para separarlo del aceite esencial—. Además, mi proyecto va viento en popa, las responsables de la asociación están pensando en ampliarlo para llegar a más mujeres.

—Admirable. —Marcia untó la tercera rebanada—. En fin, no te creas que he venido solo a vaciarte la nevera. Me gustaría que vinieras a cenar con Larry y conmigo mañana por la noche.

Lili se volvió hacia su amiga con una ceja enarcada.

—¿Solo nosotros tres?

Marcia le lanzó una blanda sonrisa.

—Me has pillado. También vendrá Phil. ¿Recuerdas que te hablé de él?

—Si te soy sincera, no muy bien. Me has hablado de tantos candidatos a recibir el privilegio de mi mano en matrimonio que me hago un lío.

Marcia la miró con impaciencia.

—Lili, Lili... —chasqueó la lengua— te tomas demasiado a la ligera un tema tan importante.

—Ya te he dicho que no estoy interesada en conocer a ningún hombre. — Abrió la llave de la bureta y dejó que la exigua cantidad de aceite esencial cayera en un pequeño frasco de vidrio—. ¡Listo!

—Phil es un hombre serio, como a ti te gustan —dijo Marcia, tratando de despertar su interés—. Su familia es una de las más poderosas de la Costa Oeste y tiene una casa preciosa aquí en La Jolla. Además, es un famoso arquitecto.

—Arquitecto. —Lili torció el gesto—. Últimamente salen hasta de debajo de las piedras.

—¿Qué quieres decir? —Su amiga la miró extrañada.

—Nada, nada, cosas mías. Sigue contándome cosas de ese mirlo blanco que te has sacado de la manga.

Después de esa conmovedora llamada a altas horas de la madrugada, Jaime la había telefoneado al día siguiente para decirle que estaba muy liado y que no iba a poder quedar con ella en los próximos días. Lili le había quitado importancia y había respondido —con lo que esperaba que fuese convincente indiferencia— que «ya quedarían más adelante». Lo cierto era que, aunque no se lo confesaba ni siquiera a sí misma, le había echado muchísimo de menos en los últimos días. Lo peor de todo había sido el ramalazo de envidia de la mala que había sentido cuando Achu le contó que, en cambio, él sí había encontrado un momento para ir a comer con ella en un restaurante cercano a su bufete. Era lo que le faltaba; sentir celos de su propia hija.

—Enviudó hace tres años y no se le conocen amoríos —seguía contando Marga, ajena por completo al rumbo que habían tomado los pensamientos de su interlocutora—. Pero justo me lo encontré el otro día al salir del banco y, no sé por qué, surgió el tema y le hablé de ti y... Vamos, que quiere conocerte.

Lili dio un resoplido.

—A saber qué le has contado. Conociéndote, se va a llevar una decepción de campeonato.

—Vamos, vamos, no seas modesta.

Lili se sentó frente a ella, cogió el cuchillo y empezó a untar un trozo de pan.

—En serio, Marcia, no me interesan los hombres —afirmó Lili sin hacer demasiado honor a la verdad. En realidad, se dijo, lo de Jaime no contaba porque, con todo el pasado que llevaban auestas, cualquier relación entre ellos era imposible.

Marcia rellenó las copas de vino.

—Está bien. No te obligaré a casarte con Phil, pero ¡por favor, por favor! ven a cenar —suplicó haciendo un puchero—. Lo pasaremos bien y así sales, y ves gente, y te aireas un poco.

Lili se rindió con una carcajada. Resultaba muy difícil, por no decir imposible, resistirse ante semejante insistencia. Además, era cierto que llevaba toda la semana encerrada en casa, sintiendo lástima de sí misma. Las últimas noches ni siquiera se había animado a cocinar y se había conformado con un sándwich de jamón y queso y una pieza de fruta; si eso no era estar un poco «depre» que viniera Dios y lo viera.

—Tienes razón. Me vendrá bien airearme un poco, y nunca se sabe; a lo mejor tu Phil me roba el corazón.

—Esta es mi niña. ¡Brindemos!

Entre risas, chocaron las copas una y otra vez hasta vaciar la botella. Tampoco dejaron una sola miga de *tapenade* ni de pan pero, a pesar de ello, cuando se despidieron un poco más tarde, las dos estaban bastante achispadas.



Phil resultó ser un hombre alto y atractivo, de unos sesenta años bien llevados. Su pelo era blanco y abundante, vestía con elegancia y tenía buena figura. Quizá lo que menos le gustó a Lili fue esa sonrisa un poco artificial, tan común en los Estados Unidos, diseñada en alguna prohibitiva clínica dental. Sin embargo, a pesar de ello, su pareja, al menos por esa noche, la sorprendió gratamente. Había imaginado que sería más del estilo de Larry, el novio de Marcia, con poco pelo y un abdomen prominente y, a juzgar por el brillo de los ojos azules cuando se posaban en ella, Phil tampoco se había sentido decepcionado al conocerla.

El *maître* del restaurante debía conocerlo bastante, porque se deshizo en sonrisas y reverencias antes de conducirlos a una mesa redonda de buen tamaño muy bien situada.

—Así que eres de Burgos. —Phil empujó su silla, caballerosamente, antes de sentarse a su lado—. He viajado a España en innumerables ocasiones y recuerdo que la catedral me dejó sin aliento; un exponente incomparable del gótico flamígero.

Lili asintió, complacida con esa demostración de conocimientos artísticos, y añadió a la lista de cosas positivas sobre su acompañante que estaba elaborando

mentalmente el que fuera un hombre viajado y culto. También le gustaba su voz grave y su aspecto serio; seguro que a él no se le ocurriría jamás hacerse pasar por un músico errante sin un céntimo en el bolsillo.

Sonriente, contestó a sus preguntas mientras su mirada distraída vagaba por las distintas mesas, ocupadas en su mayor parte por parejas elegantes y —saltaba a la vista— de elevado estatus económico. De pronto, sus ojos se detuvieron en los comensales sentados a una mesa que quedaba unos metros a su derecha y se abrieron incrédulos.

—¿Te ocurre algo?

Lili apartó la vista en el acto y se apresuró a negar con la cabeza, al tiempo que esbozaba una sonrisa temblorosa.

—Nada, nada. Sigue con lo que estabas contando; resulta muy interesante.

Phil no se hizo de rogar y siguió hablando, ajeno por completo al hecho de que la mente de Lili estaba a años luz de agujas, cimborrios y portadas góticas.

Así que hasta arriba de trabajo, ¿eh? Lili trató de controlar la furia ardiente que la invadía. Claro, ¿para qué iba a quedar con una mujer entrada en años que no paraba de contar aburridas batallitas, si podía hacerlo con un bombón de la edad de su hija?

«No me importa» se dijo, en un intento fallido de convencerse a sí misma, mientras luchaba a brazo partido con la tendencia de sus desobedientes pupilas a desviarse hacia la mesa que trataba de evitar a toda costa. «No me importa en absoluto».

En ese momento, los ojos de ambos se cruzaron y detectó un destello de sorpresa en la mirada de Jaime. Lili se apresuró a desviar la suya una vez más, pero por el rabillo del ojo le vio decir algo a sus acompañantes antes de ponerse en pie.

«Oh, Dios mío, viene para acá».

—¿No lo crees tú también, Lili? —Oyó que le decía su acompañante y, sin tener la menor idea de lo que hablaba, se volvió hacia él con una sonrisa que habría hecho que el propio Atila se cayera del caballo y contestó con un tono de rendida admiración:

—Por supuesto, Phil. Es una conclusión muy inteligente.

Phil parpadeó deslumbrado y se ruborizó ligeramente.

## *Jaime*

A Jaime no se le escapó la sonrisa deslumbrante ni el modo en que la tez bronceada del acompañante de Lili adquirió un curioso color rojizo, y el mal humor que lo había acompañado a lo largo de toda la semana alcanzó un grado peligroso.

«Muy fuerte», se dijo.

Toda la semana trabajando como un capullo por culpa de una presentación que un grupo de idiotas había enfocado con el culo, echándola de menos como un nene patético, y allí estaba ella, más guapa que nunca, ligando con uno de sus rivales más implacables.

La primera noche que tenía un respiro, cuando la necesidad de ver a Lili se hacía casi insoportable, se había visto obligado a asistir a una cena que no le apetecía en absoluto, con un par de mujeres que le apetecían aún menos. Pese a su negativa inicial y su evidente falta de interés, su socio le había poco menos que obligado, echando mano de súplicas y chantajes más o menos velados, hasta que no le había quedado más remedio que rendirse. Al fin y al cabo, Peter y él, además de socios, eran amigos desde hacía años y se debían numerosos favores. Además, según Peter, esta vez era la definitiva; una cantinela que había escuchado en innumerables ocasiones y que, como de costumbre, le había hecho poner los ojos en blanco. Como si él fuera a creerse ni por un segundo que su enamorado amigo había encontrado por fin a la mujer de su vida en esa rubia sosa a la que había conocido hacía menos de una semana, que solo sabía hablar de sí misma y que había insistido en acudir a su primera cita acompañada por una amiga.

Phil Miller se puso en pie en cuanto lo vio acercarse a la mesa.

—Torres, qué sorpresa. —Le tendió la mano con frialdad.

Lo cierto era que se habían enfrentado demasiadas veces en el ámbito laboral —la mayor parte de las cuales él había resultado vencedor, se dijo Jaime con sombría satisfacción— como para saludarse con algo más que un atisbo de corrección.

—Miller.

—Imagino que tendrás a todo tu equipo volcado en lo de Tokio; aunque siento decirte que nuestro proyecto va a ser difícil de superar.

Los labios finos se fruncieron en una mueca de desdeñosa satisfacción que, en opinión de Jaime, estropeaba esa imagen de *gentleman* inglés que a su rival le gustaba cultivar.

—Ya veremos, ya veremos, pero no estoy aquí para hablar de trabajo. Quería... —De repente se detuvo y exclamó con fingida sorpresa—: ¡Lili! ¿Eres tú de verdad?

A Lili, que llevaba un buen rato fingiendo buscar algo en su bolso diminuto, no le quedó más remedio que levantar la cabeza y mirarlo con una sonrisa tensa.

—Jaime... Qué... qué grata sorpresa.

—¡No me digas que Jamie Torres y tú os conocéis! —intervino Marcia, que asistía al intercambio con un interés nada disimulado.

—Vagamente...

—¿Vagamente? Vamos Lili, no me digas que no les has contado a tus amigos que nos conocemos desde nuestros tiempos de estudiantes. —Lili le lanzó una mirada asesina, pero Jaime siguió sin prestarle atención—: Qué coincidencia habernos encontrado ¿eh? No puedo dejar pasar la ocasión. ¿Os importa que nos sentemos con vosotros?

Phil frunció el ceño con desagrado, pero antes de que pudiera negarse Marcia aceptó la proposición con una sonrisa coqueta.

—Por supuesto que no; cuantos más, mejor. La mesa es lo suficientemente grande.

—Voy a decírselo a mis amigos.

Regresó a su mesa y, poco después, dos camareros se apresuraban a colocar los cubiertos que faltaban. Jaime apartó la silla que estaba al otro lado de Lili y se sentó sin dudarle. Junto a él se sentó la amiga del nuevo amor de su socio con

un mohín malhumorado en los sensuales labios pintados de rojo.

Jaime hizo las oportunas presentaciones y, pocos después, Marcia y Peter charlaban animadamente de ciertos conocidos comunes mientras la novia de este jugueteaba con la copa de vino con el mismo gesto malhumorado de su amiga. Saltaba a la vista que la noche no se presentaba como ellas habían esperado.

—Larry, cariño, deja de mirarle el escote a la pobre Tallulah, que se lo vas a desgastar —le dijo Marcia a su novio y siguió charlando con Peter como si tal cosa.

Los astutos ojos marrones del socio de Jaime brillaron llenos de diversión al ver que la nueva «mujer de su vida» se llevaba una mano al escote en un vano intento de tapar la inmensa cantidad de carne que dejaba al descubierto.

Jaime aprovechó que la atención del resto de los comensales se centraba en el profundo valle que separaba los dos gigantescos pechos de silicona para decirle a Lili en voz baja:

—¿Qué haces con este vejestorio?

—¿Vejestorio? —Alzó las cejas, displicente—. No creo que te saque más de un par de años.

—¿Un par? —Eso sí que había dolido—. Joder, Lili, por lo menos tiene sesenta y dos.

—Muy bien llevados, todo hay que decirlo. Además, la edad es un estado mental. Phil es un hombre interesante y culto, precisamente, hace un momento estábamos hablando de la arquitectura gótica. —Jaime hizo un ruido extraño—. Búrlate, pero dudo mucho que tu Delilah, vaya nombrecito, por cierto, sepa hablar de algo que no sea de trapos.

En ese momento, como si le hubieran dado su entrada, Delilah, aburrida de que nadie le prestara atención, le preguntó a su amiga dónde se había comprado el top de lentejuelas que lucía y las dos se enzarzaron en una interminable conversación sobre marcas de ropa y tendencias.

Jaime rechinó los dientes al ver el brillo malvado de los ojos verdes.

—No es *mi* Delilah. Tallulah ha insistido en venir con una amiga y Peter me ha obligado a acompañarlos.

—Pobre, debes sufrir mucho —dijo burlona y, sin más, se volvió para hablar con Phil que acababa de preguntarle algo.

Jaime apretó los puños encima de la mesa y su mirada se posó en Peter y la

amiga de Lili, que charlaban y reían como si se conocieran de toda la vida. Era la primera vez que veía a su amigo tan encantado con una mujer a la que no le sacaba más de treinta años. Marcia debía tener más o menos la edad de su socio, pero era cierto que resultaba atractiva con ese pelo blanco como la nieve y el rostro bronceado y sin arrugas. Además, por lo poco que habían hablado, parecía una de esas personas que animaban cualquier reunión. Tendría gracia que, después de tres costosos divorcios, Peter acabara de encontrar a su media naranja en una mujer de su edad.

Jaime posó los ojos en Tallulah, que ahora consultaba los mensajes de su móvil con cara de aburrimiento. Desde luego, si Peter se casaba con esa *Barbie Superstar* —o, más bien, superpetarda— que no contara con él para salir a cenar; la vida al lado de la bella Tallulah sería un continuo empalmar un bostezo con otro. Desvió la mirada hacia Delilah, que ahora coqueteaba con el tal Larry, y se alegró de haberse librado de pasar toda la noche tratando de darle conversación a esa rubia insulsa. Ciertamente que era muy guapa, con su melena brillante, esas piernas interminables y, por supuesto, con la innegable ventaja de su juventud; pero a él que le dieran una mujer con experiencia. Una mujer que conociera el sufrimiento, pero que no se hubiera dejado vencer por él; una mujer que mirara los errores de los demás con comprensión desde la madurez que dan los años; una mujer que se enfrentara a la vida con una eterna chispa de humor en los brillantes ojos verdes.

En definitiva: que le dieran a Lili.

Se quedó muy quieto, con la copa de vino en el aire. Así que era eso, se dijo sin sorprenderse demasiado. Estaba enamorado. En realidad, no había dejado de estarlo jamás, solo que ese amor había estado latente en su interior hasta que el reencuentro con Lili lo había avivado una vez más. Por eso nunca había profundizado en ninguna de las numerosas relaciones en las que se había embarcado cuando ella desapareció de su vida. Por eso no había vuelto a sentir hasta ahora una emoción parecida.

—Estás muy callado, Jaime. —Lili se volvió hacia él en ese momento, interrumpiendo sus pensamientos—. A este paso, el bueno de Larry va a ser el que se lleve el gato al agua. O, mejor dicho, a la gatita. —Sonrió maliciosa—. Lo curioso es que a Marcia tampoco parece importarle demasiado y eso que, según ella, ya se veía organizando otra boda.

—Y ¿tú? Estás planeando algo con el carroza de Phil —preguntó en un tono indiferente—. En su boca hay más porcelana que en una fábrica de inodoros.

Espero que no sea de esas dentaduras que se dejan en un vasito en la mesilla de noche.

Lili movió la cabeza con desdén.

—No tienes ni idea. Está claro que son implantes y le han debido costar un ojo de la cara. Phil tiene una sonrisa perfecta.

—No sé. Si yo fuera pianista, no podría resistirme a tocar en ella la *Sonata para piano número ocho* de Beethoven.

La vio morderse el labio inferior, como si tratara de reprimir una carcajada, y le entraron unas ganas locas de besarla.

En ese momento, Marcia hizo un comentario y la conversación se volvió general, a pesar de los descarados intentos de Phil por monopolizar a Lili. En efecto, la amiga de Lili era una mujer muy divertida y su socio y ella competían para ver quién contaba la anécdota más desternillante. Lili y él reían a carcajadas; en cambio, Tallulah y Delilah, a las que se les escapaba el sentido de la mayoría de los comentarios, esbozaban una sonrisa tensa mientras picoteaban con desgana lo que habían pedido. Larry, por su parte, estaba demasiado concentrado en la comida y solo alzaba los ojos de su pularda rellena para posarlos sobre el generoso escote de cualquiera de las dos jóvenes, y se notaba que Phil tampoco estaba demasiado contento. Jaime lo conocía lo suficiente para saber que era de los que les gustaba llevar la voz cantante en las reuniones, pero, por mucho que lo intentaba, no podía competir con aquella pareja tan ingeniosa, a pesar de que Lili, en un claro intento de fastidiarlo a él, le reía todas las gracias.

Harto de que ella se dirigiera a su rival como si cualquier estupidez que saliera de sus labios fuera lo más tronchante que había oído jamás, Jaime decidió actuar. Con disimulo, dejó caer la servilleta al suelo y se agachó para recuperarla. Una vez con la cabeza debajo de la mesa aprovechó para deslizar lentamente la mano por la pierna de Lili, subiendo desde el tobillo a la pantorrilla mientras mordisqueaba la tierna piel de su muslo. Oyó unas toses, como si alguien se hubiera atragantado, y volvió a la superficie con expresión inocente. Colocó de nuevo la servilleta sobre su incipiente erección y, complacido, observó que a Lili, a la que Phil el Baboso daba delicadas palmaditas en la espalda, se le había subido los colores. En ese momento, su mirada se cruzó con los vivos ojos de Marcia, que le guiñó un ojo con picardía.

El resto de la cena transcurrió por derroteros más o menos parecidos. Eso sí, cada vez que se presentaba la ocasión, Jaime aprovechaba para rozar la piel

desnuda del brazo de Lili con los dedos; para juntar el muslo con el suyo, hasta que, a fuerza de apartarse, Lili escoró tanto que a punto estuvo de caerse de la silla; o para soplarle en la oreja con disimulo al inclinarse sobre ella con la excusa de que no oía demasiado bien por el oído derecho.

Sin hacer caso de las miradas fulminantes que le lanzaban los ojos verdes a cada rato, siguió charlando y cenando como si nada, consciente de que la corriente de tensión sexual que se había instalado entre ambos amenazaba con producir un fogonazo en cualquier momento. Porque estaba seguro de que Lili sentía lo mismo

Pese a que procuraba ignorarlo en lo posible —absorta, en apariencia, en la «apasionante» conversación de Phil—, Jaime la conocía demasiado bien. Cuando estaba nerviosa, Lili empezaba a jugar con lo primero que tuviera a su alcance. En ese preciso momento, acababa de añadir la sexta bolita de miga de pan a la ordenada fila de bolas que se alineaban de mayor a menor en el platillo. Además, su pierna estaba tan cerca de la pierna femenina, que podía notar el golpeteo repetitivo de su pie contra el suelo.

Sí, su Lili estaba muy pero que muy nerviosa y no podía negar que eso le gustaba. Mucho.

En ese momento, Jaime lanzó una breve mirada a su regazo y comprobó que la servilleta que lo cubría estaba empezando a adoptar la reveladora forma de una tienda de campaña. Tiró un poco de la tela para disimular y carraspeó un par de veces, incómodo. Si no acababa pronto ese martirio hecho cena, mucho se temía que iba a hacer el mayor de los ridículos.

## *Lili*

¡Por Dios, qué tortura! Jaime la estaba poniendo cardiaca. Por enésima vez contestó al azar al último comentario de Phil. Hasta ahora había tenido suerte y su acompañante no había notado que su mente estaba muy lejos de esa aburrida conversación sobre el cine de autor. Bueno, en realidad, tampoco tan lejos. Lo cierto era que toda su atención estaba centrada en un punto preciso de la piel del interior de su muñeca que —con la excusa de coger un trozo de su pan— ese «asaltacunas» traidor que estaba sentado a su izquierda acababa de acariciar con el mayor de los disimulos mientras fingía escuchar con mucho interés a Larry, quien en ese momento le explicaba con todo lujo de detalles la receta del auténtico pato pekinés. En el acto, apartó la mano y le dio con el talón por debajo de la mesa, pero no sirvió de nada porque en ese momento, Jaime apoyó la mano sobre su hombro desnudo y se disculpó en un tono contrito de lo más falso:

—Perdona, creo que te he dado una patada sin querer.

Lili contuvo un bufido y se volvió de nuevo hacia Phil.

Por fin terminaron de cenar y el amigo de Jaime pidió la cuenta y se empeñó en pagar pese a las protestas del resto salvo, por supuesto, las de Tallulah y Delilah, a las que jamás se les habría pasado por la imaginación pagarse su cena. Peter propuso ir a un garito muy animado que conocía a tomarse la última copa, pero Lili ya había tenido suficiente, así que, con la excusa de que al día siguiente tenía que madrugar para terminar unos encargos, se despidió del resto. Habría preferido coger un taxi, pero Phil se empeñó en acompañarla a su casa y, al interceptar la mirada calculadora que le lanzó Jaime y que ella fingió no ver,

aceptó la oferta con un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir.

Poco después, el aparcacoches del restaurante le entregaba a su acompañante las llaves del impresionante Maserati descapotable. Phil se apresuró a abrirle la puerta del pasajero y ella se dejó caer sobre el confortable asiento de cuero con un suspiro de alivio.

No tardaron mucho en llegar a su casa y en cuanto paró el motor, Phil se apresuró a bajar y rodeó el coche para abrirle la puerta, una vez más, con esa cortesía algo anticuada que, por un lado le gustaba y, por otro, la llenaba de impaciencia.

—Te acompaño hasta la puerta. Las mujeres tan bellas como tú no deberíais ir nunca solas a ningún sitio.

Lili le lanzó una cálida sonrisa, como si estuviera completamente de acuerdo con semejante afirmación, mientras pensaba para sus adentros que si el bueno de Phil supiera de sus aventuras a bordo de la caravana, a buen seguro le daría un síncope.

Lili buscó las llaves en el bolso, abrió la puerta y se volvió hacia él.

—Muchas gracias por esta velada tan maravillosa, Phil...

—¿No me invitas a tomar la última? —la interrumpió con un susurro ronco que encerraba un mundo de sugerencias.

«¡Ay, mi madre!», pensó Lili espantada. «Y ahora, ¿cómo me quito yo a este tío de encima?».

Hacía tanto tiempo que no se encontraba en una situación semejante que le costó un rato encontrar una excusa educada.

—En otro momento si no te importa, Phil. Lo cierto es que estoy cansada y, como he dicho antes, mañana tengo que madrugar.

Lo vio mover la cabeza sin ocultar su desaprobación.

—Una mujer como tú no debería tener que trabajar.

—Una mujer como yo, disfruta trabajando —replicó con cierta sequedad, aunque casi al instante recuperó su tono más amable—: Buenas noches, Phil.

Su acompañante suspiró antes de cogerla por los brazos con delicadeza e inclinarse sobre ella. A Lili no se le había escapado la desilusión que se había dibujado en el rostro masculino al oír su negativa, así que se resignó a recibir ese beso inminente, pese a que no le apetecía mucho. Se notaba que ninguno de los dos había practicado demasiado en primeras citas en los últimos tiempos, se dijo

Lili con los ojos cerrados. El beso fue más bien torpe y, cuando sus dientes chocaron, le vino a la cabeza el comentario de Jaime a propósito de la dentadura de su acompañante y estuvo a punto de lanzar una carcajada nerviosa. Por suerte, logró contenerse a tiempo.

—Me ha encantado conocerte —susurró Phil con el mismo tono sugerente que había empleado antes.

—Lo mismo digo.

—Te llamaré en breve.

Al ver que se inclinaba de nuevo, Lili adivinó sus intenciones. Con buenos reflejos, hizo lo que su hija llamaba «una cobra» y se apresuró a meterse dentro de la casa.

—Genial, hasta la próxima. —Y sin más, le cerró la puerta en las narices.

Escuchó con atención hasta que el rugido del motor del potente Maserati se perdió en la noche.

—¡Uf! —dijo en voz alta, recostándose contra la madera con evidente alivio—. Creo que aún no estoy preparada para volver al trepidante mundo de las citas y el ligoteo.

En ese momento, el repiqueteo de unos nudillos en la puerta de entrada la hizo abrir los ojos, sobresaltada.

—¿Quién es? —preguntó, pese a que estaba claro que no podía ser otro que Phil que volvía al ataque.

—Abre.

La boca femenina se abrió por la sorpresa.

—Jaime, ¿eres tú?

En cuanto abrió una rendija, Jaime se coló hasta adentro sin hacer caso de su mirada de indignación.

—Claro que soy yo. ¿Quién creías que era? ¿El querido Phil? Tranquila, Miller está chapado a la antigua, jamás insistiría tras ser tan notoriamente rechazado por su dama.

—Lo dices como si fuera algo reprobable. —Lili se enfrentó a él con los brazos en jarras.

—No lo hace por comportarse como un caballero, créeme. En estos momentos estoy seguro que está haciendo todo tipo de planes para asediar la fortaleza; conozco de sobra cómo funciona su mente.

Jaime caminó hacia la puerta ventana y la abrió de par en par, dejando entrar la perfumada brisa nocturna. Al verlo tomarse semejantes confianzas, Lili reaccionó por fin y se interpuso en su camino para evitar que saliera al jardín.

—¿Se puede saber qué haces aquí a estas horas?

—He venido a asegurarme de que mandabas a Phil a tomar viento.

Los ojos verdes relucieron airados ante tamaña muestra de impertinencia.

—Y ¿qué te importa? ¿Por qué no estás con la cría esa tan mona? ¿La has abandonado en un centro comercial para que esté allí la primera cuando abran las puertas? —añadió con mala idea.

—Delilah no es ninguna cría y, para tu información, tampoco es nada mío. Se ha ido con Peter y el resto a tomar la última copa.

—¿Una copa? —Lili puso cara de sorpresa—. A ver si le van a pedir la identificación, no parece que haya cumplido los veintiuno.

Ahora fue Jaime el que la miró con franco desagrado.

—¿Quieres dejar de comportarte como la bruja del cuento? No he venido aquí a hablar de Delilah.

—Entonces, ¿para qué has venido?

—He venido a terminar lo que lleva fraguándose toda la noche, aunque la verdad es que este interrogatorio me ha bajado bastante la libido.

Lili le lanzó una mirada inocente.

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—No, claro. —Jaime parecía cada vez más enfadado—. Por cierto, no te he dicho nada de esa manía que tienes de besarte con cualquiera. ¿Qué tal Phil? No creo ni que sepa para qué sirve la lengua.

Lili abrió y cerró la boca un par de veces antes de exclamar:

—¡Eso que has dicho es una grosería! Para tu información: Phil besa de maravilla.

—¿No se le mueve la dentadura? —preguntó muy serio—. Estoy convencido de que cuando la llevas postiza, el posicionamiento de la mandíbula es complicado.

Aquello fue demasiado, y Lili tuvo que morderse los labios con fuerza para no soltar una carcajada.

—Tú de caridad cristiana andas justito, ¿no? —Trató de que sonara como un

reproche, pero saltaba a la vista que Jaime había notado sus intentos por no reírse y, al parecer, eso le había devuelto el buen humor.

—Pse. Así así. —Hizo un gesto con la mano y esta vez, Lili no pudo contener una sonrisa.

—Phil es un hombre muy agradable y no es correcto que nos estemos burlando de él.

—No te preocupes, soy yo el que me burlo y, a estas alturas, todo el mundo sabe que soy un caso perdido. Tú, en cambio, siempre has sido una buena chica. —Al ver que ella le lanzaba una cálida sonrisa, añadió—: Y ya que volvemos a ser amigos, ¿qué tal si nos tomamos la última?

La sonrisa desapareció de inmediato y Lili frunció el ceño.

—Creo que hemos bebido más que suficiente por hoy. La última vez que nos pasamos con la bebida fue un desastre.

—Hombre, tanto como un desastre...

Jaime entornó los párpados y le lanzó una mirada cargada de sensualidad y, al instante, las tumultuosas emociones de la cena volvieron a invadirla de golpe.

—Jaime, yo...

Sin darse cuenta dio un paso atrás, pero él dio otro hacia adelante.

—Dime, Lili...

El tono ronco con el que pronunció su nombre aumentó el golpeteo de su corazón en el pecho. Paso a paso, ella retrocediendo y él avanzando, llegaron hasta el jardín.

Una de las tumbonas le impidió seguir apartándose y Lili decidió cambiar de estrategia.

—Está bien, nos tomamos la última.

—Vaya, ya no tengo sed.

Él se acercó todavía un poquito más. De hecho, aunque no la tocaba, Lili podía sentir el calor de su cuerpo.

—Jaime, esto no es una buena idea.

—Yo creo que es la mejor idea del mundo. Y no me digas que a ti no te apetece. No te voy a creer.

—Sin embargo, no siempre lo que nos apetece es bueno para nosotros.

—Una gran frase, te ha quedado para enmarcar.

—No te burles.

—No me burlo.

De hecho estaba muy serio, y Lili trató de convencerse a sí misma de que la intensa emoción que brillaba en los ojos oscuros no era más que deseo.

—¡No me mires así!

—¿Cómo te miro? —preguntó en un susurro ronco, sin apartar los ojos de ella.

—Como sí... como sí...

—¿Como si lo que va a pasar entre nosotros fuera algo que llevo esperando mucho tiempo?

Ella tragó saliva.

—No, es más como si...

—¿Como si no pudiera esperar un minuto más para hacer el amor con la mujer de la que llevo enamorado toda la vida?

—Sí. No. ¡No digas eso!

—¿Por qué no puedo decirlo?

—Porque no es necesario. —Lili bajó la cabeza y respondió en voz muy baja—. Yo también estaba esperando este momento. De hecho, desde lo que pasó en la caravana no pienso en otra cosa, aunque quede mal admitirlo. Pero no son necesarias las promesas ni los juramentos.

Jaime la sujetó de la barbilla y, con suavidad, la obligó a alzar el rostro hacia él.

—¿Piensas que sería capaz de mentirte con tal de llevarte a la cama? —dijo muy serio, y Lili notó que su comentario le había dolido.

—¡No, por supuesto que no! —se apresuró a negar, antes de embarcarse en una explicación bastante farragosa—. Lo que quiero decir es que... que ya sé que es raro que a nuestra edad tengamos los dos tantas ganas de... de... Vamos, que ya no somos unos jovencitos fogosos y sin embargo... Que igual tendríamos que... que hacérselo mirar porque no sé que van a pensar nuestros hijos. Da como... como un poco de vergüenza ajena, ¿no crees?

Esa pregunta fue la gota que colmó el vaso y, con los ojos echando chispas, Jaime la agarró de los hombros y le dio una ligera sacudida.

—Mira, Lili, no sigas por ahí —dijo tajante—. Punto número uno: me importa un pito lo que la gente pueda pensar de ti y de mí como pareja. Punto

número dos: deja de hablar de nosotros como si fuéramos Matusalén y su abuela, resulta de lo más deprimente. Punto número tres: no sé qué tiene de raro que dos personas adultas que se reencuentran al cabo de los años quieran hacer el amor, ocurre todos los días.

—A mí no me ocurre todos los días y a ti tampoco. Te recuerdo que solo sales con jovencitas. —Era superior a sus fuerzas, y no pudo resistirse a lanzarle esa pequeña pulla.

—¡Por Dios!

A la luz de la luna llena lo vio poner los ojos en blanco.

—Mira, Lili —dijo con severidad—, lo que te voy a decir es importante, así que presta atención...

—¿Vas a empezar con otra de tus listas interminables? —Utilizó un tonillo impertinente, pero Jaime siguió como si no la hubiera oído.

—Presta atención —repitió con otra ligera sacudida—: no quiero hacer el amor con ninguna jovencita. Quiero hacerlo con una mujer madura y en la plenitud de la vida que...

—¿Aunque haga tiempo que su cuerpo se haya rendido a la ley de la gravedad? —lo interrumpió.

—Aunque haya perdido la pelea contra la gravedad; aunque el nombre de los nuevos ídolos musicales le suene a chino; aunque sea incapaz de dormir más allá de las ocho incluso en domingo; aunque en vez de para abrir una cuenta joven, la llamen del banco para ofrecerle un seguro de decesos; aunque tenga cuello de pollo y empiece a salirle pelo en los lugares más insospechados, aunque... —se detuvo sin aliento—. En resumen: hace ya un tiempo que pienso que el anhelo de la eterna juventud está sobrevalorado y créeme si te digo que sé de qué hablo. Reconozco que hasta que volvimos a encontrarnos estaba ligeramente obsesionado con el tema. En fin —frunció el ceño—, ¿por dónde iba? Ah, sí. Quiero hacer el amor con una mujer madura...

—¿Aunque la mujer madura use unas de esas gafitas para ver de cerca que te ponen tan nervioso? —lo interrumpió de nuevo.

—Aunque use esas gafitas. Confieso que en los últimos días las he llevado con cierta naturalidad; incluso creo que acabaré acostumbrándome. Pero deja de interrumpirme, estoy tratando de explicarte por qué quiero hacer el amor una mujer madura...

Pero una vez más, Lili lo interrumpió. En esta ocasión, por el método

expeditivo de echarle los brazos al cuello y pegarse contra él.

—Ya estoy aburrida de tantas explicaciones, ¿podemos pasar a la acción de una vez?

Los labios masculinos se distendieron en una lenta sonrisa que le puso la carne de gallina.

—¿Ves por qué quiero hacer el amor con una mujer madura? Porque las mujeres maduras saben muy bien lo que quieren —afirmó, antes de enredar los dedos en su pelo y besarla con pasión.

## *Jaime*

El calor de un rayo de sol sobre su mejilla lo despertó. Jaime se desperezó sin abrir los ojos, con el esbozo de una sonrisa en los labios. Esa sensación de bienestar le resultaba familiar pero, al contrario de la última vez, la amenaza de una terrible resaca no se cernía sobre su cabeza. Lo que demostraba que, desde el principio, había estado en lo cierto: volver a hacer el amor con Lili, con todas las facultades de ambos intactas, había sido todavía mejor.

Se puso de lado y abrió los párpados. En esta ocasión, era Lili la que lo observaba a él apoyada sobre el codo.

—Buenos días, bombón —dijo en tono seductor.

Lili siguió mirándolo sin pestañear.

—Rebobinemos —dijo muy seria—. Cierra los ojos, los vuelves a abrir y, esta vez, lo de «bombón» te lo callas.

Jaime reprimió una sonrisa y, obediente, volvió a cerrar los ojos y contó hasta diez antes de volver a abrirlos.

—Buenos días, Lili, amor mío.

Los ojos verdes destellaron como los de una gata.

—Eso está mucho mejor.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Aunque seguía muy seria, se notaba que se estaba riendo de él.

—Mi saludo mañanero. Estoy esperando.

—Ah, eso. —Se encogió de hombros—. No sé, la verdad. Eres el primer amante que tengo. Ni idea de cómo se saluda a los amantes.

Jaime arrugó la nariz.

—Aclaremos esto. De amantes, nada. Quiero el saludo mañanero para tu amante. Uno. Yo.

—Hum. —Lili fingió pensarlo un rato y esbozó una sonrisa maliciosa—. Creo que ya lo tengo.

—Perfecto, soy todo oídos.

—Buenos días, bombón —dijo en un susurro provocativo.

—Muy bien, tú lo has querido.

Con un movimiento rapidísimo, se lanzó sobre ella y ahogó con su boca el chillido de sorpresa que Lili había estado a punto de soltar.

Dos minutos después, tendido encima de su cuerpo desnudo todo lo largo que era y cada vez más excitado, apartó unos segundos la boca de la suya.

—¿Y bien? —Su voz sonó áspera y tenía la respiración agitada. —Te doy, exactamente, dos segundos.

El pecho de Lili subía y bajaba con idéntica agitación debajo del suyo.

—Buenos días, Jaime, amor mío.

Y antes de que pasaran esos dos segundos, lo sujetó por la nuca y lo atrajo de nuevo hacia sí.

Jaime sonrió pegado a su boca.

«Lili, Lili, Lili. Siempre has sido tú, Lili».

La noche anterior se habían abalanzado el uno sobre el otro como si el mundo se acabara a día siguiente. De hecho, ni siquiera habían llegado hasta la cama. El olor de las flores mezclado con el de su piel se le había subido a la cabeza en una combinación más potente que cualquier cóctel, y habían hecho el amor en la incómoda hamaca del jardín. Después, los huesos de ambos habían protestado y, sin molestarse en recoger la ropa que estaba desperdigada por todas partes, Jaime la había cogido en brazos en un alarde de poderío masculino —Lili, abrazada a su cuello, le había asegurado muy seria que al día siguiente iba a tener una contractura de las gordas y que ella no se hacía responsable— y la había llevado hasta el dormitorio.

Sin embargo, esa mañana el ritmo estaba siendo muy distinto. No había nada apresurado en los besos profundos y embriagadores que intercambiaban y que,

en vez de saciarlo, le hacía desear mucho más; no había nada apresurado cuando él peregrinaba con la punta de la lengua por cada milímetro de su piel, en busca de un santuario que era ella misma; ni cuando Lili dibujaba cada cota y cada plano de su cuerpo con un reguero de besos; no había nada apresurado en su necesidad de fijar todos y cada uno de los detalles de ese momento en su memoria. Porque, durante lo que le quedara de vida, sabía que siempre recordaría la luz dorada de esa mañana, para la que los vaporosos visillos blancos que se agitaban con la brisa marina no suponían barrera alguna; las arrugadas sábanas de algodón egipcio, impregnadas con el olor de ambos; los gemidos ahogados que escapaban de la garganta de Lili; el dorado pálido de su cuerpo, interrumpido tan solo en las zonas más secretas dónde su piel tenía los reflejos irisados del nácar.

—Lili, Lili —gritó antes de vaciarse por completo en su interior.

Sin aliento, la abrazó con fuerza mientras la sentía estremecerse con los últimos espasmos del poderoso orgasmo que acababan de experimentar.

—Oh, cielos —susurró Lili, jadeante.

—Eso mismo digo yo.

De mala gana, Jaime se salió de ella para no aplastarla y se tendió de espaldas, no sin antes pasarle un brazo por los hombros y atraerla contra su costado. No podía soportar la idea de apartarse de ella.

—Tú tienes más práctica, pero te aseguro que para mí ha sido extraordinario —dijo Lili respirando con más calma, sin dejar de acariciarle el pecho con un dedo.

—Pues yo te aseguro que, pese a toda la experiencia que pueda tener, nunca he sentido nada ni parecido a lo que siento cuando hago el amor contigo. — Jaime la apretó más fuerte contra sí y la besó en el pelo.

—Eso se lo dirás a todas...

Lili sonaba somnolienta, pero él no pensaba dejar ahí la cosa. Así que la sujetó de la barbilla con firmeza y, sin hacer caso de sus protestas, la obligó a mirarlo a los ojos.

—Leonor Soto, tú has sido, eres y serás la única para mí —pronunció las palabras con solemnidad y las sintió como un voto al que estaría sujeto el resto de su existencia—. Así que no quiero oír más comentarios ni indirectas sobre novias jovencitas o similares. ¿Entendido?

Lili sonrió. Una sonrisa que le pareció distinta a todas las sonrisas que le

había dirigido antes y que le hizo tragar saliva.

—Entendido, amor.

Entonces se acurrucó un poco más contra él, entrelazó su pierna con la suya y, casi al instante, se quedó dormida.

Amor.

Jaime se quedó con los ojos fijos en el techo mientras saboreaba en su mente la palabra que ella había utilizado. En efecto, Lili era su amor y él lo era de ella. Había sido así desde que se conocieron y, gracias al destino o a los dioses, habían tenido la increíble suerte de reencontrarse y retomar aquella historia de amor que durante tantos años había quedado en suspenso. Además, había recuperado una hija encantadora de cuya existencia no había sabido nada hasta hacía unos días. Lili y Achu, junto con Phoenix, eran su familia y no estaba dispuesto a renunciar a ninguno de ellos.

La vida a veces daba unas vueltas maravillosas, se dijo con somnolienta satisfacción antes de quedarse dormido también.



Lili y él llevaban todo el día remoloneando en el dormitorio. La última vez que se despertaron, ella se había envuelto en un kimono floreado y había insistido en preparar algo de comer. Poco después, había reaparecido con una bandeja repleta de cosas ricas, una jarra de té helado y un diminuto jarrón de cristal con una caléndula solitaria que había depositado sobre la cama. Después de advertirle muy seriamente que no se acostumbrara a ese trato principesco, había dado la señal y ambos se habían abalanzado sobre las viandas como hienas hambrientas, y habían acabado con todo, incluido el contenido de la jarra, en un abrir y cerrar de ojos.

Una vez saciado el hambre, se despertaron otros apetitos igual de poderosos y volvieron a hacer el amor con el mismo abandono que en las ocasiones anteriores.

Mucho más tarde, Lili se inclinó sobre él para darle un último beso en la boca y decirle que «nunca habría imaginado que tener un amante fuera tan entretenido», antes de saltar de la cama, meterse debajo del chorro de la ducha y empezar a cantar a voz en grito.

Jaime con los brazos cruzados detrás de la nuca siguió tumbado en la cama, reviviendo algunos de los momentos estelares de las últimas horas.

«Desde luego, no ha estado nada mal para un tipo de mi edad», frunció los labios en una mueca satisfecha al pensar que su actuación, tanto en el jardín como en el dormitorio. Aquella noche había desterrado muy, muy lejos, al fantasma de la impotencia que lo había atormentado en los últimos tiempos. «Ya me dijo Phoenix que solo era cuestión de dar con la pareja adecuada».

El móvil que había puesto en silencio hacía un montón de horas vibró en la mesilla. Jaime alargó el brazo y, al ver el número, descolgó al instante.

—¡Achu, qué sorpresa! —Se incorporó un poco y acomodó la espalda contra la almohada.

—Hola, Jaime, ¿te llamo en mal momento?

—Para nada.

—Verás... —Algo en la voz de su hija lo hizo ponerse alerta, pero esperó paciente a que continuara—. Hoy... —Se detuvo de nuevo—. Perdona, me resulta difícil hablar de lo que ha ocurrido. Ha sido algo tan... tan completamente ajeno a mi comportamiento habitual que...

—Tranquila —la interrumpió con firmeza—, respira hondo media docena de veces y vuelve a empezar.

La oyó inhalar con fuerza y pasaron unos minutos hasta que volvió a hablar.

—Hoy he tenido una crisis de ansiedad en el trabajo. —Soltó una risita en la que no había el menor rastro de humor y siguió hablando a toda velocidad—. Bueno, si quieres que sea más precisa te diré que ha sido en mitad de la sala de conferencias, y si quieres que sea más precisa aún te diré que estaba en mitad de una presentación. Todos los pesos pesados del bufete, incluido el presidente, estaban allí y yo me he puesto a lloriquear delante de ellos. Patético.

Se detuvo jadeante y a Jaime solo se le ocurrió una cosa que decir:

—¡Joder!

—Sí, joder.

De nuevo, la oyó inspirar con fuerza y consiguió reaccionar por fin.

—¿Dónde estás ahora? Iré a buscarte y te llevaré al UCSD para que te hagan un chequeo completo.

—No, no. No es necesario, de verdad. Me ha atendido uno de nuestros clientes que es una eminencia médica. Ya tengo el diagnóstico completo: sobreviviré.

A Jaime el intento de su hija por bromear no le hizo ninguna gracia.

—¿Qué te ha dicho exactamente? Y no me ocultes nada porque me daré cuenta.

—¿Sabes que sueñas *exactamente* como un padre?

—Será porque soy tu padre y no cambies de tema. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que es un cuadro claro de estrés. Últimamente hemos estado sometidos a mucha presión en el bufete. Me ha dicho que debería descansar unos días y los socios, que estaban allí escuchándolo todo, han insistido en que me cogiera un mes de vacaciones. ¡Un mes! —dijo como si no pudiera creerse su propia mala suerte.

—Hija, por lo poco que te conozco y lo que me ha contado tu madre sé que estás acostumbrada a la presión en el trabajo. Así que cuéntamelo todo de una vez, ¿qué más ha pasado? —Su tono no admitía discusión.

—¿Sabes? Ya entiendo por qué tu estudio de arquitectura es uno de los mejores del mundo.

—No me hagas la pelota y dime ahora mismo lo que quiero oír.

Por un momento pensó que no le contestaría, pero finalmente debió pensárselo mejor.

—Ayer y antes de ayer estuve en Los Ángeles, iba a volver en el último vuelo, pero terminé mucho antes y cambié el billete...

Jaime alzó las cejas. Estaba seguro de lo que venía a continuación. Él mismo no había dudado en aprovechar más de una vez el viaje de negocios de un marido cornudo. Pero en esta ocasión era su hija la que lo había sufrido y, a través del dolor que detectó en su voz, por primera vez se puso en el lugar de uno de esos desdichados y no se sintió orgulloso de sí mismo.

—Llegué a casa y, como supongo que ya habrás adivinado, encontré a Luke en nuestra cama con una desconocida.

Esta vez el silencio duró un poco más pero, como si de pronto se hubieran roto las compuertas que ella siempre había mantenido bien cerradas, siguió contándole lo que había ocurrido con todo lujo de detalles.

—Al principio casi no lo podía creer, ¿sabes? A pesar de que allí estaban los dos tapándose a toda prisa con las sábanas y balbuceando una serie de excusas que ni siquiera entendí, seguía pensando que debía haber algún malentendido. Verás..., Luke no es lo que se dice... lo que se dice un hombre fogoso. Y allí... allí estaban, haciéndolo a plena luz del día con las ventanas abiertas, sin que al parecer les importara lo más mínimo que alguien pudiera oírlos. Nosotros

siempre lo hemos hecho de noche, con la luz apagada, Luke es... era... siempre ha sido muy pudoroso.

Jaime miró a su alrededor. El dormitorio de Lili estaba muy desordenado; varios almohadones desperdigados aquí y allá, en el mismo sitio en el que habían caído cuando él los lanzó desde la cama; la bandeja y la jarra con los platos y vasos que habían usado en el suelo, los visillos descorridos y las ventanas abiertas de par en par que dejaban pasar el sol de la tarde... Recordó la forma en que Lili había gritado su nombre y él el suyo cuando llegaron al clímax y, de pronto, se preguntó qué clase de vida sexual había llevado su hija con ese tal Luke. Al instante, apartó aquel pensamiento de su cabeza con desagrado; lo último que le apetecía era conocer detalles de la vida sexual de su hija. Sin embargo, ella seguía hablando y no le quedaba más remedio que escuchar.

—Me quedé en la puerta, paralizada. La mujer recogió su ropa como pudo y se marchó de casa. Yo seguía ahí, sin saber qué decir. Luke se puso en pie y me gritó que no lo mirara así. Que no era culpa suya. Que a mí no me gustaba disfrutar de la vida. Que llevábamos años prisioneros de una relación que no llevaba a ninguna parte. Que yo solo pensaba en ser la próxima socia del bufete. Que era una mujer con una personalidad espantosamente masculina. Que al lado de Missi o Minty, o como se llame, había descubierto las risas y el sexo. Que yo solo le cortaba las alas. Que se largaba, que ya mandaría a alguien a recoger sus cosas.

Una vez más, se detuvo, jadeando angustiada.

—El típico tío que proyecta su propia culpabilidad sobre la otra persona porque no es lo suficientemente hombre para apechugar con las consecuencias de sus actos. —Jaime habló en un tono profesional, especialmente pensado para quitarle hierro al asunto—. No merece la pena sufrir por ese tipo, Achu, de buena te has librado.

—Pero... íbamos a casarnos —dijo su hija en tono lastimero—. Yo ya había empezado a hacer listas y... ni siquiera tenía ni idea de lo que realmente pensaba de mí... Me doy cuenta de que no lo conozco en realidad.

A Jaime se le rompió el corazón al oírla. Quería decirle que se olvidara de aquel gusano insignificante, que ella valía mil veces más, que era preciosa, lista y buena persona, que... pero sabía que en esos momentos las palabras no importaban; era ella la que debía hacer su propio duelo. Miró en dirección a la puerta del baño. Lili seguía con el concierto y no parecía que fuera a salir de la ducha en un rato. Pensó a toda velocidad.

—Mira, Achu, estoy de acuerdo con tus jefes y con la eminencia médica: lo mejor es que te vayas unos días de vacaciones. Necesitas desconectar y pensar qué rumbo quieres darle a tu vida.

—Vacaciones —repitió como si nunca hubiera oído la palabra—. Pero acabo de irme una semana en Navidades a Burgos para estar con mamá; normalmente no suelo cogerme más de un par de días al año y procuro no salir de San Diego; aquí tengo todo lo que necesito. No soporto la idea de tenderme al sol en una isla paradisíaca sin nada que hacer, bebiendo mojito tras mojito. Creo que a los dos días me tiraría de cabeza desde primer cocotero que encontrara.

—¿Quién ha hablado aquí de una isla paradisíaca? Se me ocurre un sitio mucho mejor. Tengo una cabaña cerca de Yosemite. Es un lugar muy tranquilo, de hecho no verás a nadie, pero te aseguro que no hay nada como la naturaleza en estado puro para olvidarse de los problemas.

—¿De verdad lo crees? —Por primera vez desde que la conocía, Achu no sonaba nada segura de sí misma—. No sé qué decirte. No me gusta mucho el campo, no sabría ni encender una chimenea... ¿Y si salgo a dar un paseo y me pierdo? Solo sé orientarme en ciudades con calles asfaltadas y placas en las fachadas.

—Tranquila, conozco a alguien que te ayudará a instalarte. Podrás recurrir a él siempre que lo necesites.

En ese momento, se oyó un agudo sostenido proveniente del cuarto de baño que hizo que Jaime cerrara los ojos con expresión dolorida y distrajo a Achu de sus problemas por unos segundos.

—¿Es esa mi madre?

—Sí, es tu madre. Espero que algún día conseguiré hacerla entonar medianamente.

—¡No le digas nada! —Se apresuró a decir—. Precisamente te he llamado a ti para no inquietarla. Mamá se toma las cosas demasiado a pecho.

—No te preocupes, solo le diré que tienes un poco de estrés y que has decidido marcharte unos días a al campo para reponerte.

—¡Mil campanas suenan en mi corazón...! —El estribillo desafinado resonó con más potencia aún detrás de la puerta del baño.

—Espera, ¿no es esa...? Ha sonado parecido a *Ni tú ni nadie*. ¡Esa es la canción que siempre canta mamá en la ducha! —Jaime estaba seguro de que, al otro lado del teléfono, su hija acababa de atar unos cuantos cabos—. ¿Estáis...?

¿Sois...? ¿Os habéis...? ¡No hace falta que contestes! —añadió a toda prisa en tono mortificado.

—Bueno, Achu no tenía pensado decírtelo por teléfono, pero quiero que sepas que tu madre y yo vamos a casarnos.

—¡Os casáis! —Después de un largo silencio, dijo en un tono de falsa animación—: Pásamela para que la felicite.

Jaime carraspeó un par de veces.

—Todavía no es oficial. Ni siquiera se lo he pedido, porque en estos momentos está demasiado entusiasmada con la idea de que seamos amantes. Pero, aunque aún no lo sabe, no pienso esperar mucho tiempo más para hacer de ella una mujer honesta.

Por primera vez desde que lo había llamado, oyó lanzar a su hija una carcajada sincera.

—Yo... Me alegro un montón por los dos, Jaime. Creo que hacéis una pareja fantástica.

—Lo sé. —A su padre le faltó relamerse.

—En fin, no quiero molestaros con mis problemas. Ya llamaré a mamá más adelante, no quiero amargarle estos momentos. Si hay una persona que merece ser feliz, es ella.

—No te preocupes, que de tu madre me ocupo yo. Respecto a lo otro, déjalo también todo en mis manos. Tú solo encárgate de hacer el equipaje; en especial mete prendas abrigadas y botas de montaña. Aunque estemos a finales de verano, allí arriba te puedes llevar alguna sorpresa. Mañana me pasaré a primera hora por tu apartamento para darte las llaves y explicarte cómo llegar.

—Muchas gracias, Jaime, no sé qué habría hecho...

Pero él la cortó en seco.

—Recuerda que soy tu padre, Achu, y que siempre estaré aquí para ti.

—Gracias, Jai... —se detuvo—. Gracias..., papá.

Su hija colgó antes de que él pudiera responder, y Jaime se quedó un rato con el móvil en la mano, saboreando esa nueva palabra. Papá.

El ruido, o más bien el silencio, del grifo de la ducha al cerrarse lo sacó de aquel estado de arrobamiento. Necesitaba hacer una llamada antes de que Lili saliera del baño.

Con rapidez, marcó el número de su hijo y al décimo timbrazo oyó su voz

inconfundible, con un registro inusitadamente grave.

—Phoenix, solo una cosa rápida, ¿sigues en la cabaña?

—Aquí sigo, tengo pensado quedarme un par de semanas más.

—¿Te importaría ampliarlo a un mes?

—Depende.

Su hijo no era muy hablador, pero sabía que podía contar con él sin que hiciera demasiadas preguntas.

—La hija de Lili, ya sabes... te he hablado de ella.

—¿Tu nueva conquista?

—¡No es ninguna conquista!

—Caramba.

—¿Qué significa eso de «caramba»?

—Solo caramba. ¿Qué pasa con la hija de Lili?

—Está pasando por una mala racha. Quiero que la animes un poco.

—Define «animas».

—Nada, fuera de lo corriente. No estoy diciendo que te la lleves a la cama ni nada de eso —se apresuró a aclarar.

—Ya veo.

—¿Entonces?

—Trataré de ayudar a la hija de Lili. ¿Es guapa?

—Creía que eras un tipo con preocupaciones menos terrenales.

—En realidad me da igual que sea guapa o fea, pero la belleza siempre es agradable de contemplar.

—Ya juzgarás tú mismo cuando llegue. Lo que importa es que la ayudes un poco con la leña, el fuego, las provisiones y esas cosas. Es una chica de ciudad.

—Oído cocina. ¿Algo más?

—Solo que llegará en un par de días. Adiós, hijo, cuídate.

—Adiós, cuídate tú también.

Justo a tiempo. Lili salió de la ducha envuelta en una gruesa toalla de algodón, con el pelo empapado y oliendo deliciosamente, y cuando se paró junto al armario para sacar su ropa, Jaime aprovechó para sentarse en el borde del colchón y agarrarla de la muñeca.

—¿Qué opinaría una dama tan fragante como tú de meterse en la cama con un tipo sudoroso como yo?

Los ojos verdes de Lili chisporroteaban llenos de animación.

—La dama fragante diría que el tipo sudoroso ya no tiene edad para semejantes demostraciones de resistencia.

—Y ¿si aún así él le dijera que está dispuesto a intentarlo? —Jaime la atrajo hasta que Lili quedó atrapada entre sus piernas.

—La dama fragante diría que ella y el tipo sudoroso tienen una reserva en un restaurante a las nueve y ya van justos de tiempo.

—Hum. —Jaime parecía muy entretenido en desenrollar poco a poco la toalla—. Y ¿si aún así él insistiera en demostrar su valía?

Se inclinó sobre un pecho que había quedado al descubierto y le lamió el pezón con la punta de la lengua. Lili cerró los ojos y suspiró.

—Entonces a la dama no le quedaría más remedio que aceptar, porque sabe de sobra que no es bueno frustrar las expectativas de los tipos mayores y sudorosos.

—¡Bruja! —exclamó antes de echarse hacia atrás y arrastrarla con él.

## *Lili*

—Mil campanas suenan en mi corazón... —canturreó bajito la canción de Alaska y Dinarama, cuyo estribillo casaba tan bien con su estado de ánimo, mientras terminaba de maquillarse.

Lo cierto era que, en los últimos tiempos, no necesitaba demasiada ayuda de los cosméticos; cada vez que se miraba en el espejo tenía la sensación de que había rejuvenecido un año, y al parecer su espejo no mentía. Hasta Marcia, la vecina, le había hecho notar el modo en que la miraban los hombres con los que se cruzaba por la calle cuando iban al centro a ver alguna exposición.

—Estaría terriblemente celosa de ti si no fuera porque lo mío con Peter va viento en popa. ¿Quién iba a decirme que mi nueva vecina sería una antigua novia del guapísimo y riquísimo Jamie Torres? —decía, palmoteando como una niña entusiasmada.

«Es el amor», se dijo Lili con una sonrisa soñadora. «Sentirlo y hacerlo».

A todas horas. En cualquier sitio.

Quién le iba a decir a ella que, a su edad, iba a encontrar un amante tan apasionado.

«Mi amante» paladeó las palabras en su mente una y otra vez. En otros tiempos la idea la habría horrorizado, pero debía haberse vuelto una pecadora impenitente porque, en cuanto se despedía de Jaime, solo podía pensar en el momento en el que volvería a verlo y a tocarlo una vez más.

A Antonio lo había querido con todo su corazón; había sido el mejor amigo que nadie pudiera desear, pero Jaime... Jaime también era su amigo, pero, sobre

todo, era su amor. El amor de su vida.

El timbre de la puerta la arrancó de sus ensoñaciones. A toda prisa, puso la tapa a la barra de labios y corrió a abrir.

—Unas flores para la flor más bonita de todas.

Jaime le tendió un exquisito ramo y ella se apresuró a esconder una sonrisa entre los fragantes *lilium* rosa pálido. Su amante tenía a menudo esos detalles cursis y algo anticuados que le producían una ternura irrefrenable.

—Son preciosas. —Se alzó sobre las puntas de los pies y le dio un beso en la boca.

Jaime se tomó su tiempo antes de soltarla.

—¿De verdad tenemos que ir a cenar? —preguntó con voz ronca y un brillo de deseo en los ojos.

—Fuiste tú el que insististe en reservar en Eddie V's esta noche. A mí no me hubiera importado cenar aquí.

La soltó con evidente desgana y se pasó la mano por el corto pelo gris.

—Tienes razón. Tengo que hablar contigo de algunas cosas importantes y si nos quedamos aquí ya sé lo que va a pasar.

Bajo la ligera capa de maquillaje, Lili se sonrojó como una jovencita y, para disimular, se volvió a cerrar la puerta del jardín y cogió su bolso.

—Por fin me ha llamado Achu —comentó nada más subirse al coche—. Le he dicho que estaba muy preocupada, que no era normal que, de pronto, se cogiera un mes de vacaciones y se largara sin decirme nada.

El potente motor del BMW hizo un ruido al arrancar semejante al ronroneo de un león. Jaime le lanzó una rápida mirada antes de ponerse en marcha.

—Creía que habíais hablado antes de que se fuera.

—Solo me dijo que se iba a tomar unas vacaciones y que ya me lo explicaría todo más adelante. Hoy me ha contado que está en una cabaña perdida en mitad del campo y que, nada más llegar la sorprendió una tormenta de nieve y que ha estado incomunicada desde entonces. Solo le ha dado tiempo a decirme que no va a poder llamarme muy a menudo porque para conseguir cobertura ha tenido que subirse a la cima de una montaña. Figúrate —ni ella misma se lo terminaba de creer aún—, mi hija Achu en plan escaladora; me pinchas y no sangro. Después de eso, la comunicación se ha cortado y, pese a que la he llamado más de una docena de veces no he conseguido volver a hablar con ella. La verdad es

que, en vez de tranquilizarme, me ha dejado todavía más preocupada.

Jaime posó una mano sobre su muslo en un gesto tranquilizador.

—No tienes por qué preocuparte. La cabaña es mía y Phoenix está con ella.

—¿Tuya? ¿Phoenix está allí? —Lili lo miró con los párpados entornados y preguntó en tono acusador—: Jaime Torres-Zárate, ¿hay algo que debas contarme?

Lo vio inspirar hondo, como si se dispusiera a hacer una confesión.

—Le prometí a Achu no decirte nada hasta que ella hablara contigo. —Se rascó la nariz, indeciso—. Sin embargo, estos días, al verte tan preocupada he estado a punto de romper mi promesa varias veces. Doy por hecho que, si no se hubiera cortado la comunicación, ella misma te habría dado todos los detalles, así que no creo que esté traicionándola. Lo único que hago es adelantarme un poco...

A juzgar por sus confusas explicaciones, él seguía teniendo ciertos problemas de conciencia con el asunto, y a Lili le sentó fatal que le hubiera ocultado una información que, desde su punto de vista, tenía todo el derecho a conocer.

—Ya me estás contando.

Pero justo entonces llegaron al restaurante, y un aparcacoches se apresuró a abrir la puerta del pasajero para que ella saliera. El *maître* los recibió en la entrada y los condujo a una de las mejores mesas de la terraza, que tenía unas vistas espectaculares sobre la bahía.

—La especialidad de este sitio es el marisco, te recomiendo la langosta.

Lili esperó a que el *maître* se fuera después de dejarles la carta y repitió amenazadora:

—Ya me estás contando.

Jaime alzó las palmas de las manos en el aire.

—Lo primero, no te enfades conmigo, yo solo soy el mensajero. Cuando le dije a Achu que nos íbamos a casar, no quiso amargarte el momento.

—¡Que le dijiste ¿qué?! —Lili alzó la voz sin querer y los comensales de la mesa de al lado se volvieron a mirarla. Avergonzada, preguntó en un susurro, aunque los ojos verdes echaban chispas—: ¿Por qué hablas con Achu a mis espaldas?

—Lo primero, no hablo con Achu a tus espaldas. —Jaime habló también en

voz baja—. Me llamó a mí porque no quería preocuparte. Tú estabas en la ducha desafinando cosa mala...

—No desafino tanto —lo interrumpió indignada.

—Vamos, Lili, al César lo que es del César. Dios no te ha llamado por el camino de la interpretación musical.

Lili hizo un gesto con la mano.

—Oh, bueno, está bien. Pero sigue con la historia, no te distraigas.

—Prométeme que me dejarás acabar sin lanzarte a mi yugular.

La llegada del *maître* para preguntarles qué deseaban comer, detuvo en seco la réplica que Lili tenía en la punta de la lengua. En cuanto pidieron, Jaime siguió con las explicaciones:

—Pilló al bastardo de Luke haciéndoselo con una desconocida en su propia cama —soltó del tirón; por lo visto, había decidido que era mejor no andarse con paños calientes.

—¡Qué hizo, ¿qué?! —De nuevo levantó la voz, y los sufridos comensales volvieron a mirarla con el ceño fruncido.

—A este paso nos van a echar. —En realidad, Jaime no parecía demasiado preocupado con la posibilidad.

—Perdona. —Una vez más, Lili redujo su voz a un susurro furioso—. Es que no puedo creer que esa sabandija, ese enano maniático, ese picapleitos relamido, ese...

—Lo he entendido, Lili. Tranquila, que te va a dar un ataque.

Lili dio una fuerte palmada en la mesa y cuando los vecinos se volvieron por enésima vez, ella les devolvió la mirada con tanta inquina que la pareja desvió la vista al instante.

—No me digas que me tranquilice cuando ese... ese... ha... ha... —abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua—. ¡En la mismísima cama de mi hija!

—¿Ves por qué Achu no quiso contártelo? Seguro que pensaba que saldrías corriendo a cortarles los huevos con el cortauñas.

—Desde luego, ganas no me faltan—. Lili inspiró varias veces en un intento de recuperar la calma.

—Bueno, sigo con la historia. El caso es que después de eso tuvo una crisis de ansiedad en el trabajo y se derrumbó delante de todos los jefazos.

A Lili se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi pobre Achu.

Jaime extendió el brazo y la cogió de la mano.

—No llores, Lili. Ante las crisis hay dos opciones: hundirse o renovarse y hacerse más fuerte.

—Claro, eso es muy fácil de decir. —Lili se secó las comisuras de los ojos con la punta de la servilleta.

—Tienes razón es más fácil decirlo que hacerlo, pero eso no quita que sea cierto y no me cabe la menor duda de que, después de esto, Achu se hará todavía más fuerte.

Una vez más, la llegada del camarero los interrumpió y la visión de las dos gigantescas langostas de Maine con su elegante presentación la serenó un tanto. Dio un sorbo a la copa de vino blanco, bien frío, que también les acababan de servir y se relajó un poco más.

—¿Cómo es que ha acabado en tu cabaña? A Achu le horroriza el campo. La playa también—. Lili frunció el ceño, pensativa—. En realidad, la sola idea de salir de la ciudad y del alcance de la red wifi le espanta.

—Verás, cuando me llamó estaba desesperada y tuve que pensar rápido. Menos mal que tengo buenos reflejos. —Jaime frunció los labios en un gesto complacido. Saltaba a la vista que estaba encantado consigo mismo, y ella tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco—. Le quité de la cabeza la idea que tenía de refugiarse en una playa paradisíaca.

Lili asintió.

—Bien hecho. Achu no habría podido resistirlo.

Encantado de recibir su aprobación, Jaime prosiguió:

—Y le ofrecí la cabaña. Había hablado con Phoenix hacía poco y me dijo que pasaría allí una temporada, así que decidí que era una oportunidad inmejorable para que se conocieran por fin.

Lili que en esos momentos saboreaba un pedacito de langosta con los ojos cerrados y cara de éxtasis, los abrió de inmediato, sobresaltada por la inquietante idea que se le acababa de ocurrir.

—Oye, ¿no será incesto o algo así?

Al oírla, Jaime se atragantó con el vino y empezó a toser.

—¡Joder, Lili!, no tienen una sola gota de sangre en común y hasta hace unos días no se habían visto en su vida.

Pero ese argumento no la tranquilizó demasiado.

—Pero él es tu hijo adoptivo y Achu tu hija biológica. Tienes que reconocer que la cosa no huele demasiado bien. —Frunció la nariz, como si quisiera darle más énfasis a su comentario—. Igual hay que pedir una dispensa al Papa o algún certificado gubernamental o...

Él hizo un gesto con la mano.

—Para, para, no te embales. Lo primero, ni siquiera sabemos si la cosa va a funcionar entre ellos, aunque... —Se detuvo en seco y carraspeó un par de veces con evidente incomodidad.

Por unos segundos, Lili se olvidó de la deliciosa langosta.

—¿Aunque...?

—Está bien —Jaime lanzó un sonoro suspiro—. Te daré todos los detalles.

—Ya era hora.

—¿Sabes, Lili? El sarcasmo no te va, te pone años encima.

Lili se limitó a mirarlo con una cierta expresión en los ojos, y él empezó a largar como un cordero:

—Me llamó Phoenix el otro día...

—Y ¿cómo es que él sí tiene cobertura?

Su interlocutor lanzó un suspiro de exasperación.

—Es lo que estaba tratando de contarte. ¿Puedes dejar de interrumpirme a cada rato?

—Perdona, sigue.

—Al parecer, después de unos días aburrida como una mona y sin más compañía que la de mi hijo, Achu amenazó con volverse a San Diego en cuanto se fundiera la nieve que había caído. Así que Phoenix decidió tomar cartas en el asunto.

—Y tomar cartas en el asunto significa...

—Que le inutilizó el Mercedes —respondió Jaime como si fuera lo más normal del mundo, al tiempo que se llevaba el tenedor a la boca—. Exquisita, ¿no crees? No tiene nada que envidiar a las langostas gallegas.

Pero Lili no estaba para discutir sobre los méritos de las langostas según su procedencia.

—¿Le inutilizó el Mercedes? —repitió atónita—. Por lo que se ve, tú hijo no

se anda con chiquitas. Dudo mucho que eso sea un punto a favor en un posible yerno.

Jaime se encogió de hombros.

—Phoenix es todo bondad y *buenrollismo*, pero cuando quiere algo de verdad no se le pone nada por delante. En eso se parece mucho a mí —dijo muy orgulloso—. Y es por eso mismo por lo que he llegado a la conclusión de que nuestra Achu le ha hecho tilín.

—¿Por dejarla sin coche? —A Lili se le escapaba la posible relación entre ambas cosas.

—Y sin móvil —añadió con la misma sonrisa de orgullo—. Está claro que no le ha dicho que hay un único punto, a pocos metros de la cabaña, desde el que tienes suficiente cobertura para hablar. Verás, mi hijo es experto en librarse de las situaciones incómodas; en cuanto algo le aburre o le cansa, se da media vuelta y se larga sin dar explicaciones a nadie. Si se ha molestado en llegar al extremo de inutilizarle el coche y el móvil a Achu para impedirle la fuga, es porque está interesado. Créeme, lo conozco bien.

Lili se quedó un rato en silencio, tratando de digerir aquella curiosa conclusión.

—No sé. No sé si tu Phoenix va a ser lo mejor para mi Achu en estos momentos. Todavía no entiendo por qué ella no recurrió a mí para empezar.

Lo cierto era que eso le había dolido. Desde que Antonio murió habían sido como las dos mosqueteras, todas para una y una para todas, y de pronto...

Como si hubiera adivinado el rumbo que habían tomado sus pensamientos, Jaime se apresuró a intervenir:

—Lili, tu hija te adora. —Lili asintió. Lo sabía; era mutuo, por supuesto, pero era reconfortante oírsele decir—. Precisamente, ha sido por eso por lo que ha recurrido a mí. Estoy seguro de que lo que quería era evitarte el disgusto a toda costa. Hasta este momento, erais ella y tú contra el mundo, pero ahora yo también estoy aquí.

Jaime hizo una pausa para apurar su copa de vino que, de inmediato, un camarero se apresuró a rellenar.

—Ahora estoy aquí y pienso quedarme —afirmó rotundo—. Así que, si no te importa que cambie de tema, ¿cuándo nos casamos?

## *Jaime*

Lili se atragantó con el último trozo de langosta y empezó a toser. Saltaba a la vista que la había cogido por sorpresa.

—Ya te he dicho antes que se lo había contado a Achu.

—Pensé que lo decías en broma —dijo Lili después de dar un largo trago de agua.

—Una broma peligrosa, te arriesgas a que te cojan la palabra y la cosa puede acabar fatal.

Ella lo miró exasperada.

—Ahora en serio, Jaime...

—Caramba, Lili, estoy hablando muy en serio.

Lili lo examinó con fijeza un buen rato y, a juzgar por su siguiente comentario, debió convencerse por fin de que, en efecto, su interlocutor hablaba muy en serio.

—¿Casarnos? Pero, ¿por qué? Estamos muy bien como estamos.

Al oír aquello, Jaime la miró con una expresión francamente desaprobadora. Sin embargo, esperó hasta que el camarero terminó de servirles el segundo plato antes de contestar.

—¿Te estás escuchando? No pareces la misma Lili que conocí cuando íbamos a la universidad.

—Es que no soy la misma Lili, por supuesto. Han pasado un porrón de años desde entonces.

—Los valores no deben cambiar por muchos años que pasen.

—No te pega nada el rollo santurrón.

—¿Santurrón? ¿Por decirte que creo que ya va siendo hora de que sentemos la cabeza de una vez?

—Nunca te has casado. ¿Por qué ibas a querer hacerlo a estas alturas? —contraatacó ella con rapidez.

Jaime soltó un resoplido furioso.

—¡Joder, Lili, cómo tengo que decirte que te quiero!

Esta vez, sus vecinos de mesa hicieron como que no pasaba nada, y siguieron comiendo sin levantar la vista, aparentemente muy concentrados en el pez espada y el tartar que habían pedido.

—Desde luego, no a gritos y menos con esa cara de cabreo —respondió ella en un susurro enfadado.

Jaime apretó los párpados e inspiró y expiró varias veces, en un intento de recuperar la calma y reconducir la situación que, a la vista estaba, no iba por buen camino.

—Calma. Mantengamos la calma ante todo.

—Yo estoy muy calmada. —Lili lo miró desafiante, pero él decidió no entrar al trapo.

—No entiendo que te pongas como una hiena solo porque te he pedido matrimonio.

—«Pedir matrimonio», qué expresión tan anticuada ¿no? —dijo ella con un mohín burlón—. En realidad, toda esta conversación me está pareciendo muy anticuada; muy rollo siglo XX.

Jaime le lanzó una mirada cargada de indignación.

—Vaya. No sabía que te habías vuelto tan moderna. —Su voz rezumaba sarcasmo.

—Tampoco a ti te favorece el sarcasmo —replicó Lili. Ahora fue su turno de exhalar un hondo suspiro, como si se estuviera armando de paciencia para explicar lo que no necesitaba explicación—. Vamos, Jaime. Ya somos amantes. Lo estamos pasando muy bien. ¿Qué necesidad hay de estropearlo todo?

—¿Los señores no están satisfechos con lo que han pedido? ¿Desean que les traiga otra cosa?

La intervención del obsequioso *maître* les hizo dar un respingo; estaban tan

concentrados en su discusión, que se habían olvidado del segundo plato.

—No es necesario, gracias. —El tono de Jaime fue tan seco, que el pobre hombre se apresuró a desaparecer en dirección a la cocina. Los ojos oscuros volvieron a posarse en ella, acusadores—: No entiendo esa idea que tienes de que si nos casáramos se estropearía todo necesariamente; me parece una clara muestra de frivolidad y falta de compromiso.

—No soy ninguna frívola —protestó Lili indignada—. Es solo...

—¿Ese es el ejemplo que quieres dar a tu hija?

—¡Por Dios!, estamos hablando de una mujer de casi treinta años, no de una niña.

—Me da igual la edad de Achu, es una cuestión de principios.

—Y dale... —Lili puso los ojos en blanco.

—¿Ves como eres una frívola?

—¡No lo soy!

—¡Sí lo eres!

—¡He dicho que no!

—¡Lo eres, y ya no tienes edad!

—¡No lo soy y, además, tú siempre dices que estamos en la edad de ser y hacer lo que nos dé la gana!

—¡Pero no cuando hablamos de un asunto tan serio como el matrimonio!

Sus vecinos de mesa se apresuraron a terminar el postre y a pedir la cuenta. Saltaba a la vista que no querían estar ahí cuando empezaran a volar los proyectiles.

Lili apretó los labios y dejó los cubiertos en el plato, encima del pescado sin tocar.

—Estarás contento. No solo les has dado la cena a estos pobres señores — señaló con la barbilla a la pareja que ya se levantaba de sus sillas con expresión de alivio—, sino que también me la has dado a mí.

—Por favor. —Jaime llamó al camarero con los ojos brillando de furia—  
Tráiganos la cuenta.

Esperaron en silencio y, en cuanto apareció el camarero con una cajita de madera con la cuenta en su interior, ambos se abalanzaron sobre ella. El joven, asustado, apartó la cajita instintivamente, dejándola fuera de su alcance.

—Démela a mí —pidieron al unísono.

El camarero miró a esos dos clientes que parecían tan furiosos sin saber qué hacer, pero Jaime fue más rápido y se la arrebató sin contemplaciones.

—Gracias —dijo al tiempo que sacaba la cartera y se apresuraba a dejar un buen puñado de billetes, incluida una succulenta propina, en el interior de la caja ante de cerrarla con un golpe seco.

—No hace falta que me invites.

Él apretó las mandíbulas sin contestar, y ya no volvieron a cruzar una palabra hasta que detuvo el BMW frente a la casa de Lili.

Al cesar el ruido del motor, el silencio, aliviado tan solo por el rumor constante del mar a pocos metros de ellos, se hizo aún más opresivo. Jaime notaba un dolor sordo a la altura del pecho y un extraño picor en los ojos. Desde que, a los catorce años, su padre le soltó un humillante bofetón delante de unos amigos no había vuelto a llorar, ni siquiera en privado, pero de repente lo invadía una congoja semejante a la que sintió entonces. Estaba tan concentrado tratando de ahogar esas ridículas sensaciones, que al sentir la mano de Lili posada sobre su muslo dio un violento respingo.

—Lo siento mucho.

Jaime parpadeó con fuerza, pero siguió con la mirada clavada en el parabrisas y no dijo nada.

—Me has cogido completamente por sorpresa —continuó ella en tono suave, sin apartar la mano de su muslo—. Era lo último que esperaba oír esta noche. Estábamos tan bien y, de pronto...

Se detuvo.

—¿Por qué te parece tan horrible la idea de casarte conmigo? —consiguió decir por fin Jaime en un tono inexpresivo del que se sintió orgulloso, pese a que el dolor que sentía en el pecho se había agudizado.

—¡No me parece horrible! Todo lo contrario, pero...

De nuevo se quedó en silencio. Al dejar de sentir el calor de su mano sobre su pierna, Jaime se volvió a mirarla y la vio jugar nerviosamente con el asa plateada del bolso.

—Explícamelo, Lili —rogó con suavidad.

—Es... es todo lo contrario. —La voz femenina sonaba temblorosa y vio que cerraba los ojos unos segundos—. Hace muchos años, la idea de casarme contigo

fue mi mayor anhelo. Cuando te conocí mi carrera, mi familia, mis ambiciones personales... todo pasó a un segundo plano. —Esbozó una sonrisa temblorosa—. Quizá una mujer más joven o más moderna que yo no sería capaz de entenderlo, pero tú te convertiste en el centro de mi universo. Sin embargo, todas esas ilusiones se desvanecieron en un instante y dejaron paso a un dolor tan profundo...

Él tomó sus manos entre las suyas, en un apretón consolador, y esperó a que continuara.

—Tan profundo —repitió Lili muy bajito—, que no soporto pensar en volver a pasar por lo mismo una vez más.

En esta ocasión su voz se quebró. Al instante, Jaime la apretó contra su pecho, apoyó la mejilla sobre su pelo y cerró los párpados.

Podía entender lo que ella sentía. Por supuesto que podía. ¿Acaso no había sufrido él como un cabrón cuando se enteró de que se había casado con otro? Notó que Lili temblaba entre sus brazos y la estrechó con más fuerza aún.

—Shh. Tranquila. Está bien. Todo está bien.

—Entonces, ¿seguiremos como hasta ahora? —Captó algo parecido al alivio en su pregunta. —Sin compromisos, sin agobios, como dos adultos libres que eligen estar juntos hasta que...

—No, Lili. —Notó que se ponía rígida al escuchar su tono terminante.

Ella se apartó un poco y alzó la cabeza.

—Pero ¿por qué? —lo miró suplicante.

—Por que yo te necesito a mi lado —susurró con vehemencia—. También a Achu y a Phoenix. Quiero a mi familia a mi lado. Quiero un compromiso. He estado muy solo, Lili, y no quiero estarlo más. No sé si soy egoísta, pero lo que me quede de vida quiero pasarlo contigo. Quiero llegar del trabajo y verte brujeando con tus pócimas o preparando algo en la cocina. Quiero ver a nuestros nietos correteando a nuestro alrededor. ¡Joder! Nunca pensé que llegaría a decir semejante cosa. —Jaime movió la cabeza, entre divertido y horrorizado, pero enseguida recuperó la seriedad y terminó muy decidido—: Quiero que nos demos otra oportunidad, Lili, ya hemos perdido demasiado tiempo.

Una inconfundible sinceridad vibraba en sus palabras y Lili, que no había apartado los ojos de su rostro mientras hablaba, tragó saliva con fuerza.

—¿De verdad crees que saldría bien? —dijo bajito.

—Creo que sí, Lili, aunque no tengo la certeza absoluta y no puedo prometerte que nunca volveremos a sufrir. La vida es muy dura como todos, sobre todo los que llegamos a cierta edad, sabemos, pero siempre habrá momentos maravillosos y te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para hacerte feliz.

De nuevo se hizo un profundo silencio, aunque a Jaime el corazón le latía ensordecedor en los oídos mientras esperaba su respuesta.

—Está bien —Lili habló por fin en tono solemne—, acepto tu propuesta de matrimonio.

Sus palabras le arrancaron una carcajada que tenía algo de sollozo, pero antes de que pudiera estrecharla entre sus brazos y besarla como había querido hacer a lo largo de la mayor parte de la velada, ella lo detuvo con un gesto y, mirándolo fijamente a los ojos, añadió muy seria:

—Pero quiero que sepas que me sigue asustando la idea.

—A mí también me asusta la idea, no te creas. —Jaime le sujetó el rostro entre las manos y se inclinó para besarla apasionadamente.

Al cabo de unos minutos, Lili apartó la cara, le apuntó con un dedo y consiguió decir en tono jadeante:

—Y no quiero volver a verte a menos de media docena de metros de cualquier mujer menor de cuarenta y cinco, ¿entendido?

—Cielos, ahora sí que estoy aterrado —afirmó él antes de inclinarse de nuevo sobre sus labios.

Media hora más tarde —aunque ninguno de los dos habría sabido explicar cómo— habían conseguido llegar al dormitorio de Lili, iluminado por la luz pálida de la luna, y hacían el amor con abandono sobre el mullido colchón mientras la brisa marina hinchaba los visillos de las ventanas, abiertas de par en par.

# **Unas semanas más tarde**

**La Jolla, San Diego**

*Lili*

Jaime terminó de ojear el documento y lo dejó sobre el montoncito que, poco a poco, iba creciendo sobre el embozo de la sábana. Lili lo miró por el rabillo del ojo y no pudo evitar sonreír.

Parecían un matrimonio que hubiera pasado juntos los últimos treinta años. Él recostado contra la almohada en su lado de la cama, con esas gafas de ver de cerca que, dijera lo que dijera, le sentaban de maravilla, y ella en el suyo con unas gafas similares posadas también en la punta de la nariz y *El libro de los perfumes* de George Rimmel abierto sobre el regazo, aunque hacía un buen rato que no pasaba una sola página.

—Tienes aspecto de gata. De gata que acaba de comerse al canario, para más señas.

—¿Cómo puedes saberlo si estás tan concentrado en esos documentos?

Jaime dejó otra hoja sobre el montón y respondió con calma.

—Soy uno de esos raros especímenes del sexo masculino capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo. Así que confiesa: ¿cuáles son esos pensamientos que te hacen relamerte con una sonrisilla perversa?

—Estaba pensando en Achu y Phoenix. La verdad es que hacen muy buena pareja. —Jaime abrió la boca para decir algo, pero ella lo detuvo con un gesto—. Es increíble lo atractivo que es Phoenix; tan alto, tan moreno, con ese aire tan intenso...

—Sale a su padre adoptivo.

—Que sí, que es tan atractivo como su padre —concedió Lili sonriente— y,

aunque no es precisamente el tipo de nuestra hija, gracias a Dios no se parece nada a Luke.

A Jaime le gustó eso de «nuestra hija».

—Phoenix es un todo un hombre, en el sentido más amplio y positivo de la palabra.

—Sí, esa fue la sensación que tuve cuando le conocí el día de nuestra boda. Quizá no era el mejor momento para establecer su perfil psicológico, pero, pese a que no es muy hablador estuvo muy pendiente de mí todo el rato y enseguida me di cuenta de que es una de esas raras personas que se preocupan realmente por los demás. Además, se nota a la legua que está loco por Achu... —Volvió a levantar la mano para que no la interrumpiera—. ¡No lo digas!

Jaime volvió a cerrar la boca, obediente.

—Lo que no sé es qué siente Achu por él, exactamente. —Lili entornó los párpados, tratando de concentrarse—. ¿Te fijaste en que lo trata con total confianza, como si en verdad fuera su hermano?

—No noté nada fraternal en el modo en que se miraban cuando bailaban, la verdad sea dicha. Es más, diría que, cuando están cerca el uno del otro, saltan chispas —dijo Jaime, al tiempo que cogía el montón de documentos de la cama y lo ponía sobre la mesilla de noche.

—¿No? —Lili frunció la nariz—. Creo que tienes razón, la palabra no es «fraternal», precisamente. Pero es que es raro; es como si se conocieran de toda la vida, como si se entendieran a la perfección, pero...

—Pero se miran como amantes —sentenció él, quitándose las gafas y guardándolas en la funda.

Su afirmación la sobresaltó.

—¿Crees que son amantes? Apenas se conocen desde hace unas pocas semanas y Achu acaba de dejarlo con Luke —movió la cabeza, pensativa—. No, no me pega.

—No he dicho que sean amantes. He dicho que se miran como si fueran amantes. Sobre todo Phoenix, que la devora con los ojos.

Jaime cogió el libro que yacía olvidado en el regazo de Lili, lo cerró con un golpe seco y lo puso a su vez en la mesilla, encima del montón de documentos.

—Y menudos ojos tiene...

—Oye, que me voy a poner celoso. Quítate las gafas.

Pero Lili estaba demasiado concentrada en la conversación y no le hizo caso.

—Tengo ganas de verlos. Ya han pasado varios días desde que volvimos de nuestra luna de miel y aunque he hablado con Achu un par de veces por teléfono no es lo mismo. Además, estoy deseando tener una charla en profundidad con Phoenix.

—Ya sabes que el juicio es dentro de dos días, están muy ocupados. Cuando acabe todo, podemos organizar una salida en barco los cuatro. Si no te quitas tú las gafas lo haré yo. —Sin esperar respuesta, Jaime le quitó las gafas con cuidado y, después de añadirlas a la pila de la mesilla, que amenazaba con venirse abajo, se inclinó sobre ella y le dijo con voz ronca —: ¿Te he dicho que me gusta tu camisón?

—Siempre que me lo pongo. —Lili le lanzó una mirada provocativa, aunque apoyó las palmas de las manos contra su pecho para detenerlo—. Pero estábamos hablando de los niños.

—Los niños... —Jaime soltó un bufido y con un dedo deslizó el tirante de seda del camisón por el hombro moreno—. Los mismos niños que, si las cosas no se tuercen, en pocos años nos darán nietos.

Lili empezó a desabrochar, uno a uno, los botones de la chaqueta del pijama.

—Me alegra saber que ya te vas haciendo a la idea de ser abuelo; como te he comentado en numerosas ocasiones, yo llevo años soñando con ello y algo me dice que, por fin, mis sueños van a hacerse realidad.

—¿Puedo decirlo ya? —Jaime alzó las cejas, suplicante, pero ella le puso un dedo en los labios para hacerlo callar.

—No, todavía no. ¿Por dónde iba? Ah, sí. ¿No crees que tal vez deberíamos tener un plan B? No sé, para juntarlos si es necesario o... La verdad es que sería muy triste que al final la cosa quedara en nada.

Jaime negó con la cabeza y le bajó el otro tirante.

—Tengo plena confianza en Phoenix. Jamás ha necesitado mi ayuda para conseguir sus propósitos, y me juego el cuello a que Achu es el «propósito» más importante que ha tenido en su vida.

—La verdad es que hacen una pareja increíble —repitió Lili una vez más y, enseguida, añadió condescendiente—: Venga, ya puedes decirlo.

Jaime inspiró hondo y lo soltó por fin:

—¡Te lo dije!

—Sabía que si no lo decías explotarías. —Lili hizo una mueca burlona.

—Qué bien me conoces, señora de Torres-Zárate. Y ahora, ¿te importaría hacer un esfuerzo y concentrarte en lo que va a pasar en los próximos minutos?

Lili enmarcó el rostro de su marido con las manos y mirándolo a los ojos, dijo en un susurro lleno de deseo:

—¿Sabes una cosa? No necesito hacer ningún esfuerzo.

Entonces lo besó con el mismo fuego de siempre, y pasó mucho, mucho tiempo, antes de que ninguno de los dos pudiera pensar en algo que no fueran ellos mismos.

## ¡Gracias!

¡Gracias por leer *El sol sale por el Oeste*, espero que hayas disfrutado! ¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro? Puedes suscribirte a mi Newsletter en [www.isabelkeats.com](http://www.isabelkeats.com) (solo te enviaré información sobre futuros lanzamientos), seguirme en twitter [@IsabelKeats](https://twitter.com/IsabelKeats) o dar «Me gusta» en mi página de [Facebook](https://www.facebook.com/IsabelKeats).

Las opiniones son muy útiles para ayudar a otros lectores a encontrar mis libros. Agradezco todo tipo de opiniones tanto positivas como negativas.

Próximamente saldrá a la venta

### **Mil “tequieros”**

Esto no puede estar pasándole a ella. Al menos eso es lo que se repite Achu una y otra vez cuando su ordenada vida —una meteórica carrera en un conocido bufete de San Diego, un novio atractivo y con una buena posición económica— salta por los aires y, de pronto, se encuentra en una cabaña perdida, en mitad de una tormenta de nieve y sin otra compañía que un desconocido de ascendencia nativo americana, de pocas palabras y con los ojos azules más bonitos del mundo.

Las cosas ya no pueden ir a peor, o ¿quizá sí? Cuando el destino te pone a prueba, tienes dos opciones: hundirte y llorar, o salir a flote y aprender a vivir de verdad.

¡No te la pierdas!

## **Mis otras novelas son:**

[El protector](#)

[Algo más que vecinos](#)

[Empezar de nuevo](#)

[Abraza mi oscuridad](#)

[Vacaciones al amor](#)

[Nada más verte](#)

[Cuéntaselo a otra](#)

[Te quiero, baby](#)

[Te odio, pero bésame](#)

[Un bonsái en la Toscana](#)

[Mi tramposa favorita](#)

[Escrito en mis sueños](#)

[Escrito en las estrellas](#)

[Me vuelves loco](#)

[Los príncipes solo viven en los cuentos](#)

[El sol sale por el Oeste](#)

Mis relatos:

[Patas de alambre](#)

[Nunca es tarde](#)

¡Espero que los disfrutes también!

## **Sinopsis de algunas de mis otras novelas**

### **El sol sale por el Oeste**

Aisha Brooks lleva más de tres años en los que, más que vivir, sobrevive amargada. El accidente de tráfico que la obligó a olvidarse de sus sueños de convertirse en una estrella del ballet ha tenido otros efectos colaterales igual de catastróficos. El último de ellos es que, por decisión de un juez, deberá pasar unos meses en el rancho ganadero de uno de los mejores amigos de su hermano Raff. En un paraje perdido de Wyoming, rodeada de vacas y caballos, de majestuosas cordilleras y de praderas sin fin, aprenderá a vivir de nuevo y encontrará, de paso, algo con lo que ya no contaba: el amor.

¿Puede la combinación del amor y la naturaleza en estado puro sanar las heridas más profundas?

Mejor Romance Actual Nacional en los Premios Rincón Romántico 2018

(Comprar [aquí](#) *El sol sale por el Oeste*)

### **Los príncipes solo viven en los cuentos**

Bibi lleva años enamorada de Gonzalo, su nuevo jefe. El típico caso de amor platónico incurable.

Gonzalo, en vías de recuperación tras un desengaño amoroso, ni se imagina los sentimientos de su secretaria.

A Rolo, el amigo de Bibi, le gustan todas y a Taty, la amiga de Gonzalo, no le gusta ninguno.

Irene, la madre de Gonzalo, quiere que su hijo se case con Taty.

Taty también quiere casarse con Gonzalo, aunque no por los motivos correctos.

Gonzalo, en cambio, no quiere casarse con Taty, pero los suyos sí son los motivos correctos.

Lo malo es que Bibi está convencida de que Gonzalo ama a Taty.

A lo que hay que añadir que Rolo abriga intenciones inconfesables hacia la amiga pija de Gonzalo.

Eso sí, Taty pasa millas de Rolo, al que considera un patán sin muchas luces.

Sin embargo, nadie cuenta con el Destino, que ha decidido meterlos a todos juntos en una coctelera y agitar.

Y, aunque parezca increíble, de todo este lío surgirá el Amor Verdadero. El amor que camina a tu lado en lo bueno y en lo malo. Ese amor del que no se habla en los cuentos.

(Comprar [aquí](#) *Los príncipes solo viven en los sueños*)

### **Me vuelves loco**

Ali es doña manías: el pañuelo de pensar, los desayunos hiperproteicos, la obsesión por la limpieza y el running al amanecer. Debajo de su excéntrico comportamiento y su cuerpo de supermodelo, solo hay una chica que busca desesperadamente ordenar sus sentimientos. No es feliz (todavía).

Konrad es don desastre: sin horarios, sin régimen y sin freno... ni en el amor, ni en la comida, ni en el derroche. ¡Gracias al cielo, nació con una creatividad exacerbada que le permite vivir bien y no privarse de nada! Cree que es feliz, hasta que conoce a Ali.

Esta no es (solo) una historia de cómo los opuestos se atraen. Tampoco es (solo) una novela que alegrará tus tardes de mantita y lluvia. Me vuelves loco es una deliciosa manera de ser un poco más feliz, recordando cómo se construye una amistad a fuego lento y lo maravilloso que es enamorarse.

(Comprar [aquí](#) *Me vuelves loco*)

### **Nada más verte**

El robo de varias antigüedades obliga al director del New College de la Universidad de Oxford a pedir ayuda a Scotland Yard. La detective Georgina Taylor será la encargada de investigar el caso y, para que nadie sospeche de ella, Stephen Allen, un brillante aunque algo desastrado catedrático de Historia Antigua, se ve forzado a acogerla en su casa y a fingir que están emparentados. Sus personalidades son muy distintas y los roces entre ambos se suceden: él parece estar anclado varios siglos atrás mientras que ella es una joven moderna,

a la que nada se le pone por delante.

A pesar de todo, el impenitente solterón se siente cada día más cautivado por la detective, pero ¿y Georgina? ¿Qué es lo que siente en realidad por el atractivo profesor?

(Comprar [aquí](#) Nada más verte)

## Sobre la autora

Isabel Keats es una mujer normal y corriente a la que un día le dio por escribir. Madre de familia numerosa (con perro incluido), tiene la suerte de contar con algo más valioso que el oro: tiempo libre, aunque no tanto como quisiera. Le gusta la novela romántica, le encantan los finales felices, así que, en resumen, escribe novela romántica porque en este momento de su vida es lo que más le apetece leer.

Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*—, es el seudónimo tras el que se oculta una licenciada en Publicidad madrileña, casada y madre de tres niñas. A día de hoy ha publicado más de una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán, italiano y portugués.

Encontrarás más información sobre la autora en:

[www.isabelkeats.com](http://www.isabelkeats.com)